



UNA
VIDA

SIN TI



ANDREA VALENZUELA ARAYA

ROMANCE & LETRAS



Una vida sin ti

©Andrea Valenzuela Araya, 2018

Diseño de portada: Pamela Díaz Rivera

Primera edición digital, Junio 2018

Amazon Digital Service Inc.

Andrea Valenzuela Araya.

Editorial Romance & Letras.

Código de Registro: 1806247481362

Licencia Safe Creative©

Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibido, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de la obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos en la reprografía, el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Una vida sin ti

ANDREA VALENZUELA ARAYA

Para mi hija Celeste,
el más hermoso color de mi vida.

“La muerte deja un dolor en el corazón que nadie puede sanar. En cambio,
el amor deja una memoria que nadie puede robarte.”

Una vida sin ti

INDICE

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre la Autora](#)

Prólogo



—¿Estás segura que todo irá bien?

—Claro que sí, mamá. Confía en mí, ¿quieres?

—En ti confío, mi amor, pero no así en las personas. Y lo sabes.

—Tranquila. Sé cuidarme muy bien, así me lo enseñaste. Jamás voy a beber de un vaso que ya esté servido, ni me voy a subir a un coche de ningún desconocido —argumentó la chica muy segura de lo que le decía, guiñándole a la par uno de sus ojos castaños.

—No es tan solo eso... es... inevitable no pensar en...

—Pues, no lo hagas, mamá, y solo sé feliz por mí.

—Aun así, Carolina, ten cuidado, por favor.

—Lo tendré. No te preocupes.

—No me pidas eso —le respondió su madre algo aprensiva, tomándola de la manos, a las que se aferró con ternura.

La chica de resplandeciente mirada y hermosa sonrisa la contempló por más que un momento antes de volver a decir...

—Ma', tengo dieciséis, ya no soy una nena.

—Pero para mí sí, y te guste o no, toda tu vida serás la nena de mamá.

Un abrazo las unió en aquel pórtico de la entrada de la casa. Un abrazo confortante colmado de emociones que a Manuela la hizo suspirar.

—Sé que me adoras y que deseas protegerme, pero estoy creciendo, y por ello necesito relacionarme con gente de mi edad. Y asistir a una que otra

fiesta, compartir con las chicas, ir al centro comercial, enamorarme, quizás...

—Y emborracharte...

Con ello le arrancó de inmediato un par de carcajadas.

—No voy a emborracharme, seré responsable, te lo aseguro.

—Tu padre irá por ti, ¿verdad?

—No será necesario, ya lo hablamos. Luz irá en coche y nos traerá de vuelta. Yo... quisiera quedarme todo el fin de semana con papá, claro, si no te molesta.

Manuela asintió. No podía negárselo. No iba a comportarse como una mala mujer.

—Gracias. Eres la mejor de todas.

Madre e hija volvieron a abrazarse, mientras que a lo lejos se oía la bocina de un vehículo que ambas conocían a la perfección.

—¡Es papá! —exclamó Carolina en el mismo instante en que volteó su cabeza hacia la acera, donde el auto de su padre se estacionó—. Ya me voy. Sabes que odia esperar. Te veré el domingo por la tarde. ¡Te quiero mucho!

—Y yo a ti, mi amor —fue lo último que Manuela alcanzó a pronunciar tras recibir uno de sus tan cariñosos besos, que Carolina terminó depositando en una de sus frías mejillas.

—¡Y una cosa más! —le gritó la chica a la distancia—, ¡no veas “El Paciente Inglés” sin mí! —para luego correr en dirección a la reja que separaba la vereda del jardín de la casa que ambas habitaban.

—¡Seguro! —le respondió su madre no muy convencida, moviendo la cabeza de lado a lado y sonriendo a la vez.

Era su película favorita.

Con posterioridad, la vio partir, cargando su pequeño equipaje. Carolina iba feliz y muy entusiasmada. Sí, hoy seguramente iba a disfrutar de su noche junto a sus amigas.

Hace un par de semanas había concluido su arduo año escolar, y a pesar de todos los cambios y de un nuevo comenzar, su hija había salido airoso y había obtenido notas más que sobresalientes. Se había esmerado tanto y... Manuela

lo sabía, porque había sido partícipe de ese proceso.

Al bajar del coche, Rodrigo levantó una de sus manos en señal de saludo, frío y distante; quizás, solo lo hacía por educación, al que su ex mujer correspondió de la misma manera. Manuela, en cada oportunidad que se encontraban, había aprendido a lidiar con ellos, pero también con su lejanía, la misma que había tenido que soportar por más de dos años por el bienestar de su hija, por su estabilidad emocional, por el que dirán y... por supuesto, por un matrimonio irremediamente roto que ya no tenía futuro para ninguno de los dos.

Rodrigo la había cambiado por una mujer mejor —así se lo había gritado al rostro en una de sus últimas discusiones—, más joven, más bonita, más atractiva y más interesante, con la que lucía realmente feliz.

—¡Cúidate, ma'! ¡Te quiero! —Volvió a oír Manuela desde los labios de su hija, temblando sin saber por qué y, asimismo, estrechándose con sus propios brazos mientras le sonreía, manifestándole con ese sutil gesto que así lo haría, esperando ansiosa su regreso.

Su móvil no paraba de sonar. Eran más de las cuatro de la madrugada cuando Manuela al fin contestó, a tientas y aún media dormida.

—¿Ho...la?

—¿Con la señora Manuela Fernández? —Fue lo primero que oyó. Y ante esa ronca y masculina voz, abrió los ojos de golpe, porque no la conocía y tampoco se le hacía familiar.

—Sí, soy yo —respondió con un leve dejo de miedo—. ¿Qué... sucede?

—La estamos llamando desde el hospital, señora. Lo lamento. El coche en el que viajaba su hija ha sufrido un accidente.

Accidente...

Era la única palabra que llevaba inserta en mi cabeza mientras corría desesperada por un amplio pasillo en dirección a la unidad de cuidados intensivos, donde me habían dicho que tenían a Carolina.

Asimismo, me habían entregado más antecedentes, mencionándome a grandes rasgos cómo había ocurrido todo; un conductor ebrio había colisionado a gran velocidad el vehículo en el cual ellas se desplazaban, impactándolas de frente...

No, en ese instante no tuve tiempo para pensar en nada más que en mi hija. Estaba siendo egoísta, sí, lo estaba siendo —que Dios me perdonara por eso—, pero mi carrera se detuvo abruptamente cuando divisé a Rodrigo con su cara hecha pedazos debido al dolor y a la frustración que lo invadía. Lo conocía. Sabía que no estaba fingiendo, como lo había hecho conmigo por tanto tiempo y, en especial, cuando me hacía el amor.

—¿Carolina? —Pregunté, percibiendo como mi corazón se detenía y mis pulmones dejaban de funcionar en el acto—. ¿Dónde está Carolina? —Volví a inquirir fuertemente, al mismo tiempo que mi rostro era asaltado por muchísimas lágrimas que por mis mejillas no paraban de rodar.

¿Y él? No decía nada. No se atrevía a hablar. Algo o alguien le habían quitado hasta el aliento.

—Rodrigo... Por favor —avancé hacia él—. ¡Por amor de Dios! —grité como una loca descontrolada a tan solo unos centímetros de su cuerpo, buscando respuestas—. ¡¿Dónde está mi hija?! ¡Dime dónde está mi hija! —Golpeé su pecho sin querer entrar en razón. Yo... ya la había perdido.

—Tienes que... despedirte, Manuela —insinuó con frialdad, mientras por mi parte conseguía sonreír a medias, sin comprender a qué se debía su absurdo comentario.

Luego, me separé de él, porque hace más de un año había decidido no tenerlo ni un minuto más cerca de mi cuerpo.

—Están haciendo todo lo posible, pero... —no paraba de llorar—, Carolina no va a... sobrevivir —prosiguió entre balbuceos—. Acaban de infor...

—¿Qué estás diciendo? —Lo interrumpí y moví mi cabeza de lado a lado,

negándome a creer en sus palabras.

—Ella está... muy mal y...

—No..., me estás mintiendo. ¡Me estás mintiendo, mierda! —Chillé fuera de mis cabales, al punto de querer abofetearle el rostro sin ningún tipo de piedad.

—Manuela... —Estiró sus brazos hacia mí, los que rehuí de inmediato.

—¡Manuela nada! ¡Es todo lo que tengo! —Le devolví, vociferándoselo al rostro—. ¡Que no te das cuenta que Carolina es todo lo que me queda de ti! —Confesé sin saber por qué lo hacía, llevándome una mano a la boca, con la cual me la cubrí. No. No era el mejor momento para ser tan transparente. En realidad, ya no valía la pena decirle lo que todavía sentía por él.

—Lo siento... —pronunció mientras caía al piso de rodillas, llorando como un niño desconsolado.

—También yo —respondí, volteándome de forma inesperada hacia la puerta que separaba la unidad del área restringida, cuando oí mi nombre otra vez, seguido de un “no pudimos hacer nada. Lo lamentamos muchísimo. Su hija... acaba de morir”.

En ese momento, hubiera preferido morir a su lado que oír aquellas tan aberrantes palabras que me hicieron trizas el corazón.

En ese momento, hubiera preferido morir a su lado sin ningún tipo de condición de por medio.

Porque en ese maldito momento de mi existencia... yo habría preferido morir que quedarme en esta vida sin ella.

Una y mil veces.

Una y mil más.

Capítulo 1



Un año y medio después, seguía repitiéndose esa escena en mi cabeza, al igual que seguían sonando fuertemente las mismas palabras de aquel doctor.

Había perdido a mi hija gracias a un paro cardiorespiratorio. La había dejado morir. La había abandonado a su suerte, aun cuando le había prometido que iba a estar a su lado, eternamente.

¿Qué ironía, no? Yo aún seguía aquí y con mi maldito corazón latiendo con porfía, negándose a guardar silencio.

Sí, me mantenía viva... para mi maldita y desgraciada suerte.

Como cada mañana y desde mi ventana veía los coches pasar, uno a uno, desplazándose por la transitada avenida, esperando, quizás, que alguno de ellos un día de estos se detuviera y se estacionara frente a la casa que me había obligado a no abandonar tras el fallecimiento de Carolina.

Ese era mi diario ritual, el que comenzaba alrededor de las siete y treinta, sitio en el cual me quedaba sin saber cómo el tiempo transcurría a mi alrededor, congelada, anhelando verla regresar y cruzar el jardín por tan solo un momento.

Bebí de mi café caliente sin advertir que alguien abría la reja de la casa, y luego de un par de minutos, abría la puerta de la entrada y cruzaba finalmente el umbral, usando unos zapatos de tacón que rechinaban contra el piso de

madera.

—¡Buen día! —Me saludó a mi espalda ese alguien, mientras se desabotonaba su largo abrigo color bermellón.

—Buen día —le contesté sin un ápice de emoción en la mirada ni en la voz. En realidad, ni siquiera me volteé a verla, no hasta que su mano se depositó en mi espalda, fría como el hielo.

Claudia estaba nuevamente allí, como cada día de mi vida. A veces, llegaba de improviso y otras tantas, como si su visita estuviera acordada, no por mí, ciertamente. Siempre aquí, siempre buscándome. Siempre queriendo hallar lo que jamás iba a encontrar al interior de estas cuatro paredes.

Lo recuerdo muy bien, no fui yo quien le dio una copia de las llaves de mi casa.

—¿Cómo estás hoy? —Ansió saber.

—Como siempre —respondí, bebiendo otro sorbo de mi negro y agrio café y, literalmente, aún pegada a la ventana.

—Ya lo creo —mencionó en relación a mi atuendo; pijama oscuro, bata a medio cerrar y mi largo y castaño cabello lacio cayendo sobre mis hombros, casi sin vida, opaco, como mi rostro—. ¿Quieres que elija la ropa por ti?

—¿Qué ropa?

—La que usarás.

—Por lo que sé, no estoy paralítica ni desmemoriada, Claudia.

—Entonces...

—Entonces... Ya te puedes ir. Gracias por otra de tus visitas matutinas.

La oí resoplar. Casi siempre lo hacía, y con posterioridad casi siempre guardaba silencio. Hablar conmigo no era fácil. Papá se lo había mencionado, pero ella aún seguía intentándolo. Sí, Claudia era demasiado obstinada para mi gusto, pero no para el gusto de los demás.

Mi hermana se quitó su abrigo y lo dejó sobre uno de los sofás para admirar todo lo que había, ya sea tirado en el piso o sobre los muebles; papeles, libros, diccionarios, cajas de pizzas, de leche, vasos sucios, ropa, entre otras cosas más que amenizaban con la decoración de la lúgubre y fría

sala.

—Veo que no has tenido tiempo de limpiar.

—Lo haré después.

—¿Cuándo será después?

—Después, Claudia, después —recalqué—. Además, eso no tiene importancia.

—Para mí sí. Todo lo que tiene que ver contigo me interesa, aunque a ti te importe un carajo.

Sonreí a medias. Después de algo de tiempo, Claudia había comenzado a entenderme.

—Bien, hermanita, creo que iré por un poco de café y me sentaré. Aún tenemos tiempo.

Su comentario hizo eco en mi cabeza, por lo que me giré para observarla mejor, comprobando que vestía diferente y no tan casual, como acostumbraba hacerlo al trabajar en el restaurante de comida caribeña.

—¿Por qué llevas ese atuendo? —pregunté extrañada, viéndola perderse por el pasillo que iba en dirección a la cocina.

Claudia no respondió. Algo me decía que quería que la siguiera. Y eso fue lo que hice, dejando mi taza de café a medio beber sobre una de las esquinas de la mesa de la sala.

—Te hice una pregunta —continué, oyendo un abrir y un cerrar de puertas.

—Y yo ya la escuché —comentó, buscando una taza limpia en una de las gavetas de la alacena.

—¿De quién es la boda?

—De nadie, Manuela.

Al oírla, enarqué una ceja, cuando sus ojos negros recaían en mí.

—¿Ya viste la fecha en el calendario?

Tragué saliva, al mismo tiempo que algo comenzaba a devorarme las entrañas.

—¿Qué día es hoy? —prosiguió, preguntándomelo, para luego beber un largo sorbo de su negro café.

Aparté la vista de su mirada insinuante y me quedé contemplando el frío piso, sucio, algo manchado y desgastado.

—Tienes que lavarte y vestirte. Mientras tanto, me ocuparé de lo demás.

Guardé silencio. Tenía un nudo atravesado en mi garganta que me impedía hablar o emitir sonido alguno.

—Manuela... ¿me estás oyendo?

Lo habría dado todo porque no fuera así.

—Ve a la ducha, por favor —insistió, endureciendo su cadencia.

—Sal de mi casa, Claudia —expresé muy segura, alzando lentamente la mirada hacia donde mi hermana paterna se encontraba, observándome. Y otra vez la oí resoplar, pero como si ahora hubiese escuchando una bobería de mi parte—. ¿Qué no me oíste? Sal de mi casa, por favor.

—No —contestó, apartando la taza de sus labios—. Date prisa. Nos esperan para la ceremonia.

—No voy a ir a ninguna maldita ceremonia.

—Se lo debes, Manuela.

—¡No! ¡Yo le debo una vida! —Grité fuertemente, consiguiendo que ni siquiera se amedrentara con ese par de breves enunciados.

—Hasta cuando quieres que te repita que tú no tuviste nada que ver con la muerte de Carolina.

—¡Pero era mi responsabilidad! ¡Era mi hija!

—¡Manuela, por favor! ¡Ya basta de sentirte culpable y miserable por algo que solo estaba en las manos del destino!

—¡Lárgate, Claudia! ¡Lárgate ahora mismo de mi casa!

—¡No me voy a ir a ninguna parte porque te quiero y necesito que estés bien!

—¡Me importa una mierda que me quieras! ¡Me importa una mierda lo que sea que van a conmemorar una vez más con o sin mi presencia!

—¿También te importaba una mierda tu hija?

Su interrogante me golpeó el corazón, haciéndomelo añicos en tan solo un segundo.

—Haremos una misa en el cementerio en conmemoración de su fallecimiento, ya ha transcurrido un año y medio —me recordó—. Todos estarán ahí, Rodrigo, sus padres, el tuyo, mi madre, algunos amigos...

—Bien por ellos —susurré con frialdad, limpiándome los ojos con el dorso de la manga de mi bata.

—¿Y tú qué? ¿Piensas quedarte aquí sin nada más que hacer que sentirte como una desgraciada?

Un escalofrío me recorrió de pies a cabeza.

—No voy a ir al cementerio, porque mi hija no está allí. ¡Cuántas veces quieres que te lo repita!

—Manuela, su cuerpo está enterrado en ese lugar y...

—¡Cállate! —vociferé colérica, tapándome los oídos con mis manos. Pero en un inusitado movimiento, Claudia se acercó a mí y me tomó de los hombros para zarandearme.

—¡Si no lo quieres hacer por ti, hazlo por ellos!

—¿Acaso crees que iré a celebrar la muerte de Carolina como si fuera un gran acontecimiento? ¿Quién crees que soy para hacer algo semejante?

—¡Su madre! —aseveró, enfatizando cada una de esas sílabas con precisión.

De pronto, comencé a ver borroso producto de las lágrimas que invadían todavía más las comisuras de mis ojos.

—Manuela...

—Una vez más, Claudia, sal de mi casa.

—Sabes que no me iré a ningún otro sitio. Sabes que jamás te dejaré sola.

—Deberías hacerlo por tu bien y también por el mío.

Con ganas de querer abofetearme, se aferró a mí.

—Te amo —murmuró, sentimiento al que no correspondí, separándome violentamente de su cuerpo—. Tienes que venir. Haz el intento, por favor.

—Dije que no iré a ninguna parte. Así que deja de insistir con eso.

—No. No voy a dejarte...

—¡Sí! ¡Si vas a dejarme en paz! —la interrumpí. Luego de ello, salí corriendo en dirección hacia mi cuarto y me encerré con llave en él, mientras Claudia golpeaba del otro lado, una y otra vez la puerta.

—¡Digas lo que digas y hagas lo que hagas no vas a sacarme de tu vida! ¿Quieres pelear, Manuela? ¡Pues ya somos dos!

Me recliné contra la puerta, llorando en silencio, y asimismo, me negué a escuchar cada una de sus palabras, que más se asemejaban a duras advertencias. Quería que se callara. Ansiaba que enmudeciera ya.

—¡Y volveré! ¡Volveré aunque me grites como una loca endemoniada y no me quieras en tu vida!

Golpeé la madera con mis puños y cerré los ojos fuertemente, hasta que el silencio al fin llegó, y todo lo que alcancé a oír, a lo lejos, fue un fuerte estruendo en otra de las puertas de la casa.

Me quedé un buen rato así, en la misma posición, pensando en tantas cosas a la vez y también en nada. Por hoy ya había oído suficiente.

Un año y medio atrás me negué a ver a mi hija muerta. Mi cobardía junto a mi desesperación ganaron esa batalla. Solo quería recordar su mirada resplandeciente de felicidad, su maravillosa sonrisa, el tono de su voz, ese hoyuelo en su mejilla derecha, sus carcajadas y, por sobre todo, esa escena, cuando se había despedido de mí diciéndome que me amaba.

Y hoy, al igual que ese fatídico día, me encontraba sola, vacía, sin vida, sin ella.

Mis pasos me llevaron a la habitación de Carolina, la que lucía de la misma forma en la que la dejó antes de marcharse con su padre a esa fiesta de

fin de curso, donde a su regreso un maldito hijo de puta que conducía ebrio y a gran velocidad por la autopista, se estrelló contra el vehículo en el cual ella viajaba, junto a sus amigas, aniquilando cada uno de sus sueños y sepultando así sus ilusiones y esperanzas, arrebatándomela de las manos para que no pudiera verla nunca más.

Sí, nunca más...

Con posterioridad, observé el interior desde la puerta entreabierta y lloré, ansiando y suplicando con todas mis fuerzas que un día, finalmente, regresara a casa.

Al cabo de varias horas, Claudia volvió con una caja de pizza en sus manos, tamaño familiar; eso ciertamente significaba una cosa: iba a quedarse en casa demasiado tiempo, para mi gusto.

Subí para darme una ducha, la necesitaba. Luego de ello, volví a ponerme otra de mis pijamas, y al cabo de un rato bajé las escaleras con destino a la cocina, donde sabía que encontraría a mi hermana menor. Craso error, allí no estaba, pero sí toda la basura que había logrado recoger del comedor y también de la sala.

—¿Qué intentas hacer? —inquirí extrañada al ver que todo lucía reluciente.

—Limpiar para luego comer un par de rebanadas de pizza, pero decentemente. ¿Quieres vino o cerveza?

Al oírla, entrecerré la mirada, y creo que hasta resoplé, adoptando ese particular gesto suyo.

—No tenías que hacerlo, Claudia.

—Sí, tenía que hacerlo. No puedo comer donde prácticamente huele a pudrición. Ah, también corrí las cortinas y abrí por un momento las ventanas.

—Realizó un gesto con dos de sus dedos, apretando el puente de su nariz, en cambio yo, fui hacia la sala y las cerré. Prefería la penumbra. De un tiempo hasta la fecha, ella y yo nos habíamos convertido en muy buenas amigas.

Cuando regresé, Claudia estaba ocupándose de las copas, en las que vertió un poco de vino, y también tarareaba una canción. Su voz era muy melódica. La verdad, había olvidado lo bien que sonaba al cantar, al contrario de la mía.

—¿Qué ocurre? —Anhelé saber—. Y por favor, dime la verdad ahora mismo.

—Ya te lo mencioné, tengo hambre.

Crucé mis brazos por sobre mi pecho, no del todo convencida.

—Claudia...

—Al menos te bañaste. ¡Gracias a Dios! —Añadió burlonamente, otorgándome un travieso guiño.

Me acerqué hasta la mesa, no pude evitarlo, el olor de la pizza de pepperoni terminó bajando mi amenazante guardia.

—Ya era hora —comentó, bebiendo un sorbo de su copa de vino tinto.

Por varios minutos comimos en silencio, hasta que decidió retomar la charla.

—Tu padre y mi madre te envían cariños.

Asentí en agradecimiento.

—Y quieren verte.

—No es necesario. Puedes pasar después por su casa y decirles que estoy bien. Que aún no me he suicidado.

—Están muy preocupados por ti, Manuela.

—No deberían estarlo, te lo repito, aún no me he suicidado.

Resopló. Ya se me hacía extraño que no lo hiciera.

—Tengo una cita mañana —reveló abruptamente, cambiando el tema de la conversación. Sí, quería llamar mi atención a toda costa.

—Felicitaciones.

—Prometo venir más tarde y contarte los detalles escabrosos.

—No, ni siquiera lo intentes.

—¿Por qué no? Si mi vida suele ser de lo más entretenida.

Y yo lo sabía, porque mi hermana sí sabía disfrutarla sin ningún tipo de complicaciones.

—Es guapo —añadió, sonriendo y comentándolo con un evidente tono de coquetería.

—Me alegro por él —respondí indiferente, asombrándola con mi respuesta para nada sutil.

—¿Y no te alegras por mí?

Esta vez, preferí enmudecer.

—Gracias, hermanita. Siempre es tan agradable hablar contigo.

Con agilidad, quité todo de la mesa de la cocina y me animé a limpiar. Eso, ciertamente, era bastante inusual en mí. Creo que el gen de Claudia, poco a poco, empezaba a hacerme la vida imposible.

—Manuela, ni siquiera me has preguntado por hoy.

—Y no lo voy a hacer. Me da igual.

—A mí no me da igual, porque lo de hoy fue hermoso.

Dejé que terminara de hablar y luego me alejé de ella, abandonándola.

—No seas grosera. Te estoy hablando. —Claudia me siguió hasta la sala y me regañó, como acostumbraba hacerlo, como si fuera mi madre.

—No quiero escucharte, y eso no es ser grosera, sino honesta. No me interesa oír nada de lo que viviste en ese lugar.

—¿Por qué?

—Deja de pedirme explicaciones. Era mi hija, no te olvides de eso.

—¿Cómo si no lo supiera, Manuela, por favor! —vociferó enfadada—. ¡Carolina era mi sobrina!

—Te felicito por tu buena memoria. —Me tendí en el sofá y tomé un libro que había en él para así obviarla.

—¡Hey! —Golpeó mi libro y lo lanzó al piso sin mayor consideración—. Te estoy hablando y me vas a poner atención. ¿Cómo puedes ser tan fría e indiferente frente un día tan importante?

Como un resorte, me levanté del sofá para encararla.

—No vuelvas a hacer eso, y no te atrevas a acusarme de nada.

—¿Por qué? Acaso, ¿te duele que lo diga?

—Claudia, por favor, ya basta.

—¡Por favor tú! —explotó, pero ahora hecha una furia—. ¡Mírate! ¡No pareces un ser humano!

Maldita suerte la mía, ya no había forma de librarme de ella.

—¡No haces nada, Manuela! ¡Te lo pasas todo el día encerrada! ¡Perdiste tu trabajo, a tus amigos, todo lo que la vida significaba para ti, todo lo que realmente te importaba! ¡Vives en esta casa como un maldito acumulador, cuando ni siquiera lo eres! ¡Estoy cansada de ver como cada día te suicidas en vida! ¡Te quiero, pero ya no aguanto más!

—Entonces, abandóname a mi suerte. Ahí tienes la puerta. Ya sabes cómo salir de aquí.

—¡Claro que no, eso sería como darte en el gusto, y no lo voy a hacer, aun cuando lo desees con todas tus fuerzas! —Chilló malhumorada y terminó llevándose las manos a la cara, rompiendo en llanto. Después de ello, se apartó de mí y avanzó hacia la ventana, mi ventana, dándome la espalda. La había visto llorar muchas veces, pero nunca como hoy, no con tanto dolor a cuestas. Ni cuando se había fracturado la pierna izquierda, a la edad de doce años, había llorado tanto.

»Todos comprenden lo que padeces —prosiguió entre hipos y balbuceos—, pero esa no es una razón suficiente para alejarte del mundo y de quienes más te quieren y necesitan. Lamentablemente, Carolina tuvo que marcharse, pero tú aún sigues aquí. ¿Y qué crees? Sé perfectamente que a tu hija no le agradaría, menos le enorgullecería ver a su madre echa un desastre y deambulando en la casa como si fuera un maldito fantasma.

Evité su insidiosa mirada. Estaba avergonzada, porque de alguna extraña manera mi hermana tenía razón. Y por una vez sentí pena, pero no por ella, sino por mí. Claudia no debería estar sufriendo por mi culpa. Nadie debería sufrir por mi culpa.

—¿Qué quieres que haga? Yo... olvidé como luchar —admití, llamando su atención con esas tan ciertas palabras.

—Entonces, deja que te ayude a recordarlo.

Claudia se limpió sus lágrimas, y después de calmarse, levantó mi mentón con una de sus temblorosas y tibias manos.

—¿Qué tal si comienzas por animarte a salir hacia el mundo exterior, por ejemplo?

—No creo que eso acabe con todo mi dolor.

—Quizás, no de inmediato, pero estoy segura que te ayudará a relacionarte con más personas y a entender que no eres la única que sufre por la pérdida de un ser querido.

Por un instante, me rasqué la frente ceñuda, mientras nos admirábamos.

—Deja de fruncir el entrecejo y anímate, tienes que tomar pronto una decisión. No voy a permitir que sigas recluida en esta celda, sabiendo que existe vida más allá de esa puerta. —La indicó.

—Es mi casa y la casa de mi hija.

—Pero tu hija ya no está aquí, sino ahí —me aseguró, situando la palma de su mano sobre mi pecho, a la altura de mi corazón—. Y siempre lo estará, vayas donde vayas.

Suspiré profundamente, otorgándole por una maldita vez la razón.

—Tal vez... —balbuceé, apartándome de su lado y recogiendo el libro que me había arrebatado de las manos, para luego volver a tenderme en el sofá. No estaba segura de lo que iba a decir. En realidad, hace mucho tiempo que no estaba segura de nada—. Solo... vamos paso a paso, ¿sí?

—Eso es un buen comienzo. ¿Nos iremos de vacaciones, tal vez? —mencionó en tono de broma y sonriendo de oreja a oreja.

—No lo creo. —Pretendí con ese enunciado bajar sus revoluciones, que de un momento a otro se habían disparado a mil.

—¿Por qué no? Me parece una muy buena idea. —Avanzó hasta sentarse a mi lado, confundida. Esperaba una pronta respuesta de mi parte, la que no temí exponer.

—Con mucho respeto te lo diré. No creo que logre tolerarte las veinticuatro horas del día a mi lado.

Esta vez, mi hermana rio como una loca de atar.

—¿No te das cuenta que es lo que necesitas para recuperarte?

—¿A ti? ¿Acosándome todo el tiempo? ¿No dejándome respirar? No, gracias. —Levanté las manos en señal de rendición, mientras Claudia me daba un caluroso beso en la mejilla.

—*It's my job* —pronunció en un perfecto inglés, cuando por mi parte rodaba mis ojos hacia un costado, hasta ponerlos en blanco, debido a lo que había mencionado con tanto poder de convencimiento—. Al menos, ¿lo pensarás?

Negué con mi cabeza, sintiendo como me daba un par de golpecitos en las costillas.

—De acuerdo, lo pensaré.

—¿Estás jugando conmigo, Manuela? O..., quizás, solo me estás engañando para verme feliz.

—Ni la primera opción ni la segunda. Ahora, tengo cosas que hacer. ¿Podrías marcharte? Quiero estar sola.

Claudia volvió a besarme la mejilla, pero se aseguró de darme también un apretado abrazo, de esos con los que lograba asfixiarme. Después de ello, se levantó y fue por su cartera, de la cual finalmente extrajo su teléfono celular.

—Dame un segundo, voy a llamar a Alex.

—¿Y quién es Alex?

—Mi taxi personal.

Asentí, recordando que al anterior lo había nombrado por Francisco. ¿O tal vez había dicho Javier?

Al cabo de una hora, y ya sobre mi cama, evoqué una a una las palabras de mi hermana. La quería, sí, pero a veces me agotaba al punto de que conseguía que mi cabeza diera vueltas y más vueltas, como una condenada rueda que no paraba de girar.

De acuerdo, ella tenía algo de razón, pero solo “algo”, ya que si Carolina aún estuviera aquí, no le agradecería para nada mi comportamiento. Tal vez, y hasta se habría marchado con su padre al verme convertida en un verdadero “esperpento”.

Fijé la vista en el cielo de mi cuarto y razoné. Ya le había dado pie a mi hermana para que intentara sacarme de mi cueva, y ella parecía demasiado decidida a hacerme reaccionar. ¿Y entonces? ¿Cómo iba a quitármela de encima y a pretender no morir en el intento?

Era definitivo. Necesitaba una pronta solución antes que ella me impusiera a toda costa una de las suyas.

Capítulo 2



Transcurrió algo de tiempo desde que Claudia tuvo la maravillosa idea de sacarme a como diera lugar de mi solitario refugio. Por lo tanto, en su afán de hacer las cosas bien, no paró de traerme folletos de viajes, y asimismo, de mostrarme videos promocionales de los posibles lugares que harían de mí una nueva mujer. Estaba loca si creía que el Caribe acabaría con mi dolor. No, si yo iba a salir de aquí, sería a mi manera, y estaba demasiado segura que eso no incluía palmeras, cuerpos bronceados y sudorosos, barra libre, clases de salsa o de bachata, ni mucho menos playas nudistas de arenas blancas y aguas turquesas.

Por ende, le dije que no a cada una de sus magníficas opiniones, provocando en ella cierta molestia y desilusión, cuando más bien, ya se imaginaba vestida con traje de baño y de panza al sol, bronceándose como una brocheta.

Lo bueno de todo esto, siempre se encargaba de mostrarme más alternativas. Lo malo, mi hermana había nacido para no rendirse con facilidad, haciéndome la vida un tanto más complicada de lo que ya lo era.

Entonces, ¿qué debía hacer? ¿Ceder ante sus requerimientos o... tomar por mi propia cuenta la iniciativa?

Lo pensé debidamente. Después de todo, la opción número dos parecía tener mayor sentido que la primera.

Estaba claro, tenía que largarme de aquí, aunque fuera al más recóndito lugar que existiera en el planeta.

Luego de un par de horas, y junto a una botella de vino comencé a ver fotografías, las que había guardado bajo siete llaves después de la muerte de

Carolina. En ese momento, no había tenido la entereza suficiente para verlas y recordar, pero ahora... después de transcurrido algo más de un año y medio, todo era tan diferente. El dolor aún estaba en mí, eso jamás se iba a acabar, pero no así las ganas de cerrar mis ojos y de terminar con mi existencia para verla y estar de nuevo con ella.

Tantas veces deseé no existir, tantas otras ansié dejar este mundo... pero no podía, por la simple razón de que era una maldita cobarde sin agallas, como siempre se encargó Rodrigo de hacérmelo notar.

Rodrigo...

Él también estaba en las fotografías. Había guardado para mí solo algunas de ellas, no como masoquismo barato, sino para recordar que un día él y yo habíamos sido felices y habíamos trabajado a la par para construir cada uno de nuestros sueños como un matrimonio y también como una familia.

Una a una las acaricié con las yemas de mis dedos, evocando aquellos momentos a la luz de la chimenea. Pero también sonreí agradecida de haber tenido la oportunidad de haberlos vivido.

Cualquiera, en mis zapatos, se habría deshecho de todo lo concerniente a él, tal vez para borrarlo rotundamente de mi presente, quizás, para pretender creer que nunca existió, pero yo no, yo sencillamente no podía apartar de mí un pasado que me había hecho sentir verdaderamente plena.

Lo que vino después... sucedió, y bueno, el destino lo quiso así. Tal vez, yo tuve la culpa de todo, o solo Rodrigo se desenamoró de mí. No lo sé. Solo sé que me engañó y terminó alejándose, aludiendo a que ya no me amaba y que no le hacía falta a su vida. Que deseaba continuar sin mí y ser otra persona, libre, renovada y sin ataduras. Y eso fue lo que le di, simplemente, porque ya no podía retenerlo a mi lado. No existían fórmulas, no había maneras, no había amor. En breves palabras, ya no podía seguir mendigándole por un poco de su cariño.

Bebí un largo sorbo de mi merlot y desperdigué aquellas fotografías por sobre mis pies descalzos para poner mayor atención en las que salía retratada Carolina, pero con tan solo diez años de edad.

En ese tiempo nos creíamos unas aventureras, por lo tanto, planificamos nuestras vacaciones en un lejano lugar, donde abundaban las grandes montañas, donde el cielo parecía juntarse con el mar, entre canales y fiordos,

entre glaciares milenarios, donde la naturaleza indómita se mostraba en todo su esplendor y nos hacía recordar que ante ella no éramos nada.

Un lugar increíble, además de mágico, hermoso y especial, del cual me enamoré, al igual que lo hizo mi hija, y al que prometí regresar, ciertamente, algún día.

Suspiré al tomar una fotografía, una en la cual nos encontrábamos con los brazos abiertos, simulando ser un par de estrellas en tierra, cuando más bien, una de nosotras ya había partido para convertirse en una resplandeciente estrella fugaz digna del más bello firmamento.

—Por ti —admiré lo que no dejaban de contemplar mis ojos verdes—. Volveré... por ti —aseguré, bebiendo todo el contenido de lo que quedaba en mi copa de vino, hallando finalmente una respuesta.

El momento había llegado.

Tenía que comentarle a Claudia la decisión que había logrado tomar sin que gritara hasta cortarse las cuerdas vocales o le diera por regañarme, como acostumbraba hacerlo cada día de su vida.

Cuatro días habían pasado, en los cuales reuní el valor suficiente para decirle la verdad sobre mi viaje al sur del país, el que ya estaba planeado en casi su totalidad y con mi estadía y mi boleto de avión a punto de ser confirmados.

Esa noche terminé de cenar junto a ella en el comedor de mi casa, viendo otros folletos de posibles destinos que había traído consigo. Sol, playa, arena y mar, todo eso tenían en común, algo que verdaderamente no me producía ni siquiera un orgasmo.

—Claudia, creo que no necesitas desgastarte más —comencé, porque había llegado el momento de disparar mi arma contra ella, literalmente hablando.

—¿Por qué? ¿Ya te decidiste?

—Sí.

—¿Le vas a dar una clara posibilidad a una de las candentes playas de Centroamérica?

—No. —Le bajé los humos de inmediato, tal y como si le hubiese cortado el paracaídas para que cayera de bruces contra el piso, y no a medias. Si tenía que chillar, esperaba que lo hiciera ahora mismo.

—¿Entonces?

—Ya tomé una decisión. —Aparté mi plato a medio comer, al igual que los cubiertos. Luego, bebí algo de vino blanco, ya que hoy mi hermana se había esmerado al preparar un pescado al horno que había quedado delicioso. ¡Y cómo no!, si Claudia había estudiado cocina internacional y estaba segura de que algún día se convertiría en una chef muy exitosa. Pero por ahora se mantenía bajo el alero de un restaurante caribeño, trabajando y adquiriendo todavía más experiencia para un día triunfar, como soñaba que sucedería, al igual que lo hacía yo.

—¿A dónde nos marchamos, Manuela? —prosiguió sumamente interesada y ya frotándose las palmas de sus manos.

—A donde me marchó, querrás decir —corregí, consiguiendo que me mirara como si yo estuviera hablando en chino o japonés.

—¿Perdón? ¿Qué dijiste?

Intenté que mi tono de voz sonara lo más natural posible.

—Me voy al sur, y no sé por cuanto tiempo.

Mi hermana se quedó pasmada, como si de pronto la hubiesen congelado con un arma de hielo.

—Respira y dime algo. No te quedes callada.

—No estás hablando en serio, ¿verdad? Sí, esto es una más de tus maquiavélicas bromas.

—No. Esto no es una broma. Me voy al sur y es del todo real.

—Antes que continúes, dime algo, Manuela, ¿de dónde sacaste esa maravillosa idea?

—De Carolina.

Al instante, boqueó como lo hace un pez fuera del agua. Y luego de ello, bebió todo el contenido de su copa de vino blanco de una sola vez.

—Definitivamente, has perdido cada uno de tus tornillos. ¿Dónde mierda los has dejado, por Dios? ¿Cómo es eso que de Carolina?

—¿Cuál pregunta quieres que te responda primero?

Me miró con ganas de querer asesinarme, pero se contuvo, cerrando los ojos y creo que contando hasta cien.

—Prometimos volver —mencioné sin entregarle tantos detalles—, y creo que es el mejor momento para hacerlo.

Antes de volver a hablar, Claudia abrió los ojos y suspiró.

—¿Eres consciente de que esta vez no lo harás con ella, sino sola?

Asentí. Después de todo, yo no era tan idiota para saberlo.

—Pues, no te creo, Manuela. —Se levantó de la silla en la que se encontraba sentada, así sin más, pero evidentemente molesta.

—No necesitas creermme, Claudia, solo necesitas confiar en mí.

—¿Confiar en ti? ¿Para qué? ¿Para que en cada paso que des la recuerdes como si estuviera viva? ¿Cómo si fueras a hallarla en ese lugar, cuando tú y yo sabemos que ya no va a volver a casa?

Clavé mis ojos en el mantel de lino, negándome a responderle alguna estupidez que nos hiciera discutir y lanzarnos los platos.

Un silencio desgarrador se apoderó de ese ambiente, tensándolo. Un mutismo que nos alejó en demasía por algo más que un breve momento.

—¿Y tú crees que marchándome a una playa colmada de gente nudista sea lo mejor para mí?

Mi hermana no dijo nada. Prefirió ante todo guardar un implacable silencio.

—Lo siento, pero no voy a dar pie atrás. Me voy al sur te guste o no te guste.

Velozmente, movió su mano en señal de que no deseaba oírme más.

—Entonces, no cuentes conmigo para acompañarte.

—Disculpa, pero no estás invitada —articulé muy honestamente, levantándome de la silla para empezar a recoger los trastos. Ella, por su parte, se echó a reír a modo de burla, mientras me veía desaparecer y caminar en dirección a la cocina.

—¡Pues, que te vaya muy bien en el fin del mundo! ¡Y no olvides traerme un *souvenir* cuando estés de regreso en esta casa y con el rabo entre las piernas!

Me detuve de golpe ante su desafortunado comentario.

—¿Tienes que ser tan cruel?

—Sí, tan cruel como lo eres tú al no hacerme partícipe de tus ideas de mierda.

—No son ideas de mierda —repliqué, dejando todo en el fregadero—. Logré tomar una decisión después de algo más de quinientos cincuenta y cinco días sin mi hija, y tú vienes, me la recriminas y refriegas en la cara como si fueras mi madre. ¿Por qué lo haces? ¿Por qué eres así?

—¿Tan poco sutil? —agregó soberbiamente—. Bueno, será porque no confío en ti, porque te tengo miedo, y porque en el fondo creo que eres una loca suicida que en cualquier minuto se va alejar de mí, inevitablemente.

Me detuve en mi afán de mantenerme en mis cabales.

—Y además, porqué sé que estás buscando un pretexto para huir e ir hacia el encuentro de Carolina. ¿Quieres que siga hablando? ¿Quieres que te vomite todo lo que siento de una sola vez?

—Piensa lo que quieras, pero te prometo que hago esto para reconstruirme y no para morir.

—No lo sé, Manuela. Juro que ya no sé qué pensar de ti.

Claudia abandonó la cocina y caminó hacia la sala, desde la cual oí sus pasos ir de un lado hacia otro. Estaba nerviosa. Por mi parte, me limpié una osada lágrima que escapó de una de las comisuras de mis ojos, al mismo tiempo que me secaba las manos. A mi hermana no la vi venir en un buen rato, no hasta que la escuché hablar por teléfono y luego de ello caminar hasta donde me había dejado hace un par de minutos atrás.

—¿Dónde vas? —deseé saber, preocupada; sus ojos estaban enrojecidos,

al igual que su semblante. Claudia tenía mucha rabia acumulada, y lo que es peor, también estaba decepcionada de mí.

—A celebrar tu maravillosa idea con unos amigos. Me hará bien beber un poco. Te invitaría, pero —sonrió de agria manera, confirmándome que me quería mandar al demonio— siempre tienes otros planes, en los cuales nunca seré bien recibida.

—No digas eso, por favor.

Levantó una de sus manos en señal de que cerrara la boca. Y se colgó su cartera al hombro; al parecer, tenía algo de prisa.

—Digo lo que se me da la gana, porque es lo que pienso —en ese instante su móvil sonó, al que solo le miró la pantalla, cancelando la llamada—. Ah, ¿te puedo hacer una sugerencia? Digo, por si deseas escucharla.

Volví a asentir, sin nada más que añadir a esa conversación, que de pronto se había convertido en un monólogo.

—Procura no llevar nada de Carolina entre tus ropas, cuando decidas irte de viaje. Se supone que te vas a recuperar —enfaticó—, no a tratar de hallar a una hija que ya está muerta.

Su mirada intimidante y amenazadora me hizo temblar de una significativa manera.

—No te preocupes, me apartaré poco a poco de sus cosas —le informé—. Después de todo, es lo que siempre has querido que haga, ¿no? Que me deshaga de todo lo concerniente a mi hija.

—No seas idiota, por favor —bufó furiosa—. Lo que siempre he querido es que llesves a tu hija en el corazón y que asumas su muerte dignamente, pero no que imagines que todavía estás junto a ella, creándote ilusiones falsas que jamás se llegarán a concretar.

Mi voz se quebró. No supe qué responderle.

—Y que dejes de ser una irresponsable, para que vuelvas a vivir de una vez por todas. Afuera tienes una vida, por si no lo recuerdas. Si Rodrigo estuviera aquí...

—Pero no lo está. —Mis ojos se aguaron al instante—. Y no lo estará nunca más —subrayé, recordándoselo con frialdad—. Ahora soy solo yo. No

te olvides de eso.

Mi hermana evadió mi mirada mientras empuñaba su móvil en una de sus manos. Sabía que había hablado de más. Sabía que había incurrido en un error al mencionarlo.

—Lo lamento. No debí decir eso.

—Ya está. Vete con tus amigos y cuídate. Hablaremos en otra ocasión.

—¿Y eso cuándo será?

—Más temprano que tarde —afirmé, girándome sobre mis talones y dándole la espalda.

Por varios segundos, Claudia me observó sin nada que añadir, para con posterioridad, clavar la vista en el piso y salir de allí, raudamente.

Ya en la cama y aferrada a la almohada de mi hija, la que tenía forma de corazón, admiré el cielo de mi cuarto pensando en la charla que había mantenido con mi hermana, la que había terminado, como tantas otras veces, en una severa discusión.

Claudia se equivocaba. Lo sabía, podía verlo en sus ojos negros.

Sí, tenía miedo de mí y de lo que eventualmente yo podría llegar a hacer con mi persona. Pero al contrario de ella, yo ya no tenía miedo de mí misma, y eso iba a dejárselo en claro no solamente a ella, sino que a todos quienes pensaban lo peor.

No. No iba a convertirme en una estúpida y loca suicida.

Por ende, arreglaría todo cuanto antes para probarles que era capaz de llegar hasta el final, que era capaz de salir de mi zona de confort y convertirme en lo que era... en una mujer que podía seguir adelante aún a pesar de la derrota, de la agonía, del dolor y también de la adversidad.

Capítulo 3



No podía ser cierto.

Admiraba con cierto escepticismo las maletas a medio cerrar que tenía sobre mi cama. Ambas estaban a rebosar, pero aun así sabía que podría cerrarlas sin que tuviera que montarme encima de cada una de ellas.

Suspiré y giré sobre mis talones descalzos, observando una parte de mi clóset ahora vacío. Sí, había conseguido hacer un buen trabajo con la ropa de invierno.

—De acuerdo, Manuela, y ahora ¿dónde meterás los libros que vas a llevar?

Entrecerré la vista y exhalé mientras me rascaba la nuca. Después de todo, sabía que nada era tan bueno para ser perfecto.

Dos horas después de un extenso preámbulo en la entrada de mi casa, al fin logré poner un pie en la calle, el izquierdo para ser más exacta, y luego, mágicamente el derecho realizó el mismo movimiento, siguiéndolo a su compás.

Resolví salir de mi refugio por una sola razón, aunque la gente me asustaba, así como también sus miradas de reojo, sus voces que se alzaban de forma deliberada y la salvaje manera en la que se desplazaban, como si fueran meros coches de carrera de la fórmula 1. Pero a pesar de ello y de lo apretado que llevaba mi pecho, me animé a caminar a la estación de Metro más cercana, a la que ingresé mientras pretendía recordar el trayecto que realizaría hasta mi objetivo final.

Media hora después, la masa de gente me sacó del vagón sin que yo

hubiese pedido que lo hicieran. Al parecer, estaban todos confabulados en mi contra para que no dudara y menos diera pie atrás en lo que iba a realizar.

Ascendí por las escaleras de la estación hacia el exterior, con las manos metidas en los bolsillos de mi kimono negro con estampados de rosas rojas, cuando ya podía sentir la fresca brisa revolotear sobre mi rostro. Asimismo, me fijé en las hojas de los árboles, en sus copas inmensas, en el cielo azul grisáceo y colmado de smog que lo envolvía por doquier. «Sí, a pesar del tiempo, algunas cosas jamás cambian», pensé, ya con mis dos pies sobre la acera.

Mientras avanzaba mis piernas se hacían cada vez más pesadas, y por un momento las sentí como si estuvieran revestidas de concreto. Tal vez, querían decirme algo... Quizás, esto era lo que se sentía al estar allí y por primera vez frente al Cementerio General.

Viéndolo desde la acera, dudé en cruzar la calzada, y no por el hecho de que a esa hora de la mañana transitaran muchísimos vehículos por la avenida, sino por mi cobardía, la que había regresado a mí en gloria y majestad para mortificarme, o tal vez... para decirme que no podía entrar a ese lugar con las manos temblorosas y vacías.

Inhalé aire como si lo necesitara y admiré de reojo a mi alrededor, buscando lo que ya imaginaba en mi mente. Y cuando lo encontré, caminé hacia ese sitio para ir por lo que mis manos necesitaban sostener con urgencia.

—¿En qué la puedo ayudar? ¿Necesita algún ramito de flores? —preguntó la dependienta de una florería al verme, regalándome, además, una flamante sonrisa de oreja a oreja.

—Sí —respondí escuetamente, contemplando la belleza de todas ellas.

—¿Cuál de todas prefiere?

No lo sabía. Carolina nunca me había hablado sobre flores. Mi hija jamás me había mencionado cuáles eran precisamente sus favoritas.

Entrelacé mis manos con nerviosismo, sin saber qué decir, angustiándome. Y tragué saliva, porque de pronto sentí mi boca demasiado seca.

—No... lo sé —respondí a punto de estallar en llanto.

La mujer de al parecer sesenta y tantos años me observó con cierto dejo de

duda. Resulta que yo había ido a su florería por flores y ahora no sabía cuál de ellas comprar. Hasta para mí eso sonaba demasiado ilógico.

—No se preocupe —dijo muy amablemente, tendiéndome una de sus frías manos—, lo descubriremos muy pronto. Ahora, cuénteme, por favor, ¿qué color le apetece llevar? —Con aquella tan simple pregunta me sacó de mi ensimismamiento—. ¿Tiene en mente alguno en especial?

—Sí, violeta —respondí, dejándole en claro el color favorito de mi hija.

Al oírme, asintió, y después de echarle un breve vistazo al frontis de su tienda, se dispuso a preparar un pequeño ramo con bastante agilidad y soltura.

La vi ir y venir, acomodándolo todo; era muy buena en lo que hacía, lo que me dio a entender que sus manos, junto con ella, habían nacido para eso.

—¿Así está bien? —formuló luego de un breve lapso de tiempo.

—Sí —fue todo lo que pude responder, contemplando el bello ramo de violetas adornado con otras delicadas flores blancas, que las hacían resaltar por su belleza y frescura—. Gracias.

Le tendí un billete y olvidé el cambio. En realidad, ni siquiera esperé a que me lo regresara. Tan solo decidí salir de ahí con mi ramo, oyendo a la distancia su aguda voz.

Mi inquietante caminar hacia el cementerio se detuvo en el frontis de su entrada, en el cual las enormes puertas de hierro antiguo, a esa hora, ya se encontraban abiertas, dándome la bienvenida. Yo... tenía que ingresar, tenía que poner por primera vez un pie en ese sitio, pero mi cuerpo se negaba a hacerlo, mis piernas se negaban a avanzar y le ordenaban a mis pies que se mantuvieran clavados en el piso. ¿Por qué? Por una muy simple y evidente razón. Ni siquiera sabía a dónde debía dirigir cada uno de mis pasos.

Como mis torpes manos me lo permitieron, busqué mi móvil en el amplio bolsillo de mi kimono y, sin dudar, marqué el número de mi padre. Él lo resolvería. Los papás siempre lo resolvían todo.

Dos tonos de marcado y escuché su ronca y avejentada voz, después de tanto tiempo.

—¿Manuela? —preguntó atemorizado. No lo culpo, en más de quinientos cincuenta y cinco días ni siquiera había tenido tiempo de llamarlo.

—Papá... —titubeé, susurrando aquel apelativo.

—¿Qué sucede, hija? ¿Necesitas que vaya por ti? ¿Te sientes bien? ¿Tienes algún problema en casa?

—Sí, lo tengo, pero no en casa. Yo... no sé dónde... se encuentra y...

—¿Dónde se encuentra qué o quién, Manuela?

—Carolina —sollocé—. No sé dónde está Carolina, papá.

Lo oí suspirar, pero también gimotear bajito a través del móvil.

—Quiero verla —proseguí, dándole pistas con cada uno de mis enunciados—. Quiero verla, pero no sé dónde debo buscarla. Este lugar es inmenso, la gente me observa y yo... ¿Podrías... venir y decirme cómo puedo...?

—¿Querida mía, estás en el cementerio? —me interrumpió, deduciéndolo, cuando volvía a endurecer su tono de voz, a pesar de su increíble asombro. O al menos, eso intentó hacer durante unos segundos.

—Sí, le compré flores, pero aún no he podido entrar. Estoy desde hace un buen rato clavada en la puerta y..., no sé qué hacer, papá. No sé qué hacer o a dónde ir.

—Tranquila. Ahora mismo voy para allá. Por favor, y por lo que más quieras, no te muevas de ese sitio.

Y eso haría, porque a pesar de mi pavor, así lo había decidido.

Jamás estuve en ese lugar. Me había negado una y otra vez a poner un pie dentro. Mi padre se enfureció conmigo por mi reacción y me gritó en la cara que lo hiciera por Carolina. No le fue bien con su regaño, es más, los que le precedieron no tuvieron ni el más mínimo efecto en mí.

Ramiro Fernández me conocía, sabía de sobra lo terca que yo era, al igual como lo era él.

Un año y medio atrás...

—¡Tienes que estar allí! ¡Es tu hija a quien vamos a despedir tras su misa fúnebre!

—No voy a ir. Digas lo que digas, no entraré a ese sitio.

—¡Manuela, por favor!

—¡Manuela nada, papá! ¡Me niego rotundamente a ver a mi hija desaparecer metida en un cajón!

—¡Qué crees que pensará Carolina de ti!

—¡No lo sé! ¡Qué tal vez sigo siendo una maldita cobarde! —estallé, gritándoselo en la cara.

—Tienes que aceptarlo, mi amor. Con el dolor de tu alma tienes que asumir que Carolina ha dejado este mundo.

—¡Cállate! ¡No digas eso, por Dios!

—¿Y qué quieres que te diga? —expresó ya con lágrimas en sus ojos negros—. ¿Que mi nieta volverá? ¿Qué es cosa de tiempo para que regrese de sus vacaciones con su padre?

Me tapé los oídos con fuerza. No quería escucharlo. Ansiaba que dejara de hablar, y de gritar, y de chillar y...

—¡Basta!

—¡Basta tú! ¡Deja de comportarte como una muchacha malcriada! ¡Ya no eres una niña, eres toda una mujer!

Caí al suelo de rodillas, llorando sin la intención de detenerme.

—Es tu deber estar con tu hija hasta el final, ¿me oíste?

—¿Mi deber? —volví mi rostro hacia él, enjuagado en lágrimas—. Mi deber era cuidarla. Mi deber era protegerla y no lo hice como tal.

—No fue tu culpa. Acéptalo, por favor.

—¡Yo le dije que sí! —Grité a todo pulmón, encarándolo, mientras conseguía ponerme de pie sin trastabillar—. ¡Yo estaba feliz por ella! ¡La dejé ir sin advertir que el maldito destino me la arrancaría de mis brazos!

El dolor me carcomía las entrañas, segundo tras segundo.

—¡Y eso jamás me lo voy a perdonar, papá, pase el tiempo que pase!

—¡Pero tienes responsabilidades, y como tales las asumirás!

—¿Para qué? ¿Para mostrarle a todos quienes no la conocían una imagen de familia destrozada?

—¡Manuela, basta, por favor!

—¡No, papá, basta tú! ¡No sabes lo que es perder un hijo! ¡No sabes el dolor que llevo dentro! ¡No imaginas siquiera lo que se siente ser tan desgraciada y miserable!

Al escucharme su barbilla tembló, y de sus ojos cayeron varias lágrimas, las que de forma reiterada humedecieron su semblante.

—Es lo que somos —mencionó tras conseguir articularlo.

Moví mi cabeza de lado a lado, en forma de negativa.

—¿Somos? —pregunté como si eso no fuera real.

—Sí, Manuela, eso somos.

—Te equivocas. Al contrario de mí, tú sí tienes a tus dos hijas vivas, y también tienes a tu lado a tu mujer, esa es tu familia, papá. En cambio yo, perdí todo lo que tenía.

Su rostro se descompuso luego de escucharme.

—No tienes derecho a recriminármelo.

—No lo estoy haciendo, solo te lo estoy dando a entender, por si ya lo habías olvidado.

—Soy tu padre, Manuela. No merezco tu desprecio.

—Lo sé. Créeme que eso no se olvida tan fácilmente. Ahora... —alcé mi temblorosa mano en dirección hacia la puerta de mi dormitorio—, necesito que te marches, por favor.

—No me iré...

—¡Necesito que te vayas de mi casa ahora mismo! —lo interrumpí, endureciendo mi tono, dándole a entender con ello que esto no se trataba de

ninguna maldita broma.

Mi padre clavó sus ojos en el piso y sollozó, parecía un verdadero niño asustadizo. Luego, miró hacia la puerta, mientras no sabía qué hacer con su chaqueta negra, la que sostenía aferrada a una de sus avejentadas y trémulas manos.

—Pasaré a recogerte a las...

—No. Eso no sucederá.

—Manuela, es la misa fúnebre de tu hija —repitió malditamente no sé si por tercera o cuarta vez.

—¡He dicho que no!

—¡Eso lo veremos! —vociferó hecho un verdadero demonio, mirándome a los ojos con ira, pero a la vez con un incalculable dolor, indicándome con su dedo índice, para después caminar hacia la puerta, por la que definitivamente se marchó.

Pero al día siguiente regresó, así como lo había anunciado, y con Claudia y su madre, quienes a rastras me metieron a la ducha y me vistieron a pesar de todo lo que hice para que no me obligaran a verla metida en aquel ataúd.

De la misma forma me introdujeron en el auto y me llevaron a la iglesia, y una vez en su interior, decidí sentarme atrás, casi en los últimos asientos de ésta. Allí no podrían pelear, allí no podrían gritarme a su antojo. Allí, yo estaría lo bastante lejos de sus manos, de sus exigencias, y en especial, de esa urna.

Mi padre, ya un tanto resignado, avanzó hasta los primeros asientos, junto a su esposa, cuando Claudia se quedaba conmigo y se sentaba junto a mí. La miré de reojo, diciéndole con ese tan revelador movimiento que me dejara en paz, a lo que enseguida me respondió: “Olvídalo. No me iré a ningún otro sitio”.

Durante todo el transcurso del servicio religioso se mantuvo unida a mí, hablándome de Carolina. De los hermosos recuerdos que mantenía vivos en su corazón, así como también del vestido que había elegido para ella. De que había colocado unas fotografías a cada costado de su ataúd, a la altura de sus gélidas manos, y también su libro favorito, “Eleanor y Park”; sin olvidar, por supuesto, un par de sus figuritas de colección de “Magneto” y del gato de

Alicia en el país de las Maravillas, del que jamás recordó su nombre.

Suspiré con cada uno de sus comentarios. Estaba muy cansada para gritar, para rebatirla, para luchar y para exigirle que se callara. En cambio, eso a ella la hacía sentir tranquila, muy al contrario de mí, porque yo... solo oraba en silencio para que todo esto de una vez concluyera.

A pocos minutos de que la ceremonia fúnebre llegara a su fin, me levanté precipitadamente de mi asiento, y tomada del brazo de Claudia salí de la iglesia en el exacto momento en que Rodrigo les hablaba a quienes hoy habían asistido a acompañar a nuestra hija en su despedida.

—¿Te sientes bien? —Fue lo primero que me preguntó cuándo nos detuvimos, a tan solo unos pasos de las enormes puertas de madera.

—No, por eso tienes que dejarme ir —pedí a sabiendas de que no lo haría—. Sabes que aquí o allá no puedo estar, porque me derrumbaría.

Claudia me admiró sin nada que decir, sujetándome todavía el brazo con el poderío de su mano.

—Lo haré, pero bajo una condición —respondió para mi gran asombro.

Asentí. Algo mayor a mí me decía que tendría que aceptar su requerimiento. Por lo tanto, inhalé con prontitud y cerré los ojos, pensando en silencio.

—¿Qué quieres? —formulé, abriéndolos de golpe.

—Que te recuperes. No importa el tiempo que tengamos que esperar.

Tragué saliva ante lo que por ahora me pareció casi imposible de llevar a cabo.

—No es una enfermedad lo que padezco, Claudia. Ahora, debo irme.

—¿A dónde irás?

—A casa... con cada uno de mis recuerdos.

Sin nada más que añadir a nuestra escueta conversación, mi hermana me soltó, liberándome de su agarre, así como también de los fieros y abrumadores llamados que, de pronto, y a lo lejos, oí que emitía mi padre a viva voz.

Tiempo presente.

Ya en el coche, todo lo sentí más tibio que cuando estuve frente a la tumba de Carolina. Por varios momentos mi padre tuvo que sostenerme, creo que ambos teníamos miedo de que en algún instante yo fuera a desfallecer.

Y ahora, mientras intentaba calmar mi agitada respiración, al igual que cada una de mis pulsaciones, no dejaba de ver mis pies, en especial las botas negras y sin tacón que hoy llevaba puestas.

—Intenté llegar lo más rápido posible —expresó, queriendo oír mi voz—. ¿Qué duro ha sido esto, verdad?

Moví un par de veces mi cabeza hacia adelante, asintiendo.

—Creo que... después de tanto tiempo, al fin he logrado comprenderlo.

Ahora, volteé mi rostro para mirarlo, pero también a sus lágrimas, que no cesaban de caer desde las comisuras de sus entristecidos ojos negros. Y con posterioridad, me aferré a su mano, la que mantenía rígida sobre una de sus piernas.

—¿Sabes? —sorbió por la nariz antes de proseguir—. Por algo más que un instante pensé que jamás iba a recuperarte. —Le bastó solo un rápido movimiento para entrelazar su mano a la mía, fuertemente—. Te extrañé. Te extrañé tanto mi Manuela.

Mi padre no mentía, y yo lo sabía. Por ende, lo abracé con todas mis fuerzas, porque lo necesitaba como él me necesitaba a mí.

—Estoy orgulloso de ti —afirmó decididamente.

—Estoy lista para marcharme —revelé, consiguiendo que volviera a escuchar mi voz—, y espero que lo entiendas y que no me pidas explicaciones que no voy a darte.

Mi padre no me soltó y yo no lo solté a él. Tampoco gritó o terminó recriminándome, como había sucedido en tantas y tantas otras oportunidades.

—Me voy mañana —continué, percibiendo el pausado latir de su corazón—, ¿podrías desearme buen viaje?

Muy lentamente se separó de mí para verme con esa mirada especial, con la que yo tanto extrañaba que me observara.

—Si me prometes que vas a regresar —profirió, sujetando con sus manos mi cabeza, para aferrarse también al brillo inconfundible de mis ojos verdes, la misma tonalidad de los ojos de mi difunta madre.

—Lo haré. Es una promesa —aseguré, hundiendo mi rostro entre sus manos, a las que besé, tal y como lo hacía cuando era una niña.

Capítulo 4



—¡No puedo creerlo! ¿Dejarás que se vaya así como así?

Ramiro Fernández prefirió guardar silencio, mientras su vista se quedaba fija en el licor escarlata que a ratos bebía.

—¡Tu hija no está en sus cabales, papá! —exclamó Claudia exasperada, levantando las manos al caminar de un lugar a otro, al interior de la habitación en la cual ambos se encontraban; el despacho de su padre para ser exactos—. ¡Quiere huir de ti, de mí, de la vida! ¿Qué no lo entiendes?

—Tu hermana no quiere huir, y hoy me di cuenta de ello —le contestó, deteniéndola con su enunciado.

—¿Qué? No te entiendo.

—Yo tampoco la entendía hasta que... hoy logró llamarme por teléfono a eso de las once de la mañana —le confió.

Claudia se paralizó sin saber qué hacer o qué decir al ver a su padre tan emocionado con el proceder de su hija mayor.

—Lo que realizó fue un verdadero acto de valentía, y la más grande señal de que quiere salir adelante, a pesar del innegable dolor que lleva por dentro.

La joven suspiró con intensidad, y luego se refregó los ojos con una de sus manos.

—¿Podrías ser más claro, por favor? —pidió tras fruncir el entrecejo, mientras su padre dejaba la copa con el alcohol a un costado de su bergere de color café y le tendía una de sus avejentadas manos, esperando que la tomara.

Claudia así lo hizo, después de algunos segundos, sentándose finalmente en

el piso, junto a él.

—Tu hermana necesitaba ayuda —comenzó a entregarle detalles de lo vivido esta mañana—, quería encontrar a Carolina.

Claudia cerró los ojos y se lamentó.

—¿Encontrarla?, ¿dónde? —formuló sin siquiera abrirlos, pensando lo peor.

—En el Cementerio General —le explicó, logrando que con esas cuatro palabras la joven abriera sus párpados de golpe.

—¿En el Cementerio General? —replicó no plenamente convencida y muy extrañada con la información.

—Así es. Necesitaba ver a su hija antes de marcharse.

Claudia no podía creerlo. No lograba concebir que su hermana hubiese realizado semejante acto después de vivir un año y medio en plena soledad, sumida en el padecimiento, y asimismo, después de haber mandado al demonio a cada uno de los psiquiatras que le habían conseguido para que la ayudaran y le dieran un tratamiento.

—¿Estás...?

—¿Hablando en serio? Sí. —Su padre sonrió como hace mucho tiempo no lo hacía, contagiándola, mientras Claudia se acomodaba de mejor manera, poniéndose de rodillas frente a él.

—La vi —comentó Ramiro, pero ahora aferrado a las dos manos de su hija menor—. Después de tanto tiempo, finalmente vi y abracé a mi Manuela, mi amor.

Su hija lloró en silencio. Le dolía el pecho, la panza, y también el corazón, pero de alegría. De profunda y sincera alegría.

—Por eso debemos respetar su decisión. Por eso... debemos ser más fuertes que antes, Claudia.

—¿Aunque nos duela el alma? —preguntó entre sollozos, ocultando su humedecido rostro en su pecho.

—Sí, aunque nos duela el alma —Ramiro tendió una de sus manos sobre su largo y liso cabello castaño, característica física que ambas hermanas

compartían, al que acarició muy dulcemente segundos después—. Me entenderás... cuando también te duela el alma —comentó de pronto, llamando la atención de la muchacha, que no demoró en levantar la vista para mirarlo directamente a sus ojos cristalinos.

—Eso fue lo que muchas veces Manuela nos dijo.

Su padre sonrió, cuando varias lágrimas caían raudas por cada uno de sus pómulos enrojecidos.

—Las cicatrices invisibles son las más difíciles de borrar.

Avergonzada, Claudia rodó los ojos hacia un costado.

—Yo... solo quería ayudarla.

—Y ella lo sabe, hija mía, y también sabe lo mucho que te preocupas por su persona. Pero necesita a su soledad ahora más que nunca para que su corazón vuelva a latir.

—No sé si yo pueda... —Claudia cerró sus párpados y frunció el entrecejo.

—Podrás, hija. Por de pronto, evita tener miedo, y solo imagina lo precioso que puede ser arriesgarse y pensar que todo va a salir bien.

—¿Una vez más?

—Y valientemente, Claudia. Tú sabes de eso —le aseguró, acariciando ahora su mejilla y dando por finalizada aquella conversación.

No lograba dormir. Me parecía que esa noche el sueño me había abandonado.

Aferrada a la almohada en forma de corazón de Carolina, admiré el cielo de mi habitación, y pensé en papá, en Claudia y también en su madre, de quienes no había querido despedirme de manera presencial, pero sí les había dejado a cada uno unos mensajes en la parte superior de la congeladora. ¿Por qué lo había elegido precisamente así? Porque más temprano que tarde mi hermana vendría a casa, aunque yo ya no estuviera en ella para recibirla.

Me acomodé de mejor manera sobre mi cama y suspiré, como lo hacía siempre que algo me agobiaba, y esta noche la razón era muy simple de entender: dentro de unas horas subiría a un avión que me llevaría al sur del país, quizás, para recuperar lo que un día había perdido.

Me pareció que hace tan solo un instante había conseguido cerrar los ojos cuando el despertador de mi móvil sonó, dándome a entender que mi momento al fin había llegado.

Me levanté con prisa, me duché, me vestí, y elegí una tenida casual. Era una mujer de treinta y ocho años de edad, por lo tanto, tenía que verme como tal, aunque pensándolo bien, ¿por qué tenía que preocuparme por los demás? ¿Por qué tenía que agradar a otros si ya era tiempo de agradarme a mí misma?

Opté por la segunda opción y sonreí a medias. Sí, de un tiempo hasta la fecha las segundas posibilidades tenían más efecto en mí que las primeras.

Por lo tanto, me vestí de Manuela, de la mujer que un día había sido y a la que había apartado de mí por cautivar a mi marido, lejos de la sofisticación, de la elegancia, y por qué no decirlo, de la sobriedad. Por ende, tan solo necesité unos jeans semi claros, una camiseta negra algo ajustada y una chaqueta de mezclilla de una tonalidad un poco más oscura que el celeste tradicional. Y zapatillas, lo bastante cómodas, por lo demás.

Cuando estuve lista, le eché una ojeada a mi reloj de pulsera. Estaba bien de tiempo y eso me supo a gloria, porque cuando trabajaba como maestra en el colegio de religiosas siempre, para evitar llegar tarde, tenía que correr.

Y hoy no era precisamente el caso.

Un poco de café no me haría mal, tampoco lo que ya tenía dispuesto en mi cartera. Precisaba de ellas para continuar si quería que todo esto funcionara, tal y como lo tenía presupuestado.

Un momento después, el timbre de mi casa sonó un par de veces, y ya con las maletas en la puerta, caminé hacia la entrada para dar por finiquitado todo este ritual que me sabía a magia, a la que me había otorgado el universo,

quizás, y también Carolina.

Abrí la puerta y encontré, para mi asombro, a mi hermana con un presente en sus manos. Sin nada que decir, me abrazó y me entregó lo que yo recibí confusamente por el color que tenían sus ojos hinchados. Claudia había llorado hasta cansarse, la conocía, no me lo podía ocultar. Jamás había sido buena disimulando.

Inesperadamente, los sonidos de una bocina nos sorprendieron y a la vez nos apartaron de nuestros pensamientos.

—Para capear el frío —me dijo en alusión al regalo que me había dado, otorgándome un guiño con uno de sus ojos negros—. Te ayudo —añadió, mientras se acercaba a una de mis maletas para cargarla—. Si quieres da una última vuelta antes de salir. Yo me ocupo de todo.

Así lo hice, pero desde mi sitio, admirando a mi derredor, recordando y sonriendo a medias, tranquila, sin saber a ciencia cierta cuánto tiempo transcurriría hasta que pudiera volver a pisar mi casa otra vez.

Unos minutos después, lo único que oí a lo lejos fue la puerta cerrándose estruendosamente.

Capítulo 5



Me parecía que aún seguía flotando... Y también, que aún tenía el zumbido molesto en el oído izquierdo producto del aterrizaje. Seguramente, eso tenía que ver con mi presión y la tensión que me invadió al momento de ver el avión posado en la loza del aeropuerto.

Nervios.

La verdad, sentí muchísimos nervios de subir a ese aparato, aunque ya lo había hecho en otra ocasión, pero jamás sola, jamás huyendo, jamás... sin que nadie me tomara de la mano y me dijera que todo iba a estar bien.

Suspiré sin poder reprimir un temblorcillo que me sacudió de pies a cabeza.

Salí de mi ciudad con un clima bastante agradable, ¿y con qué me encontré a mi llegada a este lugar? Nada menos que con un frío invernal que me hacía sentir que yo estaba metida dentro de una congeladora, esperando el transporte que me llevaría a mi destino.

Sin siquiera dudarlo, me dispuse a sacar mi chaqueta de plumas desde el interior de una de mis maletas. Tenía que entrar en calor, aunque también me moría por conseguir un mocaccino.

A través del cristal del edificio del aeropuerto de esta sureña ciudad, pude distinguir cómo las copas de los árboles nativos de la zona se movían producto de las ráfagas de viento que soplaban fuertemente, así como también cómo desestabilizaban a quienes se encontraban en los estacionamientos, subiendo sus equipajes a sus coches.

Lo recordaba. Había estado aquí en otra época del año donde el clima era

muy distinto, y no como ahora, viendo el cielo nuboso y pendiente de que el aguacero fuera a estallar en cualquier minuto.

Tras un par de intentos fallidos conseguí desplazarme hasta una cafetería, no sin antes obtener información sobre cada cuanto llegaba el transporte terrestre al aeropuerto. “Cada una hora” me respondieron con amabilidad, por lo que tenía tiempo suficiente para beber un confortante café y esperar sin prisa por él en los estacionamientos.

Al cabo de una hora y con exactitud, lo vi aparcar a lo lejos, por lo que me apresuré a abordarlo.

—Buenas tardes —me saludó el auxiliar del autobús, cuando me tocó mi turno.

—Buenas tardes —respondí, pretendiendo mantener controlado mi cuerpo que poco a poco sucumbía al frío del lugar, estremeciéndose.

—¿Hacia dónde se dirige? —Quiso saber mientras acomodaba otras maletas, antes de meter las mías al interior del portaequipaje.

—A Puerto Natales —mencioné, observando que abría otro compartimento, donde finalmente las metió, una a una—. Son... tres horas de viaje, ¿verdad?

—Alrededor de tres horas con quince minutos —me explicó, entregándome los correspondientes tickets de mis maletas—. Ya puede subir, señora. Que disfrute el viaje. —Me regaló una sonrisa afable y me dio la espalda para realizar el mismo ritual con otros desconocidos, precisamente una pareja de turistas que hablaban en una lengua extranjera.

“Señora”, rememoré, y sonreí.

Un momento después, el movimiento acompasado del autobús consiguió relajarme y destensar cada uno de mis músculos contraídos, pero no así mis ojos expectantes que seguían pegados a la ventana, admirando y disfrutando del espléndido paisaje con el que dejaba el aeropuerto atrás.

De pronto, vinieron a mi mente las palabras de mi hermana ante nuestra innegable despedida en la acera, frente a mi casa, y muy temprano por la mañana.

“—¿Te sorprende que esté aquí, verdad?

—En parte —respondí, evadiendo su mirada, mientras entrelazaba nerviosamente algunos de mis dedos.

—¿Te cuidarás?

—No voy a cometer una locura, Claudia.

—Lo sé —sorbió por la nariz y pretendió sonreír de medio lado—. En el fondo, Manuela, yo lo sé.

—Me alegro. Gracias por el regalo. No debiste molestarte.

—Sé que lo vas a necesitar. Después de todo, allá hace mucho frío, ¿no?

Asentí sin nada más que añadir a su comentario.

—Ya es tarde. No quiero ni pretendo demorar más. —Sin que lo vislumbrara, le planté un beso en la mejilla, asombrándola con ese tan cariñoso gesto—. Cuida a papá, por favor, y dile que lo quiero.

Por segunda vez mi hermana se quedó callada, mientras por mi parte abría la puerta del taxi y me metía en él, dedicándole desde dentro un vago movimiento con una de mis manos en señal de despedida, al que correspondió en el acto, hasta que desaparecí.”

Conseguí abrir los ojos al sentir que el transporte se había detenido, constatando que finalmente había llegado a mi destino.

Todo estaba tan distinto, comenzando por el rodoviario que había crecido una enormidad después de más de siete años que había demorado en regresar a este sitio. Ahora, todo lucía un tanto innovador. Era inevitable, siendo que de alguna u otra forma, hasta los más pequeños lugares estaban supeditados a los avances de la tecnología y la modernidad.

De repente, en Puerto Natales comenzó a caer una fina llovizna y también empecé a sentir el viento frío, calándome los huesos. Pero eso estaba bien para mí. Después de todo, así yo lo había querido.

Tuve que cruzar toda la ciudad para llegar al lugar en el cual me hospedaría, un grupo de cabañas que se situaban muy cerca de la costanera, específicamente en uno de los accesos, donde yacía un monumento que se erigía en honor a un animal muy especial, el denominado “monstruo de las cavernas”; prehistórico, herbívoro y que en tamaño había sido más grande que un oso polar; con garras inmensas y un colosal tamaño, sobre todo cuando se paraba en dos patas. Sí, el que había habitado estas tierras hace millones de años.

Muchísimas veces oí ese tipo de descripciones en mi primer viaje, junto a Carolina, y ella había quedado fascinada, al punto que se había fotografiado con aquella enorme estatua; así como también habíamos llevado a cabo el tour correspondiente para conocer la famosa cueva en donde el animal prehistórico había vivido hasta su extinción. Y por supuesto, adquirido el más que conocido *merchandaising* que ofrecían tanto en ese lugar como también en la zona. Y hoy, todo volvía a suceder de la misma manera, porque el chofer del taxi que me conducía a mi nuevo hogar no paraba de hablar de aquel animal extinto, llamado y conocido por todos como “Milodón”.

Unos minutos después, logró estacionarse frente al complejo de cabañas, que lucían aún más hermosas que la primera vez que yo había estado en este sitio. Todas se ubicaban en lo alto de un cerro, todas poseían una similar estructura, en forma de terrazas, y solo se diferenciaban por su posición. Porque algunas yacían de frente y otras lo hacían de costado, pero siempre sus balcones se hallaban en dirección a la costanera; en aquella donde los maravillosos paisajes que la circundaban estaban dotados de increíbles panorámicas, así como también de una fauna y una flora sorprendente, en la cual se imponían las gaviotas, los flamencos y los patos silvestres que nadaban en la orilla con sus crías, siguiéndolos a su compás.

Sonreí ante una nítida evocación que tenía que ver con Carolina, olvidándome por un momento de todo lo demás.

—Señora, es aquí, ¿verdad?

No respondí al estar ensimismada en mis recuerdos.

—Señora, ¡señora! —Sentí la pesada y fría mano del chofer del taxi sobre mi hombro, quien ya con la puerta abierta del vehículo y mis maletas situadas

frente a la recepción, esperaba que yo dijera algo.

—Lo lamento. Yo... solo... pensaba —me disculpé entre balbuceos, extrañada de no verlo en el asiento delantero, frente al volante, donde se suponía que debía estar. ¿En qué momento había bajado tan rápido del auto? —. Me distraje. Perdón —añadí, tomando mi cartera y un pequeño bolso que traía conmigo. Luego de ello, cancelé la tarifa que habíamos acordado en el rodoviario, bajándome finalmente del vehículo. Y con posterioridad, lo vi salir veloz, no sin antes despedirse de mí con una amabilidad que me dejó bastante inquieta; la que en mi ciudad no se practicaba desde hacía tanto tiempo, y que, la verdad, también se echaba de menos.

Antes de entrar a la recepción, admiré nuevamente las cabañas. Al parecer, las dos inferiores estaban ocupadas.

—¡Buenas noches! —Oí a mi espalda que exclamó una femenina cadencia que por un brevísimo instante me sobresaltó. Me volteé velozmente hacia ella para verla y saludarla.

—Buenas noches.

—Usted debe ser la señora Manuela Fernández, ¿no? —La mujer de mediana estatura alzó todavía más la voz y a pasos ligeros avanzó hacia mí. Por mi parte, asentí, queriendo que evitara pronunciar esa palabra, “señora”, la que ya había escuchado varias veces y en tan poco tiempo. Sinceramente, ya no me sentía identificada como tal.

—Solo llámeme Manuela, por favor —pedí.

—Un placer, Manuela. —Me tendió su mano sin hacer ningún tipo de comentario, la que de inmediato sentí bastante poderosa, por cómo estrechó la mía, con esa fuerza intrínseca de una mujer esforzada y trabajadora.

—Lo mismo digo. —Me remecí con aquel saludo preponderante, el que no acostumbraba a recibir.

—Soy Hortensia, la dueña de este lugar y tu casera —me explicó, al tiempo que me soltaba—. ¿Qué tal estuvo el viaje?

—Todo bien, señora Hortensia. Gracias.

Al oírme, enarcó una de sus blanquecinas cejas y sonrió.

—No me llames señora, muchacha. Para ti soy solo Hortensia, ¿te parece

bien?

—Perfecto —contesté, forzándome a regalarle una sonrisa en agradecimiento a la mujer a la que fácilmente le sacaba dos cabezas de altura.

—¿Entramos? Deja que te ayude con una de tus maletas.

—Están pesadas —advertí, pero haciendo caso omiso a mi acotación, se carcajeó con un leve tono burlesco, cargando una de ellas, como si en su interior solo hubiesen plumas.

—No para mí. Sígueme, Manuela.

Así lo hice, admirando verdaderamente sorprendida cómo subía con una de ellas las escaleras. ¿Qué edad tendría esta mujer? ¿Alrededor de 78, quizás?

Después de todo el papeleo en la primera cabaña, en la que una parte de ella funcionaba como recepción, finalmente me invitó a conocer la que sería mi casa. La que se ubicaba en lo más alto de la colina. La primera, para ser más exacta, una más de las que conformaban el complejo habitacional de “La flor del Calafate”.

El lugar era acogedor, además de cálido, amplio, y con lo estrictamente necesario para vivir cómoda y tranquila, tal y como lo había querido y vislumbrado desde un principio.

Hortensia, en su afán de explicarme hasta el más mínimo detalle, no paró de hablar con un acento algo “cantadito”, el que ciertamente para ella era normal, no así para mí; y con una modulación extraordinaria, digna de una presentadora de televisión.

Asentí frente a todo lo que mencionó, aunque en realidad, del 100% solo logré escuchar la mitad de ello. ¿Debido a qué? A que los recuerdos en mi cabeza se hacían cada vez más reales, debilitando mi poder de comprensión y concentración. Hortensia se dio cuenta de eso cuando me estaba explicando en detalle lo de la televisión por cable y el Wifi.

—¿Te encuentras bien, Manuela?

—Sí, solo estoy un poco cansada.

—Entonces, te dejo para que puedas descansar. Enseguida pediré que te suban algo de comer.

—No se moleste. Por hoy estaré bien. Gracias.

—Muchacha, no puedes irte a la cama con las tripas vacías —expresó, dejándomelo muy en claro.

—Es que... no tengo hambre. —Alcé mis hombros en clara señal de que no pretendía discutir.

—Pues vas a comer aunque sea una sopa. Le diré a Tatiana que te la suba en un momento.

—Señora Hortensia —la interrumpí, deteniéndola. ¡Maldición! No quería que nuestra relación empezara con el pie izquierdo, porque ella parecía ser una buena y simpática mujer.

—Sin peros, muchacha —añadió enérgicamente—. Espero que no te ofendas por cómo te he llamado, pero a mi edad los nombres son para mí verdadero un problema.

—Descuide. Pero creo que...

—Vas a comer —me aseguró, dándolo por sabido—. La sopa no te hará engordar, al contrario, le brindará calor a tu cuerpo.

Iba a rebatirla, pero en cuanto quise hacerlo, levantó uno de sus dedos y me acalló, dándome a entender que debía aceptar sin hacer ningún reclamo.

—Forma parte de mi hospitalidad. Además, no muchas personas vienen a este lugar a tan solo un mes de que comience el invierno. La temporada alta de “La flor del Calafate” es en verano. Así que comprenderás mis ansias y mi impaciencia al tenerte hoy aquí.

Asentí mientras la veía caminar hacia el umbral de la entrada.

—Gracias —susurré, viéndola salir.

—Por nada —contestó desde fuera, dándole un estrépito golpe a la puerta.

Capítulo 6



No podía cerrar los ojos, ni siquiera ante el fuerte viento y la violenta lluvia que se dejaba sentir, pero no por temor, sino por el hecho de que todavía me parecía demasiado increíble estar precisamente aquí, nada menos que en la cabaña que un día había estado mi hija.

Mis párpados me pesaban, al igual que todo mi extenuado cuerpo, mientras la techumbre crujía y afuera se desataba lo inevitable.

—No tengas miedo —mencioné en un leve murmullo al fijar la vista en el vacío costado de mi amplia cama—. Mami ya está aquí. —Y sin tener en mis manos la almohada en forma de corazón de Carolina, me aferré a la que ahora se encontraba a mi lado, pulcra y de un blanco casi radiante, pensando en ella... e ineludiblemente pensando en mí.

A la mañana siguiente, lo primero que hice fue mirar por la ventana, siendo las siete con treinta minutos. Bravo. Aquí o allá mi reloj biológico jamás me abandonaba.

Afuera no llovía, la tormenta había cesado, pero aún el cielo estaba pintado de gris, dándome a entender que de un momento a otro seguiría lloviendo.

Así era la magia del sur. Realmente impredecible.

Busqué mi ropa en cada una de mis maletas, y luego de tomar una ducha rápida, me vestí de acuerdo a la ocasión, procurando abrigarme con lo necesario, ya que me aprontaba a realizar mi primera caminata, y para ello había elegido comenzar por la costanera, de punta a punta, de cabo a cabo.

Antes de salir de casa hice la cama y ordené un poco el caos que había

dejado sobre ella, apilando la ropa por sobre las maletas a medio cerrar. Y luego, me dirigí hacia la puerta, por la cual salí, sintiendo enseguida el gélido aire frío abofetearme el rostro con dureza.

Lo disfruté, y más al pensar en un delicioso café que seguro tomaría cuando llegara al centro de Puerto Natales, recorrido que haría dentro de tan solo diez minutos, porque exactamente eso me demoraría en llegar a la calle principal; claro, si apresuraba el paso.

Metí las manos en los bolsillos de mi chaqueta engomada y bajé por las escaleras, muy cautelosamente, porque el piso, debido al frío, podía estar algo resbaladizo.

—No vas a caer —me dije, decretándolo en mi mente, al mismo tiempo que sorpresivamente oía mi nombre a mi espalda, desde la voz de mi casera.

—¡Buen día, Manuela!

—¡Buen día! —me animé a contestar, admirándola a la distancia.

—¿Dónde crees que vas sin haber comido nada?

La hospitalidad de esa mujer comenzaba a ser un tanto obsesiva. De acuerdo, ella solo deseaba que me encontrara a gusto en este lugar, y yo lo estaba, pero sin tantas preguntas, y por ende, sin tener que darle tantas respuestas.

—¡A caminar! —comenté sin entregarle tantos detalles—. ¡Volveré más tarde!

—¡Me debes un café! —vociferó, levantando una de sus manos en señal de despedida, gesto que imité con una de las mías, esperando que eso no sucediese nunca. ¿Mi razón? Amaba mi soledad por sobre todas las cosas. Me había acostumbrado tanto a ella que, la verdad, no me apetecía hablar con nadie, y no por egoísmo, pero sí por convicción; una que por lo demás no estaba dispuesta a cambiar por nada ni por nadie.

Había evadido el café de Hortensia por tres días, saliendo más temprano de lo habitual o llegando a casa lo bastante tarde con todo lo que necesitaba para sobrevivir, si de alimentación se trataba.

La cabaña tenía una cocina americana que pronto tendría que animarme a ocupar, y la despensa y el refrigerador ahora se hallaban lo suficientemente

abarrotaos para que yo no tuviese que ir por ahí a beber un café o a comer algo, ya que entre otras cosas debía ordenar el pequeño desastre en el que se había convertido mi nuevo hogar en tan solo unos pocos días.

Mientras lo hacía pensaba en varias cosas a la vez, como el hecho de sentirme segura en un sitio que no era mi hogar y con gente que no me conocía, y a la que yo no había visto nunca. ¿Sería, acaso, por el simple hecho de que parecía un fantasma en medio de esa multitud, en la cual sabía que no iba a encontrar a mi padre, a mi hermana, ni a Rodrigo? Y por supuesto, a nadie que supiera que yo estaba huyendo de mi presente para, quizás, recobrar mi tan anhelado pasado junto a Carolina.

Sin exigencias. Sin enjuiciamientos. Sin ningún tipo de ordenanza hacia mi persona. Y lo mejor de todo, sin explicaciones, de las que ya estaba harta. Porque aquí me sonreían, eran amables, me dedicaban pequeños asentimientos con la cabeza, pero nada más, y eso era como un alimento para mi abatida alma.

Cuando me disponía a sacar la basura advertí que un par de cabañas más se encontraban iluminadas, a las que contemplé por un breve momento antes de volver a entrar a la mía. En eso estaba, a punto de cerrar la puerta, cuando una voz a mi espalda que proclamó mi nombre me sobresaltó, erizándome la piel por completo.

—Buenas noches, Manuela. ¿Cómo estás?

Me volteé con rapidez.

—A punto de acostarme —mencioné, aferrándome a esas palabras como si fueran mi único salvavidas. Hortensia, en cambio, sonrió y hasta se carcajeó al notar mi “maravilloso entusiasmo” al verla frente al umbral de mi cabaña.

—Seguramente, debes estar muy cansada. Hoy te vi en el mercado.

—¿Ah sí?

—Sí, comprabas verduras.

Asentí sin nada más que acotar mientras no me quitaba la vista de encima.

—Y bebiendo café en el “Café Austral”.

¡Diablos! Era buena.

Asentí otra vez y tragué saliva nerviosamente, pero ahora procurando añadir:

—Para engañar al frío.

—Claro, no para ti, sino para el frío. Entiendo.

Suspiré vaticinando que no podría zafar de ésta otra vez.

—Dicen que son deliciosos. Aunque he vivido toda mi vida en este sitio, nunca he estado en ese lugar.

Enarqué una de mis cejas al oírla.

—Y he oído que hay de muchos sabores —añadió, descolocándome, porque ¿me estaba haciendo sentir culpable por haber rechazado y huido en varias ocasiones de su tan amable invitación? Sí. Claro que lo estaba haciendo, pero con disfrazada cortesía.

—He tomado mejores —respondí sin darle mucho énfasis a lo que decía, rascándome la nuca—. Es más, creo que ahora me apetece tomar uno bien cargado.

—¿Y con malicia? —preguntó de pronto, haciéndome sonreír y comprender aquella interrogante. Moví mi cabeza hacia adelante, sin más que aceptar su encubierta invitación.

—Con un poco de malicia sureña estaría bien para mí. Gracias. Voy por mi chaqueta.

Con la linterna que cargaba en una de sus manos alumbró nuestro camino mientras bajábamos la pendiente por las escalinatas, las que se encontraban a un costado del gran número de cabañas que conformaban el complejo, y de las dos que ahora poseían sus luces interiores encendidas, pero con sus cortinas totalmente cerradas. Al parecer, ya tenía vecinos.

—Adelante, por favor —me dijo cuando ya estuvimos frente a la puerta de la recepción, que se encontraba entreabierta. Así lo hice, percibiendo de inmediato el calor que manaba de su interior y el que de seguro provenía de una chimenea.

Estuve en lo cierto cuando la divisé al fondo de lo que parecía un gran comedor, al que Hortensia me pidió que la siguiera, pero en específico al sitio en el cual se encontraban un par de sofás de color violeta con incrustaciones

en dorado, que amenizaban con la decoración en tonos caobas, donde todo estaba confeccionado especialmente en madera nativa.

Verdaderamente, todo ahí era hermoso y de muy buen gusto, por lo demás.

—Puedes quitarte el abrigo y tomar asiento —comentó, haciendo lo mismo, colgando el suyo en un perchero de piso—. ¿Pastelillos? —Regalándome enseguida una resplandeciente sonrisa, ante la cual no pude negarme.

Hortensia desapareció de mi vista y yo me quedé admirándolo todo, en especial las fotografías que se encontraban colgadas en un muro. Algunas eran bastante viejas, por el acabado blanquecino que poseían, seguramente debido al sol que les pegaba de frente por las mañanas, pero las otras no tanto; eso sí, seguían en rigor una especie de línea de tiempo, quizás, en conformidad a la familia que Hortensia poseía y que se veía bastante numerosa.

Al cabo de un momento, me sorprendió aún prendada de ellas cuando apareció de improviso por otra de las puertas que se encontraban en una de las esquinas de ese enorme salón.

—¿Por qué no te acercas y las ves con mayor detención?

—Perdón. No quise ser entrometida.

—Tranquila, por algo están allí esas fotografías. Vamos, ámate. Ve a verlas.

Me levanté del sofá y caminé hacia la pared solo para no llevarle la contraria. Con posterioridad, contemplé las fotografías con más calma, mientras Hortensia volvía a hablar.

—Aquí tienes, muchacha. —Traía dos cafés sobre una bandeja, así como también un plato mediano con pastelitos, que a simple vista se veían apetitosos. Tendió todo sobre una pequeña mesa que se hallaba a pocos centímetros de los sofás, y allí me esperó, pacientemente.

—Gracias —Me acerqué a ella, olvidándome de las fotografías—. ¿Su familia? —Las indiqué y volví a mi lugar.

—Cada verano o invierno, o primavera y otoño, lo vuelven a ser y alegran este sitio con su presencia.

No tuve que preguntar nada más, porque me había dado cuenta con esa

simple respuesta que para ella sus visitantes no poseían el título honorífico de simples turistas o inquilinos.

—Así que... sí, de alguna manera pasan a serlo —puntualizó.

Me instalé a su lado y tomé el café caliente para probarlo; aun con “malicia” sabía delicioso.

—¿Qué tiene? —Ansié saber, pretendiendo dar con el sabor a licor correcto.

—Brandy —me contestó, otorgándome a la par un guiño.

—Y yo que me lo estaba perdiendo.

Nuestra conversación prosiguió. Hortensia era una mujer admirable, así como también lo era su amabilidad. ¿Su mayor don? Te hacía sentir cómoda y serena en cuestión de minutos.

Al principio enfocó la charla en las fotografías de la pared, pero luego la derivó a la figura de su fallecido esposo, y a *Spock*, su perro, que también había dejado este mundo.

Cabizbaja suspiró, ocultando sus ojos de los míos, mientras delineaba con uno de sus dedos el contorno de su taza de café.

Conseguí hablar de la lluvia y el mal tiempo, acaparando de nuevo su atención, además del brillo de sus ojos resplandecientes que regresaron a los míos. Y proseguí con lo bello del lugar, y cómo había cambiado positivamente con el paso de los años.

—¿Ya estuviste aquí en otra ocasión? —preguntó extrañada.

—Sí. Fue hace algo de tiempo.

—¿Con tu familia?

—Con mi hija. —Bebí otro sorbo de mi caliente café sin ánimos de seguir hablando de ello—. ¿Usted ha vivido aquí toda su vida?

Rápidamente, se dio cuenta de que anhelaba cambiar el tema de la conversación.

—Así es, pero tuve que pasar algunos años fuera de Puerto Natales por motivos de salud. Después de eso, volví finalmente a casa, prometiéndome que jamás saldría de aquí, sucediese lo que conmigo sucediese.

—¿Por qué?

—Porque mi vida está aquí, además de todo lo que quiero.

Un inquietante silencio nos envolvió, hasta que Hortensia tendió sobre mí el plato de pastelillos.

—¿También están hechos de Brandy? —Bromeé, distendiendo el momento.

—Tranquila, es una receta austríaca solo a base de harina, levadura, leche y un ingrediente secreto que no es precisamente licor —me explicó, comiendo uno de ellos—. Su nombre: Buñuelos Krapfen, o más conocidos como Buñuelos a la Vienes.

Los que eran realmente exquisitos. Podía sentir en mi boca el sabor de la ralladura de limón, además del relleno que me sabía a...

—Albaricoque —expresó por mí, dejándome boquiabierta con su comentario—. O también conocidos como damascos. A Philipp le encantaban.

—¿Philipp?

—Mi marido —especificó, dándole a su pastel otra mordida.

Imité su movimiento, disfrutándolos.

—Era un comilón, y el amor de mi vida —me confió sin necesariamente decir nada más—. Ahora, cuéntame sobre ti. ¿Qué te hizo regresar hasta este sitio?

Tragué saliva, conmocionada.

—Solo quise... volver. Fue uno de mis anhelos.

—Y tu hija, ¿dónde está?

—Lejos... —No pude seguir comiendo. Simplemente, tras responder a su interrogante, perdí el apetito.

—Así que viajas sola...

Alcé mis hombros en señal de que no iba a hablar más sobre ese asunto, y un tanto atragantada, me puse deliberadamente de pie, dispuesta a marcharme.

—Es complicado de explicar y... creo que ya debo irme a mi cabaña. Muchísimas gracias por su hospitalidad. Todo estaba realmente delicioso.

Tomé mi chaqueta y me apresuré a caminar hacia la salida con Hortensia siguiendo mis pasos, y cuando por fin pude abrir la puerta para salir de ahí, percibí nuevamente la libertad que me brindaba la noche fría y estrellada.

Sí, al fin estaba a salvo de lo que eventualmente podría haber sucedido entre ella y yo.

Sin mirar a atrás, subí con agilidad por las escaleras, oyendo a mi espalda la voz de mi casera, además de los ladridos de un perro, al que no conseguir ver, ni tampoco a sus dueños.

Me sentía avergonzada. Creo que hasta dormí con ese sentimiento después de haber efectuado mi patética huida desde la cabaña de Hortensia.

Y hoy, al abrir los ojos, volvía a sentirme fatal.

Bebí café sin mucho interés mientras admiraba el horizonte por la ventana principal de mi cabaña. Había actuado como una tonta, y seguiría haciéndolo como tal si no dejaba atrás mi cobardía de no querer enfrentar lo inevitable. Ya lo había hecho con mi hermana y antes con mi padre, refugiándome por un año y medio a solas, al interior de mi casa; y por lo que podía vaticinar, empezaba a hacer lo mismo en este sitio, alejando a quienes solo deseaban ser amables conmigo.

Cerré mis ojos y suspiré, apretando la taza de porcelana con fuerza. Sí, Rodrigo seguía teniendo razón, yo siempre había sido y seguiría siendo una maldita cobarde.

Abrí los ojos y moví mi cabeza de lado a lado queriendo que no fuera así, cuando a lo lejos volvía a ver a Hortensia, a aquella menuda mujer de tez sonrojada y ojos castaños, de baja estatura, pelo corto, cano y enmarañado, poseedora de una sonrisa resplandeciente, además de una incomparable amabilidad que brotaba por cada uno de los poros de su cuerpo.

Clavé la mirada en mi café, o mejor dicho, en lo que quedaba de él, ahora frío, y pensé: «tienes que dejar de sentirte así, Manuela». ¿Y cómo lo haría? Nada menos que pidiéndole disculpas por mi estúpido y adolescente

comportamiento.

Descolgué mi chaqueta desde el closet y salí de allí con una vaga idea ya rodando en mi cabeza, y bajé por las escaleras hasta la cabaña principal, viendo como Hortensia jugaba muy animada con un perro blanco que no llevaba arnés. ¿Sería peligroso?, me pregunté contemplando como el animal le lamía las manos con entusiasmo.

Me aparté de las escaleras para descender por el camino principal, admirando aquella escena, mientras rememoraba a Carolina. A mi hija siempre le habían gustado los perros, pero también los gatos, las aves, las ardillas, y en general, todos los animales, sin excepción alguna. «Quería ser veterinaria», cavilé, sintiendo en mi pecho un punzante dolor debido a mi angustia, la que por un instante detuvo mi andar, pero no así mis ansias de querer llegar hasta donde se encontraba mi casera para pedirle disculpas por mi atolondrado y hostil comportamiento de la noche anterior.

Fijé mis ojos en el barro que yacía a mis pies, cuando un inusitado estremecimiento me invadió hasta la punta de mi cabeza.

—Habrías sido la mejor —mencioné entre balbuceos en honor a Carolina, cuando me parecía estar oyéndola, emitiendo un “gracias, mamá”.

—¡Buen día, Manuela!

Levanté la cabeza y vi a Hortensia saludándome con efusividad, gesto al que correspondí, reanudando mi marcha.

—¡Buen día!

—¿Cómo estás, muchacha?

Comprendí sus entrelíneas de inmediato.

—Mejor que anoche. Yo... quería pedirle disculpas por mi exabrupto y...

Al oírme, levantó una de sus manos en clara señal de que me detuviera.

—No te las he pedido, ni te las pediré, así que tranquila.

Algo nerviosa, asentí, porque por primera vez en mi vida yo estaba dispuesta a dar explicaciones sobre mi comportamiento a quien no me las estaba pidiendo, ni mucho menos deseaba escucharlas. ¿Qué paradójico, no?

—Aun así, lo siento mucho.

Sorpresivamente, se acercó y me tomó de la mano.

—Lo sé.

Percibí su apretón. Eso... extrañamente se sintió muy bien, viniendo de una cuasi-desconocida.

—Al menos, dime que te gustaron mis Buñuelos a la Vienesita.

No tuve que decirle nada, ya que mi media sonrisa traviesa se lo dijo todo.

—¡Gracias a Dios! —añadió, robándome con esa exclamación algo más que un par de carcajadas.

—¿Es suyo? —formulé, admirando ahora al perro albino que también me miraba como si yo fuera una posible amenaza.

—No, de Fred. Lo deja aquí cuando se va al interior por trabajo.

No era mi intención preguntar quién era ese tal Fred.

—Es mi sobrino-nieto político —enfaticó, rodando los ojos hacia su perro — y el dueño de este hermoso animal. ¿No es cierto, Winter? —Lo volvió a acariciar, mientras que el can no cesaba de observarme.

—Así que se llama Invierno.

—Así le puso Fred cuando Philipp y yo se lo regalamos, hace ya varios años.

Ansié tocarlo para sentir su suave pelaje, pero cuando me decidí a hacerlo, el perro comenzó a ladrar embravecido y me mostró sus dientes. Por instinto retrocedí varios pasos, mientras Hortensia lo calmaba, expresándole una palabra en una lengua que no distinguí.

—*¡Bleib, Winter! ¡Bleib!*

El can obedeció y dejó de ladrar, sentándose sobre sus patas traseras, pero sin dejar de admirarme con fiereza, como si quisiera despedazarme.

—Lo siento, Manuela. Winter es muy protector y afectuoso con sus dueños, pero muy desconfiado con quienes para él son desconocidos o resultan ser una amenaza.

No tenía que ser una genio para comprenderlo, si ya me lo había más que ejemplificado.

—Tranquilo, cariño, Manuela es un ángel. No la queremos asustar, ¿verdad? Ella acaba de llegar a La flor del Calafate.

—¡Winter! —Oí de pronto a mi espalda una poderosa voz, masculina por cierto. ¿Sería el famoso Fred al que se había referido Hortensia en un principio?

—Hablando del rey de Roma —mencionó ella en clara alusión a él, confirmando mi hipótesis.

Como una autómata volteé y seguí la trayectoria de ese fiero sonido. Porque sí, era tan tosco como los ladridos que me había dedicado “gentilmente” su animal hace algunos segundos.

—¿Todo bien? —preguntó él de la misma manera, saliendo de su cabaña y ya caminando en nuestra dirección, al encuentro de su perro.

—Sí, cielo. Solo se asustó cuando Manuela quiso acariciarlo y ser amable con él.

—Sabes que no le agradan los extraños —expresó sin pelos en la lengua, acuclillándose para abrazar a su mascota—. No está acostumbrado a ellos, solo a nosotros.

—Al igual que tú, Fred —le respondió mi casera de la misma manera, pero ahora acercándose a mí—. Ven, muchacha, Winter tiene que conocerte.

Pero yo no estaba del todo segura si deseaba relacionarme con él. Me parecía un tanto agresivo, al igual que su pseudo-dueño, el famoso Fred.

El sujeto, en cambio, no dijo nada, solo noté que sonrió de manera agraz, y que luego suspiró, como si estuviera molesto. Nuevamente no tenía que ser un genio para saber que su expresión de desdén me estaba demostrando que no estaba del todo contento con mi cercanía.

De manera casi obligatoria avancé un par de pasos hacia ambos, siempre tironeada por Hortensia, hasta que me detuve, negándome a minimizar todavía más el espacio que nos separaba.

—Por favor —pronuncié en un audible susurro de casi clemencia, cuando él volvía a proferir:

—Será mejor que la mantengas alejada de Winter, por su bien.

¿Eso qué se suponía que era? ¿Una amenaza? ¿Y, por cierto, a quien iba dirigida?

Entrecerré la mirada, porque ya tenía al sujeto atragantado en la garganta, quien no sonreía, quien no pretendía ser amable, y quien filtraba arrogancia por doquier.

—¿Por el bien de quién? —Me animé a formular sin ningún aspaviento.

—Por el bien de mi perro —especificó, subrayando cada palabra y enarcando una de sus castañas cejas—. ¿Por qué? ¿Tiene algún problema con ello, señorita?

Cuanto más lo miraba, menos me simpatizaba el engreído, que poseía un aspecto de aventurero rebelde, descuidado y leñador.

—¡Fred! —intervino Hortensia cuando lo oyó, admirándolo de reojo.

—Sí, lo tengo —proseguí envalentonada, respondiendo a su última interrogante y obviando el regaño-exclamación de la anciana que le había hecho al sujeto en cuestión—. Que le quede muy claro, no soy una amenaza, en cambio él sí —aseguré, indicándolo y provocando una soberbia risa del barbudo leñador petulante.

—Veo que no conoce a los perros.

—Seguramente, por eso me agradan más los gatos.

—¡Miauuuuu! —mencionó al instante, sacándome de mis casillas con ese sonido que me enervó hasta la más ínfima fibra de mi ser, porque ciertamente se estaba burlando de mí en mi propia cara.

Hortensia, entretanto, quedó boquiabierta con la situación, contemplándonos de uno en uno. En cambio, a Fred lo vi levantarse y sonreír encantado, mientras me admiraba de arriba a abajo, como si yo fuera una especie de vitrina en exhibición.

—Vamos, Winter, tenemos mucho por hacer.

—Y seguramente está perdiendo aquí su tiempo, ¿no?

—¿Cómo fue que adivinó? —preguntó con frialdad, algo que se le daba de lo más natural.

—Tengo un séptimo sentido para reconocer a los ineptos —me atreví a

confesar, dejando de lado toda mi maravillosa cortesía.

—Pues, felicitaciones por ello.

—Manuela será tu vecina, Fred. Podrías ser más cordial con ella, ¿no te parece? —comentó Hortensia, llamando su atención y deteniendo el par de pasos que él había comenzado a dar en dirección a su cabaña.

—Que tenga una buena estadía —mencionó, volviendo a ignorarme. Al parecer, en la vitrina de exhibición no había nada de su interés, porque su rostro volvió a tensarse, pero sin ningún tipo de disimulo—. Eso es todo lo cordial que me interesa ser. Buenos días, Hortensia.

¿Y yo estaba pintada o qué?

—¡Será mejor que cuide de su perro! —Grité a su espalda en un arranque de ira, sugiriéndoselo.

—¿Por qué? ¿Lo va a arañar o a morder? —Inquirió sin voltearse a verme, reanudando su marcha—. *¡Auf geht's Winter!*

Ardí de ira.

—¡Qué mal educado es usted! —proseguí, recibiendo de su parte un...

—¡Al menos, no me comporto como una histérica!

Abrí la boca al escuchar su atrevimiento y la mantuve así por varios segundos, mientras Hortensia se echaba a reír de silenciosa manera. Sí, seguramente le había parecido muy gracioso el calificativo que ese hombre me había regalado.

Respiré pesadamente e intenté calmarme, o eso pretendí hacer, evitando no seguir su marcha para estrangularlo.

—No sé quién es y le aseguro que no me interesa llegar a conocerlo —sentencié muy molesta, contemplándola ahora a ella.

—Te pido mil disculpas en su nombre, Manuela. Mi sobrino-nieto es bastante especial, ¿no?

La contemplé como diciéndole: ¿me estás jodiendo, Hortensia?

—Lo lamento. Te aseguro que este episodio no volverá a repetirse. Hablaré con él y...

—No hace falta que lo haga —la interrumpí, porque no me interesaba volver a verlo, menos tener que escucharlo—. Es sumamente fácil, sujetos como él para mí no existen.

—¿Estás segura? Lo verás a diario. Fred también vive aquí.

—¿Quién es Fred? —pregunté estúpidamente, haciéndome la idiota.

Hortensia, mientras tanto, rodó los ojos y suspiró.

—De igual manera te pido perdón. Ahora vamos, necesitas calmar esos nervios.

—¿Qué nervios? —inquirí exaltada, frunciendo el entrecejo.

—Esos nervios —me respondió, sonriendo y tomándome del brazo—. ¿Sabías que los buñuelos son excelentes para eso?

—¿Para qué precisamente?

—Para la exasperación, Manuela.

—¿Ah sí? De acuerdo, quiero una buena ración, pero solo si se asegura de que vayan acompañados de un buen café con una dosis extra de Brandy.

—Trato hecho, muchacha. —Y sonrió, conduciéndome hacia la entrada de su casa, en dirección a la cocina.

Capítulo 7



El tiempo transcurría y yo, poco a poco, empezaba a adaptarme a mi nuevo hogar, así como también a mi diario vivir y a mi pereza. Había dejado de preocuparme por mi vestimenta, por si me quedaba todo el día en pijama, por si tenía que ordenar mi cama o abrir las cortinas, así como también las ventanas, y preparar algo decente de comer que me alimentara o solo engañara a mis tripas. Si tenía sueño dormía, si no lograba conciliarlo me quedaba mirando por horas el cielo de mi cuarto. Si me aburría, leía frente a la ventana principal y si no, hablaba con Carolina, como si ella estuviera aquí, escuchándome.

Me sentía como en casa, pero en un nuevo, frío y alejado lugar, a excepción de que no estaba mi padre y obviamente mi hermana, a quien veía llegar a casa de manera inesperada y transitar por ella a cualquier hora del día o de la noche, incluso, a veces, hasta de madrugada.

Pero mi alivio no llegaba. Es más, hasta creía que se acrecentaba al extrañar en demasía las pertenencias que había logrado dejar atrás y que ahora me hacían tanta falta.

No. No existía para mí liberación, aunque yo la disfrazara, al igual que a mis estados de ánimo, pasando en cuestión de segundos de la alegría al llanto, o de la serenidad a la melancolía y al desasosiego.

Y para mi desgracia, los días transcurrían... Porque el tiempo jamás detenía su andar.

Los libros que traje conmigo todavía se hallaban empacados al interior de una de mis maletas. En varios días ni siquiera recordé que ahí estaban, pero hoy sí. Hoy los descubrí. Por lo tanto, me animé a hacer algo diferente, algo

más que llorar, dormir y comer porquerías.

Con una infusión de jazmín en mis manos, que había preparado hace un instante, salí de casa para aprovechar los tímidos rayos de sol, y me senté en la terraza, la que no había disfrutado, teniéndola para mi uso personal, porque cada cabaña poseía la suya.

Antes de dar vuelta la primera página, admiré por varios minutos el horizonte y suspiré, llenando mis pulmones del más puro aire de las montañas.

—Aquí vamos —dije, abriendo el libro de temática medieval, acomodando mis pies sobre otra de las sillas de mimbre de la terraza, y mi espalda en un cojín. Asimismo, agregando en mis pensamientos que esto era vida, la que abruptamente se vio interrumpida por los gritos masculinos de quien salía de su cabaña con su perro tras sus pasos.

—¡Vamos, Winter! ¡Recógelo! —Le lanzó una especie de rama que fue a caer unos metros más lejos de ambos, mientras el can iba rápidamente por ella.

Me quedé petrificada viendo la primera página del libro sin poder llegar a concentrarme en lo que hacía, cuando todo lo que podía oír era Winter aquí o Winter allá. ¡Corre, muchacho! ¡Vamos! ¡Sígueme!

No deseaba girar la vista hacia esos dos personajes que habían quebrantado y perturbado mi silencio, pero de igual forma lo hice, fijando mis ojos en quienes parecían deleitarse muy animosamente con su tarde de juegos.

Sí, por hoy mi curiosidad había ganado esa batalla.

—¡Eso es! ¡Aprendes rápido, viejo!

Fred volvió a lanzarle la rama y el perro se la trajo de regreso, mientras dirigía su andar hacia la entrada del complejo. Lucía ropa deportiva y un jockey azul sobre su cabello, el que recordaba un tanto oscuro. Al parecer, hoy era el día en que ambos habían decidido salir a practicar deporte.

El dueño de Winter desapareció de mi campo de visión al cruzar la calzada y correr por la costanera, en dirección a la ciudad, y reapareció un par de horas más tarde por el lado contrario con una botella de agua en sus manos, de la que bebió un poco cuando cruzó la entrada principal.

Ese hombre sudaba por completo y hoy no llevaba una prominente barba.

Es más, se la había recortado una enormidad, dejando al leñador rebelde y descuidado, quizás, oculto dentro de su cabaña.

Cuando tomé mi taza con la infusión, me di cuenta que ésta estaba vacía, por lo que fui hasta la cocina para prepararme otra igual; tal vez, ahora podría agregarle algo liviano de comer que calmara a mis tripas algo descontroladas.

Al regresar a la terraza me di cuenta que el sujeto pedante ya no se encontraba allí y que por arte de magia había desaparecido, al igual que su perro.

El tiempo pasó y cuando conseguí llegar hasta la mitad del libro, que no era tan extenso, vi luces al interior de una de las cabañas de más abajo, y luego a Fred con Winter trotando a su espalda. Se había cambiado de ropa y en uno de sus hombros llevaba colgada una mochila de color azul, grande, como de excursionista. Esta vez, no utilizaba ningún tipo de jockey para esconder su cabello, corroborándome que no era del todo moreno, ni tampoco rubio, pero que sí poseía un color castaño especial, uno al que vagamente se le adjudicaban tintes de color dorado.

—¡Hortensia! —Llamó a mi casera desde la puerta de la entrada de su casa, con Winter echado a sus pies—. ¡Ya me voy! ¡Nos vemos en tres noches más! ¿De acuerdo?

¿A dónde iría?, me pregunté, echándome un bocadillo a la boca, mientras seguía la continuidad de la escena como si estuviera viendo una película. No es que fuera chismosa. No es que me interesara lo que sea que hiciera ese desconocido con su vida y su animal, pero ahí estaba, a pocos metros de distancia, y es más, se había cruzado en mi cuadro de enfoque, y no estaba dispuesta a mirar hacia otro lado solo por no verlo a él, siendo que el paisaje era del todo público.

Al cabo de unos minutos, Hortensia finalmente salió de su casa y charló con él, para luego darle un caluroso abrazo de despedida. Él, por su parte, le regaló un beso en su mejilla y después se separó de ella, no sin antes acariciar a su perro en su coronilla y darle un leve apretón a una de sus patas delanteras.

—¡Te cuidas, por favor! —exclamó Hortensia a viva voz viendo cómo él se alejaba hacia una camioneta negra de tracción que se encontraba estacionada junto a una de las verjas que delimitaban la propiedad.

—¡Sí, y como siempre! ¡Nos vemos pronto!

—¡Y aliméntate como corresponde, cariño!

—¡Solo si me conscientes a mi regreso con un delicioso pastel, porque esta vez sí voy a extrañarlo!

Hortensia sonrió, reteniendo a Winter con sus manos, y después de ello todo pasó muy deprisa. Él subió a la camioneta y se marchó, saliendo de la propiedad entre bocinazos y los ladridos de su perro.

Cuatro días más tarde, Hortensia llamó a mi puerta de forma desconsiderada, despertándome de mi sueño reparador, ya que no había logrado conciliarlo en toda la noche.

—Manuela, ¿estás ahí?

Claro que lo estaba, solo que no quería abrir los ojos tan deprisa.

—¿Manuela?

Y seguía oyendo sus malditos *toc, toc, toc...*, tal y como si fueran martillos golpeando una muralla.

—¡Ya voy! —proferí al sentirlos rechinar dentro de mi cabeza—. ¿Qué sucede? —pregunté al abrir la puerta de par en par, cuando Hortensia entraba por ella como un vendaval encolerizado.

—¿Dónde estabas, muchacha, por Dios?

En primer lugar, le indiqué mi cama deshecha, a la que observó por un instante, así como también al desorden que había en el piso y también sobre el fregadero.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? ¿Y qué fue lo que bebiste? —Situó sus manos en sus caderas, contemplándome con animosidad.

—Llevo varios días..., tantos que ya perdí la cuenta y..., he bebido solo infusiones y café, pero no me ayudan a conciliar el sueño durante la noche, pero sí en el día, ¿por qué? ¿Tiene algún problema con eso?

—¡Sí! ¡Porque creí que te había pasado algo! —vociferó para mi

grandísimo asombro. Se notaba afligida y muy preocupada.

—Estoy bien —comenté, bostezando—, y lo seguiré estando, así que...

—Vienes conmigo, te necesito —me indicó, enérgica, y al parecer molesta.

Moví mi cabeza de lado a lado, negándome a su petición, cerrando la puerta de la entrada y regresando a mi cama segundos después.

—No lo creo. No estoy de ánimos y tengo que dormir. —Como un costal de papas me lancé sobre la cama, todo a vista y paciencia de mi casera que mantenía controladas sus ansias de zarandearme para que despertara.

—Son más de las dos de la tarde, Manuela, y por lo que puedo apreciar, no has desayunado ni te has dignado a preparar algo de comer.

—Por ahora no lo necesito. ¿Podría cerrar la puerta desde fuera cuando se marche? Gracias, Hortensia.

La oí tomar bastante aire, como si lo necesitara, y luego oí a sus pies dirigirse hacia no sé qué sitio del interior de mi casa. Por un instante deseé con toda mi alma que fueran hacia la puerta.

—De acuerdo, Manuela.

Boca abajo, sobre la cama, solo me animé a levantar mi pulgar hacia arriba en señal de que estaba todo *Okay*, cuando sentí caer sobre mí, repentinamente, un gran chorro de agua fría.

—¡Maldición! —Grité con todas mis fuerzas, y me paré como un resorte, abriendo mis ojos de par en par, con mi cabello ya pegado al cuello y a mi rostro—. ¡Pero qué se supone que hace! ¿Se ha vuelto loca?

—Aún no, gracias a Dios, pero te he aventado agua fría por la cabeza, por si no te has dado cuenta —comentó despiadada—. Eso dijo tu hermana que hiciera en un hipotético caso extremo.

—¿Mi hermana? ¿Y en un qué, por favor? —formulé algo descontrolada, girándome para mirarla otra vez, pero ahora sin ninguna pizca de sueño.

—Hipotético caso extremo —repitió—. Tan extraño que hablan los ciudadanos. Llamó para saber de ti y estuvimos charlando.

—¡Pero si no sabe dónde estoy!

—Te equivocas, creo que sí lo sabe. Se llama Claudia Fernández, ¿no?

Gruñí como una fiera y cerré los ojos dispuesta a contar hasta mil si fuese necesario, empuñando mis manos, cuando todavía sentía lo frío del agua correr sobre mi cuerpo.

—¿Qué fue lo que le dijo? —Ansié saber, arrastrando y alargando cada una de las sílabas de esa pregunta.

—Solo que te aventara agua fría por desconsiderada. —Sonrió guasona, enarcando una de sus blanquecinas cejas, cuando por mi parte abría los ojos para verla otra vez.

—¡Y vaya que le hizo caso!

—Claro, muchacha, porque su hipotético caso se cumplió. Ahora, vístete, te necesito.

Me crucé de brazos en señal de que no iría a ninguna parte, y menos con ella.

—¿Quieres que vaya por Winter? —amenazó soberbiamente—. También sabe arriar ganado y le encanta morder los tobillos a las “ovejas y cabras locas y rebeldes” que no quieren entrar en razón —enfaticó.

Entrecerré la mirada. Hortensia estaba jugando conmigo. Sí, seguro era una de sus tretas.

—¡Winter! —Gritó para mi mala fortuna—. ¡Ven aquí, cariño! —Para con posterioridad silbar, al mismo tiempo que yo oía varios ladridos desde fuera.

—¡Esto es ilegal! —Me quejé y corrí hacia la cocina americana, situándome por detrás de ella, muy asustada.

—Ilegal es esto —me mostró mi alrededor— y que hayas viajado miles de kilómetros para estar encerrada en estas cuatro paredes mientras dejas tu vida pasar. ¿Qué no te da vergüenza?

Con ello supe fehacientemente que mi querida hermana había hablado de más, pero ¿cómo diablos me había encontrado?

—Yo pagué por este sitio —le recordé, tiritando.

—Por mi sitio —especificó, sonriéndome con sorna.

—¡Pues me iré de su sitio y ya! ¡Asunto arreglado! —Alcé mis brazos en señal de disconformidad y arrebató.

—Y yo me ocuparé de que no encuentres otro sitio decente donde hospedarte.

La indiqué con mi dedo cuando Winter ya cruzaba el umbral.

—Quieto, cielo. Creo que la chica muy pronto entrará en razón sin necesidad de que le muerdas los tobillos.

Admiré al perro albino y también a ella, quien parecía molesta hasta los huesos, tal y como lo estaba yo.

—No puede estar pasándome esto —murmuré enojada, no pudiendo controlar mis espasmos, debido al enorme frío que sentía.

—Está sucediendo, Manuela, lo creas o no. —Descorrió las cortinas en un santiamén y también se ocupó de abrir las ventanas para que el aire puro se encargara de echar fuera de la cabaña al prominente aire viciado—. Tienes una hora para estar en mi cocina. Tengo todo listo y predispuesto para que trabajes conmigo.

—¿Trabajar? Lo siento, Hortensia, pero tengo muchas cosas que hacer aquí y...

—¿Cómo dormir, llorar y hacerte la moribunda en vida?

Me quitó el aliento, como si me hubiera dado un fuerte bofetazo.

—Sé lo que se siente, muchacha. Sé cómo duele, pero también sé que siempre se puede recomenzar.

Clavé la vista en el piso por algo más que un minuto. Ella... estaba al tanto de mi secreto.

«Gracias, Claudia, eres fenomenal. ¡Cómo te quiero!», pensé, destilando ironías.

—Me iré hoy mismo —admití muy convencida.

—Antes ve y asegúrate de comprar una muy buena carpa —dictaminó—, porque la vas a necesitar si deseas quedarte en algún lugar de Puerto Natales, por ejemplo. ¿Cuánto durarás allí? Por lo que veo, no lo suficiente.

¿Qué intentaba hacer? ¿Intimidarme? ¿Decirme que yo era una completa inútil?

—No me conoces, muchacha, no sabes de lo que soy capaz —sus ojos

brillaron de ira, dándome a entender que hablaba absolutamente en serio—. Manos limpias y tu cabello tomado —proclamó de la misma manera antes de regresar sobre sus huellas, con Winter caminando a su lado—, y sin retrasos, por favor. —Finalizó, desapareciendo, tras abrir y cerrar de un solo golpe la puerta.

Cuando estuve a solas quise llorar. De hecho, así lo hice, pero de rabia e impotencia, pensando en Claudia y en la mejor forma de asesinarla por haber abierto la boca desmesuradamente.

Capítulo 8



Jamás en mi vida hice lo que ahora Hortensia con rigurosidad supervisaba.

—Amasa la harina con suavidad, Manuela, con el aceite, la sal y el agua tibia, siempre sobre una tabla de madera, hasta que la masa se desprenda de tus manos y de la tabla, por favor.

Suspiré y seguí a cabalidad cada una de sus acotaciones, pensando en qué momento le había dicho que sí.

—Muy bien. Ahora la dejaremos reposar por media hora y cuando el tiempo haya pasado, la pondremos sobre una base de madera espolvoreada con harina y la extenderemos de forma homogénea para realizar lo demás.

Hice todo lo que me pedía, porque extrañamente no quería verla enojada otra vez, y menos por mi culpa.

Al cabo de media hora, ya estábamos nuevamente trabajando con la dichosa masa.

—Ahora, muchacha, levántala un poco con el dorso de tus manos enharinadas. Vamos a estirla cuidadosamente, desde el centro hasta los bordes de la mesa, hasta que resulte lo más delgada posible.

Eso para mí era casi imposible de hacer, pero no para ella, que a mis ojos era una completa experta en la materia.

—A continuación, recortaremos el sobrante grueso de los bordes y seguiremos trabajando según la siguiente receta. ¿Podrías leerla en voz alta, por favor?

Me lavé las manos con agilidad y me las sequé con un paño limpio de

cocina para expresarla, tal y como me lo había pedido, mientras ella se ocupaba de lo demás con una habilidad innata, la de cocinar, por supuesto.

—Esto es todo lo que necesitas para el *Apfelstrudel* austriaco —comentó.

—¿Qué no es alemán? —pregunté ingenuamente, realizando un mohín.

—Hablo del original —sonrió, otorgándome además un guiño, pidiéndome que dejara la receta a un costado para que siguiera realizando mis labores—. Unta la masa con un poco de mantequilla derretida, por favor.

Esto, poco a poco, se estaba tornando más y más difícil.

—Luego, esparce el pan rallado dorado en mantequilla sobre las dos terceras partes de la superficie de la masa.

«¿Podría dejar de hablar en chino o en japonés?», ansíé decirle.

—Ahora, reparte encima, y siempre de forma homogénea, las manzanas previamente peladas y cortadas en laminillas.

En este instante odié a mi madre por no obligarme, alguna vez, cuando vivía, a aprender a cocinar.

—Y espolvorea encima el azúcar y la canela, para que ahora puedas dejar caer las pasas en forma de lluvia.

¿Y por qué no mejor en forma de tormenta?, bromeé estúpidamente, sonriendo de manera fugaz.

Al parecer, y después de un momento, yo había hecho todo muy bien, ya que Hortensia al fin lucía serena y encantada con mi “trabajo”. Y lo mejor de todo, había dejado de gritar, como lo había hecho al interior de mi cabaña hace exactamente algunas horas.

—¿Estás lista?

Asentí. Después de todo, ¿lo peor había pasado o no?

—Vamos a enrollar la masa con ayuda de un paño y colocaremos el *Apfelstrudel* con la “sutura” hacia abajo, en esa bandeja de horno —la señaló—, la que ligeramente debes untar con mantequilla derretida.

Me aboqué a ello antes de realizar lo demás, y cuando ya estuvo lista, metimos todo dentro del horno por 25 minutos a 200°C. Lo único que faltaba por hacer era cortarlo en raciones y servirlo previamente espolvoreado con

azúcar glas.

—El Apfelstrudel se puede comer frío o caliente —me sugirió—. Caliente es especialmente delicioso si lo acompañas con una salsa de vainilla. Así sueles encontrarlo servido en muchas de las cabañas de las montañas austríacas.

Comencé a notar que sabía mucho sobre la repostería de ese país.

—¿Ha estado allí? ¿En Austria? —Quise saber.

—No, pero me casé con un habitante de ese país hace ya muchos años, y aquí, en Puerto Natales.

—Phillipp —recordé, porque así lo había mencionado.

—Así es, mi Phillip Schultz. El único y más grande amor de mi vida, por quien tuve que aprender a preparar deliciosos postres, entre otras comidas típicas de su país, para que no extrañara tanto la cocina de ese lado del planeta —explicó. Luego de ello, la oí suspirar con intensidad, tal y como lo hace quien sigue verdaderamente enamorada, aún a pesar de las eventualidades del destino y del paso de los años.

»Lo conocí cuando él tenía veintidós años de edad y yo tan solo dieciocho —se sonrojó inevitablemente, mientras me admiraba y se sentaba en una de las sillas del comedor—. Había llegado a la zona para conocer a una de las maravillas de este mundo.

—Supongo que a usted —comenté, consiguiendo que riera a carcajadas y se avergonzara por mi comentario.

—No lo había pensado así, pero gracias por el cumplido, Manuela.

Me acomodé en la silla de junto para poner más atención a lo que me iba a relatar, al tiempo que el Apfelstrudel seguía cocinándose en el horno.

—Las montañas, los paisajes, además de la flora y de la fauna de este tan lejano, inhóspito, pero a la vez hermoso lugar, lleno de magia, de encanto y de misticismo, que te enamora de tan solo verlo y disfrutarlo a simple vista.

—¿Así fue como se enamoró de Philipp? —me atreví a formular.

—Sí, porque de alguna forma él vino por mí y terminó encontrándome en este sitio.

—¿Cuánto tiempo estuvo casada con él?

—Por más de sesenta y dos años. En 1951 contrajimos nuestras nupcias, cuando en Puerto Natales solo había grandes sueños y muchas esperanzas; yo con diecinueve años de edad y un padre muy difícil de carácter, que no deseaba entregarme por ningún motivo a un extranjero, y él con tan solo veintitrés y sin saber mucho de español.

La vi sonreír traviesamente y perder la mirada en un punto distante; creo que recordaba ese tan bello, único e inolvidable episodio de su vida.

—No imaginas la falta que me hace... —susurró débilmente, conmoviéndome, mientras se acariciaba una de sus avejentadas manos, aquella en la cual yacía una gruesa y antigua argolla dorada en su dedo anular —. No imaginas lo duro que es seguir viviendo sin la persona que te hizo feliz por tanto tiempo.

—Creo que puedo... imaginarlo —respondí de la misma manera, guardando silencio, cuando nuestras miradas se conectaban por algo más que un breve lapso de tiempo.

—La recuerdas cada día de tu vida, ¿no?

—Sí —mencioné con un nudo en mi garganta y la imagen de Carolina en mi mente—. No existe hora ni instante en que no forme parte de mi existencia.

Tras un movimiento inesperado, Hortensia depositó una de sus manos sobre las mías.

—Daríamos todo por tenerlos nuevamente con nosotras.

Bajé la mirada hasta nuestras unidas extremidades.

—Pero no se puede, Manuela —prosiguió—. ¿Y qué debemos hacer? Aceptar y continuar, porque para nosotros el tiempo nunca se detiene.

Cerré mis ojos y sollocé. Por más que lo intenté, no pude dejar de hacerlo.

—¿Sabes que ocurre cuando pasan los años, muchacha?

Moví mi cabeza de lado a lado en señal de negativa, cuando, por su parte, con una de sus manos tomaba mi mentón para alzarlo, solo unos pocos centímetros, hasta engancharlo otra vez con su mirada cristalina.

—Ves el amor de una forma diferente. Te enamoras del alma de las

personas, solo deseas paz y tranquilidad. Aprecias más la vida porque madura en ti, y notas que la conciencia te dicta que nada es para siempre, por muy duro que esto sea. Y lo más importante de todo, comprendes que cada minuto es un milagro por el solo hecho de estar vivos y aquí, en este maravilloso mundo.

De forma automática, mis ojos se aguaron en lágrimas.

—Trata de aprender a respirar profundo, Manuela, y a saborear la comida cuando comes, como el pastel que acabas de hacer, por ejemplo —acarició mi mejilla con ternura—. Y cuando duermas, procura que solo sean las horas que tienes destinadas a dormir.

—¿Aun cuando quisiera hacerlo eternamente para no despertar jamás?

—Sí. Aun cuando quisieras hacerlo eternamente para no despertar jamás —replicó.

—¿Por qué?

—Porque cuando ya no estés aquí, cuando tengas que partir, tendrás suficiente tiempo para hacerlo.

Me perdí en su mirada, que se encontraba tan traslúcida como la mía.

—Intenta estar viva de verdad, pero con todas tus fuerzas, aunque sea difícil, aunque tu camino se vuelva pedregoso. Y si no tienes las suficientes fuerzas y la energía para avanzar, no te preocupes, siempre tendrás las mías.

Ante sus palabras, mis lágrimas comenzaron a caer por mis mejillas, raudamente, y mi voz se convirtió, de pronto, en una serie de gimoteos, a los cuales Hortensia se aferró, abrazándome por completo.

—Tranquila... Se vale llorar, se vale estar triste, se vale tener miedo, pero también, y siempre, se vale estar vivo. Esta vida es tuya, Manuela, ¿vas a dejarla pasar?

Los ladridos de Winter no se hicieron esperar cuando el ruido del motor de una camioneta se escuchó desde la entrada del complejo de cabañas.

—¡Calma, cielo! ¿Lo estabas esperando al igual que yo, verdad?

Dos ladridos más le dieron a entender a Hortensia que Winter le decía que sí con todas sus letras. Por lo tanto, sin hacerlo esperar, abrió la puerta de la entrada de la casa para que éste saliera disparado, tal cual cohete espacial. Unos minutos después, oyó la risa y la algarabía de quienes se volvían a encontrar después de cuatro días de ausencia.

—¿Qué no eran solamente tres días, Fred? —le preguntó mientras caminaba hacia él con sus manos en cada una de sus caderas, situándolas sobre el grueso suéter de lana de oveja magallánica que la cubría del frío de la noche, que hoy también se hallaba estrellada.

—¿Me extrañaste, viejita linda? —Mencionó él en respuesta a su interrogante—. Porque yo sí, y mucho. —Intentó echarse la enorme mochila de excursión a la espalda, todo y gracias a los saltos ornamentales que Winter daba, los que lo desestabilizaban una enormidad.

—¡Hey, compañero! ¡Yo también te extrañé!

Fred le besó la coronilla a su perro y luego lo abrazó como lo hacía siempre, para después acercarse a Hortensia y hacerlo con ella también.

—Gracias a Dios ya estás en casa. —Se aferró a él en un abrazo colmado de sinceros sentimientos, al que él correspondió, diciéndole:

—Y cómo te lo prometí.

—¡Pero apestas, muchacho! —insinuó al instante, dándole un par de palmadas sobre el pecho y a un costado de su cara, haciéndolo reír.

—Ya sabes que no estuve precisamente habitando un hotel de cinco estrellas, sino allí, muy cerca del cielo. —Se giró sobre sus talones y le indicó con su dedo índice las monumentales y gigantescas montañas que se encontraban a la distancia, a orillas del Canal Señoret.

Hortensia volvió a aferrarse a él, mientras Fred la sostenía y le besaba la frente con cariño.

—¿Viste a... Philipp? —Inquirió ella, cuando él no dejaba de observarla con cuasi devoción—. Sí, y también a Aneka —contestó, liberando un hondo suspiro que los envolvió a los dos, y por un pequeño instante los colmó de los más bellos recuerdos que cada uno, y a su manera, poseían.

—Me alegro, cariño.

—También yo.

La mujer entrada en años apoyó su cabeza sobre su pecho y sollozó, porque sin quererlo ni buscarlo, hoy había sido para ella un día cargado de emociones, primero con Manuela y ahora con él.

—De acuerdo... Ve a ducharte, apestoso, tu Apelfstrudel te está esperando en el horno.

Fred sonrió y la sorprendió con una cantidad de sonoros besos que recayeron tanto en su mejilla derecha como en la izquierda.

—¿Sabes que te adoro, viejita?

—Creo que después de que lo pruebes vas a adorarme todavía más. Apúrate, cielo, la cena te espera y una larga charla también.

—¡Vamos, Winter, no hagamos esperar a esa delicia! —proclamó con entusiasmo, girándose para subir la colina junto a él.

—¡Gracias por ese piropo! —le respondió la anciana, riendo de buena gana.

Una hora y media después, Hortensia dejaba un plato con una rebanada de pastel a su lado, mientras Fred terminaba de enviarle unas fotografías a su jefe directo sobre la excursión que había resultado todo un éxito, y más con el grupo de japoneses que habían estado a su cargo todo el tiempo que había durado la travesía.

—Deja ya ese aparato y come, ¿quieres?

—Solo un minuto más y... ¡listo! —Exclamó, terminando de hacerlo, situándolo finalmente en un costado de la mesa—. ¡Pero qué tenemos aquí! —Se saboreó de solo apreciarlo—. Ven con papá, nena.

Hizo reír a Hortensia a carcajadas con su particular comentario, mientras lo veía disfrutar de positiva manera.

—¿Y? —Se quedó junto a él esperando que le diera una pronta respuesta.

—¿Puedo ser sincero?

La anciana asintió. Estaba ansiosa de oírlo.

—¿Es alguna nueva receta que estás experimentando?

—¿A qué te refieres?

—A que te quedó aún más delicioso, sin desmerecer a todos los anteriores que has preparado para mí.

—¡Eres un adulator!

—Sabes que no lo soy. Bueno, solo cuando la ocasión lo amerita, y hoy, para tu buena suerte, es el día. Después de este magnífico regalo puedes pedirme lo que quieras. He caído rendido una vez más a tus pies. Y satisfecho. La comida, como siempre, estuvo exquisita.

—¿Estás seguro? ¿Puedo pedirte lo que sea?

—¡Claro! ¿Qué tienes en mente?

Hortensia no lo pensó dos veces y se animó a expresar, disparando sus palabras como una auténtica ametralladora.

—Quiero que vayas ahora mismo a disculparte con Manuela por haberte comportado tan grosero hace unos días con ella.

—¡Wo! ¡Wo! ¡Wo! ¡Alto ahí! ¿Con quién y a dónde? —preguntó sumamente confundido, asimilando toda su declaración, evitando, por supuesto, atragantarse.

—Con Manuela, y quien preparó este maravilloso postre que acabas de probar.

A Fred casi se le desencajó la mandíbula. Recordaba vagamente a la mujer a la que Hortensia se estaba refiriendo, no por su nombre, pero sí por cómo la había llamado antes de que ésta le hablara con tanta superioridad, por su falta de educación para con ella.

—Todo menos eso —respondió cortante, levantando las manos en clara señal de que no lo haría ni por todos los más deliciosos Apelfstrudel del planeta.

—Se lo merece, Fred. Fue ella quien lo preparó para ti.

Enseguida, la miró con cara de “tú a mí no me engañas”.

—Bueno, técnicamente, porque no lo sabía. Pero eso da igual, son detalles —se justificó la anciana, logrando que él sonriera de medio lado, mientras se

ponía de pie y volvía a sostener su teléfono en sus manos.

—Muy astuta, Hortensia, pero no, no lo haré.

—¡Por qué no!

—Porque no me interesa cruzar otra palabra con una histérica mujer a la que ni siquiera conozco. Es más, por lo que vi, a ella tampoco le simpatizaría que yo llevara a cabo esa aberrante idea, así que apártala de tu cabeza ahora mismo, por favor.

—Fred... —Hortensia cruzó sus manos a la altura de su pecho y enarcó una ceja en señal de disconformidad—. Solo dale una oportunidad, ¿quieres?

Apenas la oyó, se refregó la cara con una de sus manos, no quería dar su brazo a torcer, pero Hortensia se lo estaba poniendo todo tan difícil.

—¡Por qué yo!

—¡Porque fuiste tú quien la llamó “histérica”! —subrayó.

—Claro, ¿se te olvidó que primero me llamó inepto?

—La letra “h” en el alfabeto está antes que la “i”, así que frente a ello serás tú quien subirá con una enorme sonrisa estampada en el rostro, y le agradecerás primero y te disculparás después. ¿Te parece bien?

—No. ¡Y no puedo creerlo! —Exclamó fuera de sus casillas, cuando la anciana se acercaba y le pellizcaba una de sus extremidades con fuerza—. ¡Ouch! —Se quejó frente a aquel inesperado acto, acariciándose justo en donde ella lo había agarrado de forma no tan considerada—. ¿Y eso por qué fue?

—Para que no te queden dudas al respecto. Ahora, ve. —Alzó su brazo hacia la puerta, indicándola con su dedo índice, pero sin un leve ni un sutil tono de sugerencia, sino con determinación, a la que Fred, después de balbucear en silencio unas impronunciadas palabrotas, no pudo negarse.

—¡Esto es chantaje comestible y emocional! —expresó muy malhumorado, echándose el móvil al bolsillo de su pantalón *outdoor*.

—Sí, sí, como digas. Solo ve, ¿quieres? Última cabaña, al término de las escaleras —le señaló—. ¡No te vayas a perder!

—¡Qué graciosa! Y hablo en serio, Hortensia.

—¡También yo, Fred! ¡Y no lo olvides, su nombre es Manuela Fernández!
—Vociferó, viéndolo salir por la puerta, deteniendo a Winter, quien ya iba tras sus pasos—. Tú te quedas aquí. Esa conversación le pertenece a esos dos adultos y a nadie más, ¿entendido?

El can la miró como si no hubiese acabado por entenderla.

—No te preocupes, ya lo comprenderás.

Unos minutos después...

—Esto debe ser una broma. —Gruñó Fred, ascendiendo por el camino principal, alzando la mirada hasta posicionarla en el punto al cual “deseaba” o mejor dicho, tenía que llegar, todo y gracias a las precisas órdenes de una viejecita que siempre, y a todas luces, lograba salirse con la suya—. ¡Maldición! —acotó, inhalando aire como si lo necesitara muchísimo más, para no soltarle alguna u otra estupidez a quien vería en tan solo un par de minutos en lo alto de la colina.

Estuve un largo momento con el móvil en mis manos, pensando en Claudia y en su atrevimiento, pero también en Hortensia, y precisamente en las palabras “tan hermosas” que me había obsequiado de tan honesta manera.

Y ahora era mi turno de hablar con la verdad, doliera lo que doliera.

Suspiré y me decidí a buscar entre mis contactos al número que deseaba llamar para terminar de una buena vez con todo este absurdo rodeo.

—Hola, Claudia.

—¡Hola, extraña! Primero que todo, ¿vas a matarme? —Fue lo primero que mencionó antes de añadir algo más.

—Sí, pero en otra ocasión. Hoy no tengo ganas de cometer un crimen a la distancia.

—¡Uf! ¡Gracias! —exclamó del otro lado, acotando—: ¡te lo dije, papá! ¡Gané la apuesta!

Cerré los ojos y me cubrí la boca para evitar reír frente a ese comentario.

—¿Y cuánto apostaron esta vez?

—Una cena en un restaurante donde preparan unos deliciosos mariscos. ¿Vienes? Hay lugar para cuatro en vez de tres.

—Gracias por la oferta, pero no voy a irme tan pronto de este sitio. A propósito, ¿no fuiste en otra vida, quizás, un agente encubierto del FBI?

Las carcajadas de mi hermana no se hicieron esperar.

—No me digas que la señora Hortensia te aventó finalmente una cacerola con agua fría en la cabeza.

—¿Cómo le pudiste haber pedido algo así, Claudia!

Y más risas se oyeron por doquier.

—¡Estás loca!

—Prefiero estar loca que cuerda, y... parece que lo necesitabas. Pasando a otro tema, por fin te acuerdas que existimos, ¿qué pasó?

—No te atrevas a cambiar el tema de la conversación. ¿Cómo supiste en donde me encontraba?

—Fácil. Sur, viaje con Carolina, Rodrigo, algunas fotografías que encontré... solo pregunté y saqué mis propias conclusiones.

Rodrigo. Claro. ¡Cómo no pensé antes en él!

Me mordí la lengua para evitar decir unas cuantas maldiciones en relación a su persona.

—¿Por qué insistes en meter a Rodrigo en nuestras vidas?

—Porque estaba preocupada por ti. Porque han transcurrido muchos días y no he tenido noticias tuyas. Porque no sé si estás viva o muerta, y porque me desespera llamarte y que tu móvil de mierda cada vez esté apagado o sin conexión.

Si lo veía de esa forma, podría tener algo de razón, la que no le di, por supuesto.

—Perdón. No volverá a suceder, pero si no te he llamado es porque toda va relativamente bien.

—Y eso es lo que no me gusta, Manuela, que todo siga relativamente bien.

Decidimos guardar silencio por un breve lapso de tiempo.

—Ahora, cuéntame, ¿estás disfrutando de tu nueva vida en el sur? ¿Qué tal te va en ese lugar?

Comencé relatándole mi estadía en “La flor del Calafate” y obviamente hablándole de Hortensia, mi casera y coach emocional, porque en muy poco tiempo en eso se había convertido, omitiendo sus férreas amenazas de hoy, por supuesto. Y proseguí con el clima del lugar, además de lo bello que era, en especial en esta temporada de pre-invierno que estaba por comenzar, hasta que un par de inesperados golpes en la puerta llamaron mi atención. Porque no se parecían en nada al sonido que realizaba comúnmente Hortensia cuando se hacía presente del otro lado del umbral.

Tragué saliva y oí a mi hermana a través del móvil, mientras me ponía de pie y me acercaba lenta y desconfiadamente a la puerta.

Toc, toc, toc...

La que segundos después abrí, encontrándome cara a cara con quien menos esperaba que allí estuviera.

—¡Manuela! ¿Sigues ahí? ¿Qué ocurre? —expresó Claudia, preocupadísima, al notar que me había quedado callada; así me lo dio a entender, pretendiendo pronunciar más de mil palabras por minuto.

—Te llamo... luego —balbuceé con cierto nerviosismo de tener al sujeto ahí, al dueño de Winter, al ex leñador, y sin que yo lo hubiera pedido ni como el más ferviente de mis deseos—. Hay... alguien en la puerta a quien debo atender.

—¿Estás bien?

—Sí, descuida. Será breve. Adiós. —Y colgué sin darle tiempo a que prosiguiera—. ¿A qué debo su honorable visita? —me animé a mencionar, cuando él levantaba las manos y pronunciaba con imperiosa sinceridad:

—He venido en son de paz y no por cuenta propia.

Al menos iba al grano.

Crucé mis brazos por sobre mi pecho esperando a que continuara, ya que por mi parte no tenía nada que decir.

—Lamento —se rascó la nuca y luego deslizó su mano por su corto cabello, el que ahora se apreciaba oscuro por la poca luminosidad del lugar —, lo del otro día. —Comenzó a hilvanar más que un par de palabras que le costaba demasiado pronunciar.

—No es tan difícil conversar cuando ya le toma el ritmo a la charla —lo animé, vilmente—. ¿Sabe usted que la oración es la unidad fundamental en la gramática? La misma está constituida por ciertas clases de palabras que hacen posible que podamos entender lo que se expresa.

Al instante, entrecerró la mirada, confundido.

—Aunque las partes de la oración son varias, existen algunas que son más importantes que otras, y las mismas se denominan como los elementos básicos de la oración. Por ende, procure articular los verbos, sustantivos, adjetivos, pronombres y artículos adecuados, si desea conversar, para que su enunciación sea más comprensible y eficaz, y así yo logre, digamos, saber a qué se refiere, por favor.

Me observó con cara de pocos amigos, tal y como lo había hecho esa noche, cuando nos conocimos de tan singular manera.

—¿Es usted una especialista en lenguaje?

—Sí, soy maestra y licenciada en letras. ¿Es usted vidente? —presumí.

El muy idiota sonrió y siguió mi juego, otorgándome en el acto una extravagante reverencia.

—Herr, Frederick, y no precisamente a sus pies —comentó, bromeando—. Y sí, mi especialidad es ver el futuro —me anunció.

—Claro... Por eso se encuentra aquí, para advertirme de su yo del pasado.

Lo hice reír con mi estúpido comentario, además de un chasquido de mis dedos, cuando expresaba una significativa frase que decía: “¿cómo no me di cuenta antes de eso!”.

—Exactamente —proclamó, indicándome con su dedo índice.

Rodé los ojos, poniéndolos en blanco.

—Entre otras cosas —continuó.

—¿Qué otras cosas?

—Disculparme por mi comportamiento de la otra noche.

—¿Seguro?

—En realidad, no, pero soy un caballero y creo que debo hacerlo.

—Pues ahórrese las excusas y el cinismo. No me interesa nada que venga de usted, menos su sinceridad disfrazada para conmigo.

—Veo que te gusta discutir y manifestar siempre la última palabra, ¿no?

Alcé los hombros en señal de que me daba exactamente lo mismo lo que dijera y cómo lo dijera, ya que había comenzado a tutearme.

—Bueno, si a ti no te interesa, a Hortensia sí, y por ella lo estoy haciendo y no por ti —prosiguió muy suelto de cuerpo—. Así que no creas que me siento a gusto tocando a tu puerta y hablando contigo.

—Es mutuo, como te llames.

—Fred. Mi nombre es Fred y no como te llames —me aclaró un tanto exasperado.

Sonreí con sorna ante su llamado de atención.

—Tienes una linda sonrisa, Manuela, lástima que seas tan retorcida, además de histérica. —Abrí los ojos como platos frente su comentario tan fuera de lugar.

—¿¡Cómo que retorcida?! —Estallé, gritándoselo al rostro.

—Eres maestra y licenciada en letras, saca tus propias conclusiones. No creo que te cueste mucho, presumida.

Un calificativo más y este inepto, imbécil, abusivo y deslenguado arrogante me iba a oír.

Fred retrocedió y rio con ganas. Me pareció que empezaba a leer con mucha facilidad mis pensamientos.

—Sé que no me quieres aquí, así que... ¡Gracias por el pastel! —me confió—. Te esmeraste, estaba delicioso.

Me dejó de una pieza con lo que mencionó.

—Ah, perdón, no estabas al tanto de que lo habías preparado para mí.

El idiota hablaba del pastel. ¡El idiota hablaba de mi pastel!

—¡Jamás lo preparé para ti! ¡Por quién me tomas!

—Ahí está de nuevo esa chillona voz —afirmó, tapándose los oídos—. Es horrenda. ¿No te la has escuchado? ¿Cómo le enseñabas a esos pobres niños con ella?

—¡Ya basta! ¡Qué falta de educación! ¡Eres un imbécil!

—Solo los fines de semana —ironizó, admirando de reojo su reloj de pulsera—. Debo irme, y créeme, venir aquí no ha sido un placer para mí.

Sin más, entré a la cabaña y le di un feroz golpe a mi puerta, plantándosela en la cara, aunque la verdad, el engreído y boca floja se hallaba a más de un metro de ella. Una lástima, me habría gustado ver cómo le golpeaba la cara con ella hasta partírsela en dos.

—Para mí tampoco lo fue —mencioné con la voz temblorosa, sumamente disgustada, evitando romper en llanto y preguntándome a la vez, ¿por qué mierda me trataba así si no me conocía?

Capítulo 9



Estuve hablando con Hortensia sobre lo acontecido y le exigí que no interfiriera más en lo que sea que haya querido hacer la otra noche, aunque hubiese tenido las mejores intenciones para con nosotros dos.

Se sintió avergonzada, así lo percibí al notar su rostro enrojecido y sus nerviosas manos, las que no dejaba de mover mientras me explicaba que en su mente lo había vislumbrado como la mejor de las ideas; la que obviamente no resultó.

En fin, a veces no todas las personas estaban hechas para simpatizarle a todo el mundo. Y al parecer, yo era una de ellas.

En mi cabeza seguían rodando los apodos con que el sujeto ese me había llamado: histérica, retorcida, presumida. Yo... ¿de verdad era así? El muy idiota ya me había instalado el gen de la duda.

De acuerdo. Decidí sacármelo de la cabeza, pero fue peor, no lo conseguí. Y eso lo notó mi hermana cuando volvimos a charlar por teléfono y precisamente de él y de cuánto me enervaba su sola presencia en este sitio.

—Así que ese infame e infeliz es tu vecino.

—Sí, para mi desgracia.

Sin quererlo, empecé a hablarle de Fred y sin tomar un solo aliento.

—Manuela, traga saliva, ¿quieres?

—Perdón, Claudia, pero me pone de malas solo tener que nombrarlo.

—Pues olvídate de él y punto. Haz lo que hago yo, aprende a matar a un hombre en un solo paso: no lo nombres nunca más.

Eso parecía bastante lógico para cualquiera, pero no para mí, ya que tenía que verlo a diario y escucharlo a diario, al igual que a su bendito perro.

—Mejor háblame de ti. ¿Cómo va todo? —pregunté cambiando radicalmente el tema de la conversación.

—Bien. Estoy trabajando muchísimo y me encanta. Tengo en mente algunas ideas innovadoras que quiero desarrollar en el restaurante, pero para eso el chef debe hacer lo suyo, o sea, otorgarme el permiso correspondiente para que no crea que ansío de todo corazón quitarle su puesto de trabajo —bromeó—. Me olvidaba de algo importante.

—¿Qué sucede?

—Tu amiga... Nicole, la de los eventos literarios y el club de lectura, ¿la recuerdas?

—Claro que sí, hace mucho que no hablamos, pero... ¿Qué pasa con ella?

—Está organizando una velada sobre la literatura romántica erótica actual, y te la perderás. Me dio una invitación para ti, para que asistieras.

—Pues ve por mí y me cuentas qué tal estuvo. Nicole es una estupenda anfitriona, y seguro la velada será todo un éxito. En realidad, todo lo que lleva a cabo siempre resulta un éxito.

—Suena bien. Quizás tenga algo de suerte y conozca a alguien interesante con quien compartir algo de información, entre otras cosas.

Oí su risa por lo bajo.

—Ah, y dijo que la llamaras... cuando así lo quisieras.

—Gracias. Lo tendré en cuenta.

—¿Puedo decir algo más?

—Claro, Claudia. ¿Qué ocurre?

—Te extraño, Manuela. Me encantaría que estuvieras aquí.

Un instante después nos despedimos, dejando para otro día el resto de la conversación, cuando afuera empezaba a caer la lluvia, siendo tan solo las cuatro y treinta de la tarde. Dentro de poco comenzaría a oscurecer y el frío se haría todavía más intenso, por lo que me dispuse a encender la chimenea, ya que advertí que las gruesas nubes que se hallaban en lo alto venían cargadas

de muchísima agua.

Habría tormenta sí o sí. Solo era cuestión de tiempo que se desatara.

Al cabo de unas horas, le había dado en el clavo al clima por primera vez. La lluvia y el viento estaban incontrolables, consiguiendo que la luz parpadeara frecuentemente debido a la inestabilidad de la conexión. No tenía que ser una vidente para vaticinar que muy pronto me quedaría a oscuras. Pero eso era lo normal en el sur, ya lo había vivido con Carolina en nuestro primer viaje, porque ambas también habíamos padecido —una abrazada de la otra— de una tormenta similar. Lástima que ahora solo me tenía a mí y no a ella.

Suspiré aferrada a mi edredón, con el cual me hallaba envuelta mientras bebía café junto a la chimenea. Intentaba concentrarme en mi lectura, la que estaba por terminar, una interesante historia policial que también tenía un poco de romance, así como su cuota justa de erotismo que la hacía todavía más sugerente a mis ojos y oídos, cuando la leía en voz alta para evitar escuchar las ráfagas de viento que hacían crujir mi morada, poniéndome un tanto nerviosa.

Bueno, la verdad, del todo nerviosa.

La oscuridad todavía no lo invadía todo, y eso era un punto muy favorable, porque aún tenía algo de luz natural para seguir leyendo y así poder disfrutar de las andanzas y desventuras del astuto, extravagante y sensual inspector Morris, todo un Sherlock Holmes contemporáneo que a las mujeres hacía suspirar.

Carolina me lo había regalado para mi cumpleaños número treinta y seis, le había sonado interesante la sinopsis, además de la lúgubre portada, en la cual un hombre vestido de negro se sujetaba un sombrero, mientras sonreía de medio lado.

Un hombre...

Era lo que mi hija mencionaba muy naturalmente y con mucha madurez cada vez que mencionaba que era buena idea que me animara a salir con alguien, cuando yo... todavía no conseguía quitarme a su padre de la cabeza.

Al cabo de media hora, detuve mi lectura cuando la luz se apagó por escasos segundos y luego se volvió a encender, dejándome paralizada. Se iría... Si seguía diluviando así, muy pronto el complejo de cabañas quedaría

totalmente a oscuras.

Y fue como ocurrió en tan solo un abrir y cerrar de ojos, cuando todo en mi cabaña, de pronto, se ennegreció.

Raro... Sí, me había ganado el premio mayor. Me di cuenta de ello al observar por el cristal de mi ventana empañada que la mía, al contrario de los demás inmuebles, no poseía luz eléctrica, pero sí la de mi “adorable y patán” vecino, al igual que la de Hortensia, que seguramente poseían como alternativa un generador.

Serenamente y en mi sitio me quedé esperando a que regresara, porque quizás, después de un momento, ésta volvería. Solía suceder. De hecho, en casa así ocurría, la luz se iba por unos minutos y después volvía. Pero no estábamos en casa y allí no solía llover de la misma manera en que lo hacía afuera, como si el cielo se fuera a caer a pedazos en cualquier instante.

Pulsé cada uno de los interruptores y nada, la luz se había ido en su totalidad. Pero si solo había sucedido en mi cabaña, tal vez, la solución podría estar en el botón del automático. ¿Y dónde se suponía que estaría ese interruptor?

Dentro no había señas de él, así que todo indicaba que se encontraba afuera, ¿pero dónde? ¿Alrededor de la cabaña, quizás? ¿O en el tablero general de todo el complejo?

Llamé a Hortensia un par de veces, pero la señal estaba cortada. ¿Podía ir todo de mal en peor? Sí, podía.

—¿Qué se supone que haré ahora? —me pregunté al contemplar que el viento decrecía un poco, solo para tomar más intensidad y volver a soplar con más fuerza. Y me rasqué la nuca al pensar en una posibilidad que se hacía todavía más patente al comprobar que en cualquier minuto la chimenea de mi hogar también sucumbiría. Lo sé, además de cobarde me había convertido en una mujer sumamente descuidada al no abastecerme de suficiente leña para pasar la noche—. ¡Maldición! —exclamé al ir por mi chaqueta, vislumbrando en mi mente lo único que podría llevar a cabo: salir de casa para hacer saltar al maldito interruptor, estuviese donde estuviese.

Me arrojé, salí de mi cabaña y caminé a su alrededor en vano. Nada. En ella no había nada parecido a una pequeña palanca que yo pudiera subir o bajar, según fuera el caso.

—¡Gracias! —expresé con ironía al girarme y ver las escaleras.

Cuando intenté bajar por ellas el viento me meció en todas direcciones, como si yo fuera una cometa, logrando que resbalara en mi primer intento por no querer caer. Mala suerte la mía. Por ahí no podría dar un paso más sin caer de bruces al suelo.

¿Mi segunda alternativa? Opté por hacerlo por el camino principal, sin importarme que el barro me llegara hasta los tobillos. Sí, a veces solía ser un poco exagerada en mis apreciaciones. En eso estaba, cuando oí los ladridos de Winter, quien me observó con cierto interés por una de las ventanas de la cabaña del vidente arrogante y presuntuoso, a quien contemplé plenamente empapada porque la lluvia, en cosa de segundos, ya había hecho lo suyo conmigo.

Me aparté el cabello mojado de mi rostro y caminé en dirección a la casa de Hortensia, pero cuando estaba a tan solo un par de metros de ella, resbalé al asustarme con el fuertísimo sonido de un trueno, doblándome un pie al pisar en lo que jamás consideré que se trataba de una poza de agua.

—¡Mierda! —Me agaché de inmediato.

¿Podría ir todo de mal en peor? ¡Claro que podía!

—¿Qué crees que estás haciendo?! —Oí a mi espalda una melodiosa voz que de dulce no tenía nada. Sí, estoy hablando sarcásticamente para referirme a ella.

—¡Tomando aire fresco! ¿Por qué? ¿Te interesa? —le contesté a quien se dirigía hacia mí luciendo un impermeable oscuro, tipo overol, que solo dejaba su rostro malhumorado al descubierto.

—¡No me digas que te dieron ganas de salir a caminar con esta tormenta!

—¡Así es! ¡El clima aquí es fenomenal! ¿No te parece? —Intenté levantarme cuando un dolorcillo me impidió que apoyara el pie en el suelo—. ¡Mierda! —volví a exclamar, pero esta vez acompañado de una mueca de dolor que se dibujó en mi semblante.

—¡Déjame ayudarte!

—¡No, gracias, puedo sola! —contesté en el mismo instante en que Fred se situaba muy cerca de mí para acuclillarse, y otro fiero sonido de la naturaleza

se hacía presente por sobre nuestras cabezas. No sé en qué momento terminé aferrada a él, abrazándolo con fuerza, debido al miedo que sentí.

—¡Sí, se nota! —manifestó al liberar una leve risilla burlona—. ¿Te dan miedo los truenos?

—¡Desde pequeña! ¿Por qué? —Proseguí, oculta en su pecho.

—Eso temí, porque... no quieres soltarme.

Me bastó un microsegundo para darme cuenta de lo que hacía y para alzar la mirada hasta el par de ojos castaños que no cesaban de observarme. Frente a su rostro, me aparté de un salto, embarrándome todavía más, pero él me detuvo al situar una de sus manos sobre una de mis húmedas extremidades, evitando así que huyera.

—Quieta. ¿Dónde crees que vas?

—Lo siento. Yo... —balbuceé sin saber qué más decir o hacer en ese incómodo momento.

—¿Puedes ponerte de pie? —Pretendió suavizar el tono de su cadencia. Y poco a poco lo estaba consiguiendo, ya que ahora no sonaba tan agraz.

Entretanto, seguía sintiendo el malestar en mi pie izquierdo, el cual me punzaba y dolía un montón. Decidí, por lo tanto, comportarme como una mujer adulta y mover la cabeza de lado a lado en señal de negativa.

—Entonces, te ayudaré. Tengo que sacarte de la lluvia.

—No debí haber bajado y...

—A la cuenta de tres —me interrumpió para que dejara de hablar tonterías y fijara mi atención en él— voy a levantarte para que consigas ayudarme y así subir contigo de regreso a tu cabaña, ¿de acuerdo?

—Pero no tengo luz.

Fred suspiró y miró hacia abajo, analizando las posibilidades.

—Lo solucionaré luego. Uno, dos, ¡tres! —vociferó, elevándome entre sus brazos, a los cuales me aferré nuevamente, cuando la lluvia no arreciaba ni siquiera un momento y la voz de Hortensia se hacía audible, a la distancia.

—¿Qué ocurre? —gritó desde su terraza, cuando nos alumbraba con una linterna.

—¡No es nada! ¡Estará bien! ¡La llevaré de regreso a su cabaña!

—¡Será mejor que la lleves a la tuya! ¡La conexión de su automático se fundió y no puedo repararla sino hasta cuando pase la tormenta!

Lo oí maldecir y cerrar los ojos por un momento. ¿Sería, acaso, culpa del karma? Fue en lo primero que pensé, evitando sentir en mí su cálida mirada asesina de incondicional simpatía. Sí, ese hombre estaba feliz de verme.

—¡De acuerdo! —Alzó la voz una vez más, volteándose y guardando silencio, cuando comenzaba a avanzar conmigo de regreso por la ascendente colina.

—¿Podrías bajarme, por favor? —Esto ya era insoportable.

—¿Caminarás?

—Lo intentaré —respondí insegura.

—Sí, claro —expresó tras reír infamemente.

—Estoy hablando en serio.

—Yo también. ¿Qué no oíste a Hortensia?

La oí fuerte y claro, pero...

—No tienes electricidad y no podrás hacer mucho en tu cabaña, sola — subrayó—. Seguramente, ni siquiera tienes leña para que la chimenea continúe encendida toda la noche. En resumidas cuentas, te congelarás.

Tragué saliva con nerviosismo, cuando mi silencio se lo decía todo. No. No iba a entrar en detalles sobre ese hecho puntual.

—Me lo temía. —Fijó sus ojos en un punto exacto y caminó sin nada más que agregar, hasta que estuvimos frente a su cabaña, en donde me dejó, parada junto al umbral de la puerta, desde el cual silbó fuertemente, mientras que Hortensia le hacía una señal con su linterna. Se estaban comunicando. Fred le estaba confirmando que todo estaba bien.

Luego, la vi entrar a su casa, mientras él abría la puerta de la suya, obligándome a que yo lo hiciera de una buena vez.

Mi suerte iba de mal en peor cuando Winter se detuvo frente a mí con esa mirada implacable de enemistad despótica.

—¡Quieto! —Le ordenó Fred, consiguiendo que su perro le obedeciera y se sentara en sus patas traseras, pero sin dejar de observarme—. No te la vas a comer, podrías intoxicarte —añadió sin mayor sutileza, otorgándole un guiño, al mismo tiempo que se quitaba su empapado overol.

Por mi parte, me mordí la lengua e inhalé aire algo más que un par de veces, ansiando que dejara de llover para salir de allí a toda prisa.

Me equivoqué. El karma también me había involucrado a mí, porque ahí dentro, junto a ese desconocido y su perro, ya no tenía salida.

Capítulo 10



—No estás obligado a tenerme aquí.

—Gracias a ti y a tu brillante idea de dártelas de aventurera bajo una tormenta como esta, sí. ¿Qué no se te ocurrió, por un momento, quedarte encerrada dentro de tus cuatro paredes para tu mayor protección?

Empuñé mis manos y me mordí la lengua otra vez en señal de que no le respondería, o seguro terminaríamos discutiendo, como lo habíamos hecho la vez anterior, y la anterior.

—Por tu mutismo, supongo que no.

«Paciencia, Manuela, paciencia...»

Rodé los ojos hacia un costado mientras su animal seguía mirándome.

—Tienes que cambiarte —insinuó de pronto, consiguiendo que clavara mi confundida vista en la suya, otra vez.

—¿Perdón?

—Tienes que cambiarte de ropa —replicó duramente—, estás empapada y podrías contraer una neumonía si te quedas así, toda la noche con esa ropa mojada.

—Estoy bien. Seguramente la lluvia pasará pronto y yo podré volver a...

—Ninguna parte —me obligó a callar, todo y gracias a su preponderante voz de mando—. ¿Te quieres sentar? —Sugirió al verme aun de pie—. No pensarás estar toda la noche junto a la puerta. Tu pie necesita descansar.

—No, gracias, podría arruinar el tapiz de tus sofás —contesté a una milésima de segundo de soltarle una palabrota. ¿Por qué este sujeto me trataba como si yo fuera una idiota, si el más grande idiota y desconsiderado era él?

—Está bien. Que conste que quise ser amable contigo.

—Sé que lo intentas, pero no te sale natural —bromeé, ya que mi cercanía, junto a mi presencia, seguro lo estaban enfadando aún más.

Fred alzó los brazos en señal de rendición, sonrió de medio lado y después de eso añadió:

—Ya regreso. No te muevas de aquí.

Como si yo pudiera ir a alguna parte.

Al cabo de un momento, regresó a la sala con algo de ropa deportiva en sus manos, la que dejó sobre uno de los sofás, el más grande de los tres que allí se encontraban.

—Para que te cambies —dijo, pero eso no sonó como una sugerencia, sino como una obligación—. También lo haré. Estaré en mi cuarto. Si necesitas algo, solo llámame.

—No voy a cambiarme. Gracias. No insistas.

—Hazlo, Manuela —sostuvo enérgicamente—. Por lo que veo, hace mucho dejaste de ser una niña caprichosa.

Sonreí agriamente mientras oía, de su parte, otro apodo más. No. Esta vez no iba a entrar en su estúpido juego.

—Vamos, Winter, dejemos a nuestra “no invitada” en paz.

Al instante, su perro obedeció y caminó tras sus pasos. En cambio yo, tuve que comerme mi rabia y, asimismo, me tuve que cambiar, considerando su idea. Él tenía razón, maldita sea.

Veinte minutos después anunció su regreso, preguntándome si todo estaba bien conmigo. Le respondí que sí, ya luciendo su ropa, mientras admiraba todo a mi alrededor, deduciendo quién era y a qué se dedicaba por las fotografías que tenía colgadas en cada uno de los muros de esa acogedora sala.

Fred era alpinista, senderista, o guía de montaña, o como fuera que se llamara a lo que se dedicaba de manera profesional.

—Gracias —manifesté apenas lo vi aparecer por el pasillo, vistiendo su ropa *outdoor*, pero sin su perro, a quien esperé a que me contemplara irascible.

—Por nada. Ahora, quiero que me dejes ver tu pie.

—¡Claro que no! Digo, ya no me duele. Todo está bien con él.

—Entonces, apóyalo en el piso y levántate —me exigió apenas me oyó, cruzando sus brazos desnudos por sobre su pecho, ya que ahora solo llevaba sobre su torso una camiseta negra de vestir.

Me estaba poniendo a prueba. ¿Qué este hombre no se cansaba de hacerme sentir mal?

Me quedé sentada sin hacer lo que él me pedía. ¿Por qué? Por la sencilla razón que mi pie me dolía una enormidad.

—Vamos, Manuela, estoy esperando a que tambalees.

Nada obtuvo de mí, solo mi vergüenza, la que no pude esconder al sentir un ardor traicionero en mis mejillas.

—¿No te pondrás de pie? —Y ahí esbozaba de nuevo esa fastidiosa sonrisa suya de superioridad y altanería, colmada de burla—. No seas terca, por favor, sé que te duele.

—Estoy bien —repetí, pretendiendo auto convencerme de ello, pero no lo logré.

—Tu talón está hinchado. No soy ciego para saberlo, aún sin haberlo examinado.

Cerré los ojos y conté hasta diez, tiempo preciso que le brindé para que me tomara por sorpresa, percibiendo casi al instante su proximidad, además del calor y el agradable aroma que expelía su cuerpo.

—Como lo temía...

No comprendí.

—¿Qué demonios hacías bajo la lluvia y el fuerte viento? —Comenzó a examinar mi pie sin que yo pudiera decirle que lo dejara en paz.

—Creo que ya te di los detalles. Me quedé sin luz y al no hallar el interruptor del automático en la cabaña, asumí que se encontraría en el panel

general del complejo. Por lo tanto, al no poder contactarme por teléfono con Hortensia, decidí bajar y ¡ouch! —grité de dolor al sentir la presión de sus tibias manos sobre mi desnudo y frío tobillo.

—Tienes un esguince —aseguró, quitándome por varios segundos la respiración—. No es grave, pero por las dudas lo vendaré.

Abrí mis ojos como platos, tolerando el dolor.

—¿Qué acabas de decir?

—Que te vendaré el tobillo. ¿No estás oyendo bien o deseas que te lo explique en francés, inglés, alemán, portugués o japonés? Tú elige.

«Y se suponía que yo era la presumida, estúpido arrogante.»

Lo vi dirigirse hacia su habitación y luego volver con un maletín de primeros auxilios en sus manos, desde el cual sacó lo que necesitaba, sin que yo pudiera rebatirlo.

—Necesito que te quedes quieta para colocarte el vendaje funcional.

Enarqué una ceja al oírlo. Por su parte, él sonrió.

—El vendaje funcional permite que poco a poco logres acomodar el pie en el piso, a veces desde el primer día, consiguiendo que el hematoma derivado de tu esguince, de los ligamentos del tobillo, se reabsorba con rapidez y de forma completa. Por lo que paulatinamente el dolor debería disminuir, así como la cojera.

Bastante preciso. Bastante claro. Bastante técnico en su diagnóstico.

Cuando acabó, me tendió un analgésico mientras iba por un vaso de agua.

—¡Para el dolor! —exclamó, apareciendo con él en sus manos.

—¿Eres médico? —formulé interesada antes de tomar lo que fuera que me estuviera dando.

—No, pero sé mucho sobre medicina. En mi profesión es necesaria.

—¿Qué profesión?

—Soy Kinesiólogo. Ahora, bebe y traga, por favor.

—¿Cómo sé que no quieres drogarme? —Entrecerré la mirada, ocasionándole al segundo un estallido de risa.

—No te hagas ilusiones. Soy algo selectivo.

En ese momento, quise darle un puñetazo.

Después de mi tan “acertada intervención” me obligué a guardar silencio, sumida en la pena que él me había provocado al haber hablado de más, dejándome como una auténtica tonta.

Me tragué la tableta y bebí el agua sin chistar, cuando Winter se hacía presente nuevamente, echándose en la alfombra de oscuros colores que amenizaba con la decoración masculina del lugar.

Al menos, no estaba mirándome.

—Buena chica —expresó al ver que le obedecía, asombrándome con su comentario.

—No soy una buena chica, sino una mujer, por si no lo has notado.

—Lo noté —se apartó de mí para dejar el vaso sobre la mesa, y continuó—: ¿qué edad tienes?

—¿Eso es relevante?

—Solo quiero instaurar un tema de conversación. Te recuerdo que estaremos bajo el mismo techo toda la noche y...

—Perfectamente podrías ir a dormir —lo interrumpí, sugiriéndoselo.

—¿Eso es lo que quieres? —formuló sin aspavientos.

—Sería una buena posibilidad para ti, así no tendrías que verme la cara y oír mi horrenda voz. Yo si fuera tú, no lo pensaría dos veces.

Suspiró y blanqueó sus ojos. Después, frunció un tanto el ceño y continuó.

—Lamentablemente para ti, soy un hombre que piensa bastante antes de tomar una decisión, enumerando los pros y también los contras.

—Te felicito por ello, y también te animo a dejarme en paz, como me lo mencionaste antes de ir a cambiarte a tu cuarto.

Fred no apartó sus ojos de mí, mientras pensaba, creo.

—¿Qué te sucedió para que me hables así?

—Tal vez, lo mismo que te sucedió a ti cuando me encaraste la otra noche,

haciéndome sentir una verdadera idiota.

—Tú me llamaste imbécil e inepto —alzó sus hombros, recordándolo—. ¿Qué más podía hacer? ¿Comportarme de manera cordial contigo?

—Ni siquiera me conocías, Fred.

—Veo que tú sí, porque recuerdas perfectamente mi nombre.

Se acercó y se sentó sobre un sofá para admirarme mejor. ¡Qué bien! Me había sacado a su perro de encima y ahora lo tenía a él desarrollando el mismo gesto, literalmente.

—Porque es breve —acoté, evadiendo sus ojos castaños.

Asintió y por primera vez lo vi sonreír bellamente, sin una pizca de maldad o soberbia que emanara de él.

—Es el diminutivo de Frederik —me recordó sin desdibujarla. Creo que se sentía extrañamente a gusto perfeccionando la conversación que yo no deseaba mantener—. ¿Café?

—Lo aceptaría si tuvieras Brandy.

—Ya veo que probaste los cafés de Hortensia —se acarició su mentón por varios segundos—. Lo lamento, no tengo licor en casa. ¿Bebes?

—Solo cuando la ocasión lo amerita.

—¿Me podrías dar un ejemplo de ello, por favor?

No tuve que pensarlo dos veces.

—¿Conoces las propiedades curativas del whiskey y el vodka?

Río.

—Sí, creo que los utilizan para el mal de amores y para el término de algunos tipos de relaciones. ¿Estoy en lo cierto?

Asentí en respuesta a ello y bostecé, todo y gracias a la tibieza del ambiente que comenzó a relajarme.

—¿Te das cuenta que no era tan difícil?

—No sé a qué te refieres.

—A charlar, Manuela. A dejar que fluya la conversación.

Me sonrojé debido a su tono de voz con el que pronunciaba una vez más mi nombre.

—Te dejaré en paz —me anunció, levantándose de su asiento—. El analgésico comienza a hacer efecto en ti.

—También yo, pero cuando deje de llover —le aseguré, pero esta vez mirándolo a los ojos.

—¿Me dejarás en paz?

Asentí.

—Estás en todo tu derecho. —Antes de marcharse, acarició la cabeza de Winter, ordenándole que lo siguiera—. Vamos, viejo, es hora de dormir.

Lo vi perderse por un pasillo creyendo firmemente que no regresaría. Una vez más me equivoqué.

—Aquí tienes —dijo al entregarme un grueso edredón sherpa de color marrón oscuro—. La chimenea tiene leña suficiente para que te mantengas caliente toda la noche.

—Gracias —murmuré extrañada, debido a su repentino cambio de humor.

—Te ofrecería mi dormitorio, pero ya somos dos en la cama.

Moví mi cabeza de lado a lado evitando responder una tontería.

—No te preocupes, ni siquiera pasó por mi mente la genial idea de dormir en él. Gracias nuevamente por tu hospitalidad siendo tu “no invitada”. Y créeme, evitaré en el futuro acercarme lo suficiente a ti o a tu perro.

Antes de responder a ello, me tendió una bolsa para que pudiera echar en ella mi ropa mojada.

—¿Quieres hacerme feliz? No vuelvas a salir de tu cabaña bajo una tormenta como esa. —Me indicó el cristal de la ventana de la sala, por la cual ambos pudimos admirar lo que afuera ocurría en toda su majestuosidad.

—Te haré feliz. No dudes de eso.

—Muchas gracias. Por mi parte, obviaré el café, estoy cansado, pero si deseas prepararte una taza, en la cocina está todo lo que necesitas.

Abrí la boca y luego la cerré, solo preferí asentir en agradecimiento.

Después de ello, lo vi dar media vuelta y partir, mientras anhelaba con todas mis fuerzas que la tormenta, de una vez, aplacara.

Pero justo cuando iba a desaparecer, para dejarme finalmente a solas, decidí detenerlo, mencionándole:

—38. Tengo 38 años de edad.

Porque de alguna extraña manera supuse que le debía esa respuesta.

—Lamento todos los inconvenientes que te causé —expresó Hortensia al mismo tiempo que contemplaba al técnico en electricidad que se encontraba reparando el panel de comando de todo el complejo de cabañas, ahora que la tormenta había acabado.

—No fue su culpa, solo sucedió y bueno, ya está. Además, fue una noche bastante divertida —ironicé, llamando de inmediato la atención de mi casera, quien me observó como si no acabara de comprender mi apreciación.

—¿Quieres decir que Fred y tú ya se toleran un poco más? Me alegra oír eso.

—No se alegre tanto —le corregí—, solo nos toleramos porque anoche él y yo no tuvimos otra alternativa.

Me observó confundida.

—Me refiero al hecho de que, por su parte, no iba a dejarme ir debido a la tormenta, y por la mía, y gracias a este pie, yo no podría ir a mi cabaña por cuenta propia. Además de que... tuve otro pequeño inconveniente.

—¿Qué otro pequeño inconveniente, Manuela?

Me rasqué la nuca en señal de que estaba en aprietos.

—Bueno... pues... ¿Conoce aquello que se llama leña?

Hortensia sonrió, había comprendido a la perfección.

—Sabes que solo tienes que pedirla.

—Fue lo que no hice, y su sobrino-nieto vidente también lo advirtió.

—Y mi sobrino-nieto vidente te lo refregó en la cara —agregó mientras yo asentía—. Así que... te quedaste con él.

—No con él, sino en su sala —especifiqué, notando en su semblante una risilla traviesa que no logró disimular—. Y al ver que ya no llovía, muy temprano por la mañana, salí de allí para hacerlo muy feliz.

Ahora, me admiró sorprendida.

—¿Hacerlo muy feliz? No te entiendo...

—Sin mi presencia.

Hortensia rodó los ojos de inmediato.

—¡Qué par de tercios y cabezas duras son ustedes, por favor!

Iba a añadir algo a su exclamación, pero preferí no hacerlo, todo y gracias a que Hortensia debió recurrir a un llamado del técnico en electricidad.

Caminé muy lento y con cuidado hacia la terraza de su casa bajo los menguados rayos de sol que se colaban por entre la nubosidad de esa mañana, aspirando el inigualable olor a tierra mojada, además del aire puro y frío que había dejado la tormenta de la noche anterior.

En eso estaba, acomodándome en una de las sillas, y con los ojos cerrados, cuando unos pasos en la gravilla me sacaron de mi quietud, los que oí que se acercaban más y más a cada segundo que transcurría. Abrí mis párpados de golpe, teniendo frente a mí, y otra vez a Winter, admirándome fijo. ¿Qué este perro no tenía nada más importante que hacer que verme todo el tiempo y de esa forma?

Tragué saliva y lo admiré en detalle. Se notaba calmado. ¿Estaría todo bien con él? Porque de pronto ya no le interesaba ladrarme, morderme, y menos destrozarme en pedacitos.

Sonreí debido a mi exageración, al mismo tiempo que lo contemplaba, tal y como él lo hacía conmigo, mientras se echaba a mis pies y situaba su cabeza sobre el húmedo piso de la terraza, en silencio.

—Tú no estás bien. ¿Qué tienes? —pregunté en un susurro, cuando una voz masculina me sorprendió, logrando que toda mi paz y tranquilidad se fuera

rápidamente a la mierda.

—Es lo mismo que me he preguntado desde hoy por la mañana.

Era Fred quien me respondía, y extrañamente sin una ironía o una pesadez. Al contrario, lucía muy preocupado por Winter.

Me perdí en sus ojos castaños antes de volver a hablar.

—¿Pasó una buena noche? —Ansié saber, interesada.

—Sí, estaba bien —se agachó, colocándose a mi altura, y le acarició su coronilla, gesto al que su mascota ni siquiera reaccionó—. De hecho, estaba como siempre, muy activo y con apetito, lo que me hace suponer que no es un tema de parásitos en su estómago.

Suspiró sin dejar de verlo ni por un solo momento. Se notaba abatido. Se notaba que... Winter lo era todo para él.

—Quizás sea bueno que lo lleves a un veterinario —sugerí, esperando de su parte un “no te metas, no es tu animal, y por ende, no es tu problema.”

Iba a responderme cuando su teléfono sonó. Así que se puso de pie y se alejó para tomar la llamada.

—¿Hola? —Fue todo lo que oí al ver cómo se apartaba hacia los estacionamientos.

Me quedé a solas con Winter, admirando sus cristalinos y a la vez hermosos ojos azules, los que ni siquiera pestañeaban, mientras los tenía enfocados en mí. Ya no me miraban con ira, sino, más bien, con humildad, como si me pidieran... ayuda.

Como por arte de magia, mi mano lentamente se movió. Raramente, no sentí temor a tocarlo, menos a que él reaccionara de forma irracional y me mordiera, tal vez, por mi atrevimiento. No, nada de eso ocurrió, cuando mi mano temblorosamente se posicionó en su coronilla y lo acarició, consiguiendo que de forma inmediata el animal se quejara.

—Vas a estar bien —murmuré en un hilo de voz—, lo sé.

Y eso era totalmente cierto.

Al cabo de unos minutos, advertí que Fred nos miraba mientras aún hablaba por su móvil. Ante ello, aparté mi mano de él, evitando que se

molestara por mi indeseable cercanía para con su perro. La verdad, ya no quería tener más problemas con él.

Volteé la vista hacia el horizonte, hasta que la voz de Hortensia me sobresaltó. Al parecer, el técnico en electricidad había terminado su trabajo.

La vi despedirse y brindarle un cordial apretón de manos. Luego, venir hacia mí, donde se quedó obnubilada por Winter y la posición que había adoptado.

Sin decir una sola palabra se acercó a nosotros, pero en específico a él, a quien acarició y observó en detalle.

—¿Qué te sucede, cariño?

—Nadie lo sabe a ciencia cierta —respondí, fijándome que también lo abrazaba con ternura, cuando Fred volvía a hacerse partícipe de nuestra conversación.

—Acabo de hablar con la doctora Rivas, nos atenderá de urgencia dentro de un momento —comentó para nuestra sorpresa, ya que hoy era domingo, un día en el cual era muy difícil encontrar atención—. Vamos, viejo amigo —añadió, acomodándose para tomarlo entre sus brazos.

—Llámame apenas tengas noticias, por favor.

Asintió ante el enunciado de la anciana.

—Toma mis llaves, están en el bolsillo izquierdo de mi pantalón.

Hortensia así lo hizo, sacándolas de ese lugar.

—Necesitaré ayuda —le mencionó, mientras ella se adelantaba para abrir la puerta de su camioneta.

—Espero que... Winter esté bien —comenté, cuando él ya me daba la espalda, obteniendo solo un “gracias” de su apesadumbrada voz.

Unos minutos después, Fred se marchó raudo del complejo, dejándonos a Hortensia y a mí muy preocupadas por la salud de su mascota. Acto seguido, vi a mi casera entrelazar sus manos y murmurar algo en silencio, mientras sus ojos seguían a la camioneta, cuando ésta se perdía de vista.

—Va a estar bien —le aseguré a sabiendas de que yo no era un médico especialista en animales para aseverarlo.

—Espero que así sea, Manuela, porque Winter lo es todo para él.

Clavé mis ojos en los suyos, esperando a que prosiguiera.

—Desde que Aneka se fue, su perro y su trabajo han constituido todo su mundo.

Tragué saliva sin saber qué hacer o qué decir. La verdad, no quería inmismirme en su vida, pero indirectamente ya lo estaba haciendo frente a las confesiones de Hortensia sobre el pasado de Fred.

—Ese hombre ha sufrido mucho, Manuela.

—Lo lamento. —Aparté mis ojos de los suyos. Algo me decía que no debía seguir escuchándola. Algo muy fuerte me decía que debía irme cuanto antes de ahí. Pero no pude. La verdad, no conseguí moverme un solo centímetro de donde me encontraba.

—Él, al igual que tú, también perdió a alguien muy importante para su vida.

Me estremecí por completo.

—Su novia y futura esposa, con tan solo veintiocho años de edad, falleció... allí —alzó su dedo índice, con el cual terminó indicando las altas y majestuosas montañas que se erigían por sobre la nubosidad que pretendía cubrirlas.

Con el miedo a flor de piel, levanté la vista y la posicioné en ellas, mientras Hortensia volvía a manifestar:

—Era una andinista experta, al igual que lo es Fred. Salió una mañana de excursión con un grupo de geólogos y jamás regresó. Las montañas, literalmente, se la llevaron.

—¿Se la... llevaron?

Hortensia bajó su extremidad y también su mirada, clavándola en el húmedo piso.

—Sí. Aneka desbarrancó en una de las laderas y murió de forma instantánea.

Al oírla, no conseguí respirar. No alcancé siquiera reaccionar ante los prominentes suspiros que emitía mi casera. A ella... le afectaba en demasía

todo aquello, tal vez, porque había tenido el privilegio de conocer al amor de la vida de Fred.

—Lo lamento muchísimo —articulé luego de un breve lapso de mutismo.

—Dicen que todo hombre tiene un pesar secreto del cual el mundo no sabe.

Se refería a él, no me cabía duda de eso.

—Y que muchas veces llamamos frío a quien solo está destrozado por dentro —sonrió con tristeza, brindándome una de sus manos para que la tomara—. ¿Qué prefieres? ¿Te ayudo a subir o quieres acompañar a esta vieja a almorzar? —De forma abrupta cambió el tema de la conversación.

—Gracias, pero no quiero molestarla ni abusar de su confianza, y...

—No lo haces, ni lo harás, muchacha. Convéncete de ello. Además, ya es hora de que me tutees.

Sonrió, gesto al que no conseguí corresponder.

—Siempre hace bien un poco de compañía, y yo, en este momento, la necesito.

La comprendí, porque sus ojos diáfanos así me lo demostraban.

—Parece que... los recuerdos son de agua y muchas veces nos salen por los ojos —expresé, animándome a tomar su temblorosa, pálida y tibia mano que se aferró al instante a la mía.

—Tú lo has dicho. Ahora dime, ¿cómo va ese pie? ¿Puedes caminar? —Lo admiró fugaz, ya que aún seguía vendado, pero sin que el zapato que yo estaba usando lo presionara demasiado.

—Sí, ya no me duele tanto como anoche —mencioné, apoyándolo con mucha sutileza en el piso de madera para dar mis primeros y torpes pasos en dirección al interior.

Capítulo 11



“El dolor sin lágrimas sangra internamente, cuando las cicatrices que no ves son las más difíciles de sanar.”

Me repetía aquella oración cuando, sin querer, me había informado sobre una parte del doloroso pasado de mi apático vecino. Vaya, mi padre siempre tuvo muchísima razón cuando mencionaba que el destino, a veces, era tan sabio.

Frente a la ventana de mi cabaña admiraba la costanera, pero en especial el camino hacia las gigantescas montañas de la zona turística de Puerto Natales, las bien conocidas “Maravillas del Mundo”, un sitio ideal que era el destino obligado de muchos turistas, tanto nacionales como extranjeros, que deseaban conocer increíbles parajes naturales dotados de una maravillosa y extraordinaria belleza.

Bebí de mi café recordando las palabras de Hortensia sobre Aneka, la mujer de Fred. Sin saber mucho más, ahora comprendía tantas cosas sobre su carácter y sobre su modo tan indiferente y frío de enfrentarse a los demás. Sí, él y yo éramos bastante parecidos, pero lo que nos diferenciaba, por ahora, era que él no había huido de su trabajo, de su vida y de su pasión como un cobarde, no como yo, que me había escondido como una temerosa rata dentro de una sucia alcantarilla.

Suspiré y me alejé de la ventana, no había señas de su camioneta, menos de él. «¿Estaría todo bien con Winter?», me pregunté, viendo la hora que marcaba mi reloj de pulsera, preocupada por ese perro que, en menos de dos minutos, algo había provocado en mí con aquella particular mirada colmada

de tristeza.

Mi cabaña estaba en silencio, solo la lavadora hacía su trabajo con la ropa que me había facilitado Fred la noche anterior, durante la tormenta. Tenía que devolvérsela en las mismas condiciones que él me la había entregado; solo esperaba el momento oportuno para hacerlo.

Dos tazas de café le siguieron a la primera, cuando ya eran las ocho con cuarenta y cinco minutos. Afuera la oscuridad de la noche cubría los cielos, en los cuales no había ninguna estrella, gracias a la nubosidad que nos había acompañado gran parte del día. Mi padre siempre decía que cuando no había estrellas en el firmamento, la lluvia no demoraba en llegar. Y yo... solo deseaba una cosa antes de que eso ocurriera. Quería ver a Fred para preguntarle qué había acontecido con Winter.

Sentada frente a la chimenea disfrutaba de una amena y atrapante lectura titulada “Los vecinos mueren en las novelas”. ¿Qué irónico, no? Me había decidido por ella para proseguir con la narrativa policíaca, y también por la mezcla de fantasía y realidad que me llevaban al punto de que no lograba diferenciar si lo que estaba sucediendo, párrafo a párrafo, era real o parte del relato que creaba tanto el protagonista, un escritor de novela policial, como el personaje secundario de la historia, una anciana, en este caso, su vecina.

Me decía a mí misma “la historia de la viejecita, ¿será realmente inventada? ¿Y la de John? ¿Un asesino suelto? ¿Su esposa engaña a su marido? ¿Desde cuándo?”.

Demasiada intriga, muchos giros en la trama y yo inserta en ella, hasta que el ruido de un vehículo a lo lejos me sobresaltó. Ya eran cerca de las diez de la noche y ese tenía que ser Fred. No podía ser otro.

Con premura, y olvidándome de mi pie, que ya no estaba vendado, me levanté del sofá y me dirigí hacia la ventana, por la cual admiré lo que abajo sucedía. Hortensia esperaba a Fred en la entrada de su casa. Se notaba ansiosa e intranquila, obviamente, muchísimo más de lo que extrañamente lo estaba yo.

Entrelacé mis manos sin saber qué hacer con ellas, cuando él, por su parte, bajaba de su camioneta, cerraba la puerta y caminaba hacia ella, pero... ¿Dónde estaba Winter? ¿Por qué no había regresado con él?

Mi corazón comenzó a latir con fuerza, mis manos empezaron a sudar y mi boca se secó de solo pensar que el perro... No, no podía ser posible. Mi

casera lo abrazó fuertemente y él se aferró a ella de la misma manera, como un niño. En ese instante, pensé lo peor.

Me aparté de la ventana sin saber qué hacer, hasta que observé la ropa seca y doblada de Fred a los pies de mi cama. Tenía la excusa perfecta para regresar a donde jamás había sido invitada.

Dejé que el tiempo transcurriera. Dejé que mis ansias se quietaran y que mi cabeza dejara de elucubrar tonterías. Winter estaba bien. Winter tenía que estarlo. Seguramente, lo habían dejado en observación. Sí, todo iba a estar bien con ese perro.

Pasadas las diez con treinta minutos de la noche decidí bajar, me había quitado el vendaje funcional para lavarlo y entregárselo junto con su ropa. Me sentía mejor, aunque aún tenía hinchado el tobillo, pero eso era lo de menos.

Descendí con cuidado por el camino principal hasta situarme frente a la puerta de su cabaña, que mantenía las luces interiores encendidas. Fred estaba despierto, quizás, bebía café.

Suspiré antes de animarme a golpear, pidiendo que no me echara a patadas antes de que lograra abrir la boca. En eso estaba, ordenando mis ideas, cuando la puerta se abrió y apareció frente a mi presencia. O, mejor dicho, aparecí yo frente a la suya, cogiéndolo por sorpresa.

—Hola —le otorgué una media sonrisa, la que jamás me devolvió. Al contrario, me miró como si yo hubiera perdido la cabeza al regresar a su cabaña; además del sentido de la orientación—. Te preguntarás qué hago aquí, ¿verdad?

—No. La verdad, no —respondió así sin más.

Enrojecí. Él tenía ese innato “poder” de hacerme sentir, en cuestión de segundos, como una tonta.

—De acuerdo. Aquí está tu ropa, incluyendo el vendaje funcional. Gracias por prestármela —se la extendí y él la recibió sin decirme una sola palabra. Se notaba cansado, pero también molesto, no sé si conmigo o con mi impensada aparición—. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Acabas de formularla.

—¿Puedo formular dos? —proseguí, directa.

—Acabas de formular dos —me corrigió con sorna. Ese hombre sí sabía cómo ponerme de los nervios en tan solo medio minuto.

—Muy bien —calmé mis ansias y conté hasta diez—. Sé que no quieres verme aquí. Sé que te molesta mi presencia. Es más, si pudieras, seguramente me plantarías la puerta en el rostro, así que solo te preguntaré una cosa, ¿cómo está tu perro? Y tú me responderás rápidamente, y así me podré ir tan veloz como me lo permita mi pie, que gracias a tu vendaje ya no me duele.

—Tu nariz —me dijo, señalándomela—, aletea cuando hablas tan rápido.

De todo lo que le había mencionado, ¿solo había reparado en las aletas de mi maldita nariz?

Cerré los ojos y suspiré. No. No había caso con este hombre. Por lo tanto, lentamente me volteé, dándome por vencida.

Di un par de pasos de regreso al camino principal, comiéndome toda mi rabia, cuando oí que decía:

—Winter está en observación. Mañana tendré los resultados de sus muestras de sangre.

No respondí, solo me dediqué a caminar torpemente con destino a mi casa. Él lo había querido así y, lamentablemente, yo no iba a hacer nada por remediarlo.

Dos días después, mi pie ya estaba muchísimo mejor. La hinchazón casi había desaparecido y ahora en él solo había un tenue color malva, producto del amoratamiento de la piel. Aun así y por recomendación de mi hermana y de mi padre, decidí guardar reposo y mantenerme todo el tiempo en casa. Además, la lluvia había vuelto a hacerse presente, y como lo recordaba de mi viaje anterior con Carolina, los paraguas aquí no tenían mucha utilidad, debido al fuerte viento que se levantaba.

Una lluvia ligera... ¿Podría encontrar esto aquí? Claro que no, y menos en el cuasi comienzo de la estación invernal. De acuerdo, había aprendido la lección: jamás en Puerto Natales te fies del clima.

Dos días más y la lluvia nos había dado tregua, pero no así el frío y la nieve, que empezaba a caer en forma de pequeñas pelusitas, recordándome que en esta localidad nevaba muchísimo.

Pensé en mi hija y suspiré, mientras me abrigaba, antes de salir de casa, pidiéndole las fuerzas necesarias para afrontar lo que conmigo iba a acontecer y que formaba parte de mi duelo personal, el que yo había decidido por cuenta propia enfrentar de ahora en adelante.

Caminé hacia el centro de la ciudad percibiendo que las pelusitas ahora eran copos de nieve que caían cada vez con mayor intensidad, amontonándose en las calles.

¿Mi teoría? La primera nevazón no tardaría mucho tiempo en llegar. ¿Carolina, por qué no estás aquí conmigo?

Al cabo de una hora de caminar por la ciudad, me planté delante de un café que bien recordaba. “Patagonia Dulce” lucía igual de encantador, acogedor y con un ambiente familiar. ¿Y qué podía decir de su repostería? Simplemente, que era maravillosa.

Liberé una profunda exhalación al mirar hacia dentro por los cristales de las ventanas, sin siquiera mover un pie en dirección a su interior, evocando los momentos que había vivido con mi hija en ese sitio, imaginándola disfrutar de las más ricas tortas, helados, té e infusiones, riéndonos a destajo, planeando nuestro itinerario, qué lugares visitaríamos, los tour que realizaríamos, los *souvenirs* que llevaríamos de regalo para nuestra familia y amigos... En fin, muchas escenas vinieron a mí en ese preciso momento, en el que me parecía que el tiempo se había congelado, al igual que mi corazón, mientras añoraba su presencia entre los transeúntes que por allí deambulaban.

Sollocé, no pude dejar de hacerlo al comprender que todo estaba en mi cabeza, que los recuerdos eran solo eso, meras remembranzas que solían vivir en mí, y que ella jamás regresaría, aun cuando yo lo deseara con todas mis fuerzas.

De forma automática, y con los ojos cerrados, una lágrima se deslizó por una de mis frías mejillas, la que limpié con el dorso de mi mano derecha, mientras me decidía a mover mis músculos que todavía permanecían congelados. Mi cuerpo no me obedecía. Mi cuerpo se negaba a dar un paso más hacia el interior del café en el cual sabía que no iba a encontrarla.

De pronto, temblé al oír mi nombre desde los labios de un desconocido, que me hizo abrir los ojos con prontitud y aterrizar de bruces contra mi realidad, una en la que, lamentablemente, no estaba ella.

—Deberías usar guantes, Manuela. Tienes la piel un tanto sonrojada debido al frío.

Volteé mi rostro muy quedamente para identificar esa voz que no reconocí en un primer momento, hasta que mis ojos vidriosos se alojaron en un rostro, pero en específico en una barba de algo más de tres días, además de una mirada reluciente y castaña, la que la mayor parte del tiempo lucía fiera, peligrosa y entristecida. Y por último, en el ángulo de una mandíbula marcadamente cuadrada que no había visto con detenimiento, sino hasta ahora.

No respondí al llamado de atención del desconocido, menos a la sugerencia que me brindó al no quitarme la vista de encima desde su lugar. En cambio, solo pestañee un tanto asombrada de volverlo a ver, y más en la condición que me encontraba, fuera de este mundo, evocando a Carolina.

—¿Te encuentras bien? —Agregó, acercándose.

Tragué saliva y fijé la vista en el húmedo piso. Era Fred y estaba solo. «¿Y Winter?».

—Sí, estoy... bien —respondí entre balbuceos, llevándome una mano a la nuca, gesto que me delataba cuando me sentía nerviosa o fuera de lugar.

—¿Vas a entrar?

—¿A dónde? —pregunté ingenuamente, siguiendo en tan solo un par de segundos la dirección de su dedo índice, que me señaló la puerta del café.

Antes de responder tuve que conectar mi habla con mi cerebro.

—Tal vez en otra ocasión. Hoy... no me apetece hacerlo —mentí, porque no era que no quisiera entrar, sino que no poseía la suficiente valentía para cruzar el umbral de esa puerta—. Con permiso. —Di finalmente un par de pasos, al contrario de donde él se hallaba, saliendo de allí, dejándolo a mi espalda.

—¡Tú no estás bien! —determinó, alzando su cadencia, pretendiendo que me detuviera, todo y gracias a su vaticinio.

—¡Lo estaré! ¡No te preocupes por mí! —mencioné de la misma manera,

admirándolo de reojo, y escapando rápidamente de allí. ¿Por qué? Porque él y yo no teníamos nada de qué hablar. Así me lo había prometido.

—No pude entrar... —le confié a mi hermana entre sollozos una vez que regresé a casa. Me encontraba echada sobre el piso, apoyada contra la cama y con las fotos que había traído en mi cartera, negándome a dejarlas, negándome a deshacerme de ellas—. Estuve ahí, a tan solo unos pasos del café, y no pude entrar en él, Claudia.

—Manuela, cálmate, por favor.

—¿Cómo quieres que me calme si estoy harta!

—¿Harta de qué?

—De todo. De mi cobardía, de ceder, de que me vean como a una tonta, de que me traten con lástima. Yo... lo intento —sorbí por la nariz—, juro que lo intento cada día de mi vida, pero nada sucede.

—Manuela, ya pasará, tranquila. Me lo mencionaste repetidas veces, necesitas tiempo para estar bien.

Al oírla suspiré, pensando inevitablemente en eso, en el tiempo que necesitaba para estar bien.

—Si no es hoy, quizás, podría ser mañana. Y si no es mañana, tal vez, sea pasado mañana, y así... Yo sé que puedes, hermana. Tú siempre puedes.

—¿Aunque no tenga nada de nada?

Ahora, la que suspiró fue ella antes de continuar.

—Si no tuviéramos invierno, ¿qué crees que pasaría?

—Sinceramente, no lo sé.

—La primavera no sería tan agradable y maravillosa. Siempre he oído por ahí que ella es... como un renacer. Tal vez, eso esté sucediendo contigo.

—¿Puedo pedirte un favor?

—Claro que sí, el que quieras.

—¿Podrías llevarle flores a Carolina? Las que le dejé... seguro ya están marchitas.

Una hora después, conseguí levantarme de mi posición para otra vez tenderme sobre mi sofá favorito, el que se encontraba junto a la chimenea encendida, con varios trozos de leña en su interior. Al menos, tendría calor por un buen rato.

No me apetecía leer, al contrario, solo deseaba quedarme así, en paz y en la soledad de mi hogar, sin hacer ni escuchar nada, esperando pacientemente que el sueño hiciera mella en mí.

Al siguiente día me planté otra vez afuera del café, pero ahora en la vereda del frente. ¿Por qué? Tal vez, para evitar que alguien me tildara de loca.

Con las manos metidas en los bolsillos de mi chaqueta, admiré por un buen rato ese lugar, cuando el viento mecía mi cabello, despeinándome, y a veces hasta abofeteándome el rostro con su frialdad, como si algo quisiera decirme, como si ansiara hacerme reaccionar.

Pero nada sucedía. Yo... estaba decidida a quedarme fuera.

De regreso hacia el complejo de cabañas, me detuve frente a una licorería, por hoy estaba segura que necesitaba algo más fuerte que infusiones y café.

Con la compra de esta tarde ascendí por el camino principal sin detenerme, cuando divisé a Hortensia charlando con un par de personas que, al parecer, habían llegado a “La flor del Calafate”. Solo le dediqué a mi casera un rápido ademán con una de mis manos, en señal de saludo, y proseguí, porque esta vez tenía en mente otros planes más importantes que atender.

Seguí subiendo por la empinada colina, aferrada a mi bolsa de papel que sonaba a cada paso que yo daba, debido a las dos botellas de vidrio que traía en ella. Y cuando creí que la suerte al fin estaba de mi lado, y que nada podía ir peor, el destino hizo nuevamente de las suyas.

Cara a cara me encontré con Fred, quien para mi grandísimo asombro salía de su cabaña, y nada menos que con Winter, que al verme comenzó a ladrar y a correr hacia mí, extrañamente.

¡Oh no! ¡Oh no! ¡Oh noooo!

En cuestión de segundos alzó sus patas delanteras y las posicionó sobre mí, consiguiendo que me tambaleara al instante, todo y gracias a su peso, y que, ¡maldita sea!, sonaran todavía más las botellas de licor que traía conmigo “disimuladamente”, llamando la atención de quien ahora no dejaba de vernos a los dos, levemente interesado.

—¡Hey! —Alcancé a pronunciar, pretendiendo no caer al piso con ellas, cuando Winter seguía saltando por mi costado, por detrás y también por delante de mí—. ¿No se suponía que no te agradaban los desconocidos? —mencioné, alzando la voz y haciendo malabares con mi cuerpo para no estrellarme junto al vodka y el vino de importación que me había costado bastante caro.

Si iba a beber, no pretendía meterme en el cuerpo cualquier porquería.

—Ya no eres una desconocida para él —me dio a conocer. Por mi parte, no pretendí proseguir con la conversación, sino sacarme al perro lo más pronto de encima.

—¿Podrías decirle que...?

—¡Quieto, Winter!

—Gracias.

Obedientemente, vi como el animal se acomodó sobre sus patas traseras, y como siempre, no cesó de admirarme.

—Torsión gástrica —comentó Fred de pronto, llamando mi atención.

—¿Perdón?

—Es lo que Winter tenía. Las pruebas así lo arrojaron.

—No sé qué significa exactamente.

—Se trata de un giro en el intestino que impide que se expulsen los gases, y por ende, dilata el estómago. Es... Podría llegar a ser mortal si no se trata a tiempo —me explicó, contemplándolo ahora a él con un vistazo de desasosiego.

—Entiendo. Pero ya está bien, ¿verdad?

Fred no alzó la mirada, solo la perpetuó en su viejo amigo y en todo su mundo, como lo había mencionado Hortensia con tanta seguridad.

—Sí, gracias a la doctora Rivas.

—Que bien. Me alegro y... también porque ya no quiera morderme.

Ante mi comentario, Fred posó sus ojos en mí para contemplarme en silencio.

—No te equivoques, Winter también es bastante selectivo.

Gracias a esas ocho palabras tuyas, mi paz se fue al carajo.

—¿Por qué te comportas siempre así conmigo? —formulé impaciente, esperando su ataque.

Fred cruzó sus brazos por sobre su pecho y no me respondió.

—¿Qué fue lo que te hice? —proseguí, ansiando que abriera la boca.

—Era solo una broma, Manuela.

—Pues, no me agradan tus bromas —sentenció.

Con ironía, rodó sus ojos y sonrió de medio lado, expresando:

—¡Cuánta delicadeza!

Fue mi turno de sonreír con sorna.

—Eres insoportable, Fred. ¿Nunca te lo han dicho?

—No me interesan los dichos de los demás. No vivo gracias a ellos.

—Aun así, tienes todo para ser una persona agradable. Lástima que el gen de la simpatía no haya recaído en ti.

Acomodé las botellas de licor en mis manos, ya que pesaban bastante. Y aquel sonido de los vidrios al golpearse no pasaron desapercibidos para él.

—Ya te lo dije. No me interesa simpatizarle a nadie, menos a ti.

—De acuerdo. —No mencioné nada más, alcé mis hombros y me fui, no iba a perder mi compostura con un idiota tripolar, porque lo de “bipolar” a este sujeto le quedaba bastante corto.

Solo alcancé a dar un par de pasos y nuevamente oí su preponderante voz a mi espalda, diciéndome:

—¡Tú también eres bastante insoportable!

Me voltee en una milésima de segundo solo para responderle:

—¡Sí! ¡Además de retorcida, histérica, caprichosa y presumida! ¡Y no precisamente en ese orden, verdad! ¿O ya lo olvidaste?

—¡Vamos, Winter!

Obvió cada una de mis palabras, como si no le interesaran.

—¡Eres un maleducado! —Insistí.

—*Bye, sweetie.*

—¡No soy tu cariño!

Rio a carcajadas. Si hubiese tenido las manos desocupadas, yo...

Hortensia vio todo nuestro despliegue de encanto y simpatía, además oyó el prominente portazo que di cuando logré entrar a mi cabaña hecha una víbora de dos cabezas que expelía fuego por los ojos.

Confundida y preocupada esperó a que Fred llegara a los estacionamientos, sitio en el cual se encontraba y no precisamente feliz por lo que había acontecido.

—¿Me puedes explicar qué pasó ahí? —Señaló el sitio donde nos habíamos enfrascado, una vez más, en una cruenta y desafiante batalla.

—¿Por qué yo? —contestó con otra interrogante, logrando que Hortensia se cruzara en su camino, hasta detenerlo.

—Estoy esperando, Fred.

—¿Por qué yo? —reiteró, sacando a relucir toda la dulzura de esa amable viejecita.

—¡Porque tú estás aquí! ¡Porque Manuela casi acaba de echar su puerta abajo con el estruendo! ¡Y porque, sencillamente, fuiste parte de esa “no tan amigable conversación”! —Lo encaró sin tomarse un solo respiro, fijando sus ojos en los suyos.

—Esa mujer está loca —comentó molesto—, además es intratable e insoportable. ¿Querías la verdad? Ahí la tienes.

—No la conoces, Fred.

—Y no me interesa conocerla, ya te lo comenté una vez.

—Pues, deberías. No imaginas el dolor que lleva en el alma.

Apenas la oyó, Fred sonrió y movió su cabeza de lado a lado, en señal de negativa, cuando Winter empezaba a ladrar, como haciéndose partícipe de la charla.

—Manuela es un hueso duro de roer, lo sé, pero no por simple gusto. ¿Qué no lo recuerdas? Te pedí que la trataras con respeto.

—Y resulta que ahora, toda la culpa la tengo yo. Si lleva un dolor en el alma es su problema y no el mío.

—Hijo, por favor, no hables así.

—¿Por qué? Si esa mujer no sabe cómo relacionarse con los demás debería marcharse a una isla desierta, ¿no crees? Ahí estaría mucho mejor y nadie, créeme, nadie tendría que verla la cara de...

—¡Basta, Frederik!

Gracias al regaño, Fred guardó silencio y rodó sus ojos hasta enfocarlos en el piso.

—¡Qué gran bocota tienes, por Dios!

—Lo siento —se disculpó.

—Esa muchacha no es así por simple gusto. Esa muchacha no vino hasta aquí para vacacionar.

—¿Y entonces a qué vino?

—A buscar a su hija —le señaló tajantemente, consiguiendo con esa oración que él situara en el acto sus ojos en los de ella—. A una hija que hace un poco más de un año y medio falleció.

Fred tragó saliva y se obligó a callar, mientras que su corazón se aceleraba.

—La muchachita se llamaba Carolina y tenía dieciséis años de edad.

Su barbilla le tembló y por algo más que un momento, se sintió avergonzado.

—Esa histérica mujer, como tú la llamas tan despectivamente, solo quiere volver a vivir, pero desgraciadamente no sabe cómo.

De forma automática recordó el instante en que había advertido las botellas de licor que llevaba Manuela consigo.

—Y si vino hasta aquí no fue solo por gusto o mero placer, sino porque su hija amaba este sitio. Ahora, ¿te das cuenta de lo que hablo?

Realmente, Fred no sabía qué decir. Se había quedado en blanco.

—Manuela está sola —le repitió.

—Te equivocas conmigo, Hortensia, no soy el párroco de “La flor del Calafate”, sino un hombre más, tan común y tan corriente como cualquier otro.

—No, el que se equivoca eres tú. No eres solo un hombre, Fred, y después de nueve años me sigo dando cuenta de ello.

Suspiró prominentemente mientras la oía y apartó su mirada de la suya, porque sabía perfectamente a qué se refería con ello.

—Debo salir con Winter. Mañana muy temprano tengo que ascender.

—¿Con este clima tan inestable?

—El trabajo es trabajo. Nos vemos después.

En un rápido movimiento, la anciana depositó una de sus tibias manos sobre la que él tenía sujeta la correa de su perro, deteniéndolo.

—Solo necesita que la oigan y eso no se llama compasión, sino humanidad. —Después de haber pronunciado esas palabras, se retiró, dejándole el paso libre para que saliera del complejo.

—Lo que parece un final es a menudo un nuevo comienzo —expresó Fred, acercándose para darle un confortante abrazo—. Eso me lo enseñaste tú hace mucho tiempo.

—La muerte deja un dolor en el corazón que nadie puede sanar. En cambio, el amor deja una memoria que nadie robarte. —Cariñosamente, le dio un par de palmaditas en su pecho, a la altura de su corazón—. Tú sigues aquí a pesar de haber perdido a tu otra mitad. Yo sigo aquí a pesar de haber perdido al gran amor de mi vida. Y ella... —Sus ojos cristalinos se elevaron, hasta fijarlos en la cabaña que se encontraba en lo alto de la colina—, también tiene todo el derecho de seguir aquí para finalmente encontrar lo que le hace falta.

—Tú y tus caprichos —besó su coronilla antes de partir—. Tú y tus

caprichos, viejita inda —repitió al mismo tiempo que suspiraba.

—Si la felicidad se olvida de ti, tú nunca te olvides completamente de ella
—finalizó, sonriéndole.

Capítulo 12



Time keeps moving on,
El tiempo sigue en movimiento,
Friends they turn away, Lordy Lord.
mis amigos se han ido.
Well, I keep moving on
Yo sigo en movimiento,
But I never found out why
pero nunca encuentro la salida, ¿por qué?
I keep pushing so hard a dream,
Sigo empujando fuerte el sueño.
I keep trying to make it right
Sigo intentando hacer lo correcto,
Through another lonely day.
a través de otro día solitario.

(Kozmic Blues - Janis Joplin)

No pude evitar moverme al ritmo de la música de Janis Joplin y recordar lo beneficioso que era olvidarse de todo, hasta quedar sorda con la increíble voz de esta mujer.

Con una copa de vino en mi mano y la botella a medias, bailé y canté en la sala cada una de sus canciones para sentirme viva, para disfrutar de este momento y, poco a poco, para volver a mis antiguas costumbres que había

dejado atrás, sin darme cuenta que los vidrios retumbaban, mientras afuera ya había caído la noche.

Kozmic Blues...

Me sabía esta canción de memoria y la cantaba mientras degustaba el sabor del vino de importación que, muy lentamente, hacía lo suyo en mi cuerpo, apoderándose en primera instancia de mi cabeza. Pero no me importaba. Yo había decidido emborracharme y disfrutar, mientras me contoneaba y pronunciaba la letra en un inglés casi perfecto.

Tenía la cara enrojecida, mi cabello estaba suelto, y una fina capa de sudor perlaba mi frente, así como también mi cuerpo, que lucía solo para la ocasión una camiseta negra y jeans claros. No necesitaba zapatos o algún otro accesorio, solo la copa, mi botella de vino, la música de Janis y, por supuesto, yo. ¿Qué más podía pedir al respecto?

Inevitablemente evoqué a Rodrigo, mi ex marido, y más con aquella canción, con la cual muchas veces hicimos el amor; amándonos, saciándonos, ansiando construir un paraíso solo para nosotros dos, el que se derrumbó como un castillo hecho de naipes cuando decidió cambiarme por otra, tal y como te cambias de ropa interior, dejando la que ya no necesitas en el cesto de la ropa sucia.

Empiné mi copa y bebí todo el contenido por él, por el amor que aún le tenía a ese desgraciado, cantando más y más fuerte y con mucha ira; creo que sacando al fin de mí la que siempre había tenido acumulada en mi corazón y también en mi cabeza.

Tenía que dejarla ir. Era estúpido siquiera pensar tenerla todavía ahí dentro. Pero más estúpido era pensar en él, cuando ciertamente, ahora mismo se estaba revolcando con otra.

—Por ti, maldito hijo de puta —ya no tenía vino en mi copa, pero necesitaba brindar por él antes de proseguir con el vodka—. Por ti y solo por ti. —Bebí prácticamente de la botella, a la que minutos después terminé dándola de baja.

Luego, provino “*I Need a Man To love*”, canción que canté como una posesa, bailando por toda la habitación y haciendo de ella mi propio escenario.

Whoa, I need a man to love me.

Necesito un hombre que me ame
Don't you understand me, baby?

¿No me entiendes, nene?
Why, I need a man to love.

Necesito un hombre para amar.
I gotta find him, I gotta have him like the air I breathe.

Lo tengo que encontrar, lo tengo que tener como el aire que respiro.
One lovin' man to understand can't be too much to need.

Un hombre cariñoso que me entienda, no puede ser mucho lo que pido.

Sonreí mientras que mis movimientos eran cada vez más sensuales, cuando mis manos me tocaban como hace mucho tiempo no lo hacían, comenzando por mis pechos, deseando que alguien más lo hiciera por mí. Alguien de manos fuertes, atrevidas e insaciables. Cálidas, vulgares, deseosas de más... No me importaba, lo necesitaba... Pero a quien iba yo a mentirle...

Aparté mis manos de mi cuerpo, avergonzada y frustrada por mi inusitada reacción, pensando en que, después de todo, Rodrigo seguía teniendo razón con respecto a mí: para cualquier hombre, yo era muy poca cosa.

Suspiré y alejé esos pensamientos de mi mente, porque... ¿Quién mierda se iba a fijar en mí a mis casi treinta y nueve años de edad, siendo lo que era? Al parecer, yo misma tenía la respuesta a ese dilema.

Me aprestaba a responder, cuando un sonido en la puerta me alertó, uno que en nada se parecía a los acordes de la canción que estaba oyendo. Estos, más bien, sonaban toscos y algo fieros. No. En definitiva, no era Hortensia la que estaba allí, tocando otra vez del otro lado del umbral de la puerta.

Me arreglé el cabello y caminé hacia ella, tambaleándome, pero sin llegar a caer, cuando volvía a oír los golpes, unos tras de otros, mientras Janis seguía cantando.

—¡Un segundo! —exclamé con la voz un tanto borracha debido al

delicioso vino que hace un rato ya me tenía en sus redes.

Tomé la manilla, inhalé un poco de aire y abrí, encontrándome otra vez con el señor simpatía en pleno, que vestía una chaqueta impermeable oscura, debido a la ligera lluvia que afuera caía.

Lo miré extrañada. La verdad, enarqué una de mis cejas y lo contemplé bastante sorprendida de que estuviera precisamente a esta hora tocando a mi puerta.

—Hola —saludó apenas sus ojos se conectaron con los míos.

—¿Qué haces aquí? —respondí queriendo no arrastrar las palabras y pronunciar debidamente. Pero era todo un reto para mí con el alcohol que ya tenía metido en el cuerpo.

—Oí música y supuse que estabas despierta.

—Si me ves hablando aquí contigo es porque lo estoy. ¿Algo más que acotar?

—La música —añadió, reiterándolo—, está algo fuerte.

—Perdón, ¿decías? —Bromeé, sonriendo a mis anchas.

Extrañamente no recibí una de sus pesadeces, sino más que una agradable sonrisa que me espantó.

—¿Está algo fuerte! —repitió, acercándose a mi oído. Pude sentir de inmediato su tibio aliento que contrastó una enormidad con el horrible frío que se sentía afuera, el que me hizo temblar. Debo ser honesta, no sé si me estremecí solamente debido al frío.

Enseguida me volteé y caminé hacia mi móvil, que se encontraba conectado a la televisión, gracias a una aplicación que poseía en mi aparato. Acto seguido, bajé el volumen a uno perfectamente audible para los dos.

—¿Así está mejor?

—Seguramente ya dejaron de retumbar los vidrios de mi dormitorio. Gracias.

Asentí y me tambaleé al cruzar las piernas. Error de errores, porque él lo advirtió.

—Epa... ¿Estás bien?

Alcé mis manos en señal de que lo estaba, mientras Fred seguía de pie en la puerta.

—Sí, solo estoy algo borracha. No te preocupes. —Precisa, concisa y honesta. Y no, no era producto del vino que respondía así.

Fred se echó a reír apenas me oyó.

—¿Tienes una fiesta para ti sola?

—En ese aspecto, siempre me he considerado una mujer afortunada. No así en otros.

—¿Y cuáles serían esos otros aspectos?

—El amor. —Ahí iba de nuevo, respondiendo con el corazón más que con la cabeza. Y vuelvo a insistir, no era gracias al vino de importación que me había bebido como toda una inconsciente que me comportaba así.

Fred no dijo nada, solo asintió mientras que el agua escurría por su chaqueta, la que le cubría gran parte de su cuerpo, además de la cabeza, con el capuchón que ésta poseía.

—En fin... Si eso era todo, ya te puedes ir. —Eso no sonó para nada una sugerencia de mi parte—. ¿O necesitas algo más?

—¿Te puedo hacer una pregunta?

¡Ja! Había aprendido a jugar ese juego.

—La acabas de formular.

—Entonces, te haré tres.

¡Rayos!

—¿Y si no las quiero responder?

—Solo guardas silencio o me puedes decir con bastante sutileza: Fred, cierra tu maldita boca.

Sonreí de medio lado.

—¿Y luego te irás?

—Y luego me iré.

—De acuerdo. ¿Qué quieres preguntar?

—¿Esta ocasión amerita que bebas tanto?, ¿y por qué lo haces?

Lo indiqué con el dedo índice mientras volvía a tambalear, ¿o era, quizás, gracias a que el piso comenzaba a moverse muy lentamente?

—Astuto... Esas fueron dos en una.

No mencionó nada, solo esperó a que respondiera, pacientemente.

—Y a ti qué te importa si bebo o no —lo sorprendí—. No estoy molestándote. Al contrario, acabo de bajarle el volumen a Janis solo porque tú me lo pediste. Última pregunta, por favor.

—¿Tienes suficiente leña para pasar la noche?

Me quedé sin habla frente a su repentina preocupación, sin saber si su cambio de humor hacia mí era producto de mi patética borrachera.

—Creo que tendré que beber más a menudo —expresé por lo bajo, rascándome la cabeza, cuando ya todo daba vueltas y más vueltas, al igual que un carrusel. Rápidamente tuve que afirmarme de lo que encontré más a mano y eso fue... su extremidad, que con agilidad la tuve más cerca de mí en cuestión de segundos, al igual que a su voz pronunciando suavemente...

—Cuidado. Será mejor que dejes de beber.

—Estoy bien —reiteré—. Aún tengo una cita con un vodka que espera ansioso que lo acabe.

Fred sonrió. Parece que le hacía muchísima gracia verme así, como un mamarracho.

—Lo puedes beber otro día. Ahora...

—Estás mojado —noté, fijando nuevamente mis ojos en los suyos— y estás arruinando mi piso, que no es precisamente mi piso, pero por el cual sí pagué.

Sonrió todavía más, procurando dejarme un instante quieta, al mismo tiempo que se quitaba su chaqueta que le entorpecía el desarrollo de cada uno de sus movimientos, dejándola sobre el respaldo de un sofá.

—¿Y por qué te la quitas?

—Para evitar que moje todavía más tu piso, que no es precisamente tu piso, pero por el cual sí pagaste.

—Bien hecho —alcé el pulgar en señal de que aprendía rápido—. Pero lo que me hace ruido es saber... ¿Qué estás haciendo aquí? —Ya sin la capucha y la chaqueta pude contemplarlo de mejor manera.

—Saber si ya te habías bebido todo lo que traías contigo esta tarde.

Lo miré seria y con cara de pocos amigos.

—Eres un metiche.

—De cierta manera, sí. Te llevo a tu cama, necesitas descansar.

Abrí los ojos como platos.

—¿Descansar? ¿Estás loco? Todavía no estoy lo suficientemente borracha para irme a la cama, así que ya te puedes largar.

—Manuela...

—Ya te puedes largar —repliqué, pero evitando alzar la voz para que no tuviera motivos para llamarme de nuevo “histérica”—. No somos amigos, Fred, y sé que me odias. Así que, por favor, vuelve a ponerte tu chaqueta y sal de mi cabaña ahora mismo.

Me miró como si no acabara de comprender lo que le había mencionado tan resueltamente.

—No es necesario...

—No es necesario que estés aquí por lo que sea que estés aquí —lo interrumpí—, y menos si te lo pidió Hortensia.

—Hortensia no tiene nada que ver con mis decisiones.

—No te creo. ¿Y sabes la razón? Porque tú y yo ya tenemos un currículum de encuentros desafortunados, así que me niego a añadir otro más a nuestra lista de “no gratas experiencias”.

—Solo quería ser amable.

—No necesito de tu amabilidad. Gracias y buenas noches. —Le indiqué la puerta, la que ya veía algo borrosa.

—¿Seguirás escuchando esa música tan fuerte? —preguntó, tomando su chaqueta.

—¿Por qué? ¿Te interesa? ¿O no te agrada la voz de Janis Joplin?

—Como te lo mencioné, estás haciendo que mis ventanas retumben y mañana debo levantarme al amanecer. Si tú tienes tiempo para holgazanear, bien por ti, pero yo soy un hombre de trabajo. Así que te pido, por favor, que seas respetuosa con quienes sí tenemos derecho a dormir y a descansar con tranquilidad.

Aplaudí. Al fin estaba sacando a relucir a ese lobo feroz que pretendió, por un breve lapso de tiempo, vestirse de dulce ovejita.

—¡Bravo! —exclamé frenética—. Ya te estaba echando de menos.

Me observó fijo, como si al mismo tiempo estuviera contando hasta diez o, quizás, poniendo a prueba, una vez más, toda su paciencia.

—Me estás buscando, Manuela...

—No me interesa encontrarte, así que buenas noches y a dormir. —Hice un ademán con mi mano derecha en señal de que se podía largar, y cuanto antes mejor—. ¡Que sueños con los angelitos! —Caminé hasta la puerta, esperando que él hiciera lo mismo. Y así lo hizo segundos después, con su chaqueta en las manos, la que se colocó frente a mí, pero tomándose todo su maravilloso tiempo.

—Me ha encantado hablar contigo. —Me dedicó una última de sus maquiavélicas sonrisas cargadas de puro sarcasmo.

—Lo mismo digo. —Seguí su juego, sonriendo de la misma manera, para luego cerrar la puerta de un fuerte golpe, deshaciéndome definitivamente de él. Un par de minutos después, seguí bailando, pero esta vez procuré colocar el volumen un tanto más bajo que la vez anterior, por mi bien y también por el suyo. Y seguí bebiendo, la noche era joven aún.

A la mañana siguiente, quise darme un bofetazo.

Estaba hecha mierda junto al retrete, apestaba a alcohol y ya había vomitado más de cuatro veces seguidas un líquido viscoso que no parecía provenir de un ser humano. Mi estómago se retorció, mi cuerpo se agitaba tras cada espasmo que me hacía devolver todo lo que había conseguido beber la noche anterior.

Al cabo de un momento, asqueada, conseguí meterme en la ducha con todo y ropa y darle al agua caliente para que me despertara. Pero por equivocación abrí la llave del agua fría, la que me despertó en un santiamén, hasta que

conseguí abrir la llave del agua caliente, regulando la temperatura, después de dar un grito de lo más fenomenal. Permanecí bajo el chorro algo de tiempo, negándome a moverme, mientras lograba recuperarme y controlar mis ganas de seguir vomitando. Con posterioridad, me quité la ropa, y después de reunir algo de fuerzas, me duché y salí de allí con destino a mi dormitorio. Todavía me sentía fatal, pero necesitaba con urgencia ponerme ropa seca y limpia.

Cuando ya estuve lista, me abrigué y salí de casa, porque todo allí olía a cantina barata.

Sí, ansiaba inhalar un poco de aire fresco que me aturdiera bastante la cabeza.

Capítulo 13



Los ladridos de Winter me recibieron colina abajo, se encontraba solo, y de su dueño no había señas, así como también de su camioneta de tracción. Por un momento, y después de algo de esfuerzo lo recordé, él había mencionado algo de levantarse muy temprano.

—¡Hey! ¿Cómo estás? —Lo saludé, viéndolo venir hacia mí, deteniéndose segundos después para elevar sus patas delanteras y plantármelas a la altura de mi estómago, como lo había hecho la vez anterior—. ¿Ya te sientes mejor? Espero que tu dueño esté siguiendo al pie de la letra tu tratamiento. —Le acaricié su cabeza y por detrás de sus orejas, así como también por debajo de su hocico; había leído por ahí que a los perros les encantaba eso—. Buen chico, me alegra verte así, con tanta energía. Nos hiciste pasar un buen susto. —Seguí charlando con él a modo de monólogo, cuando oí la voz de Hortensia llamándolo a la distancia.

—¡Winter! ¡Winter!

—¡Todo está bien con él! —Respondí, elevando la voz—. Está conmigo y ya no quiere morderme.

Hortensia apareció de improvisto por la puerta de entrada, por la cual segundos después desapareció, llamando poderosamente mi atención con un par de frases que decían: “Vamos adentro. Acompáñame”.

Entré a la casa de mi casera para cerciorarme si se encontraba bien, anunciándome para no asustarla.

—¿Estás ocupada? ¿Puedo entrar?

—¡Estoy en el salón! ¡Y claro que puedes! —exclamó a viva voz.

La seguí cuando Winter hacía lo mismo, a mi espalda.

—Buen día, Hortensia.

—Buen día, Manuela. —No me observó, porque toda su concentración se hallaba dispuesta en un aparato de radio, por el cual oía unas coordenadas territoriales, además de la información del clima.

—¿Está todo bien? —repliqué un tanto ansiosa, pero no más de lo que lo estaba ella, al tocarse la barbilla y los labios en rápidos movimientos, producto de una evidente ansiedad.

—No. Estoy muy preocupada por Fred.

Al oírla me tensé, preguntándome ¿qué estaría ocurriendo con él, precisamente?

—Quieto, chico —mencioné para que el perro se echara donde más quisiera, eligiendo una de las alfombras que se encontraban muy cerca de la chimenea. Con posterioridad, me quité la chaqueta y la colgué en uno de los percheros de piso, debido a que la elevada temperatura de ese lugar me estaba haciendo sudar rápidamente—. ¿Se encuentra bien? —Pretendí averiguar más sobre lo que con él acontecía.

—Espero que así sea.

Un inusitado silencio nos envolvió, hasta que oí el resoplido de Hortensia, así como también la confirmación por radio de unas coordenadas que no logré comprender.

—Le pedí que no ascendiera —masculló, apretando los dientes—. Le dije que era peligroso subir hasta allí y más con este clima.

Se refería a Fred, ciertamente.

Me acerqué para confortarla, si es que de algo valía mi presencia. La verdad, no sabía si necesitaba ese abrazo, pero de igual forma quise dárselo en retribución a lo que había hecho conmigo desde mi llegada a este sitio.

—Debes tener fe.

Colocó sus manos sobre las mías y suspiró, temblando perceptiblemente.

—Arriba está lloviendo, Manuela, y debido a la lluvia se producen socavones y también deslizamientos de nieve y tierra. Aún no me han

confirmado si él y los demás lograron llegar al primer refugio de avanzada.

—Debes tener fe —repetí con mucha seguridad—. Mi madre me decía que los pensamientos positivos siempre atraen a lo positivo.

Esta vez, me dedicó una triste mirada y también una temerosa sonrisa, pero sonrisa al fin y al cabo.

—Gracias, muchacha, eres... —enarcó una ceja al verme en detalle—. ¿Qué fue lo que te pasó? —inquirió espantada, gesticulando más de lo normal.

—Ah, bueno, sí... Anoche me emborraché, eso pasó.

—Estás muy pálida y ojerosa.

—Sí, ya me vi al espejo y comprobé que me veo estupendamente —ironicé.

—Hablo en serio. Deberías comer algo para recomponerte y...

—Gracias, pero no podría siquiera tolerar echarme algo a la boca en este momento.

—Entonces, le pediré a Tatiana que te prepare un té. Eso te ayudará. ¡Tatiana! —vociferó.

No iba a contradecirla después de lo angustiada que se encontraba.

—¿No tendrás también por ahí algún analgésico? El dolor de cabeza me está matando.

—¿Qué fue lo que bebiste?

—Una combinación de lo más explosiva para mí. Vino y vodka, y hasta el fondo.

Hortensia me observó sin ningún atisbo de emoción.

—¿Y cómo es que sigues viva?

—A eso lo llamo yo “un milagro” —bromeé, percibiendo que mi cabeza, literalmente, se partía en varios trozos.

Transcurrieron muchas horas, hasta que el teléfono de Hortensia sonó, al que atendió de inmediato. Desde mi sitio la escuché con atención, esperando que ese llamado fuese el indicado. Y cuando oí de sus labios un “bendito sea Dios” seguido de una enorme exhalación que casi la dejó sin habla, comprendí

que no me había equivocado y que todo, con respecto a él, iba a estar mejor.

La noche cayó sobre nuestras cabezas y un frío insoportable se dejó sentir, congelándolo todo, pero aun así me encontraba afuera, tomando un poco de ese aire que me calaba hasta los huesos. De alguna forma lo necesitaba, mientras observaba las enormes montañas que se hallaban a kilómetros y kilómetros de mí, desafiantes, imponentes, majestuosas...

Sin quererlo, me había enterado todavía más de la vida de Fred, y en especial de su segunda profesión. Además de ser kinesiólogo, era un andinista experimentado de alta montaña, y desde muy joven se había dedicado a practicar la escalada de cumbres altas, afición que había aprendido de su padre, consagrándola en él como una profesión con el paso de los años, a la que le seguía dedicando toda su vida y su pasión, a pesar de los riesgos que ésta conllevaba.

Su vida eran las montañas, la libertad, la paz y la energía que le entregaba este lugar, del cual se había enamorado, y en el cual había decidido quedarse, sin saber que aquí encontraría a su gran amor, Aneka, con quien fue feliz, hasta que el tiempo le dijo lo contrario.

Me estaba congelando, pero ni siquiera me importaba, yo... de alguna extraña y hasta casi incomprensible manera necesitaba estar ahí, a esta hora de la noche, aspirando el gélido aire, así como también observando lo que las estrellas, titilando en lo alto y con su luz, me alcanzaban a mostrar.

Clavé la mirada en el piso, avergonzada. Todavía recordaba mi reacción de la noche anterior para con él, y más cuando me había dicho que solo deseaba ser amable conmigo.

Le había pedido que se largara de mi casa, que se fuera y me dejara en paz, y vaya que lo había hecho, quedando varado en el primer refugio de avanzada sin poder salir de ahí, hasta que el clima le diera tregua a él y a su pequeño grupo de senderistas que él comandaba.

Sabía que no era mi culpa, pero no podía dejar de sentirme mal por haberme comportado tan groseramente con él, siendo que había conseguido bajar la guardia para conmigo. Pero ¿por qué? ¿Qué lo había llevado a comportarse así? ¿Qué había pasado por su cabeza para haber decidido volver a dirigirme la palabra?

Alcé la mirada hacia las gigantescas montañas, pensando en él y pidiendo,

sinceramente, que lograra regresar muy pronto a casa, con los suyos.

Hortensia no había pegado un solo ojo en toda la noche, lucía cansada, pero sus ansias por ver a Fred no disminuían, al contrario, solo ambicionaba verlo entrar en el complejo con su camioneta de tracción, sano y salvo. Había pasado gran parte de la noche pegada a la ventana principal, murmurando en silencio. No me costó deducir que oraba por él, repitiendo aquella plegaria con fervor y como una letanía.

Cerca de las nueve de la mañana me levanté para preparar café, esta vez, asegurándome que no llevara brandy. Sí, el alcohol y yo habíamos pactado un acuerdo: decidimos no vernos las caras durante un largo tiempo.

Tatiana se dedicaba a lo suyo en la cocina y yo evité interferir en sus labores diarias. Mal que mal, solo era una turista más que había tenido la dicha de entablar una relación de amistad con la dueña de “La flor del Calafate”.

—Pídale que se tome sus medicamentos, por favor —me insinuó, de pronto, la agradable mujer que ya bordeaba los cincuenta años, cuando me disponía a regresar al salón principal.

La observé sin saber qué decir frente a ello.

—Seguramente, la señora Hortensia los ha pasado por alto debido a la preocupación por el joven Fred.

Asentí, tomándome algo más de tiempo para ir por un vaso de agua y algo de comer. Hortensia lo necesitaba.

Unos minutos después, Tatiana dispuso todo para nosotras sobre una de las mesas del comedor, anunciándonos que el desayuno estaba servido.

—¿Qué no ibas solo por café? —Ansió saber mi casera con su voz un tanto rezongona cuando nos vio adecuando todo.

—Ve por tus medicamentos, por favor, los necesitas.

—Solo necesito que aparezca Fred, Manuela.

—Y lo hará, pero seguramente querrá verte en buenas condiciones y no dando lástima —me atreví a expresar, todo y gracias a mi maravillosa sinceridad que había vuelto a aparecer así, tan espontáneamente.

Al oírme, Hortensia me observó con cara de pocos amigos.

—¿Estuviste hablando con Tatiana?

—¿Yo? —Pregunté de una manera casi teatral, situando una de mis manos sobre mi pecho—. Para nada. Ahora, ve por tus medicamentos, por favor.

—Te estás tomando muchas atribuciones que no te corresponden, muchacha.

—Podría decir lo mismo de ti. Aún no se me olvida cómo me aventaste la cacerola con el agua fría en la cabeza.

Recordaba ese episodio, por lo que movió su cabeza de lado a lado y suspiró, resignada.

—No tienes que preocuparte por esta vieja.

—Ya es tarde para eso, el destino lo quiso así. Ahora, por favor, ve por tus medicamentos. No te lo repetiré por cuarta vez.

Así lo hizo, obedientemente, para luego sentarse a comer conmigo, al mismo tiempo que llamaba a Tatiana para que nos acompañara también en la mesa.

Aquel día hacía bastante frío, pero eso no fue un impedimento para mí, menos para Winter, para que realizáramos una caminata por la costanera. Hortensia no estaba de ánimos para sacarlo a pasear y era comprensible y evidente el porqué. Por lo tanto, me ofrecí a hacerlo, sin jamás en mi vida haberme hecho cargo de un perro.

Sí, ésta sería mi primera vez, pero... ¿Qué tan difícil podía serlo?

Escuché con muchísima atención los requerimientos de mi casera, así como las indicaciones, mientras le colocaba el arnés a Winter, que movía la cola con entusiasmo.

—¿Realmente quieres y puedes hacerlo? —preguntó no muy convencida de mi genial idea.

—Por supuesto. Quiero sentirme útil, y qué mejor que con él.

—Este chico tiene su carácter, Manuela. Recuerda, evita que se le acerquen desconocidos.

No tenía que mencionármelo, yo ya había tenido el placer en nuestro

primer encuentro-acercamiento.

—Es muy obediente —prosiguió—, pero aun así no te dejes dominar por sus arrebatos. A veces, suele ser un poco obstinado.

«¿Cómo su dueño?», pensé, evitando no reír frente a ella.

—No imagino de quien habrá sacado ese gen.

Hortensia me contempló de reojo y sonrió. Sabía a quién me refería sin siquiera haberlo mencionado.

—Ya está, y asegurado en su totalidad. ¿Están listos para salir a pasear?

Pude decirle que sí, pero una pizca de temor a desarrollar algo nuevo me lo impidió.

—Manuela...

—Sí, claro. Será... toda una aventura.

Me admiró con desconfianza y luego suspiró.

—Tranquila. No lo perderé.

Salimos del complejo dejando a Hortensia en su cabaña, quien nos observó desde su terraza hasta que nos perdió de vista.

La verdad, hacía un frío enloquecedor, pero evité pensar en ello.

Caminando junto a mi nuevo compañero evoqué las indicaciones de Hortensia sobre las galletas que llevaba en el bolsillo de mi chaqueta, las que constituían meros “premios” ante las órdenes que iba a entregarle a Winter en nuestro andar, siempre y cuando él, por supuesto, las obedeciera; así como también sobre lo que tendría que hacer con las bolsas plásticas, con las que recogería sus heces fecales para luego echarlas en un basurero y evitar así la suciedad, con la que todos los habitantes de esta zona lidiaban continuamente, haciéndose partícipes de una cultura ecológica y medio ambiental.

Nos detuvimos después de cuarenta y cinco minutos de caminata para descansar un rato. Sinceramente, lo necesitaba. Estaba fuera de training. No como Fred, que seguro entrenaba varios días a la semana para siempre encontrarse en óptimas condiciones, tanto físicas como mentales; aunque la última, la verdad, dudaba un poco de que así fuera.

Sonreí a medias por mi comentario, cuando acariciaba la coronilla de

Winter, que se encontraba junto a mí admirando el horizonte, y en especial, a una bandada de gaviotas que surcaban el grisáceo cielo.

—Te has ganado un premio —comenté, sacando una galleta desde mi bolsillo para dársela. Luego, volví a acariciar su sedoso y brillante pelaje albino, mientras ambos disfrutábamos de la quietud del Canal, así como de la fría brisa con la que revoloteaba mi cabello.

—Te habría simpatizado —expresé sin dejar de mimarlo—, ella era muy especial.

Winter me admiró con sus preciosos ojos claros.

—Algo me dice que te habría amado desde el primer instante. —Sonreí de medio lado, prendada de la belleza de su mirada, silenciando mi voz.

—¡Winter! —De pronto, oí a lo lejos una poderosa cadencia que instantáneamente reconocí, porque era inconfundible—. ¡Winter!

Moví mi cabeza de lado a lado, buscándola con prontitud, mientras escuchaba los ladridos del perro y percibía, además, su ansiedad y desesperación de querer llegar hasta su dueño.

Porque Fred estaba allí. Finalmente, había regresado a casa con los suyos, sano y salvo, como se lo pedí a las estrellas que titilaban en lo más alto del firmamento.

Capítulo 14



Debido a la fuerte presión que ejerció Winter en mi mano, solté la correa, y al instante salió disparado hacia Fred, como un misil. Su felicidad era inmensa. Allí solo había amor, y del bueno.

Desde mi sitio vi cómo saltaba y lo llenaba de lametones por toda su cara. ¿Y Fred? Solo se dejaba hacer por quién constituía todo su mundo.

Liberé una profunda exhalación, sin dejar de admirarlos.

—¡Tranquilo, viejo! ¡Ya estoy aquí, y al parecer me quedará una buena temporada! —decía mientras conseguía caminar hacia mí, cuando Winter seguía saltando a su alrededor, muy contento—. Por lo que veo, cuidaron muy bien de ti.

Fred se detuvo y sonrió, no por verme, claro estaba.

—Solo quise ayudar a Hortensia. Espero que no te moleste.

—Hola, Manuela.

—Hola —respondí, quedándome perpleja con la calidez de su mirada.

—No me molesta, al contrario, me sorprende mucho la relación que han logrado entablar a mi espalda ustedes dos y en tan poco tiempo. —Volvió a acariciar a su perro y a sonreírle fascinado—. No suele suceder con él. Dime, ¿cómo lo hiciste? —Alzó la vista para nuevamente posicionarla en la mía.

¿Estaría bromeando o el clima de las montañas le habría aturcido la cabeza?

Decidí cambiar de tema.

—¿Estás bien? —Evité responder a su interrogante—. Hortensia estaba

muy preocupada por ti.

—Lo estoy. Aprecio tu interés.

Estaba segura que por mi parte no era interés, como lo manifestaba, sino solo amabilidad.

—¿Y qué hacías allá arriba?

—Estoy seguro que eso ya lo sabes, entre otras cosas —respondió, otorgándome un guiño—. Hortensia jamás logra quedarse callada o guardar algún secreto.

Me sonrojé y bajé la cabeza en señal de vergüenza. Me había pillado la jugada. Se suponía que yo no sabía nada de él o a qué se dedicaba, exactamente, aun cuando solo me había comentado que era kinesiólogo.

—No fue su culpa. Solo... charlamos sobre ti en tu ausencia. Juro que jamás pregunté nada indebido.

Volvió a sonreír.

—Gracias por cuidar también de ella.

Asentí, pero sin levantar la mirada.

—Fue un placer. Ha sido muy buena conmigo, aún sin conocerme.

Enmudecimos hasta que oí cómo suspiró.

—¿Qué se te perdió? —formuló, llamando mi atención, consiguiendo que mis ojos volvieran a conectarse con los suyos—. En el piso — especificó.

—Nada —contesté aún con el arrebol en mis mejillas—. Todo está bien.

—¿Segura?

Asentí, confirmándoselo.

—Espero que me creas.

Enarcó una ceja en señal de que no comprendía mi acotación.

—Sobre lo que mencionaste.

—¿Y qué fue lo que mencioné? —Estaba jugando conmigo, no tenía que ser una genio para dilucidarlo.

Moví mi cabeza de lado a lado y resoplé. El clima no lo había aturdido, Fred seguía siendo el mismo, después de todo.

—¿Y cómo va la resaca?

—Estupendamente. —Mentí, arrancándole un par de carcajadas.

—Hubiera dado todo por verte despertar después de esa temible borrachera.

Entrecerré la vista y lo fulminé con ella antes de responder.

—Tal vez, algún día tengas ese gusto. Por de pronto, creo que solo te lo podrás imaginar.

—Más que un gusto, será un placer. ¿Vienes?

—Gracias, pero prefiero quedarme un rato más.

Fred contempló los nubarrones grisáceos en lo alto antes de volver a hablar.

—Veo que todavía no has aprendido del clima de este lugar.

—¿A qué te refieres?

—A la lluvia, Manuela. No demorará en llegar.

—Puedo lidiar con un par de gotitas.

—No hablo precisamente de un par de gotitas. Por las nubes que hay allá arriba, será un aguacero el que caerá —vaticinó.

—Me quedaré. Estoy a gusto, y no me apetece regresar tan pronto a casa.

—Está bien. Estás en todo tu derecho. Por mi parte, debo volver. Me llevaré a este chico, si no te importa.

—Es tu perro, Fred.

—Vamos, viejo. —Se preparó para marcharse, pero antes de que lo hiciera del todo, lo detuve. Necesitaba decirle algo muy importante ahora que poseía cierta valentía para comunicárselo.

—¡Fred!

Al oírme, se volteó.

—Perdón por lo de la otra noche. Yo... no debí ser tan grosera.

—Qué estés bien, Manuela —fue todo lo que me respondió—, y gracias nuevamente por cuidar de Winter.

Un momento, ¿eso significaba que había aceptado mi disculpa?

—También... tú —balbuceé, sin saberlo a ciencia cierta.

Diez minutos después, el aguacero cayó sobre Puerto Natales como si lanzaran desde el cielo montones de baldes de agua fría. Por lo que tuve que emprender la retirada a todo correr, repitiéndome que jamás había sido una buena idea dejar de trotar en el gimnasio.

Cansadísima por mi “súper” estado físico, comencé a subir por las escaleras, obviando el camino principal. Tenía que llegar ya.

Pero no tuve tanta suerte.

Al pasar por fuera de la cabaña de Fred, lo vi parado en la ventana con un tazón de café en sus manos, señalándomelo. Enarqué mis cejas al mismo tiempo que me detenía frente a él, porque... ¿Qué se suponía que estaba haciendo? ¿Burlándose de mí otra vez?

Segundos después, abrió la puerta de su hogar y desde el umbral exclamó fuertemente:

—¡Refúgiate de la lluvia, Manuela!

—¿Qué? —Apenas y podía oírlo.

—¡Ven! —mencionó para mi sorpresa, realizando además un gesto con una de sus manos, con el que extrañamente me invitaba a entrar.

—¿Para qué? ¡Me voy a casa!

—¡Solo sal de la lluvia!

—¡Es lo que pretendo hacer!

—¡Y qué estás esperando! ¡Ven aquí cuanto antes!

Ese último y doble enunciado no sonó como una sugerencia, todo y gracias a su preponderante voz de mando. Por lo tanto, resoplé y terminé acercándome a su cabaña, deteniéndome frente al umbral de su puerta.

—¿Qué se supone que quieres? —pregunté un tanto fastidiada.

—Invitarte a tomar un café.

—¿Qué no me oíste? Me voy a casa.

—Sí, ya te oí, pero puedes hacerlo luego. Anímate, tengo chocolate caliente.

No respondí, porque me moría por degustar uno de esos.

—Por favor, adentro te lo explico todo.

Puse cara de pocos amigos. ¿Qué iba a explicarme?

—Tranquila. No te voy a comer. Recuerda que soy selectivo.

Y antes de tomar una decisión, manifesté:

—Veo que no has perdido tu gracia —metiendo finalmente un pie dentro de su cabaña.

Su hogar seguía luciendo fenomenal, aún sin su presencia olía a limpio, al igual que mi pocilga.

No dudé un segundo en atravesar la sala, hasta llegar a la chimenea, en donde calenté mis frías manos, cuando me sorprendió, pidiéndome mi empapada chaqueta, otra vez.

—Ponte eso y dámela, por favor. —Me indicó lo que yacía en un sofá.

—Esto es como un deja vu —bromeé, temblando y haciéndolo sonreír.

Tomé un grueso suéter de lana de oveja patagónica, el que olía malditamente exquisito, a lo que supuse que era su perfume. Era realmente hermoso y muy suave. Y lo lucí, cuando más bien me llegaba hasta los muslos. Al menos, Fred tenía buen gusto para la ropa.

Después de un momento, me ofreció una taza de chocolate caliente, mi debilidad; pero no se lo dije.

—¿Me puedo sentar?

—Por supuesto, Manuela.

—Gracias. —Disfruté de mi bebida, la que me calentó el cuerpo en cuestión de segundos, hasta que el dueño de casa retomó la conversación.

—¿Y qué tal las “gotitas”? —Se burló despiadadamente de mí. Me lo

temía, no iba a dejarlo pasar, y menos ahora que me encontraba guarecida en su guarida.

—Tendrás que enseñarme sobre el clima de este lugar, no pretendo marcharme tan pronto —le di a entender, bebiendo otro sorbo de mi bebida caliente.

Fred también se sentó en uno de los sofás. Al parecer, decidió reemplazar su café por chocolate.

—Solo si te portas bien.

—Lo intentaré, aunque no puedo prometer nada.

Lo vi sonreír, mientras bebía de su tazón, entusiasmado.

—Así que... ¿Piensas quedarte mucho tiempo en Puerto Natales? —
Prosiguió.

—Hasta que esté lista.

—¿Lista para qué? —preguntó levemente interesado.

—Para volver. Y tú, ¿cuánto tiempo llevas viviendo aquí?

—Pensé que ya lo sabías.

—Me gustaría oírlo de ti.

Bebió otro sorbo antes de continuar.

—Más de diez años. Llegué a Puerto Natales, al igual que tú, como un turista.

—Y te quedaste.

—Sí, porque me enamoré.

—¿Cómo se llamaba ella?

—Naturaleza indómita.

Reí.

—Y como un loco —alardeó.

Continué degustando mi delicioso placer culpable, mientras él colocaba su tazón en una preciosa mesa de arrimo, tallada.

—¿Es de madera nativa?

—Sí, pero de árbol no talado.

Un ecologista total. «Bravo por ti, Fred.»

—Así que... más de diez años...

—Veo que sueles saltar de tema en tema con mucha facilidad. ¿Por qué?

—Sufrí de pequeña de hiperactividad. Creo que eso puede fácilmente responder a tu pregunta.

Fred sonreía y eso me gustaba. Estaba siendo amable, demasiado para mi gusto.

—Sí, más de diez años, y no pretendo irme de aquí.

—¿De dónde venías exactamente? —continué.

—¿Esto es alguna clase de interrogatorio?

—Por favor, no. Perdón.

Dejé mi tazón de chocolate a medio tomar sobre otra de las mesas de arrimo talladas y me levanté súbitamente del sofá.

—No quise ser entrometida.

—¿Qué haces? —preguntó sin entender mi abrupta reacción, y más, al ver cómo comenzaba a quitarme su suéter.

—Regreso a casa. No quiero incomodarte.

—No me incomodas. Al contrario, solo te hice una pregunta que veo te afectó.

—No me afectó —comenté, ya con la cabeza fuera del suéter, pero con mis brazos aún en él.

—Como tú digas —levantó las manos en señal de rendición—. No creas que voy a discutir, ya lo hemos hecho en varias oportunidades.

Volví a meter la cabeza en el orificio del suéter.

—Pues sí, en eso te doy por primera vez la razón.

Se carcajeó al instante.

—Gracias, Manuela. Pero... ¿Que hayas vuelto a colocártelo significa que te quedarás un momento más, verdad?

Miré en dirección a la ventana. Afuera continuaba lloviendo a cántaros.

—Solo hasta que se detenga, si no te parece mal. Ya estoy a gusto aquí y el chocolate está exquisito.

—Me alegra escuchar eso.

Un par de minutos después, brindamos como si estuviéramos bebiendo champaña.

—¿Qué más quieres saber?

Aparté el tazón de mis labios. ¿Hablabo en serio o sería otra de sus sucias artimañas que solía utilizar para engañarme y burlarse de mí a destajo?

Tenía miedo de preguntar. Es más, me aterraba la sola idea de que se molestara si le preguntaba por Aneka.

—Hortensia me comentó que tú... te habías quedado por algo más que un amor a este sitio.

Suspiró y se acomodó de mejor manera sobre su sofá.

—Sí. Se llamaba Aneka y era de nacionalidad danesa.

—La chica danesa —comenté, evocando una película que curiosamente tenía el mismo nombre.

—Sí, mi chica danesa —suspiró, situando sus ojos en el cielo de la sala—. La conocí aquí. Ella había llegado hasta Puerto Natales para realizar el circuito O de ocho días de duración.

Algo sabía al respecto; me refiero al circuito. Me había informado de ello en una oficina de turismo. Carolina añoraba regresar para llevarlo a cabo cuando cumpliera diecisiete años de edad.

—¿La ruta más compleja del Parque Nacional?

—Así es. ¿Ya la realizaste?

Moví mi cabeza en señal de negativa y volví a clavar la vista en el piso.

—¿Por qué no?

—No estoy en mi mejor estado físico. —Mentí. La verdad, no era el momento adecuado para hablarle de mi hija.

—Claro, el circuito O es una ruta de algo más de 130km y que se realiza entre 7 y 9 días, dependiendo del físico de cada persona. En cambio, el circuito W tiene una longitud de 80km y se puede realizar en cuatro días. Este último es el más visitado, pero ojo, también tiene dos de los puntos más impresionantes de ver y disfrutar, el Mirador de las Torres y el Mirador Británico.

—¿Cuál me recomiendas?

—Ambos —sentenció—. Lo bueno del circuito O es que muchos de sus paisajes son muy diferentes a los tramos del circuito W. Aparte, tiene tres puntos espectaculares, El Lago Dickon, el Glaciar Los Perros y el popular Paso de John Gardner, con unas vistas increíbles al Glaciar Grey.

Hortensia tenía muchísima razón, este hombre amaba su trabajo y hablaba de él con una pasión y fascinación única.

—No deberías marcharte de aquí sin haber realizado alguno de esos dos circuitos. Es una experiencia insuperable e irrepetible, Manuela.

—Me estás tentando...

—Y tranquila, que no necesitas un nivel físico alto. En la ruta, comúnmente, veo gente experimentada como novata.

—Entonces, tengo posibilidades de ascender.

—Siempre y cuando seas capaz de caminar con una mochila de unos 15kg de peso mínimo y puedas cubrir 131km de recorrido con ella en tu espalda. El resto, no esperes cimas altas y desniveles horribles, al contrario. Los desniveles son más bien flojos y la altura media en la que puedes estar apenas supera los 1.000m de altura.

—¿Y cuándo es la mejor fecha para realizarlo?

—Desde el mes de diciembre hasta el mes de abril. Pero te recomiendo los meses de marzo y abril, ya que tanto diciembre como enero y febrero, el Parque está abarrotado de turistas extranjeros y chilenos, y es muy complicado encontrar plazas en los hoteles o en los campings.

—Debí grabar lo que decías. No creo que consiga recordarlo todo —me

quejé, arrancándole otra de sus hermosas y espontáneas sonrisas.

—Tranquila. Cuando quieras puedo repetírtelo, palabra por palabra.

—Querrás decir, volver a darme una clase magistral.

Bebí lo que me quedaba de mi chocolate, que a estas alturas ya estaba tibio.

—Tú también tienes esa capacidad innata de cambiar de tema con mucha facilidad —señalé, admirándolo fijo.

—Aprendo bastante rápido de lo que veo.

—Salud por eso.

Al cabo de un momento, volví a preguntar.

—¿Por qué te referiste a Aneka esencialmente en tiempo pasado?

—Porque ya no está aquí.

—¿Y dónde está?

Ante mi interrogante, se levantó de golpe de su sofá.

—Falleció hace algunos años. ¿Qué te gustaría de cenar?

Tragué saliva con dificultad, incrédula ante lo que había formulado, así, tan suelto de cuerpo. Y callé, debido a la armadura que se había puesto, dándome a entender en breves palabras que debía dejar de interrogarlo sobre ella.

—¿Sorprendida?

—Más bien, atónita —contesté.

—¿Por qué atónita? ¿Qué no puedo invitarte a cenar para limar nuestras asperezas?

—Sinceramente, después de que casi nos sacamos los ojos, me es bastante difícil de creer que estés pidiéndomelo así, tan naturalmente.

—Te lo comenté hace un par de días, solo quiero ser amable.

—¿Debido a qué? ¿Qué te hizo cambiar de parecer?

—No lo sé. ¿El destino?

Entrecerré la mirada, dubitativa.

—¿Qué me dices? ¿O me tienes miedo, tal vez?

—No te tengo miedo, Fred. Solo me gusta ser cauta.

—¿De qué o de quién?

—No lo sé. ¿Del destino? —Respondí al igual que lo había hecho él, cogiéndolo desprevenido—. Te agradezco la invitación, pero debo ir a casa.

—Volví a mirar por la ventana, comprobando que ahora llovía suavemente—. ¿Me das mi chaqueta, por favor?

—Claro, pero no te quites el suéter. Otro día me lo regresas y, quizás, ese mismo día puedas quedarte a cenar o a comer, tú decides.

Asentí en concordancia a su comentario, mientras me acompañaba hasta la puerta.

—Entonces, nos veremos...

—Creo que sí. Después de todo, ambos vivimos en este sitio.

—Nos vemos, Manuela.

—Nos vemos, Fred.

En lo que restó de tarde me dediqué a limpiar mi pocilga, ya que no lo había hecho desde que había bajado para acompañar a Hortensia, cuando me había enterado de lo de Fred. Y ahora..., no sabía por dónde empezar. Mi cabaña apestaba a alcohol y el baño a vómito, al igual que mi ropa que se encontraba tirada por todos lados. ¿Y qué podía decir de la cocina? Nada más que tendría por delante una larga tarde-noche para que todo volviera a oler bien y a lucir decentemente.

Capítulo 15



Tal y como lo había expresado Fred, Winter y yo entablamos una relación que, la verdad, sorprendía a todo el mundo.

En realidad, sí, a mí también me impresionaba el hecho de que en tan poco tiempo nos hubiésemos hecho amigos inseparables, con el cual solía charlar sobre mi hija sin tener que limitar cada uno de mis recuerdos, al igual que mis lágrimas, emociones y tristezas.

Nunca me pregunté de qué raza era Winter. La verdad, ni siquiera me interesó saberlo, porque había aprendido a quererlo como tal y él había aprendido a aceptarme con todas mis inseguridades, con mi desconsuelo y, por supuesto, con mi melancolía.

Varios días después, mientras jugaba una tarde con él en una de las tantas orillas del Canal Señoret, después de nuestro paseo habitual, una mujer llamó poderosamente mi atención al pronunciar a la distancia el nombre de Winter. Paseaba con un par de pequeños perros, los que corrían al igual que lo hacía ella por la arena, sin ningún tipo de correa que los sujetara.

Era como de mi edad y vestía ropa deportiva. Lucía, además, una figura envidiable y su cabello largo y castaño claro lo tenía atado en una coleta. Cuando se detuvo, a pocos centímetros de mí, apoyó sus manos en sus rodillas y suspiró, creo que intentaba regularizar el ritmo de su respiración, al mismo tiempo que no apartaba sus ojos de mi compañero.

—¿Cómo estás, bonito? ¿Cómo te has sentido? ¿Fred ha estado haciendo las cosas bien para que te recuperes, verdad?

«¿Fred?»

Le acarició su coronilla un par de veces y ante ese gesto él se retiró, al parecer, no estaba a gusto con su cercanía. Pero ella insistió, casi obligándolo a que se quedara a su lado. Aquello me molestó. ¿Qué creía que estaba haciendo exactamente?

—Por favor, tenga cuidado —pedí, pero con un claro tono de exigencia—, no le agrada que los desconocidos lo acaricien e invadan su espacio personal.

—No soy una desconocida para él —mencionó rotundamente—, conozco muy bien a este pequeño, al igual que a su dueño. Tú debes ser Manuela, ¿no?

Traía un par de varillas en sus manos, las que lanzó lejos para que sus pequeñas mascotas corrieran en busca de ellas. Winter también lo hizo. No pude detenerlo. Luego, vi cómo la desconocida se limpió las manos en la parte posterior de su pantalón de deporte y muy atenta a mi respuesta me observó.

—Así es. ¿Con quién tengo el gusto de hablar?

—Soy Daiana Rivas y te conozco por Fred. Me ha hablado tanto de ti.

«¿Tanto de mí?». Al oírla, enarqué una de mis cejas, intrigada.

—¿Y puedo saber debido a que él le ha hablado tanto de mí?

—Tutéame, no hay problema. Y bueno, porque somos muy amigos y porque fui yo quien trató a Winter. Soy veterinaria. Me ha dicho que él y tú son inseparables. Me refiero al perro —especificó irónicamente.

Sonreí sin gracia. No tenía que ser tan explícita para dejármelo en claro, ¿o sí?

—La verdad, sí, él y yo tenemos una relación bastante peculiar, y hasta me atrevería a afirmar que nuestra afinidad es grandiosa, a pesar del poco tiempo que llevamos juntos. No hay nadie como él. Y también me refiero al perro. — Le di a beber de su propia medicina por insidiosa, cuando me observaba de pies a cabeza, antes de volver a hablar.

—Me alegro —mencionó sin una pizca de emoción en su voz, cuando sus perros “salchichas” volvían con las varillas en cada uno de sus hocicos, respectivamente, siendo escoltados por Winter, quien corría veloz.

—¿No te está dando muchos problemas?

—¿Winter? Claro que no, él es estupendo.

—Pero solo obedece a Fred —aseguró, recalcándomelo.

—Y también a mí —le di a entender para que dejara de formular preguntas malintencionadas que yo no deseaba responder. Porque verdaderamente me olían a algo más que a una simple preocupación de su parte.

—Eso es fascinante, Manuela. Me refiero a su interacción.

Asentí, admirando a la par mi reloj de pulsera.

—También supe que no eras de aquí. ¿Estás de vacaciones? ¿Cuánto tiempo piensas quedarte? ¿Trabajas? ¿Tienes familia? ¿Esposo, quizás?

Suspiré, entrecerré la mirada y sonreí con sorna. En cualquier momento, si seguía preguntándome así, se iba a atragantar.

—Algo así —comenté a secas. No iba a entregarle detalles sobre mi vida a quien no me había agradado desde que había abierto la boca para manifestar nada más que tonterías. Daiana, entretanto, puso su mano sobre una de mis extremidades, cuando volvía a sonreír despectivamente.

—Podríamos tomar un té o un café, ¿te parece? Así nos conocemos un poco más y charlamos sobre... la vida.

«¿La vida de quién? ¿De Fred?», pensé en silencio, apartándome con cortesía de su agarre.

—Gracias. De verdad, aprecio tu disposición, pero estoy algo ocupada.

—No te preocupes, cuando así lo desees, solo me avisas y quedamos para vernos. Quiero que sepas que me encanta ayudar a quienes más lo necesitan.

«¿Perdón? ¿Ayudarme a mí y por qué?».

—Debo irme. Nos esperan. Fred debe estar preocupado —mentí—. ¡Vamos a casa, Winter! —grité fuertemente, añadiendo un silbido; ansiaba dejarle a esa entrometida mujer un buen pitido en la oreja como regalo.

—¡Mi consultorio está en el centro de Puerto Natales! —exclamó un tanto desencajada con mi chillona voz, viéndome partir, situando rápidamente uno de sus dedos en su oído.

Al escucharla, levanté mi dedo pulgar en señal de que podía irse a la mierda con su invitación. Y sonreí, esperando no encontrármela otra vez en mi camino.

—¡Nos vemos otro día, Manuela!

No respondí. Por hoy, y con esa desconocida, yo había abierto la boca lo suficiente.

Luego de unos minutos, regresé a casa trotando y llamé a Hortensia a viva voz desde la entrada semi abierta de su casa. Tenía que dejarle a Winter, tal y como lo habíamos acordado esta mañana.

—¡Ya regresamos! ¿Estás ahí?

—¡Por supuesto! ¡Adelante!

Entramos a su cabaña, pero en específico en el gran salón, sitio en el cual se encontraba leyendo el periódico.

—Sanos y a salvo —expresé al verla junto a la chimenea, en clara alusión a nosotros. Hortensia nos observó a través de sus gafas de lectura y sonrió.

—Fred aún no ha llegado. Tenía una reunión importante de trabajo. Seguro demorará.

—¿Quieres que deje a Winter aquí? Subiré a ducharme.

—Claro, querida. ¿Necesitas algo?

—Por el momento, no. Gracias de todos modos. —Acaricié la cabeza de mi amigo de cuatro patas, mencionándole que nos veríamos después. Y me giré sobre mis talones, no sin antes rememorar el episodio no casual con la mujer esa, la de la playa—. Antes de irme, ¿puedo hacerte una pregunta?

—La que quieras. ¿Ocurre algo?

—No, exactamente, pero hace unos minutos se acercó a mí una mujer que misteriosamente me conocía.

Mi casera puso mayor atención y apartó el periódico de sus ojos por algunos segundos.

—¿Qué mujer, Manuela?

—Daiana Rivas. Dijo que era veterinaria.

Hortensia resopló y sonrió de medio lado.

—¿Qué fue lo que te dijo con exactitud?

—Aparte de hacerme muchas preguntas, me invitó a tomar un té o un café.

—Y tú le respondiste...

—En entrelíneas, que no estaba interesada. Pero parece que no sabe leerlas, porque insistió. ¿Me podrías decir a qué se debió eso?

—A mi sobrino-nieto —comentó en tono inequívoco.

—¿Y qué tengo que ver yo con tu sobrino-nieto para que esa mujer me haya interrogado así?

—Tal vez, porque te ve como una amenaza.

Enarqué una de mis cejas al oírla. Quise reír también, pero me contuve.

—Ha tratado de llevarse a Fred a la cama todos estos años sin que él haya dado su brazo a torcer. ¿Por qué? Sencillamente, porque él no tiene ningún interés en ella.

Aplaudí silenciosamente su honestidad, porque sin pelos en la lengua me había hecho partícipe de algo más referente a la vida de mi vecino.

—Eso es estúpido. Me refiero a verme como una amenaza. Lo demás, no es de mi incumbencia.

—No estás en su cabeza, querida.

Fruncí el ceño, levemente interesada.

—O sea que, ¿tendría que preocuparme? Mal que mal, siempre estoy cerca de Winter.

—Solo si te gustara Fred.

Casi me atraganté con su comentario.

—¿Estás hablando en serio o es alguno de tus chistes?

—No es un chiste, Manuela. Hablo muy en serio.

Rodé mis ojos hacia un costado, sin nada más que agregar a esa particular conversación.

—Gracias de todos modos por aclarar mis dudas.

—Por nada. Ahora, ven aquí, precioso —Winter no obedeció, él seguía a mi lado—. Cariño, ven aquí. Manuela está cansada. Ya tendrá tiempo mañana

para ti. —Pero nada sucedía. Winter se negaba a abandonarme y por ende, a que yo lo abandonara a él.

—No te preocupes. ¿Puedo llevármelo a casa?

—Lo estás malcriando, muchacha. —Sonrió, contemplándonos a ambos—. A Fred no le va a gustar.

—Si tu sobrino-nieto tiene algún problema con eso, ya sabe dónde puede encontrarme. Nos vemos, Hortensia. Que tengas una linda tarde. ¡Vamos, amigo! —No tuve que repetírselo dos veces, cuando los dos desaparecíamos de su vista.

Después de transcurrido algo más de una hora, terminé de ducharme cuando mi teléfono sonó. Me apresuré a contestar sin siquiera conseguirlo, mientras me acomodaba una toalla que cubría mi desnudez. Mi cabello estaba mojado, el que también intentaba secar para que no goteara. Winter, entretanto, dormía plácidamente junto a la chimenea encendida, que mantenía a una excelente temperatura nuestro hogar.

Admiré la pantalla, en ella había una llamada perdida de Claudia, quien volvió a marcar luego de un breve instante.

—¿Cómo está la hermana más linda de este planeta?

—No tienes otra, así que deduzco que esa debo ser yo —respondí, provocando en ella una risilla traviesa—. Estoy bien, pero algo me dice que tú debes estar mejor. ¿Qué ocurre?

—¡Cómo me conoces tanto! —exclamó feliz—. Te tengo una sorpresa.

—Me asustan tus sorpresas, Claudia, y tú lo sabes bien.

—Tranquila, esto no tiene nada que ver contigo, sino conmigo.

Me relajé. Por un momento pensé que la tendría aquí, en Puerto Natales, para fastidiarme, y en menos de veinticuatro horas.

—Deja los rodeos de lado, por favor, y...

—Tendré a mi cargo la cocina de un restaurante —me confió, dejándome boquiabierta, pero a la vez fascinada—. ¡Obtuve el trabajo de mi vida!

—¡Eso es maravilloso! —Si mi alegría era inmensa, ya podía imaginarme la de ella. Seguramente, no le cabía en el corazón—. ¡Muchísimas

felicitaciones, Chef!

—¡Gracias, hermanita! No imaginas cuánto soñé con que llegara este día.

—Creo que lo sé. No olvides que te vi crecer y luchar por alcanzar cada uno de tus sueños.

—¡Ay, Manuela, si estuvieras aquí te abrazaría tan fuerte!

—También yo. No te quepa duda de ello. Pero cuéntame más. ¿Cómo fue que se llevó a cabo esta magnífica noticia?

Claudia empezó a relatarme todo con lujo de detalles mientras la oía y me dirigía a mi habitación para elegir la ropa que me pondría. En eso estaba, ataviada aún con la toalla en mi cuerpo, cuando la puerta de mi cabaña sonó. No presté atención al sonido de los golpecitos en la madera, ya que toda mi concentración se hallaba depositada en la emoción de las palabras que pronunciaba mi hermana.

—Y cuando me comentaron que tenía que presentarme lo antes posible me dije, ¡lo conseguiste! ¡Eres una zorra con suerte! —Rio y lo hice junto con ella, abriendo de par en par la puerta de mi casa, encontrándome nada menos que a Fred, ahí, de pie en el umbral, contemplándome, y no precisamente a los ojos.

Di un salto de la sola impresión que me causó su inesperada presencia, mientras que, de forma automática, silencié mis carcajadas, conteniendo además mi respiración.

—Hola —me saludó, auto regalándose un escaneo de mi cuerpo, ya que la toalla que yo lucía dejaba al descubierto casi la totalidad de mis largas piernas.

No fui capaz de contestarle, viéndolo sonreír. Al parecer, disfrutaba del espectáculo.

—¿Es eso lo que creo que escuché? —Oí que preguntó mi hermana por el móvil, ya que, por mi parte, todavía lo tenía pegado a mi oreja—. Manuela... ¡Manuela! No estoy loca, es la voz de un hombre lo que oí, ¿verdad?

Despabilé. Tenía que hacerlo por mi bien y por el de quien ya se había apoyado en el marco de la puerta para examinarme con lentitud, cruzando sus brazos por sobre su pecho.

—¡Manuela, qué pasa! ¡Habla! —exclamó Claudia a viva voz.

—Eh, sí, sí, es... el tipo de la leña —mentí estúpidamente—. Viene por... —me llevé la mano libre a la frente sin saber qué más decir, cuando Fred arqueaba una de sus cejas, sorprendido.

—Anda, dime, ¿es guapo?

—Así que soy el tipo de la leña —pronunció, sonriendo de medio lado y como un maldito loco. No sé por qué, pero en ese instante, y al fijarme en esa tan atractiva sonrisa, mis piernas temblaron—. Entonces, ya que estoy aquí, ¿cómo deseas que te la corte? ¿Larga y gruesa, o muy gruesa? —añadió con una voz un tanto sensual. Creí morir, pero de la vergüenza. ¡Qué se supone que hacía!

—¿A qué se refiere con gruesa, Manuela? —formuló mi hermana demasiado intrigada y curiosa—. ¿Y cómo es que el tipo de la leña puede tener una voz así?

—Eh, yo... ¿Te parece si hablamos más tarde?

—¡No! No me parece. ¿Por qué no me hablaste de él?

Ya eran demasiadas preguntas innecesarias que no iba a responder, y menos frente a Fred, por supuesto.

—Solo dime si es de todo tu gusto.

Claudia no podía estar preguntándome precisamente eso.

—Te llamo luego.

—¡Respóndeme o volveré a llamar de inmediato!

—Claudia, yo...

—¡Sí o no!

—¡Sí, de acuerdo, sí! —Y colgué frenéticamente, mientras aseguraba los pliegues en donde llevaba sujeta la toalla a mi cuerpo para que ésta no cayera al suelo.

—Disculpa, ¿decías? —Fue lo primero que se me ocurrió preguntar visiblemente nerviosa por la incómoda situación en la que él y yo estábamos enfrascados.

Fred se carcajeó, asegurándome que no era nada importante.

—Vine por Winter.

—Está dormido sobre el sofá —le indiqué—. Yo... voy a cambiarme. —Y fugazmente desaparecí roja como un tomate.

—Manuela, ¿puedo entrar? —Alzó la voz, perdiéndome de vista.

—¡Claro! ¡Solo dame unos minutos!

—¡Seguro! —exclamó aun sonriendo a sus anchas.

Cuando regresé a la sala, unos tenues rayos de sol de invierno iluminaban el lugar en el cual se encontraba Fred, sentado junto a Winter. Le acariciaba su suave pelaje mientras volvía a poner sus ojos sobre mí.

—Lamento lo de hace un momento. No tuve tiempo de cambiarme antes y...

—Tranquila. Solo tuve algo de suerte.

Volví a enrojecer. Sus comentarios no me estaban ayudando para nada.

—¿Quieres algo de beber? —Entrelacé mis manos sin saber qué hacer con ellas—. Tengo infusiones, té, café y... solo eso por el momento.

—Café, gracias.

Fui hasta la cocina para prepararlo, mientras él seguía en lo suyo. ¡Cómo adoraba a ese perro!

—Hortensia me dijo que habías asistido a una reunión —comenté.

—Así es. Tuve que salir de casa temprano.

—¿Todo bien?

—Sí. Básicamente hablamos sobre el “accidente” fortuito que nos mantuvo arriba por largas horas.

Se refería al ascenso del otro día, cuando habían quedado varados en el primer campamento de avanzada.

—Debido al clima y a lo agreste del terreno, y por seguridad, no volveremos a ascender hasta nuevo aviso. Se han cerrado todos los pasos y lo mejor será esperar. La policía de montaña nos informará cuando todo se

reestablezca.

Asentí, pidiéndole que se acercara a la cocina americana, en donde tenía dispuesto todo para los dos.

—Hortensia estaba muy preocupada por ti.

—Lo pude ver en su rostro. Mi viejita es increíble. Todos estos años junto a ella... —suspiró y prefirió guardar silencio.

Comprendí que no debía seguir por ese camino.

—Así que eres su sobrino-nieto.

Al oírme sonrió, cuando le colocaba un par de cucharadas de azúcar a su taza de café.

—Podría decirse que sí.

—¿Podría?

—Hortensia me adoptó —prosiguió, admirándome.

—No comprendo...

—Desde que Aneka murió, me convertí en un miembro más de su familia.

—Entiendo, pero ¿cómo fue que la conociste?

—Cuando llegué a Puerto Natales, “La flor del Calafate” ya estaba aquí, y me pareció un buen lugar para quedarme, mientras durara mi estadía. Philipp y ella me acogieron como un turista más, sin pensar que jamás me animaría a abandonar este sitio.

—Por Aneka y las montañas —acoté, revolviendo mi bebida.

—Sí, por Aneka y las montañas —replicó, dándole el primer sorbo a su taza.

En ese momento, Winter se acomodó de graciosa manera. Fijamos nuestras miradas en él, sonreímos y continuamos charlando.

—Y tú, ¿por qué estás aquí? Nunca me has dicho nada sobre tu vida.

—La verdad, Fred, no hay mucho que contar.

—Vamos, ánimo. Por dónde quieres comenzar.

Bebí otro sorbo de café, meditándolo.

—Solo sé que eres maestra —mencionó, esperando a que continuara—. Me lo dejaste muy claro aquella vez —rememoró.

—Es... complicado. —Sonreí de agria manera.

—¿Estás bien? —Se preocupó.

—Sí. Después de todo, me hace bien estar lejos de casa.

Asintió, bebiendo nuevamente de su caliente bebida.

—¿No te has preguntado por qué Winter está aquí? —Continué.

—Solo cuando Hortensia me comentó que no había querido quedarse con ella en su cabaña. Luego, llegué aquí y lo comprendí todo.

—¿Ah sí?

—Sí, contigo se siente como en casa.

Después de todo, sí podía decir cosas bonitas.

—Ahora, Manuela, no pretendas desviar la conversación con ese poder innato que posees para irte por las ramas. Me estabas contando de ti y de por qué estabas lejos de casa.

Fijé la vista en mis manos. La verdad, no sabía qué demonios decir.

—Pero si no quieres hablar, no voy a obligarte a hacerlo.

—No es que no quiera, Fred, solo... me cuesta.

—Quizás te pueda ayudar. Por ejemplo...

Levanté el rostro y clavé mis ojos en los suyos.

—¿Por qué precisamente Puerto Natales y no otro sitio?

—Ya estuve aquí una vez y... de alguna manera siempre supuse que volvería.

—¿Sola? ¿Tal y como ahora?

—No, con mi hija.

—¿Tienes una hija?

—La tenía. Ella... falleció.

Nos bebimos el resto de nuestros cafés en silencio. Después de haberle confesado que mi hija ya no se encontraba en este mundo, me sentí ahogada y un tanto abrumada. Por lo tanto, me levanté, evadí su mirada y me dirigí hacia la ventana principal, por la cual siempre admiraba al horizonte, tal y como lo hacía cuando estaba en casa.

—Seguramente, formaban una hermosa familia. —Sentí su presencia a mi espalda.

—Hace más de dos años que vivíamos solas Carolina y yo.

—¿Puedo saber debido a qué?

—Debido a que estoy legalmente divorciada. —Cruce mis brazos por debajo de mis pechos—. Mi ex marido decidió tener una vida sin mí.

Se posicionó a mi lado, contemplando también el horizonte, además de las estrellas.

—¿Fue por el fallecimiento de tu hija que se divorciaron?

—No —sonreí con desagrado—. Él deseaba algo más en su vida.

—¿Algo más?

Me atreví a mirarlo de costado.

—Sí, algo más, como a una verdadera mujer. Atractiva, sensual, insinuante, interesante y joven. Todo lo que yo no era.

Fred frunció el ceño, confundido.

—No estás hablando en serio.

—Por Rodrigo ya no voy a mentir —respondí—. No como él lo hizo conmigo al llevar una doble vida, convenciéndome como a una tonta de que me amaba, cuando más bien... —Cerré los ojos y suspiré profundamente, mordiéndome la lengua.

—Lo siento.

Solo asentí y volví a fijar la mirada en el horizonte.

—Carolina... ¿Se parecía a ti? —Continuó, sacando a Rodrigo de nuestra charla.

No pude evitar sonreír.

—Todo el mundo decía que era mi pequeño clon. ¿Quieres conocerla?

—Por supuesto.

Fui por una fotografía de mi hija y se la di para que la viera. Casualmente, en ella se encontraba de fondo el muelle histórico de la costanera de Puerto Natales.

—Era preciosa. ¿Qué edad tenía cuando estuvieron por primera vez aquí?

—Diez años. Nuestro primer viaje solo lo hicimos ella y yo porque su padre siempre tenía “muchísimo trabajo” —enfaticé—, pero cogiéndose a su secretaria.

—Olvídate de ese idiota.

—Para ser sincera, me ha costado sudor y lágrimas olvidarme de ese desgraciado insensato. Pero aquí voy, cada día avanzando un poco más para quitármelo totalmente de la cabeza.

—Carolina se ve feliz y radiante, lo que me hace suponer que mientras estuvo viva hiciste un trabajo incomparable.

—Siempre me he preguntado lo mismo.

—Mira lo que yo aprecio en esta fotografía. —La situó frente a mí—. ¿No ves cómo sonríe? ¿No ves como su rostro se ilumina por ti? Me atrevería a suponer que Carolina te adoraba.

Se me aguaron los ojos y un gran nudo comenzó a formarse en mi garganta. Fue así como tragué saliva y respondí entre balbuceos:

—Ella... era todo mi mundo.

—Y seguramente lo sigue siendo —aseveró.

—¿Aneka sigue siendo el tuyo? —Me atreví a preguntar.

Me entregó la fotografía y contestó fuerte y claro.

—Sí. Porque Aneka se quedó con una parte muy importante de mi vida.

Un imperturbable silencio nos envolvió. Al parecer, ninguno de los dos deseaba expresar otra palabra que hiciera referencia a nuestros pasados. Hasta que decidí romper nuestro mutismo enloquecedor, diciéndole:

—Carolina deseaba regresar cuando cumpliera diecisiete. Se suponía que íbamos a recorrer el circuito W.

—¿En serio?

—Sí. La verdad, fue su recuerdo el que me trajo hasta Puerto Natales por segunda vez —confesé abiertamente.

—Me alegra que lo haya hecho.

Me volteé para observarlo, al mismo tiempo que él me observaba a mí.

—¿Y lo harás?

Supuse que esa pregunta estaba relacionada con el circuito.

—Lo estoy pensando.

—Al menos, no me estás dando una rotunda negativa. ¿Te gusta cocinar?

Enarqué una de mis cejas al oírlo.

—No soy una profesional, como lo es mi hermana, que prepara unos platos deliciosos, pero me defiende bastante bien. ¿Por qué?

—Porque me encantaría cocinar contigo. ¿Qué me dices? Tal vez... un día de estos.

Lo contemplé incrédula.

—Anímate, Manuela. No te arrepentirás.

—Mmm... Ya van dos invitaciones, Fred. ¿Estás seguro que deseas correr ese riesgo conmigo?

—Será un placer.

Dicho esto, me tendió una de sus manos, tal y como si por primera vez nos estuviésemos conociendo. Pero al ver que no acercaba la mía, formuló:

—¿O tienes miedo?

—¿Estás bromeando?

—No. ¿Qué me dices?

No demoré en estrechar la suya, percibiendo la tibieza de su piel.

—Digo... sí. Será un placer.

Capítulo 16



Aquella mañana, en especial, no me sentía con fuerzas para levantarme de la cama, menos para salir de casa, y solo existía una razón: a pasos agigantados se acercaba el cumpleaños de mi hija, y sin que yo pudiera obviarlo o detenerlo.

El tiempo me jugaba en contra una vez más, hundiéndome a lo más profundo de mi tristeza y mi melancolía, de las que a veces salía a flote, con las que usualmente podía convivir, a las que conseguía disimular de vez en cuando, pero que tarde o temprano me hacían caer en el mismo abismo de mi desgracia, recordándome que Carolina jamás regresaría, estuviese donde yo estuviese.

Los días anteriores a este estuve en calma, pero hoy no me apetecía hacer nada más que pensar en ella y... no, beber no estaba dentro de mis prioridades.

Un par de llamados en la puerta de mi cabaña me obligaron a levantarme de mi cama. Alguien estaba allí. Pude predecir fácilmente, al abrirla de mala gana, que esta vez se trataba de Hortensia.

—¿Durmiendo hasta tarde, Manuela?

—Me duele un poco la cabeza y no tengo ánimos de salir a congelarme.

Advirtió por mi tosca voz que me encontraba de malas.

—Es una lástima —añadió, entrometiéndose en la sala.

—Adelante —expresé, dedicándole además una reverencia.

—Gracias, muchacha. —Sonrió, desabotonándose la chaqueta y

deshaciéndose de su bufanda de lana de oveja magallánica.

Decidí volver a mi cama y me cubrí por completo con el edredón, exclamando fuertemente y bajo él:

—¡Puedes hacer lo que quieras, excepto lanzarme agua fría con la cacerola! ¡Después de todo, estás en tu casa!

Oí sus pasos que se acercaban a mí de rápida manera, porque a pesar de su longevidad, Hortensia era una mujer muy ágil, que rara vez se quejaba de alguna de sus dolencias.

—¡Cómo tú digas! —Me arrancó de un tirón el edredón, dejándome tan solo en pijama.

—¡Hey! ¡Pero qué haces!

—Vístete. Vamos a salir.

—¿Perdón?

—Y procura llevar bufanda y guantes o te congelarás.

Entrecerré la mirada, enfurecida.

—Gracias, pero no tengo ganas de abandonar esta casa.

—Yo sí. Así que vístete y no me hagas perder el tiempo y la cabeza.

Moví la mía de lado a lado, disconforme.

—Házmelo fácil, por favor. Fred salió con Winter, así que tenemos suficiente tiempo para organizar todo antes de que regresen. No voy a despertar sospechas como el año anterior.

¿Sospechas? ¿Año anterior? Ahora sí esta mujer me tenía totalmente confundida, además de intrigada.

—Hortensia, eres muy amable, pero...

—No tienes elección —sentenció fríamente—. Y apúrate, en el camino te lo contaré todo.

Seguí sus órdenes un tanto ofuscada y resignada, porque ¿qué más podía hacer si esta viejecita siempre conseguía todo a su manera?

Veinte minutos después, me planté frente a ella muy abrigada, tal y como si

yo fuera un esquimal.

—¿Así está bien para ti?

—Luces adorable, Manuela.

Tomó mis llaves del recibidor y acotó:

—De éstas me encargo yo. Después de ti, oso polar.

—¡Ja! ¡Qué graciosa!

Descendimos por la colina y nos montamos en una camioneta de tracción, muy similar a la de Fred, pero a diferencia de la de él, ésta tenía en cada una de sus puertas el logo del complejo de cabañas, por lo que asumí que este vehículo solo lo conducía Hortensia.

—¿Dónde vamos?

—A un bar.

—¿Tan temprano piensas invitarme a beber una copa?

—No, podrías emborracharte y montar un espectáculo. No voy a tentar a mi suerte.

Me sentí ofendida, pero luego me relajé al ver una sonrisa pícaro en la cara de mi casera.

—¿Y para qué vamos a un bar?

—Necesito tu apreciación sobre una idea que tengo en mente.

—¿Qué idea?

—Ya te la diré, solo espera un momento.

Al concluir, encendió la radio de su vehículo y comenzó a tararear la melodía de una canción que casualmente yo también conocía, mientras nos poníamos en marcha.

—No sabía que te gustaban “*The Rolling Stones*”.

—Hay muchas cosas que no sabes sobre mí, Manuela.

Resoplé, admirando los escaparates de las tiendas, así como también los cafés de la zona y los restaurantes.

—Fred tenía razón —admití, porque estaba comprobándolo.

—¿Sobre qué?

—Siempre consigues hasta lo imposible.

—¿Lo dices porque te saqué obligada de la cama?

—Y porque estamos atravesando toda la ciudad buscando un famoso bar.

—Es el bar de un amigo que tenemos en común y que no tiene nada de famoso.

—Y entonces, ¿por qué tanto interés en él?

Frenó súbitamente frente a un semáforo en rojo.

—Porque lo vamos a sorprender y tú vas a ayudarme con eso.

—¿A sorprender? ¿A quién?

—A Fred.

—¿Y debido a qué?

—Por su cumpleaños, Manuela.

Diez minutos después, nos estacionamos en una calle que se encontraba alejada de la plaza central, más o menos cerca del rodoviario.

Suspiré y bajé de la camioneta al mismo tiempo que leía en lo alto un cartel que decía “*Slowly Bar*”, cuando Hortensia me pedía que la siguiera hacia el interior de un inmueble que poseía una fachada bastante rústica.

—Me sorprendes. Jamás creí que te gustara la bohemia.

—Que sea vieja no significa que no sepa divertirme. Vamos, te mostraré el lugar.

Era un sitio pequeño que ofrecía cervezas a buenos precios. Se notaba que por las noches se volvía un ambiente muy entretenido, en el cual hasta podías lanzar dardos, que seguramente resultaba toda una proeza para quienes habían bebido de más.

El sitio era atendido por su dueño, Edward, quien nos saludó en un perfecto español, aunque se notaba a leguas que era extranjero. ¿Mi apreciación? Sin saber mucho de bares deduje que era acogedor, porque tenía

una mezcla de ser un bar irlandés, americano, rockero, en el cual jamás iba a encontrar un cocktail delicado o bonito, sino una buena cerveza, además de música en vivo en un ambiente rudo que, asimismo, te brindaba una grata conversación. Eso fue lo que obtuve precisamente del dueño, quien tras ponerme enfrente un plato de papas fritas con cáscara, comenzó a relatarme cómo se enamoró de Chile y qué lo llevó a tomar la decisión de quedarse finalmente aquí.

—¿Y? ¿Qué te pareció? —Quiso saber Hortensia una vez que nos despedimos del dueño y abandonamos el bar.

—Sin duda, lo pasarán increíble.

—Lo pasaremos —me corrigió—. Tú también estás invitada.

Moví mi cabeza de lado a lado, procurando no rebatir su comentario.

—Gracias por eso, pero la verdad, no sé si...

—Cállate, muchacha, sí vendrás. Además, solo faltan dos días para el cumpleaños de mi sobrino-nieto.

Reí a carcajadas.

—No me estás dando alternativas, ¿verdad?

—No —contestó tajante. De a poco me estaba dando cuenta que esta viejecita era de armas tomar—. Manuela, vamos a celebrar en familia.

—¿Puedo pensarlo?

Gruñó y lo hizo peor que la vez anterior.

—Estaremos todos. No quiero que te quedes sola en casa, y más cuando te consideramos parte de nuestro pequeño clan.

Pretendí responder, pero el sonido de mi móvil me interrumpió. Era Claudia nuevamente.

Antes de contestar la llamada, me preparé mentalmente para recibir una lluvia de preguntas que esa mujer iba a hacerme sin siquiera tomar un solo aliento.

—Contesta. Te espero arriba —expresó mi casera, dándome algo de espacio para hablar en intimidad.

—Hola, Claudia.

—¿Quién era el sujeto de la leña?

Cerré los ojos y me mordí el labio inferior, tentada de la risa.

—Mi vecino —contesté, apartándome enseguida el teléfono de mi oído debido al grito inusitado que de su boca emanó.

—¡¡¿Qué?!!

—Fred. ¿Te suena?

—¿El imbécil?

—El mismo, pero ya no lo es... tanto. —Sonreí de medio lado.

—¿Y por qué ya no lo es... tanto? —Repitió de la misma manera—. ¿Hay algo que debas contarme, Manuela?

—No.

—¡Ay, por Dios, hermana, tú y tu bendito poder maligno de dejar a la gente en ascuas!

—No puedo hablar ahora. Estoy saliendo de un bar.

—¡A esta hora! —gritó asombradísima.

—No es lo que crees. Solo acompañé a una amiga a ver un sitio, nada más.

—¿Y esperas que te crea?

—Sí.

Claudia refunfuñó. Se encontraba algo molesta.

—¿Podrías ser más específica, por favor?

—No, porque tengo treinta y ocho años de edad y sé muy bien cómo cuidarme. Además, no estoy haciendo nada malo para que desconfíes de mí.

—Me gusta.

—¿Qué?

—Tu nuevo carácter.

Ahora la que refunfuñó fui yo.

—Graciosa. Te llamaré más tarde.

—Como digas... Antes, solo una pregunta más.

Admiré a Hortensia, quien sutilmente me mostraba su reloj de pulsera. Estábamos contra el tiempo.

—¿Qué necesitas saber?

—¿Qué hay entre tu vecino y tú?

—Nada, ¿por qué? —Ni siquiera me espanté con su interrogante.

—Se oía de lo más sexy por teléfono.

—Claudia, por favor.

—¡Respóndeme!

—Solo... —cerré mis ojos y me rasqué la nuca por un momento—, nos estamos entendiendo como dos seres humanos completamente normales. Eso es todo.

—Muy bien. ¿Me llamarás? No vas a zafar de mí tan fácilmente.

—Esta misma noche. ¿Contenta?

—Sí, feliz. —Y colgó, brindándome tiempo para regresar a la camioneta.

Una vez dentro, Hortensia nuevamente utilizó su dulzura y su delicadeza para expresar:

—Todos los años organizo su fiesta de cumpleaños.

—No me presiones.

—Entonces, haz lo que quieras. Pero si cambias de opinión, ya sabes dónde vamos a estar dentro de dos noches más.

—Muchas gracias por la invitación.

—Anímate, muchacha. A nadie le hace daño un poco de *rock and roll*.

—¡Oh yeah! —exclamé en voz alta viendo como ella encendía el motor.

Me dejé convencer por Claudia al comentarle sobre la fiesta de cumpleaños de Fred, a la que fui invitada por Hortensia y que para él resultaría toda una sorpresa. Y ahora me encontraba en mi dormitorio intentando elegir algo adecuado para asistir a la celebración en el bar.

“Olvídate de la ropa abrigada, esa de esquimal que sueles usar, y busca algo bello, atrayente y sensual para lucirlo esa noche. Porque imagino que llevaste algo así, ¿verdad?”, me dijo por teléfono, tras nuestra última llamada.

Suspiré. No estaba segura de encontrar precisamente eso en la ropa que todavía se hallaba dentro de mis maletas. Pero aquí estaba, sentada en el piso y hurgando en ellas, tratando de no morir en el intento.

«Hazlo por Hortensia», me repetía, «ella te lo va a agradecer.»

Me pasé gran parte de la noche con la vista fija en las vigas al aire de la casa, pensando en mi hija y en sus próximos dieciocho años de edad, los que cumpliría dentro de aproximadamente una semana.

Le pedí a Claudia que le llevara nuevas flores, rosas blancas esta vez. Mi hermana accedió sin ningún reparo a embellecer su tumba aquel día especial, comentándome que papá había preparado un servicio religioso en su recuerdo, en conjunto con Rodrigo. Por intermedio de ella les agradecí el gesto.

—Siete días —murmuré bajito—. Siete días más —repetí, cuando el reloj de mi móvil ya marcaba casi las cinco de la madrugada, y el sueño volvía a hacer mella en mí.

Capítulo 17



Para la sorpresa de muchas personas que allí se encontraban, entré en el bar siendo casi las once y treinta de la noche. Decidí asistir al cumpleaños de Fred a pesar de mi propia inseguridad, y más, porque Claudia tenía razón, ya era tiempo de empezar a abandonar la burbuja en la cual estaba inmersa.

Saludé a Hortensia con un gesto de mi mano, viéndola sonreír. Sí, en su rostro se reflejaba el entusiasmo al verme allí, finalmente.

Al cabo de un rato, me acerqué a la barra para saludar a quien había conocido hace un par de días, al dueño del bar, quien de inmediato me regaló un trago para la mayor de mis sorpresas.

“La casa invita”, dijo, alentándome a que lo probara, y cuando lo hice, ¡wow!, ¡era imbebible! Pero no iba a dar marcha atrás, ya que se suponía que los regalos, jamás de los jamases se despreciaban.

Fred clavó su mirada en la mía, la que me supo a preocupación cuando advirtió mi presencia, y más, al realizar un imperceptible movimiento con la cabeza, señalándome que no era necesario que lo bebiera. Acto seguido, levanté mi vaso hacia él, brindando por su cumpleaños número treinta y nueve; número que se apreciaba en las velitas de la torta; y bebí otro sorbo, pretendiendo no escupirlo. ¡Cómo quemaba, maldita sea!

Oí de pronto aplausos a mi alrededor, porque la cittadina, o sea yo, había pasado la prueba del trago de bienvenida con honores.

Divisé a Fred entre la multitud, sonreía y aplaudía en conjunto con quienes allí se encontraban, cuando, por mi parte, exigí beber apresuradamente una cerveza lo bastante fría.

La fiesta en el bar prosiguió y a cada momento me sentía más segura, y no solo por haber sorteado de positiva manera aquel recibimiento, sino por el hecho de que después de más de un año y medio volvía a sentirme tranquila y a gusto en un recóndito y maravilloso lugar.

—Eres una mujer de armas tomar —dijo Edward, el dueño del bar, al tenderme una cerveza Austral lo bastante helada, para así calmar la quemazón en mi garganta.

—Gracias, creo que estoy descubriéndome de nuevo —respondí, bebiendo un largo sorbo de ella.

—Más que descubrirte, considero que vuelves a despertar, bella durmiente.

Me volteé de rápida manera hacia el dueño de esa inconfundible voz, fijando mi vista en él, mientras añadía:

—Y me gusta, al igual que ese brillo que poseen tus ojos cuando estás tranquila.

Tragué saliva sin saber si todo lo que mencionaba era culpa del maldito trago picante que había bebido. Quizás, yo lo estaba imaginando y...

—Voy a salir a tomar un poco de aire, ¿vienes? —mencionó de pronto, desconcertándome todavía más, ya que la fiesta, su fiesta, estaba aquí dentro y no allá afuera.

No respondí, solo lo vi sonreír y luego marcharse. Esta noche sí que lo hacía con naturalidad, lo que me causó bastante gracia. ¿Ese sería el verdadero Fred que yo aún no conocía?

Un par de minutos después, seguí sus pasos, y cuando puse un pie fuera del bar, me congelé de inmediato, ya que había dejado mi chaqueta sobre un taburete y ahora solo llevaba una delicada blusa color mostaza de amplias mangas, junto a unos pantalones negros y unos botines en la misma tonalidad. Temblé cuando vi a Fred fumar un cigarrillo. Muy raro, pero en ese momento del todo real.

—No sabía que fumabas —comenté, abrazándome a mí misma.

—Yo tampoco —contestó, dándole una profunda calada. Se notaba nervioso, algo le sucedía.

—¿Puedo? —Tendí una de mis manos, esperando recibirlo.

—No sabía que fumabas —replicó mi enunciado.

—Yo tampoco —lo recibí, y a la vez percibí el tibio roce de su piel contra la mía—. Fumé bastante cuando mi hija falleció, me hacía sentir que no estaba del todo muerta sin ella —confesé. Para su sorpresa, no le di ni una sola calada, sino que lo lancé al piso, y lo aplasté con la suela de mi zapato.

»No lo necesitas y yo tampoco —agregué, refiriéndome al cigarrillo, después de respirar profundamente.

Fred me observó, tal y como yo lo había visto con anterioridad.

—¿Qué?, ¿tengo algo en el rostro? —Ansié saber.

—Sí, tienes...

Mi nerviosismo se acrecentó de solo saber que podía tener algo alojado en mis dientes. ¿O, quizás, se trataba de mi maquillaje? De acuerdo, no era una experta, pero esta noche y gracias a los consejos de Claudia me había esmerado en no verme como lucía cada día, demasiado normal.

—Un rostro muy hermoso —confesó.

Jamás esperé que Fred dijera algo así de mí.

—Dime una cosa, ¿también bebiste de ese trago?

Al oírme, sonrió de bella manera y agregó:

—Para tu mala suerte, no he bebido ni una sola gota de alcohol.

Enrojecí debido al frío que me calaba los huesos y también debido a él y a lo que decía con tanta legitimidad.

Después de un breve mutismo, clavé mi vista en la acera, hasta que sorpresivamente, y con una de sus manos, Fred se apoderó de mi mentón. Muy lentamente y con delicadeza lo levantó para que otra vez mis ojos se perdieran en los suyos.

—Estoy aquí, no ahí abajo.

No supe qué responder. Se suponía que yo era una mujer madura de treinta y ocho años de edad, y no una adolescente de diecisiete.

—Yo... voy a entrar. Me estoy congelando.

—Lo sé, tienes la barbilla muy helada y tu rostro está sonrojado. —La acarició con la punta de su pulgar, obsequiándome un estremecimiento con ese repentino y dulce gesto. Mi mano, por su parte, actuó por sí sola, apartando la suya de mi piel, pero con mucha sutileza. Entonces, retrocedí, necesitaba volver a percibir un poco más de espacio entre nosotros ante su inevitable cercanía.

—Te veo adentro. —Me giré al segundo de haberlo manifestado.

—Manuela —dijo, deteniéndome. Fue así como lo miré expectante—, gracias por haber venido. —Y asentí, como si nada de esto hubiese sucedido.

Regresé al interior, literalmente convertida en un cubo de hielo, mientras que por mis oídos se colaba la voz de Jim Morrison y su “*Light my fire*”.

Me situé frente a la barra y pedí un corto de whisky para entrar en calor, pero también para sobreponerme de lo ocurrido ahí afuera, cuando por inercia mi vista se alojaba en el abrir y cerrar de la puerta del lugar, gracias a la campanilla que tenía en su parte superior, la que emitió un sonoro ruido.

Al cabo de un momento, ésta volvió a sonar, pero seguida de una voz que reconocí al instante, porque ya había tenido el no menos grato placer de haberla escuchado, cuando el barman me tendía el corto de licor que me bebí de golpe; lo requería para dejar de temblar y también para dejar de pensar en tonterías.

—¡Dónde está el guapo cumpleañosero! —mencionó.

Con posterioridad, cerré los ojos y suspiré, cuando esa voz volvía a hacerse audible para todos los presentes, incluyéndome.

—¡Ahí estás! ¡Feliz Cumpleaños, Fred!

Sí, era Daiana Rivas, la entrometida veterinaria.

Crucé un breve saludo con ella, ya que se dedicó a acaparar la atención de Fred, casi como un perrito desvalido que solo necesita amor. No se despegó un solo instante de su lado, y al contrario de lo que me había dicho Hortensia, él parecía a gusto con su presencia y avasalladora cercanía, tanto que ni siquiera puso alguna objeción cuando ella lo guio a la pequeña pista para bailar un tema de *Foreigner*, llamado “*I want to know what love is*”.

¿Mi primera impresión? Lucían bastante bien, juntos, y ella se encontraba

feliz a su lado, mientras le hablaba al oído, utilizando todas sus artimañas sucias al coquetearle. Bien por él y también por ella ante lo que quería conseguir. Al parecer, hoy Fred se iba a llevar a casa un buen regalo de cumpleaños.

Al cabo de un momento, Hortensia se situó a mi lado, y me preguntó por qué no me animaba a bailar, ya que había varios peces en el agua. Sonreí frente a su particular acotación.

—Tengo dos pies izquierdos. —Mentí, provocando en ella algo de risa.

—Anímate, te puedo presentar a cualquiera de estos guapos patagones. — Me señaló a un par de hombres de su edad, bromeando.

—Gracias, pero estoy bien así. Además, estoy divorciada del romanticismo. —Dibujé con mi dedo índice trazos imaginarios sobre la barra, cuando la canción llegaba a su final, pero no así el baile de las ahora parejas que se hallaban en la improvisada y pequeña pista de baile, hasta que “*Shape of my heart*” sonó.

Suspiré y comencé a tararearla en un pequeño murmullo, recurriendo a mi nostalgia de siempre.

—Tienes una bonita voz —mencionó, avergonzándome, pero también haciéndome sonreír—. ¿Quieres un trago? Esta vieja invita.

—Gracias por la oferta, pero ya me voy. Ese trago picante —suspiré como si lo necesitara con ansias— me dejó *K.O.* Gracias por la inusual bienvenida. —Le di un par de sutiles palmaditas en uno de sus brazos, ya que seguramente ella había sido la artífice de esa original idea.

—Qué bueno que te gustó —bromeó—. A ver si otro día compartimos otro.

Reí a carcajadas, negándome rotundamente a ello.

—¿Por qué no te quedas más tiempo? Dentro de un rato partiremos el pastel.

—Compartí un grato momento, y demás está decir que lo pasé muy bien, pero debo irme. Gracias nuevamente por invitarme. —Evité darle más explicaciones que no venían al caso, al mismo tiempo que me giraba hacia la pista y volvía a cruzarme con la fugaz mirada de Fred.

—Entonces, te llevo hasta La flor del Calafate.

—No te preocupes, sigue disfrutando de la fiesta, puedo regresar sola. —
Le regalé un sonoro beso en una de sus mejillas, sorprendiéndola, mientras me ponía de pie. Luego de ello, me coloqué mi chaqueta y les hice adiós a quienes se encontraban disfrutando de la celebración, dirigiéndome hacia la puerta.

Caminé hasta la entrada percibiendo que algunas miradas recaían sobre mí, las que dejé atrás cuando salí de aquel sitio.

Una vez afuera, observé hacia todos lados antes de decidir qué camino tomar, hasta que la voz de Fred, a mi espalda, me detuvo.

—¿Tienes hambre?

Me giré sobre mis talones para verlo por última vez.

—Algo. ¿Por qué? —Entrecerré la mirada bastante confundida gracias a su inesperada interrogante.

—Porque yo también estoy que muero de hambre.

No comprendí sus entrelíneas, pero de igual forma sonreí como una boba.

—¿Qué tal si vamos a comer por ahí? —Propuso.

—¿Te vas a marchar tan pronto de tu propia fiesta de cumpleaños?

Caminó hacia mí, empujando el espacio que nos separaba.

—Siempre soy el primero en irme y ellos lo saben.

Moví la cabeza de lado a lado, sin creer lo que decía con tanta facilidad.

—No es justo para quienes organizaron todo, en especial para Hortensia.

—Es justo para mí. —Me otorgó un coqueto guiño.

—¿Qué pasará con tu pastel?

—Me lo guardarán para el desayuno.

Definitivamente, Fred tenía respuesta para todo.

—¿Vamos? —Me tendió una de sus manos, al mismo tiempo que Daiana salía apresuradamente del bar.

—Aquí estás. Ven, tienes que apagar las velitas de tu torta y pedir tus

deseos —expresó muy animada.

—Gracias, pero por este año me los guardaré. Tal vez los pida en otra ocasión. Celebra por mí, ¿quieres?

La mujer puso cara de pocos amigos, mientras bajaba un par de escalones hasta situar sus altas botas de tacón en la acera.

—No estás hablando en serio...

—Estoy hablando muy en serio —reafirmó Fred, dando un par de pasos hasta posicionarse a mi lado—. ¿Nos vamos, Manuela?

Me quedé de una pieza viéndola a ella y luego a él.

—Sí... supongo que...

Y luego se me cortó la respiración al percibir cómo su brazo rodeó de sorpresiva forma mi cadera, haciendo presión en ella con una de sus manos. Esta vez, no tuve que verlo a los ojos para comprender que lo único que deseaba era marcharse de allí.

—Si quieres puedo llamar un taxi para que venga por ella —comentó Daiana con plausible amabilidad, desconcertándome.

—No es necesario, yo la llevaré.

—Fred, es tu cumpleaños —le recordó, enfatizando aquellas cuatro palabras y observándolo como si yo no existiera. En realidad, para ella yo era un insignificante punto más en el universo.

—Te lo repito, celebra sin mí. Si los demás no tienen ningún problema con ello, ¿por qué tú sí?

Tragué saliva y me sentí demasiado nerviosa ante su indudable molestia.

—Porque es un día especial. Porque no todos los días se cumplen años, y bueno, porque quería pasar un momento agradable contigo.

—Tengo una idea, Daiana.

—¿Cuál idea, Fred?

—¿Qué te parece si vas adentro y disfrutas de la velada con ellos? Seguro te divertirás. Nos vemos.

¡Ouch! Eso dolió.

Tuve que caminar casi obligada por él, ya que todavía me sujetaba con una de sus manos, augurando que la veterinaria murmuraba un sinfín de maldiciones en contra de mi persona, mientras le dábamos la espalda.

En un rápido movimiento, Fred le quitó el cierre centralizado a su camioneta con el control de mando a distancia, abrió mi puerta, y casi me lanzó dentro, cerrándola fuertemente, cuando Daiana otra vez lo detenía. A toda costa deseaba que se quedara.

Me sentí fuera de lugar, porque después de tanto tiempo volvía a sentir que sobraba, tal y como me había sucedido en mi adolescencia, cuando alguna de mis amigas solía estrenar novio nuevo.

Suspiré y entrecerré la vista viendo a Fred huir de allí, pero también de ella. Luego, y veloz, se montó en la camioneta, y asimismo encendió el motor, todo a vista y paciencia de la veterinaria, que feliz no estaba.

—¿Nos vamos? —Sonrió a medias.

—Claro, para que me dejes en el complejo y luego regreses a celebrar con tus invitados, por favor —alegué en mi defensa.

—¿Estás bromeando? —Aceleró el vehículo y se incorporó al poco tránsito que a esa hora se registraba en las calles.

—No. Pero ella...

—No me interesa, Manuela. ¿Podríamos cambiar de tema, por favor?

—No me estoy refiriendo a si te interesa o no, cuando eso solo te incumbe a ti. —Se lo dejé muy claro para que no malinterpretara mis palabras. Fred asintió y guardó silencio. Por mi parte, yo también lo hice. En realidad, no necesitaba que fuera tan explícito conmigo.

—¿Qué quieres comer? —preguntó de pronto, quebrando nuestro mutismo.

Lo observé como si estuviera bromeando, hasta que rio.

—Son más de las dos de la madrugada, ¿y tú de verdad tienes hambre?

—Así es. Ahora mismo sería capaz de comerme cualquier cosa que me pusieran por delante.

Entrecerré la vista antes de responder.

—¿Qué no eras un hombre selectivo?

—Es mi cumpleaños. Estoy seguro que por hoy podría mandar a la mierda eso de la selección.

Ambos estallamos en carcajadas.

—¿Y qué me dices? ¿Me dejas elegir por ti? —formuló, admirándome de reojo.

—Mmm... Siempre y cuando lo que elijas sea delicioso.

—Eso tenlo por seguro. Ahora, dime, ¿con o sin cubiertos?

—Por hoy, eso me da igual.

Capítulo 18



—¿En qué piensas? —Quiso saber Fred al verme tan serena y callada, prácticamente echada y saciada sobre el asiento de su camioneta.

—En nada... —Sonreí de medio lado.

—Guardaste silencio, Manuela. ¿O fue la comida la que te aletargó?

—En parte. Tenías razón, estaba sumamente deliciosa. Mi panza y yo te lo agradecemos de corazón.

Lo hice sonreír gracias a mis palabras.

—Gracias a ti por acompañarme a disfrutarla. Ahora, sé sincera, ¿en qué estás pensando? —repitió, cuando una agradable melodía se escuchaba en la radio de la camioneta que mantenía encendida, pero con el motor no del todo apagado.

—¿La verdad?

Asintió en respuesta a mi interrogante.

—En el proceso que viví en mi cabaña antes de decidirme a salir para ir a tu fiesta.

—¿Y eso qué significa exactamente?

—A qué no fue tan fácil decir “sí, iré a la fiesta de Fred”. Al menos, no para alguien como yo.

Entrecerró la mirada sin llegar a comprenderme.

—Verás... Cuando Carolina murió me recliné en mi hogar. Me convertí por voluntad propia en una mujer antisocial y en una acumuladora, como varias

veces mi hermana me lo recriminó. Yo... perdí mi trabajo, me alejé de mis amigos y detuve mi vida, negándome a salir de mi burbuja. Negándome también a ocuparme de mí misma.

Interesado, prestó mayor atención a cada una de mis palabras.

—No quería ver a nadie, no precisaba de nadie, solo la necesitaba a ella, y conscientemente esperé cada día, alojada en la ventana de la sala, verla cruzar por el jardín.

Clavé la vista en mis temblorosas manos.

—Aun sabiendo que jamás regresaría.

Un largo y profundo suspiro se me arrancó del pecho, mientras que una de sus tibias manos recaía sobre una de las mías, quizás, para infundirme calma, valentía o solo calor.

—Lo intenté, Fred, pero no pude hacerlo. De hecho, aún sigo intentándolo. —Me obligué a callar, este no era el mejor momento para hablar de algo así, menos para que sintiera lástima por mí, por una mujer que todavía no lograba salir adelante de su dolor y su infinito sufrimiento—. Perdón. A veces suelo hablar de más y los recuerdos...

—Con Aneka íbamos a casarnos —me interrumpió, retomando la charla—. Decidimos que nuestra unión sería algo íntimo y que en ella estarían solo nuestros amigos más cercanos y algunos familiares —continuó, asombrándome con su naturalidad e inusitada confianza, cuando sentí que su mano ya aferrada a la mía me otorgaba leves apretoncitos.

—No tienes que decirme nada si no quieres —expresé, animándome a levantar la mirada hasta posicionarla en la suya, la que lucía algo brillante, como si en ella algo pretendiera retener.

Fred sonrió y después de ello fijó la vista en el horizonte.

—Cuando la conocí, supe inmediatamente que con ella iba a ser feliz.

—¿Y lo fuiste?

—Verdaderamente, y muy feliz, Manuela.

Suspiró y cerró los ojos.

—Nadie está preparado para dejar ir a quien se ama tanto.

Advertí que Fred no hablaba en pasado. Es más, me dio a entender con ese breve enunciado que Aneka, para él, aún seguía aquí, formando parte de su presente.

—La vas a amar toda tu vida —aseguré. No hacía falta que me lo dijera.

—Tal y como tú vas a amar a Carolina —respondió, abriendo sus ojos de par en par, posándolos otra vez en los míos—. Uno no puede ir por la vida sin dolor —añadió, consiguiendo que mi vista rápidamente se aguara en lágrimas—. Eso es inevitable.

Y tenía tanta razón...

—En cambio, lo que podemos hacer es elegir el dolor que la vida nos presenta y hacernos fuertes frente a él.

Ante su presencia, sollocé. Aquello que mencionó caló muy hondo en mi interior.

—Lo siento muchísimo.

—También yo, y no me refiero solo a la muerte de tu hija.

Parpadeé un par de veces sin nada que decir. ¿A qué se estaría refiriendo exactamente?

—Lamento la forma en la que te traté aquella primera vez, cuando nos conocimos.

No tuvo que decir nada más para que yo lo comprendiera.

—Ya no tiene importancia. Fue parte de la magia de aquel momento.

—Así que crees en la magia...

Sonreí sin darme cuenta que tras un movimiento involuntario de mi parte, mi otra mano se había dejado caer en las que ya manteníamos unidas.

—Es que cuando comienzas a creer que no existe, siempre llega alguien que te demuestra lo contrario.

Por primera vez, Fred guardó silencio. Solo se dedicó a observarme, tal y como yo lo hacía con él, cuando afuera comenzaba a caer la lluvia.

La verdad, era demasiado extraño estar así, y más después de todo lo que ambos habíamos vivido en las semanas anteriores.

No pude dejar de recordar aquellas veces en las que deseé arrancarle los ojos de cuajo. Y reí debido a ello, apartando mi vista de la suya.

—¿Qué te ocurre? ¿De qué te ríes? —preguntó, ansioso.

—De nosotros —confesé, sorprendiéndolo—. De estar así tan... pacíficos. ¿Cómo fue que lo conseguimos?

—Quizás, todo se deba a la magia, Manuela.

—O al truco —mencioné.

—Quien tiene magia, no necesita trucos.

De pronto, me di cuenta que no le había deseado un feliz cumpleaños. ¿Cómo era posible que yo lo hubiese olvidado?

Con agilidad me acomodé de mejor manera sobre el asiento y terminé desuniendo nuestras manos. Las necesitaba para lo que pretendía hacer.

—¿Tienes fuego? —Supuse que algo llevaba con él, ya que lo había visto fumar un cigarrillo—. Fósforos, un encendedor, lo que sea.

Confundido e intrigado se metió la mano dentro del bolsillo de la chaqueta oscura que llevaba puesta, entregándome segundos después una cajita de fósforos.

—¿Para qué los necesitas?

—Ya lo verás.

Tosí un par de veces, aclarándome la garganta ante su expectante mirada, y encendí una cerilla con prontitud, animándome a cantar una canción que todos en este planeta conocíamos.

Lo vi sonreír gratamente complacido mientras me escuchaba y admiraba sin poder creer lo que allí, al interior de la cabina de su vehículo, sucedía. Sí, además de su real asombro lo aprecié contento ante ese inusitado y brevísimo gesto que tuve para con él.

—¡...*feliz cumpleaños, querido Fred, que los cumplas feliz...!* —Terminé de entonar, exclamando—: ¡Anda, pide tus deseos, por favor, pero antes de que me queme los dedos! —Reí nerviosamente, observando cómo la pequeña llama terminaba de carbonizar al fósforo que lentamente se consumía frente a nuestros ojos—. Empieza la cuenta regresiva. ¿Estás listo? ¡Tres, dos, uno! —

Y así lo hizo, soplando y cerrando los ojos otra vez, seguramente para pedir sus tres deseos—. Feliz Cumpleaños, Fred. Que el universo te regale lo mejor de él cada día.

—Gracias, Manuela. Gracias por... esto. —Se notaba nervioso y como si no supiera qué decir. Al parecer, lo había dejado más que estupefacto con mi atrevimiento.

—No tienes nada que agradecer. De alguna forma, te lo debía. Disculpa por no haberte saludado con anterioridad, pero es lindo verte sonreír de tan sincera manera.

—Lo mismo digo.

—Creo que te has ganado un abrazo. Anda, cumpleañosero, ven aquí.

Me acerqué y me dejé envolver por sus extremidades, por su calor, y por aquel irresistible aroma que expelía su cuerpo, una mezcla de cítricos, madera, cuero, y otras esencias más que no logré identificar. Y me quedé allí, aferrada a su anatomía, disfrutando de ella, mientras situaba mi cabeza en el recoveco que quedaba a la altura de su cuello.

—Gracias —comentó en un pequeño murmullo, pero sin separarse de mí, cuando sentía como una de sus manos empezaba a acariciar mi cabello.

—Gracias a ti. De alguna manera, fue algo positivo haberte llamado idiota e inepto.

Fred rio a carcajadas, deshaciendo nuestro abrazo para verme otra vez.

—Solo me queda una pregunta por hacer —proseguí.

—Entonces, hazla.

—¿Todavía te parezco histérica?

—Mmm... —Pensó en voz alta, manteniendo en mí esa gran duda.

—Gracias. No tenías que ser tan explícito.

—Aún no he dicho nada, solo estaba pensando.

—¿En qué?

—En lo que voy a decir a continuación.

—¿Y qué se supone que dirás a continuación?

—Me voy por algunos días a una estancia, un lugar alejado de Puerto Natales, al que solo se accede navegando por el Canal Señoret.

—Entiendo. Y... ¿Cuándo te vas precisamente?

—Pasado mañana.

Tragué saliva algo conmovida, sin saber debido a qué.

—¿Por trabajo, quizás?

—No. Por mero placer.

—Ya veo —preferí guardar silencio antes de animarme a continuar—. Pues, que disfrutes tu viaje.

—Eso pretendo hacer. Gracias. —Sonrió, al mismo tiempo que se volteaba hacia mí para observarme—. ¿Has navegado alguna vez?

—Una vez me caí de un bote. No creo que eso cuente como navegar —recordé, consiguiendo que él riera—. ¿Son muchas horas hasta ese lugar?

—No demasiadas.

—¿Y qué harás con Winter? ¿Se lo dejarás a Hortensia?

—No, vendrá conmigo. Él también es todo un aventurero —me confió—. Algún día te contaré sobre ello.

—Qué bien. Por un momento pensé que deseabas pedirme que me hiciera cargo de él durante tu estadía en ese sitio.

—¿Por qué crees que te pediría algo así?

—No lo sé. ¿Tal vez para disfrutar de tu viaje?

—Prefiero la compañía a la soledad, Manuela. Es más, a eso me iba a referir exactamente. Quiero que vengas conmigo —expresó de pronto, logrando que por mi parte abriera los ojos como platos ante su irrefrenable muestra de honestidad.

—¿Qué fue lo que dijiste?

—Quiero que vengas conmigo —replicó, enfatizando cada una de sus palabras—. Me gustaría que me acompañaras a navegar. ¿Qué te parece?

Boquiabierta me dejó con semejante invitación.

—¿Estás hablando en serio?

—Sí. Me gustaría formar parte de tu primera aventura en la zona.

Abrí la boca para responder lo que jamás salió de mis labios, porque aún estaba muy aturdida de la impresión que me causó su inesperada invitación.

—Ya que no te animas a decir algo coherente con respecto a mi pregunta, tienes, a partir de este momento —admiró su reloj deportivo de pulsera—, menos de cuarenta y ocho horas para decidirte.

—Fred, yo... no lo sé y...

—Te esperaré en el muelle fiscal dentro de dos días. El barco zarpa a las ocho de la mañana.

—¡Hey! ¡Detente! ¿Qué pasa si digo que no?

—No pasa nada. —Alzó sus hombros, como restándole importancia a ese enunciado.

—¿Y si acepto?

—No te arrepentirás.

Aquello sonó muy tentador, pero a la vez... ¡Diablos! No sabía ni cómo definirlo.

Me rasqué la nuca sin saber qué más decir, mientras notaba como él se acomodaba de mejor manera en su asiento y también corroboraba que ya eran más de las cuatro de la madrugada. Al menos, estábamos estacionados frente a la costanera y relativamente cerca del complejo de cabañas.

—Es algo tarde —me comunicó al encender el motor de su camioneta, listo y dispuesto para partir, cuando por mi parte todavía me encontraba absorta en mis pensamientos.

—¿Por qué? —formulé de golpe, situando una de mis manos en su antebrazo derecho, evitando que se aprestara a conducir.

—Porque es algo tarde, Manuela.

—No me refiero a la hora, sino a tu invitación. ¿Por qué yo? ¿Por qué quieres que vaya contigo?

—¿Tiene que existir un por qué?

—Supongo. Siempre hay una respuesta a esa interrogante, ¿no?

—Y si en este caso no existiera, ¿qué harías? ¿Te devanarías los sesos hasta encontrarla?

Podría haberle dicho que sí, pero no lo hice.

—A veces, Manuela, solo necesitas fluir sin formular tantas preguntas, y a la vez, sin desear oír tantas respuestas.

Me obligué a callar.

—¿Por qué? —Inquirió por mí, otorgándome un guiño, adivinando lo que yo, tal vez, deseaba decir en ese crucial momento—. Porque nunca es tarde, y el tiempo solo se acaba cuando se acaba la vida. Y hasta ese momento siempre existe una posibilidad para todo, en especial, para volver a vivir.

Capítulo 19



Dos días después, y siendo específicamente las siete y treinta de la mañana, no había señas de ella, mientras Fred metía su mochila de viaje y un bolso más a la segunda cabina de su camioneta.

Tenía la mirada perdida en lo alto de la colina, donde se encontraba la cabaña, a la cual, en ese preciso momento, no deseaba observar.

Decidió por cuenta propia no presionar a Manuela frente a la invitación que le había extendido, aunque tenía que ser sincero para consigo mismo, por un instante quiso preguntarle por segunda vez si vendría a la estancia con él, quizás, para así despejar la enorme incertidumbre en la que ahora estaba inmerso.

Suspiró y cerró la puerta de la cabina, para luego abrir la suya y resignarse a que la respuesta de Manuela había sido un rotundo no.

Ella no vendría.

Volvió a mirar su reloj de pulsera, pero también volvió a elevar la vista hacia lo alto de la elevación. No. No podía demorar un minuto más. Tenía que llegar pronto al embarcadero.

Subió a su camioneta y encendió el motor, viendo a Winter que se encontraba echado sobre el asiento del copiloto, a quien acarició con ternura.

—¿Estás listo para una aventura más? —Preguntó, pero más le supo a qué se lo estaba formulando a sí mismo, cuando un nuevo suspiro se le arrancó del pecho y le latía con fuerza el corazón—. Ya es hora —se dijo, haciendo rugir el motor de su vehículo de tracción, saliendo de allí raudamente con rumbo hacia un nuevo destino.

Diez minutos le tomó la breve travesía hasta el muelle fiscal de Puerto Natales, y cinco minutos más bajar del coche y caminar con Winter a su lado y sus pertenencias hacia el barco que se encontraba anclado junto al pequeño muelle.

—¡Buen día, señor! —lo saludaron a la distancia un par de tripulantes de la nave, cuando se acercaba a ellos a paso veloz, a quienes les respondió de la misma manera—. ¿Qué no es el pequeño Winter? —proclamó uno de los marineros, recibiendo del can unos sonoros ladridos.

—¡Arriba, compañero! —Lo instó Fred a que lo siguiera con rumbo a cubierta, cuando el motor de la nave comenzaba a sonar, faltando dos minutos para que fueran las ocho de la mañana.

—¡El capitán pregunta si está todo listo para partir, señor! —Oyó a lo lejos, y volteó la mirada hacia uno de los tripulantes, queriendo decirle que no, que faltaba alguien más, alguien que ya no vendría.

Le hizo un breve ademán con una de sus manos en señal de que así era, cuando sus ojos lo volvían a traicionar, quedándose varados en el muelle, y el transporte “Alberto De Agostini” comenzaba a moverse, separándose finalmente de él.

Fred sonrió a medias y se acuclilló junto a su perro, percibiendo el leve vaivén que realizaba la embarcación al tomar todavía más fuerza, al tiempo que ésta se internaba en las profundas aguas del canal y dejaba atrás a Puerto Natales para navegar entre los fiordos patagónicos, los hielos eternos y la naturaleza somnolienta.

—El capitán quiere saber si necesitas algo más —manifestó Manuela sorpresivamente a su espalda, caminando hacia él por la cubierta del transporte que se tambaleaba debido al oleaje y se desplazaba sin apuro por el seno de Última Esperanza, con rumbo a los legendarios canales patagónicos. Lucía abrigada, acorde a la ocasión, mientras Fred, atónito, no cesaba de observarla.

—Pero... Creí que tú no...

—¿Vendría? ¿Y perderme un viaje único junto a Winter y a ti? Todavía no estoy tan loca, Fred. —Se detuvo frente a él y terminó acuclillándose a su lado para acariciar al perro que, de inmediato, le regaló un par de lametones.

—Es que... —Estaba realmente maravillado con su presencia y tratando de comprender si todo esto era real, hasta que ella se lo hizo más fácil, diciéndole:

—Perdón, pero quería que fuera una sorpresa.

—¡Y vaya que lo fue! —Sonrió a sus anchas, fascinado, cuando Winter se dejaba querer por los dos—. Siempre te encargas de sorprenderme —agregó, fijando sus ojos en la inmensidad de los suyos.

—Esa era la idea —Manuela le dedicó la más hermosa de las sonrisas mientras se ponía de pie y Fred realizaba el mismo movimiento. Un par de segundos después, alzó la vista hacia los nubarrones grises que se apreciaban en lo alto, cuando empezaba a perder la estabilidad, todo y gracias a los fuertes vientos del Pacífico—. El capitán me advirtió que podríamos tener prontamente sobre nosotros una llovizna constante y fría —comentó.

—Deduzco que el capitán y tú no han dejado de hablar desde tu llegada.

Manuela rio, sosteniéndose de él, cuando el transporte realizaba un no menos frenético movimiento.

—Si me caigo...

—No vas a caer, tranquila. Yo me ocupo de eso.

Se observaron en silencio hasta que la fría llovizna apareció en todo su esplendor.

—Al mal tiempo —añadió Manuela, obnubilada por el color de sus ojos castaños que hoy, y más que nunca, parecían resplandecer.

—Buena cara —finalizó Fred, aferrándola a su cuerpo todavía más con el poderío de sus fuertes brazos.

Aquel nómade espíritu del sur, aquel viento patagónico que nos balanceaba en su vaivén, que jugueteaba con nosotros como si fuésemos su mera entretenición, no podía estar ausente en ese momento, y tal y como si fuera una cuchilla muy afilada, parecía cortarnos la piel sin ningún tipo de

contemplación, a cada tramo que recorriamos y vislumbrábamos desde la cubierta.

¿Esto era un sueño?, me pregunté al admirarlo todo, hipnotizada y atraída por este increíble y maravilloso paraíso.

Glaciares...

Eso dijo Fred cuando zarpamos, y aquí estábamos, observando en toda su majestuosidad al Monte Balmaceda, cuya imponente figura resaltaba entre el paisaje que lo circundaba.

Me sorprendió muchísimo la tupida vegetación que cubría las montañas hasta la costa, y entre el ensortijado panorama se apreciaban enormes cascadas de agua de deshielo, generando un sonido tan atronador y estridente como irrepetible. Entretanto, Fred, situado a mi lado, iba describiéndome los distintos sitios que atravesábamos, ya sea dentro o fuera de la embarcación, ya que cuando el agreste clima nos lo permitía, no perdíamos tiempo en disfrutarlo y sentirlo ahí afuera.

Después de dos horas de navegación, el “Alberto De Agostini” se acercó hasta la Punta Barrosa, una gran roca sobresaliente del Canal, en la cual se asentaba una colonia de cormoranes, unas aves muy parecidas a los pingüinos que permanecían tres meses en el lugar durante el verano, hasta que los pichones aprendían a volar.

A medida que avanzábamos, el paisaje era cada vez más tosco y atractivo por sus monumentales montañas, cuando el tiempo para mí parecía no transcurrir, tal y como si se hubiera detenido.

Una vez más apareció ante nosotros el esplendoroso Monte Balmaceda. Ahora, en la proa de la embarcación, junto con el glaciar del mismo nombre que se desprendía por el oriente.

Fred me comentó que el monte poseía una altura de 2.035 metros y que casi no existían antecedentes de que hubiese sido escalado en ascensión hasta su cumbre. Y que, además, se encontraba en la misma condición de retroceso que la mayoría de los glaciares del planeta.

Lo admiré con pesar, pensando inevitablemente en el recalentamiento del planeta y lo que eventualmente podría llegar a suceder cuando estos colosos de hielo, de numerosas gamas de azules y celestes, al fin se derritieran.

Cuando dejamos el monte atrás, la embarcación continuó con su rumbo, hasta que logramos atracar en el muelle de Puerto Toro, en pleno parque nacional.

Los tres descendimos del transporte marítimo y nos adentramos por un sendero de 1000 metros, que no representaba dificultad alguna, a través de un sorprendente bosque nativo y la costa del lago Serrano. Fred, a medida que avanzábamos, me comentaba que la flora de la zona estaba constituida por bosques perennes, y que estos apenas cambiaban de aspecto, cuando pasaban las distintas estaciones, sin que las hojas llegaran a desprenderse de sus ramajes.

No me asombré ante la enorme cantidad de témpanos que flotaban a la deriva, pero sí ante el rugido feroz de lo que se coló, de forma inesperada, por mis oídos.

“Eso que acabas de escuchar, fue un desprendimiento de hielo”, me explicó, mientras que un extraño silencio se apoderaba de los dos, cuando solo oíamos a la naturaleza y apreciábamos el murallón de hielo que se veía a la distancia. ¡Era enorme!

Repentinamente, un nuevo pedazo se desprendió de la gélida pared, haciéndome temblar, al mismo tiempo que Fred me tomaba de la mano, me sonreía, me infundía valentía y me indicaba con su mano enguantada el terrible, pero a la vez magnífico espectáculo natural, que de una sola vez se sumergió en las congeladas aguas del lago, generando un aterrador estruendo, así como también una gran ola que me hizo temer todavía más, abrazando a quien me admiraba fascinado, mientras ahora me rodeaba con sus extremidades.

Podía sentir mi piel erizada de pies a cabeza, así como también sabía que esa escena en particular no la olvidaría jamás —y con ello no me refería al abrazo, sino al bloque de hielo en sí—, conservándola para siempre en mi mente.

La fina llovizna no cesó de caer en nuestro avance por el sendero, y de la misma manera nos acompañó en nuestro regresar.

—¿Aún asustada? —Ansió saber Fred sin perderle la pista a Winter, que caminaba por delante de nosotros.

Sonreí un poco avergonzada de mi comportamiento tan infantil, cuando él y

yo conseguíamos divisar nuevamente a la embarcación.

—Gracias por todo esto. Ha sido maravilloso.

—Todavía no me des las gracias, aún nos falta mucho por conocer y disfrutar.

Asentí. Si él lo decía de esa forma...

—¿Tienes hambre? —Formuló de golpe, cuando ya apresurábamos el paso y Winter nos sacaba plena ventaja.

—Creí que nunca me lo preguntarías —contesté, ascendiendo por el improvisado muelle.

—Apuesto a que eso es un sí.

No tuve que repetírselo dos veces.

La “Estancia Turística Perales” reforzaba los circuitos de navegación a los glaciares Balmaceda y Serrano. Se hallaba ubicada a más o menos 51 kilómetros al noroeste de Puerto Natales y poseía un dinamismo propio, todo y gracias a la cantidad y la calidad de los recursos escénicos en la cual estaba anclada.

Potenciaba, además, el camino del fiordo, permitiendo el arribo a ese lugar a un sinnúmero de turistas que a diario disfrutaban de los *tours* que llevaban a cabo las diferentes empresas de turismo de la zona, brindándoles a muchos de ellos la posibilidad de hospedarse y descansar en sus amenas instalaciones.

—Buenas tardes —se anunció Fred cuando entramos a la estancia—. Tengo una reservación hecha a nombre de Frederick Herr.

—Buenas tardes, señor Herr. Un momento, por favor.

Fred volteó su mirada hacia donde nos encontrábamos Winter y yo, cada uno de pie frente a unos enormes ventanales, desde los cuales conseguíamos contemplarlo todo. Realmente, este lugar era hermoso.

—Su reservación consiste en una habitación doble con baño privado —mencionó el encargado de la estancia, atrayendo mi atención.

—Así es —le corroboró Fred, a quien vi sonreír con una cuota de malicia en su semblante.

Ante ello, moví la cabeza de lado a lado; ya le pediría explicaciones después.

—Aquí tiene, señor. Que disfrute su estadía.

—Muchas gracias —respondió, volteándose y dirigiéndose hacia mí.

—¿Una habitación doble? —pregunté, curiosa.

—Venía preparado para responder a eso —comentó socarrón—. Verás, es lo único que encuentras en la estancia. Si mal no recuerdo, aquí solo existen seis habitaciones dobles. Eso quiere decir que el número de turistas siempre es limitado —explicó—. Y por consecuencia, hallar una habitación disponible en este lugar es casi imposible.

—Entonces, podríamos llamarlo suerte.

—Más bien, yo diría “precaución”. La reservé hace más de dos meses. ¿Comemos? Muero de hambre. Vamos, compañero, aquí también eres bienvenido —mencionó y le acarició la coronilla, cuando Winter iba tras él.

La bienvenida a la estancia nos la dieron obsequiándonos un pisco sour, cuando nos dejamos caer en el amplio salón, en el cual, a esa hora, se encontraban ya cenando un par de parejas extranjeras, quienes, al vernos, nos sonrieron.

Estaba preocupada por Winter, a quien habíamos dejado en la habitación, después de alistarnos para bajar a cenar.

—¿Seguro que estará bien? —Ansié saber.

—Claro que sí. Dormirá hasta mañana y como una piedra. En serio, no te preocupes por él.

Aunque para mí eso era casi imposible.

—Además, no tiene a dónde huir. Son muchos kilómetros de nado hasta casa.

—Qué gracioso —contesté, regalándole una mueca de enfado.

Fred rio a sus anchas mientras una trabajadora del lugar nos guiaba muy amablemente hasta nuestra mesa, en la cual nos sentamos segundos después. Y sin poder obviarlo, mi primera reacción mental al ver a mi alrededor estuvo relacionada directamente con el vil dinero. Aquí todo debía ser carísimo.

Mientras intentaba relajarme, oí lo que nos ofrecían para comer; esperaba que me supiera delicioso, porque ya anhelaba hincarle el diente al asado a las brasas de cordero magallánico, el cual estaba acompañado de papas naturales, ensaladas, vino o bebida, según lo deseara el comensal.

—¿O prefieren la alternativa vegetariana? —añadió la cordial mujer, contemplándonos.

—Primera opción, por favor —manifestamos a coro, dejándole muy claro que esta noche no deseábamos comer liviano.

Y eso hicimos, disfrutando de la comida y también de la velada.

—¿Y cuántos días nos quedaremos? —Me atreví a preguntar.

—Tres días y dos noches —me informó, degustando su vino.

—Creí que no bebías.

—Hoy es uno de esos días especiales. —Me otorgó un guiño, coqueto.

Al cabo de algo más de una hora decidimos dar una pequeña caminata por el lugar, abrigadísimos, porque el frío era realmente enloquecedor.

—¿Y qué te pareció la estancia?

—Preciosa. Aún no puedo creer que me encuentre en un lugar como este, tan lejos de todo. ¿Vienes a menudo?

—Solo cuando quiero estar lejos de casa.

—¿Hay alguna razón en especial para huir? —Asumí que eso quiso decir en entrelíneas.

—Para mí es difícil cumplir años, Manuela.

Tragué saliva y fijé mis ojos en el gesto facial que realizó. Por un momento, creí que le había temblado la barbilla.

—¿Te acuerdas de Aneka?

—Siempre. Jamás la voy a olvidar.

—La extrañas mucho —asumí.

—Así es. Tal y como tú extrañas a tu hija.

Nos dimos una mirada significativa, ya que algo más teníamos en común. A

veces, los dos necesitábamos estar lejos de casa.

—Este lugar te recuerda a ella, ¿verdad?

No tuvo que responderme, su silencio me brindó la respuesta que no necesité oír de sus labios, por la forma en la que me contempló.

—Lo siento, no quise ser entrometida. Será mejor que me vaya a descansar. Con permiso.

—Subiré dentro de un momento, así podrás hacer todo más tranquila, ¿te parece? No quiero incomodarte.

Solo asentí, conforme a su enunciado, perdiéndome finalmente de su vista.

Una hora después, no lograba conciliar el sueño, aunque Fred asumió que estaba profundamente dormida en mi cama cuando abrió la puerta de la habitación. Entretanto, Winter se encontraba echado sobre la alfombra, frente a la chimenea que aún se mantenía encendida y, al parecer, muy a gusto en esa posición.

Con disimulo, vi cómo se quitaba la chaqueta y se sentaba a los pies de su cama, se notaba cansado, pero también un tanto agobiado, lo presentí por la manera en la que tensó los hombros y clavó la vista en el oscuro piso.

Ante ello, me debatí en preguntarle si se encontraría bien o en guardar silencio frente a lo que no me incumbía. Seguramente estaba pensando en Aneka y rememorando algunos episodios de su pasado que todavía hacían mella en él.

A ciencia cierta, no sabía cuántos años habían transcurrido desde aquel fatal accidente que la había separado de su lado, pero lo que sí me quedaba bastante claro, con tan solo ver como deslizaba sus manos por su cabello y suspiraba intensamente, era que Aneka se había llevado consigo una parte importante de su alma y también de su corazón.

Por ende, no existía nada que yo pudiese hacer por él. Así que, sin dudar más, solo me animé a cerrar los ojos.

Capítulo 20



A la mañana siguiente, me di cuenta que también había dormido como una piedra al apreciar la hora que marcaba el reloj de pared que se situaba del otro lado del dormitorio.

—No puede ser posible —me dije sin llegar a creer que ya eran las diez con treinta de la mañana, y más aún, al ver la cama deshecha de mi compañero de viaje, del cual no había señas. ¿Y qué podía decir de Winter? Tampoco se encontraba dentro del dormitorio.

Me levanté fugaz, y de la misma forma tomé una ducha reparadora. La necesitaba. Y cuando estaba cepillándome los dientes y deambulando por toda la habitación, me di cuenta de lo que había pegado en el respaldo de la cabecera de mi cama.

Fred me había dejado una nota, junto a un dibujo a mano alzada y unas indicaciones que supuestamente yo debía seguir al pie de la letra, cuando la primera de ellas decía con exactitud: “Ve y asegúrate de tomar un buen desayuno.” Con ello me estaba dando a entender que hoy iba a ser un día bastante largo y extenuante.

Así lo hice, degustando lo que estaba en el menú, y cuando me aprestaba a leer la siguiente indicación, advertí que mi teléfono no tenía ninguna señal de conexión. ¿Esto sería posible debido a donde nos encontrábamos puntualmente?

Suspiré mientras reiniciaba el aparato. Quizás, solo eso necesitaba para que ésta se reestableciera.

—Aquí solo hay señal para aparatos telefónicos satelitales, señorita —me informó muy amablemente una camarera.

—Gracias —respondí, ya que no necesité de más información.

“Búscame en lo alto de la colina”, decía la segunda indicación. ¿Pero cómo iba a llegar a ella? Ahí estaba el mapa dibujado en aquel papel para mostrarme el camino.

Alrededor de media hora después, los divisé a lo lejos. Allí se encontraban Fred y Winter, al fin.

Con el corazón prácticamente en mi boca ascendí por la colina, y con la respiración entrecortada me detuve un pequeño instante para descansar. Sí, odiaba mi estado físico.

—¡Buenos días! —Vociferó Fred desde su sitio, con una cámara de fotos en sus manos—. ¿Estás bien?

Alcé mi pulgar en señal de que sí lo estaba, robándole con ese gesto una sonrisa de medio lado.

—¡Vamos, Winter! —lo llamó para que lo siguiera—. Manuela necesita algo de ayuda para respirar.

Ambos se acercaron y terminaron sentándose a mi lado.

—¿Por qué no me despertaste? —Quise saber, pretendiendo recuperarme.

—Dormías plácidamente. No quise molestarte —me confió.

—Deberías haberlo hecho. Se supone que estoy aquí para disfrutar del lugar y no para dormir como una roca.

—Lo tendré presente para la próxima vez. ¿De acuerdo?

—Solo si me dices que hoy estás mejor que ayer.

Perdió la vista en el horizonte antes de volver a hablar.

—No te preocupes por mí.

—¿Puedo confiar en ti? —Entrecerré la mirada.

—Lo estás haciendo. Por algo estás aquí, conmigo.

Y tenía razón, solo que hasta ahora me estaba dando cuenta de ello.

—Vamos a caminar, las horas de luz en esta temporada son algo reducidas.
—Me tendió su mano, la que no demoré en tomar, sujetándome a ella.

—¿Y qué se supone que haremos?

—Además de mostrarte el lugar y hacer un poco de senderismo, sacaremos algunas fotografías para que te lleves de recuerdo.

—Gracias, Fred.

—Aún no —me recordó, haciéndome reír, levantándose del césped húmedo por el rocío de la mañana, junto conmigo.

Me divertí, y creo que pude haber hablado por él al expresar con justa razón que también lo hizo. Fred reía y bromeaba, jugaba con Winter y se distraía, dándome a entender que estaba intentando dejar su tristeza y antipatía atrás, aunque solo fuese por un momento.

—¿Cómo quedaron las fotografías? —Deseé saber después de todas las que en conjunto retratamos.

—¿Quieres verlas?

—¡Por supuesto!

Eran muchísimas. Ni siquiera me di cuenta de cuántas había tomado, y en qué momento. Pero ahí estaba yo en la mayoría de ellas.

—¿Por qué no hay ninguna tuya?

—Porque el fotógrafo soy yo —se jactó, arrebatándome la cámara de las manos.

—No es justo. Si voy a tener recuerdos de este paseo, deberías estar tú también en ellas.

—No soy muy fotogénico. —Alzó los hombros y evitó mi mirada.

—No me vengas con eso. Quiero una fotografía tuya y sé que la voy a obtener.

—Caprichosa.

Moví mi cabeza de lado a lado, en señal de negativa.

—Además de histérica, presumida y retorcida, ¿ahora crees que soy caprichosa?

—Sí —sentenció, sin poder contener la risa.

—De acuerdo. Pero aun así, quiero una fotografía tuya.

—Con una condición. ¿Aceptas?

—¿Aún sin conocer la condición?

—Arriésgate.

—Está bien. Acepto.

—Mañana tendrás que levantarte al amanecer. Partimos a las seis con treinta.

Antes de lo esperado, ya estaba en pie y me arreglaba el cabello frente a la confusa mirada de Fred, que acababa de despertar gracias a la alarma de su móvil que hace unos segundos había apagado.

—¿Qué se supone que haces despierta?

—Esperarte. ¿Quieres café?

Suspiró, al mismo tiempo que deslizaba sus manos por su cara y luego por su cabello.

—Eres increíble.

—¿Con azúcar o endulzante? —Bromeé.

Cuarenta y cinco minutos después, terminaba de alistarse y también lo hacía con Winter, colocándole una especie de botas de protección en sus patas traseras y delanteras, además de una chaqueta impermeable que fijó a su cuerpo.

—¿Dónde se supone que vamos?

—Solo abrígate bien. Ya regreso.

Lo vi salir de la habitación sin nada más que agregar. A veces, Fred solía tomar una postura tan seria, formal y profesional que asustaba.

Tomé los guantes desde el interior de mi pequeño bolso, pero antes de colocármelos me acerqué a Winter para cerciorarme de que no tuviera nada

ajustado de más.

—No sé a dónde vamos, pero por lo que deduzco, en ese sitio sí que debe hacer frío para que te haya vestido así. ¿Te puedes mover? —pregunté ingenuamente; como si él pudiera responderme.

De pronto, la puerta se abrió y Fred entró en el dormitorio un tanto más relajado. Por mi parte, me levanté en el acto y lo miré, pero también a lo que me tendió de forma inesperada.

—Para que no te quedes dormida en el barco —me confió al entregarme un pequeño termo. De inmediato asumí que en su interior había café.

—Gracias. Eres muy considerado. ¿Ya tomaste un poco?

—¿Por qué?

—Porque te siento un tanto más agradable que cuando te fuiste de aquí, hace tan solo unos minutos.

Enseguida, rodó sus ojos.

—Con todo respeto, pero cuando no te conocía, consideré que eras un tanto tripolar —acoté.

Al oírme, enarcó una de sus castañas cejas.

—¿Es una broma?

—No —sonreí deliberadamente, abriendo el termo y bebiendo un sorbo del contenido—. Mmm... Justo lo que necesitaba. Gracias.

—Así que me consideras tripolar... —Prosiguió, tomando su mochila de guía para colocársela en la espalda.

—Ya empiezo a conocerte, Frederick Herr.

Salir al frío a esa hora de la mañana era solo para valientes, y aunque no me consideraba como tal, de a poco aprendía a serlo.

Gracias a Dios, la ropa que llevaba encima, sugerida por Hortensia —a quien le tuve que confiar que Fred me había hecho una invitación—, servía para aplacarlo un poco. Ella me había interiorizado en lo que podría adquirir en las tiendas *outdoor* de la ciudad para que mi cuerpo estuviera a una temperatura normal todo el tiempo, donde no sintiera frío ni calor. Y vaya que me había ayudado, porque yo de primeras y segundas capas o ropa térmica no

sabía absolutamente nada.

Seguí a Fred hasta el muelle, con Winter pisándome los talones, y bajo una espesa bruma que lo invadía todo. ¿Se podía navegar así? Temí preguntarlo para no quedar como una tonta frente a él. Así que me obligué a guardar silencio.

Después de unos minutos, la embarcación, que era un tanto más pequeña que en la que habíamos llegado hasta la estancia, comenzó a moverse con la poca tripulación que llevaba a bordo, más nosotros dos. Ni siquiera pude divisar nada, porque todo estaba completamente a oscuras. Aun así, opté por quedarme de pie frente a una de las pequeñas ventanas de la cabina. Fred, por su parte, le quitó las botas de protección a Winter y tosió, aclarándose la garganta, para luego preguntarme si estaba todo bien conmigo.

Asentí, obviando su mirada.

—¿Estás segura? —replicó, buscándola con la suya.

—Segura.

—Bien. Te quedarás aquí con Winter —me dio a conocer casi como una orden.

—¿Y tú?

—Iré arriba, a la cabina del capitán.

Me observó esperando que yo dijera cualquier cosa, lo que no hice, tumbándome en un asiento que parecía reclinable, mientras llamaba a Winter para que se acercara a mí. El can así lo hizo frente a la extraña mirada de Fred, que rehuí del todo.

Luego de ello, se marchó.

No sé cuánto tiempo transcurrió inmediatamente después de nuestra partida —no traía nada conmigo que pudiera corroborármelo, ni siquiera mi teléfono celular—, porque la visibilidad había mejorado, tanto que se podía apreciar fácilmente la proa y la popa de la embarcación.

Asumí que eran como las nueve y treinta de la mañana, cuando volví a ver a mi acompañante.

—Pensé que dormías —dijo Fred al abrir y cerrar la puerta.

—No pude, todo y gracias a tu café.

—Muy bien, porque vamos a cambiar de embarcación.

—¿Ah sí?

—Sí, por una más pequeña. ¿Te has subido a un bote zodiac?

¿Estaba bromeando?

Por mi cara de espanto supuso que no.

—Prepárate, porque será tu primera vez.

Lo medité sumamente intranquila, poniéndome rápidamente de pie.

—¿Es seguro? ¿No hay otra alternativa?

Fred sonrió y se acercó hasta donde me encontraba para calmarme.

—No para navegar río arriba y ver las espectaculares vistas de los ventisqueros del Campo de Hielo Sur y la Cordillera Paine —aseguró serenamente.

—Eso es mucha información para mí —manifesté, asimilándola, haciéndolo sonreír, tanto como me gustaba que lo hiciera.

—Vas a estar bien, aventurera, confía en mí.

Asentí torpemente, temblando. Y Fred lo notó al tomarme de las manos.

—Te comenté que no ibas a arrepentirte si aceptabas venir conmigo.

—Y hasta ahora has cumplido tu palabra al pie de la letra.

Me dio leves apretoncitos y solo una desunió, la que alzó y terminó depositando en mi barbilla.

—Además, quiero una fotografía nuestra en ese lugar. ¿Te parece?

Suspiré como si lo necesitara. En realidad, lo necesitaba muchísimo.

—Rodrigo siempre me repetía que yo era una cobarde —expresé sin saber por qué, consiguiendo que cambiara súbitamente su expresión, gracias a mi enunciado.

—No eres una cobarde, Manuela. Jamás lo has sido. Solo tienes ahí dentro —señaló mi corazón— mucho dolor, lo que te provoca tener miedo.

Parpadeé varias veces, comprendiendo sus palabras.

—¿Puedo decir algo más?

Asentí.

—No sé en qué estaba pensando ese idiota cuando te dejó. Si yo hubiese sido él, no te habría cambiado por nadie.

Esta vez, no mencioné nada que pudiera empañar sus palabras, las que más me supieron a confesión.

De improvviso, la puerta de la cabina se abrió y por ella uno de los tripulantes apareció para informarnos que estaba todo listo para que nos montáramos en el zodiac. Por mi parte, me aparté sutilmente de Fred. Después de aquello que había manifestado, lo creí y sentí necesario.

—¿Vienes? —preguntó, brindándome todavía más espacio.

—Claro que sí —respondí, sin estar segura de ello.

Capítulo 21



Paisajes de impresionantes contrastes de luces y de sombras tenía frente a mí, donde la montaña se fundía con el mar en un laberinto de belleza increíble que no tenía la más mínima comparación. Porque por más que yo pudiese describir con palabras cómo era un glaciar, o lograra siquiera retratar eternamente la foto perfecta de un ventisquero, siempre me quedaría corta con respecto a ellos.

Sus formas, sus colores, sus sonidos, eran regalos que la naturaleza nos brindaba para que los percibiéramos y experimentáramos al mismo tiempo.

Sí, Fred siempre tuvo muchísima razón con respecto a que no podía marcharme de esta zona sin ver ni aprenderme de memoria todas estas maravillas que me impactaban y a la vez me fascinaban, sin que pudiera dejar de apreciarlas cada segundo de este mágico día.

—¿Y qué te parece lo que estás viviendo, Manuela?

Quise decirle tantas cosas, pero mi rostro habló por mí. Es más, en este preciso instante mis ojos respondieron a su pregunta sin que él lograra formular alguna otra, manteniéndome todo el tiempo muy cerca de su cuerpo, haciéndome sentir muy segura con su presencia y su cercanía.

¿Podía existir algo más hermoso que esto? Sí, que Carolina estuviera aquí conmigo, disfrutando de lo que un día ansió conocer.

Se me escapó un sollozo sin que pudiera contenerlo, el que no pasó desapercibido para Fred.

Temblé de solo recordar a mi preciosa hija.

—Carolina querría que estuvieras feliz, Manuela.

Mis ojos rodaron hacia los suyos, en los cuales me perdí por un momento, mientras le decía:

—No sé cómo diablos voy a pagarte todo lo que estás haciendo por mí.

—No te preocupes, tengo varias ideas en mente.

Sonreímos, mientras Fred me regalaba un tierno beso en la coronilla.

—¿Estás lista?

—¿Para qué?

—Para que nos tomemos nuestra fotografía.

Unos minutos después, el conductor del bote zodiac lo detenía para tomarnos un par de ellas con el gigantesco ventisquero de fondo, retratando para la posteridad este asombroso y extraordinario momento.

Cuando regresamos al pequeño barco, ingresé a la cabina en la cual Winter nos esperaba, pero dormido. Seguramente, se había saciado con los restos de la comida que allí se encontraba, la que Fred se había encargado de dejar con uno de los tripulantes de la embarcación.

—Ya regreso —anunció a mi espalda, cuando desaparecía por la puerta de la cabina que ahora se encontraba entreabierta. Adentro el ambiente estaba temperado, lo que agradecí, consiguiendo despejarme del rostro mi húmedo cabello. Con posterioridad, me quité los guantes notando como Fred volvía, pero con una bandeja en la cual se hallaba una botella de whisky, copas y una hielera.

—¿Pero qué se supone que es esto? —Sonreí un tanto asombrada.

—Se supone que vamos a brindar tú y yo con hielo milenario.

Abrí mis ojos como platos.

—¿Hielo milenario? —repliqué asombradísima.

—Eso fue lo que dije.

—¿Realmente? —volví a preguntar sin poder asimilarlo.

—Realmente, Manuela. Es una tradición —me informó, pidiéndome ayuda, la que le otorgué en el acto—. ¿No sabías de esto?

Negué con mi cabeza, sosteniendo las copas.

Con agilidad colocó dos pequeños trozos de hielo en cada una de ellas y luego vertió un poco de whisky, de un Chivas Regal de 12 años; eso era lo que decía la etiqueta impresa en la botella.

—De acuerdo, ahora lo sabrás.

Me mordí el labio inferior, mientras él se encargaba de sostener su copa.

—Por ti, por mí, por este mágico momento —comentó, regalándome junto con ello la más hermosa sonrisa que yo hubiese visto jamás—. Ahora tú. — Me estaba concediendo la posibilidad de que yo también lo hiciera.

—Por Aneka y también por Carolina, a quienes jamás vamos a dejar de amar, cada uno a su manera.

Fred sonrió todavía más, complacido, y por primera vez mantuvo su vista intacta en la mía, chocando mi copa con la suya, y bebiendo finalmente de ella. Imité su movimiento, degustando el *bourbon* ligeramente aromático y de sabor acaramelado, sin despegar mi vista de la suya, penetrante, inquieta, devastadora y... sensual.

Un leve calor recorrió mi cuerpo. Un ligero fervor que se alojó por un instante en mis mejillas, las que se encendieron todavía más al contacto con su piel, cuando sus dedos comenzaron a vagar por ellas, delineando cada uno de sus contornos.

—El arrebol te hace ver aún más hermosa. ¿Te lo habían dicho alguna vez?

Clavé mis ojos en el piso, respondiendo de esa manera a su interrogante con cierta timidez.

—Una vez te dije que estaba aquí, frente a ti, y no allí abajo, Manuela.

Presurosa, volví a elevar la mirada hasta posicionarla en la profundidad de sus ojos castaños.

—¿A qué le tienes miedo? —preguntó de pronto, desconcertándome.

—A muchas cosas.

—Ya somos dos —aseguró.

—Solo que a ti no se te nota —mencioné muy convencida, percibiendo ante todo el roce de su piel, ya que todavía sus dedos seguían acariciando el contorno de mis mejillas.

—Tal vez, porque aprendí a disimularlo muy bien —confesó.

—¿Cuánto tiempo te tomó aprender a hacerlo?

—Varios años. Pero a veces, aún recaigo como la primera vez. La verdad, todavía me agobia el hecho de no tenerla aquí, conmigo.

Cerré los ojos y me dejé llevar por el dulce roce de su caricia, deleitándome con ella, porque nadie había vuelto a acariciarme así. Y muy quedamente abrí los ojos al percibir que se detenía, separándose de mi cuerpo, situando su vaso ahora en una pequeña mesa redonda.

—¿Quieres ver las fotografías? —mencionó, quebrantando aquel minuto.

Asentí y pretendí tomarme aquello con bastante naturalidad. Después de eso, por inercia me abracé a mí misma, sintiendo un no menos normal ardor en cada uno de mis pómulos; sí, como una tonta solo estaba imaginando tonterías.

Fred sacó su cámara profesional desde el interior de su mochila y la encendió para que ambos pudiésemos verlas.

Sinceramente, eran preciosas.

—Serán, sin duda, un hermoso recuerdo.

—Sí, lo serán —comentó, sin apartar sus ojos de ellas—. Me ocuparé de imprimirlas para que puedas llevártelas en papel.

—Gracias, Fred.

Ahora fui yo la que se alejó de él, necesitaba algo de espacio. Y lo encontré junto a una de las ventanas de la embarcación, en donde me quedé para contemplar el camino de regreso a la estancia.

—¿Tienes frío? —Quiso saber, caminando hacia mí y posicionándose a mi espalda.

—Estoy bien. ¿No vas a subir? —Supuse que lo haría, adelantándome a los hechos.

—No. Quiero quedarme aquí, contigo. ¿Puedo?

Volteé la vista hacia atrás y le sonreí en agradecimiento. En el fondo, yo también deseaba que se quedara aquí, a mi lado.

—Ven —me pidió, guiándome hasta uno de los asientos reclinables, en los

que se sentó, mientras me ubicaba a su lado, frente a frente.

—Al menos sonreíste. —Evoqué la fotografía, cuando se disponía a capturar un mechón de mi cabello.

—Quería que fuera perfecta, además de un bello recuerdo para ti.

Estaba despreocupado, y lo mejor de todo, se notaba tan relajado en comparación a esta mañana.

—No está nada de mal para ser la primera de ellas.

—¿Eso quiere decir que, tal vez, podría existir una segunda?

Le regalé una sonrisa antes de añadir:

—Y quizás, también, una tercera.

Fred situó el rebelde mechón de mi cabello por detrás de mi oreja y se animó a proseguir.

—¿Dónde estuviste todo este tiempo, Manuela?

—Intentando sanar las heridas de mi alma.

—Una vez... me dijeron que no me afligiera, porque lo que había perdido iba a volver a mí, pero de otra forma.

—Lo siento, pero no soy Aneka —manifesté de inmediato, dejándoselo muy claro.

—Lo sé. Créeme que lo sé. —Besó mi frente y me abrazó, atrayéndome sutilmente a él y ofreciéndome de la misma manera el espacio que quedaba entre sus piernas, donde finalmente me situé, doblando las mías, dejando de lado cada una de mis inseguridades de mujer—. ¿Te puedo tener así? —formuló repentinamente en mi oído, haciéndome sentir especial después de tanto tiempo.

—Sí. Pero, por favor, no te confundas ni olvides quien soy. —Olí su perfume una vez más, aquella mezcla cítrica y amaderada que me hacía estremecer y cerrar los ojos como una autómatas, cuando todo lo que podía sentir eran sus cálidas y grandes manos deslizándose con recato por la parte superior de mi espalda.

—No te preocupes, sé perfectamente quien eres y lo que significas para mí —finalizó, besándome la sien, suavemente.

No recordé en qué minuto me quedé profundamente dormida en los brazos de Fred, sino hasta que sentí una nueva caricia de una de sus manos en mi mejilla, junto a un leve susurro de su ahora ronca voz que me decía:

—Abre los ojos, bella durmiente. Ya estamos a pocos minutos de llegar a la estancia.

Sonreí como una boba mientras me negaba a hacerlo.

—¿Por qué no? —Sonrió.

—Porque estoy a gusto así.

—Lo pude notar, roncás bajito.

Alcé la vista y la deposité en la suya, admirándolo con seriedad.

—Eso no es cierto, yo no ronco.

—Sí, lo haces.

—¡No es verdad! —Me quejé, percibiendo como mis mejillas una vez más me traicionaban, enrojeciéndose.

—Aun así, es adorable escucharte roncar —me aseguró malévolamente.

En ese instante quise que me tragara la tierra o el mar, debido a que todavía navegábamos por las aguas del Canal Señoret. Y cerré los ojos y me mordí el labio inferior debido a la vergüenza que me invadía, cuando él volvía a pronunciar:

—Solo quería ver de nuevo ese arrebol en tu semblante —consiguiendo que con ello yo abriera mis párpados de golpe.

Después de ese enunciado, ninguno de los dos se atrevió a articular ni una sola palabra, solo pude volver a sentir cómo su mano se depositó sobre mi pómulo derecho que, inevitablemente, aun ardía.

Me froté contra ella, se sentía tan bien estar así con él, y tan diferente...

Intercambiamos miradas por algo más que un breve momento, hasta que un

par de golpes en la puerta interrumpieron nuestro mutismo. Eso solo podía significar una cosa, el barco se aprestaba a atracar en el muelle de la estancia.

Me aparté y le di el espacio necesario para que se levantara, percibiendo que algo pasaba conmigo, algo que no me atreví a asumir y que ya no podía llamarlo “una absurda tontería”.

Preparé mis cosas y de reojo observé como lo hacía él con las suyas, sin que notara que yo no conseguía apartar mi vista de cada uno de sus movimientos, por más que pretendía mirar hacia otro lado.

—¿Estás lista? —preguntó, cuándo el barco se detuvo por completo.

Asentí sin nada más que añadir a eso.

Regresamos a la estancia y después de tomar cada uno una ducha, nos alistamos para cenar y disfrutar de nuestra última noche juntos.

Durante la cena me mantuve en silencio, contestando sus interrogantes solo con monosílabos, aludiendo a que estaba cansada, cuando la verdad no era así. Por lo tanto, Fred me facilitó las cosas. En realidad, fue demasiado fácil conseguir que dejara de hablar.

Al cabo de una hora, y mientras caminábamos de regreso hacia nuestra habitación, su voz nuevamente se hizo audible, específicamente al detenernos frente a la puerta.

—Mañana regresamos a Puerto Natales —me recordó.

Volví a asentir ante su enunciado.

—¿Te sientes bien? —Anheló saber, contemplándome fijo y obstaculizando el paso con su anatomía. Al parecer, no deseaba que yo abriera la puerta.

—Sí, todo está... estupendamente. —Mentí, porque no era del todo cierto.

—¿Estás segura? —Quiso ver más allá de lo que le mostraban mis ojos al evadir su penetrante mirada.

—Por supuesto. ¿Vamos a dormir?

—Seguro —respondió, pero ahora contemplándome con extrañeza.

—¿Podrías apartarte, por favor? —Lo hizo lentamente, no quitándose del todo para que inevitablemente nuestros cuerpos se rozaran y estuvieran en

sintonía.

—¿Cuánto espacio necesitas, Manuela? ¿Cuánto deseas que me aparte de ti?

Se estaba refiriendo a algo más, pero en entrelíneas.

—Lo suficiente para que yo deje de pensar en tonterías —revelé, ingresando al dormitorio y, asimismo, admirándolo de costado. Aquello no lo tomó por sorpresa, ya que ni siquiera se inmutó o realizó un gesto que a mí me demostrara lo contrario.

Al volverme hacia él, me cogió desprevenida lo cerca que estaba ahora de mi cuerpo.

—¿Y si no son tonterías?

Suspiré antes de volver a expresar:

—Lo son, Fred, tan simple y sencillo como eso.

Me aparté. No necesitaba tenerlo tan cerca, menos después de lo que comenzaba a sentir. Había decidido venir hasta Puerto Natales por una sola razón, y esa era Carolina, mi hija, y no para que este hombre empezara a gustarme y a despertar en mí extraños y ambiguos sentimientos.

—¿Podrías cerrar la puerta? Necesito desvestirme.

—¿Quieres que me vaya para que puedas hacerlo con tranquilidad?

—No —respondí en el acto—. Quiero decir, no hace falta que salgas del cuarto. Puedo hacerlo en el baño. —Me apresuré a ir por mis cosas, dejándolo a solas segundos después.

Cuando ya estuve lista, salí con mi ropa en las manos, las que torpemente terminé tirando al piso al verlo junto a su cama, de espaldas, y desnudo desde la cintura para arriba. Solo las luces de las lámparas de noche se mantenían encendidas, dándole cierta intimidad a ese instante, en que me negaba a quitar mis ojos de su prominente espalda que deseé, ante todo, acariciar.

—Perdón, no te oí —fue lo que me dijo, disculpándose y volteándose enseguida para verme—. Comencé a cambiarme al ver que no salías. —Fred jugueteó con su camiseta antes de tirarla a la cama y sonreír a medias, cuando por mi parte, solo tenía ojos para su abdomen y sus pectorales bien trabajados,

además de sus anchos hombros y fuertes brazos que me daban a entender que se mantenía en forma debido a su profesión.

—No pasa nada —me agaché para tomar lo que había dejado caer, no queriendo posar la vista en lo que ya me tenía más que boquiabierta—, no te preocupes. No te voy a molestar. —Guardé mis cosas tratando de mantenerme serena, y de la misma forma caminé de regreso a mi cama, en la cual no me tendí, para mi mala suerte, ya que por segunda vez Fred obstaculizó mi camino.

—Solo un segundo, ¿podrías detenerte, por favor?

—Ya van más de dos —mencioné tontamente, no queriendo alzar la vista para encontrarme con sus ojos castaños.

—Lo que dije en relación “a un segundo” fue subjetivo —me advirtió.

Mientras él hablaba, todo lo que yo podía ver era el piso.

—Una vez más, estoy aquí arriba, Manuela.

—Lo sé, siempre me lo estás repitiendo. ¿No te cansas de hacerlo? —Tras un movimiento fugaz, al fin mi mirada se depositó en la suya, donde él quería que estuviera.

—No. Porque mi madre me enseñó que al hablar con alguien siempre debes mirarlo a los ojos. ¿A ti no te lo enseñaron?

—¿Qué crees tú? —formulé, sonriendo a medias.

—Creo que... durante la travesía, o después de ella, hice algo indebido, algo que te incomodó.

—Eso no es cierto.

—No me has dirigido en gran medida la palabra y has estado evitándome. ¿Qué quieres que piense?

—Que estos días han sido maravillosos para mí, y que vaya a donde vaya, jamás los olvidaré.

Fred suspiró antes de volver a hablar.

—Me gustó mucho estar contigo.

—A mí también.

Mi corazón comenzó a latir muy rápido, y más, cuando pronunció tan espontáneamente:

—Gracias por estos días, Manuela. Gracias por... todo lo que has hecho por mí.

Tragué saliva con nerviosismo.

—Se suponía que esa última frase iba a decirla yo —aclaré, pero en tono de broma.

Con aquello lo hice sonreír, mientras alzaba una de sus manos, con la cual terminó acariciando mi cabello.

—Pero nuestro viaje aún no ha acabado. Así que... creo que tendré que pronunciarla en otro momento. ¿Te parece bien?

—Me parece perfecto.

Fred hundió su mirada en la mía, se acercó —al igual que su otra mano, la que terminó aferrada con sutileza a mi barbilla—, y me besó la frente, logrando que con ese dulce gesto cerrara los ojos, disfrutando de él y de ese maravilloso minuto, juntos.

Luego, se apartó con ligereza e inclinó su cabeza, hasta que nuestras frentes se juntaron. Podía sentir su cada vez más pesada respiración, y asimismo, cómo pretendía luchar contra algo que para mí era inexistente. Por mi parte, percibí como a cada segundo que transcurría un nudo se alojaba en mis entrañas, pero que también ascendía por mi garganta, impidiéndome hablar, cuando inexplicablemente algo me exigía que mantuviera los ojos cerrados.

De pronto, su boca rozó la mía, cuando al parecer, Fred ya no dominaba su respiración, ni tampoco sus impulsos al querer besarme, los que finalmente desató, rozándola otra vez, para luego apoderarse por completo de mis labios.

No pude quedarme sin hacer nada. Por lo tanto, me aferré a él, correspondiendo a su beso, a la profundidad de su boca y a su lengua vertiginosa, cuando sus poderosas extremidades se apoderaban de mi cuerpo para estrecharme contra él cada vez más. Y cuando separó sus labios de los míos, y yo logré abrir mis ojos, posó otra vez su frente junto a la mía y proclamó:

—Por favor, no tengas miedo de mí.

Parpadeé varias veces, y con una sola respuesta alojada en mi cabeza, respondí:

—¿Por qué tendría que temerte?, cuando has sido tú quien me ha enseñado lo que es el verdadero coraje.

Después de oírme, Fred volvió a besarme con intensidad y yo volví a corresponderle, dejándome llevar, desatando mis impulsos, cuando ya mis manos disfrutaban de la calidez de sus recios hombros y de su pecho, así como también de sus vigorosas extremidades que pretendían alzar mis pies del piso.

Efervescencia...

Eso era lo que sentía. Porque cada uno de mis sentidos se hallaba desenfrenado, pidiendo y exigiendo más de él, de mí, y de este apasionado momento que poco a poco nos convertía a los dos en un par de locos.

—Por favor... Detenme... —murmuré inesperadamente contra su boca, mientras la mordía con suavidad—. Por lo que más quieras, no me dejes continuar.

Fred así lo hizo, conteniéndose, tal y como si mis palabras hubiesen sido para él una especie de súplica.

Abrí mis ojos y los fijé en los suyos, procurando reordenar mis pensamientos. Yo... no quería separarme de él, no deseaba que su boca se alejara de la mía, menos que su cuerpo dejara de brindarme la calidez que me estaba entregando, pero tenía que parar. Tenía que lidiar con mis emociones. Así que lo solté. A regañadientes me alejé, retrocediendo un par de pasos, mientras deslizaba una de mis manos por mis un tanto hinchados y enrojecidos labios.

—Perdóname —fue lo primero que me dijo, queriendo dar un paso hacia mí, del que se privó al verme temblar.

—Solo si tú me perdonas primero —contesté con la respiración demasiado acelerada, conmocionada, sintiendo como todo de mí volvía a despertar gracias a su existencia.

Fred y yo nos contemplamos como queriendo acercarnos para proseguir con lo que nuestros cuerpos exigían a gritos que allí sucediera, pero al

parecer, nuestra razón ganó aquella ardiente y frenética batalla, manteniéndonos por un breve lapso de tiempo bajo control y sumidos en un total silencio.

El espacio entre nosotros se hizo cada vez más grande, hasta que mi boca se animó a pronunciar:

—Será mejor que nos vayamos a dormir.

—Manuela...

—Por favor, no me pidas explicaciones que ahora no voy a darte.

Pasé por su lado, notando cómo me temblaban las piernas, y me metí a la cama, dándole la espalda, evitando así encontrarme con su mirada. Entretanto, Fred suspiró fuertemente, al mismo tiempo que se pasaba las manos por el cabello, desordenándolo, y comprendiendo, creo, lo que había sucedido entre los dos.

—Que duermas bien —oí que dijo, cuándo a regañadientes decidió apagar la luz de la lámpara de su mesita de noche.

—Tú también —respondí, obligándome a cerrar los ojos y a olvidarme de este momento, mientras él desaparecía de allí.

Sí, podría haber llegado más lejos. Sinceramente, y si yo lo hubiese querido, se me habría hecho tan fácil revolcarme con él. Pero Fred no se lo merecía, no cuando creía que yo podría ser Aneka en el cuerpo de otra mujer.

No. Y yo tampoco me lo merecía, no cuando comenzaba a sentir algo muy extraño y confuso por él.

Capítulo 22



Todavía era de madrugada cuando abrí los ojos, obnubilada por las lágrimas que de ellos no cesaban de caer, mientras sollozaba en silencio.

Mi barbilla temblaba, al igual que lo hacía mi cuerpo, tal y como me había sucedido hace exactamente un año atrás.

Cerciorándome de que Fred aun dormía, me levanté de la cama, y descalza caminé hacia la pequeña sala de estar, donde todavía estaba encendida la chimenea. Winter, por su parte, levantó la cabeza al oírme, a quien le sonreí, asegurándole que todo iba a estar bien, mientras lo acariciaba.

Afuera la lluvia caía copiosamente, así lo vislumbré al girar la cabeza y mirar por entre las cortinas de la ventana que se encontraba a un par de pasos de mí, en la que segundos después me posicioné, abrazándome a mí misma, cuando muchísimos recuerdos invadían mi cabeza, estrujándome el corazón y haciéndome sentir una total y completa miserable.

Volví a cubrirme la boca con una de mis manos, para evitar que Fred despertara con mis sollozos, los que no paraba de emitir, rememorando a Carolina. Pero fue en vano, ya que en primer lugar oí a su voz y luego a sus pasos.

—¿Manuela? —Formuló con preocupación y no una, sino varias veces, mientras caminaba, buscándome en medio de la penumbra—. ¿Manuela, dónde...? —Hasta que finalmente dio con mi silueta—. ¿Estás bien?

—No —balbuceé en el acto, sorbiendo por la nariz y moviendo a la par mi cabeza de lado a lado.

—¿Qué ocurre? —Deseó saber, llegando rápidamente a mi lado, vestido

solamente con la parte inferior de su pijama de algodón—. ¿Qué es lo que te...? —No pudo seguir hablando al ver mi semblante empapado en lágrimas, al igual que a mis ojos hinchados y colorados de tanto llorar—. Manuela, por favor, me estás asustando.

Quise decirle tantas y tantas cosas, pero en ese crucial momento solo deseaba llorar, llorar por un año más lejos de ella, sin tenerla, sin tocarla, sin poder abrazarla. Sin poder decirle cuánto la amaba, que mi vida era ella, que no existía segundo de mi existencia en el que no estuviera en cada uno de mis pensamientos...

—Manuela —insistió Fred—, por lo que más quieras, dime algo. —Situó sus manos a cada lado de mi cabeza y alzó mi rostro bañado en lágrimas para que mi vista se quedara prendada de la suya, donde anhelaba que estuviera—. Por favor —suplicó, consiguiendo que yo abriera la boca tan solo para decir:

—Hoy... mi hija debía cumplir dieciocho años.

Me derrumbé en sus brazos mientras me sostenía con fuerza y me aferraba a él y a su cuerpo tibio, en el cual me cobijé, golpeándole el pecho con mis manos empuñadas en señal de rabia contenida, pero no con él, por supuesto, sino conmigo, y también con el destino.

—Y no está aquí. ¡No está a mi lado, maldita sea! —Exclamé con vigor—. Dime, explícame por qué tenía que marcharse así, ¡por qué ese maldito desgraciado tenía que arrebatármela de esa manera! —No podía contenerme. Es más, tenía tanta cólera acumulada en el pecho, que no lograba entrar en razón, aun cuando Fred se esmeraba por tranquilizarme, abrazándome con fuerza.

—Grita y llora si lo necesitas. Quiero que saques toda esa ira y ese dolor que llevas dentro de ti.

—Era mi hija, Fred, era mi niña... ¡Ella se merecía vivir y disfrutar de sus sueños y de cada uno de sus anhelos!

—Sé que sí, Manuela.

—Pero un maldito ebrio me la arrebató, ¡me la quitó de las manos sin que yo pudiese hacer nada por ayudarla! ¡No pude ni siquiera despedirme! —Vociferé con todas mis fuerzas, luchando contra el poderío y la opresión de sus brazos—. No tuve el coraje de verla otra vez. ¿Sabes lo que significó para mí?

¡No conseguí decirle cuánto la amaba y cuánto la necesitaba conmigo!

—Ella lo sabe, Manuela, te lo puedo asegurar.

—Solo tenía dieciséis... ¡Solo tenía dieciséis años y toda una vida por delante!

—Al igual que la tienes tú —afirmó, consiguiendo con ello que yo guardara silencio—. Escúchame bien. No perdiste a Carolina, ella aún sigue viva en ti, ¿qué no lo ves? ¿Qué no la sientes?

Torpemente fijé la vista en un punto de la sala para luego situarla en su rostro, específicamente en la profundidad de sus ojos castaños.

—¿Qué estás diciendo?

—Que llevas en tu memoria cada momento compartido, cada tierna caricia suya, cada sonrisa que te regaló. Además de cada abrazo lleno de amor y cada palabra de consuelo que recibiste de sus labios.

Comencé a hipar ante lo que oía.

—Llevas su corazón cerca del tuyo, Manuela, y al sentir una ráfaga de viento acariciar tu piel, ten la certeza de que es ella dándote una señal de que sigue a tu lado.

Muy quedamente, Fred liberó una de sus manos, con la cual limpió mi humedecido semblante de las lágrimas que de mis ojos no terminaban de caer.

—Recuérdala las veces que quieras, a todas horas, a cada momento, eso nadie te lo puede arrebatar.

—Jamás creí que sería tan grande el dolor —me atreví a manifestar, sin apartar la vista de la suya, la que él ya tenía enrojecida y cristalina, como si en cualquier instante fuera a estallar—, pero ahora que lo estoy viviendo, sé lo difícil que es y cuán grande se hace a cada año —sollocé—. No sé si algún día llegaré a superar esta infinita tristeza...

—Nadie puede, Manuela, te lo comenté una vez. Solo se aprende a convivir con ella. —De sus ojos brotaron varias lágrimas, las que descendieron hasta morir en su barba de más tres días—. A veces, una vida entera no basta para olvidar a quien un día amamos tanto.

Levanté mi temblorosa mano y deslicé mis dedos por cada sitio que

aquellas lágrimas recorrieron, llegando finalmente hasta la comisura de su boca. Fred, en cambio, se giró sutilmente, y solo un poco, para besarlos.

—No fue tu culpa.

Asentí débilmente, porque en el fondo de mi alma yo también lo sabía.

—Cuando las personas que amamos parten, pasan de vivir entre nosotros, a vivir en nosotros.

Se estaba refiriendo a Carolina, pero también a Aneka, sus ojos así me lo decían.

—Lo siento —expresé avergonzada—. Lo siento tanto... —Me aferré a su cuerpo en un abrazo contenedor, mientras él hacía lo mismo conmigo, acariciándome el cabello y meciéndome quedamente a su compás.

—El dolor está en tu mente y no en tu alma —murmuró en mi oído, mientras me tomaba entre sus brazos, separando mis pies del piso—. Ahora, te llevaré a tu cama, te estás congelando.

Y aquello era muy cierto, porque no podía dejar de temblar.

Me tendió en ella con suavidad y terminó arropándome como si yo fuera una niña pequeña.

—Eres fuerte y lo sabes, de la misma manera que lo sabía tu hija —Besó mi frente y prosiguió—. Descansa, por favor. Por lo que puedo deducir, aún nos quedan algunas horas de sueño. —Y sonrió, procurando también acariciar una de mis encendidas mejillas—. Estaré aquí, solo a dos pasos de ti, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —mencioné y suspiré en silencio. Había conseguido calmarme. La verdad, y gracias a él, había vuelto a encontrar mi norte.

Volví a poner mi cabeza sobre la almohada. Me dolían los ojos una enormidad, pero también me ardían, debido al llanto enloquecedor con el cual había montado el espectáculo de mi vida.

—Fred —pronuncié, llamando su atención al sentir que regresaba a su cama.

—Dime...

—Siento mucho que hayas tenido que ver y oír todo esto —comenté

avergonzada.

—No tienes que disculparte, y menos conmigo. En vez de eso, ¿podrías hacerme un favor?

—El que quieras —respondí.

—Vive, Manuela. Tan solo vuelve a vivir.

Volteé mi rostro para distinguirlo entre la semioscuridad que nos invadía, comprendiendo con aquellas tan breves palabras que eso, en resumidas cuentas, estaba haciendo él, cada día de la suya.

Hortensia terminaba de darle unas indicaciones a Tatiana cuando desde fuera algo la alertó, el ruido de un vehículo que, al parecer, se detuvo en los estacionamientos del complejo.

Con agilidad se apartó de lo que preparaba en la cocina y de la misma manera se lavó las manos, cuando ya oía como desde fuera alguien cerraba con premura la puerta de su coche.

—¿Quién será? —Enarcó una de sus cejas porque, la verdad, con el tiempo que hacía era muy difícil que en esta temporada los turistas arribaran a Puerto Natales—. Precalienta el horno, Tatiana. Ya regreso —expresó con ansias de saber quién había venido esta mañana y tan temprano a visitarla.

—¡Buen día! —Escuchó desde la entrada de su cabaña una femenina voz—. ¿Estás ahí, Hortensia?

Y suspiró, sabiendo perfectamente de quien se trataba, cuando ya caminaba hacia la puerta a paso veloz.

—¡Un momento! —exclamó intrigada al ver la silueta de la mujer que se encontraba del otro lado de la amplia ventana de su casa, pretendiendo dilucidar debido a qué se hallaba Daiana Rivas allí, cuando en todo lo que podía pensar era en Fred y a la vez en Manuela—. Buenos días —dijo sin ningún ápice de emoción al abrir la puerta y detenerse en el umbral, obstaculizando el paso a quien ya la observaba con desdén—. ¿Qué te trae tan

temprano por aquí? —Cerró la puerta de su morada y avanzó hacia la terraza, cruzando a la vez sus brazos por sobre su pecho.

—Fred —mencionó ella de inmediato—. Y gracias por tu amabilidad de dejarme entrar para cobijarme de este frío. Siempre es... tan agradable verte.

La mujer entrada en años sonrió despectivamente y luego suspiró, evocando un particular episodio que las unía de singular manera.

—Nunca has sido santo de mi devoción, y tú sabes a qué me refiero con ello. ¿O ya se te olvidó? No eres bienvenida en mi casa, Daiana.

La joven enrojeció y rodó los ojos, haciéndose la desentendida.

—¡Ay, Hortensia, qué cosas dices por Dios!

—La verdad, y la que oí con mis propios oídos aquella mañana.

—Eso fue un malentendido —le advirtió la veterinaria, evitando ante todo encontrarse con su mirada.

—Si hubiese sido un “malentendido” —subrayó—, no tendrías que voltear la vista hacia otro lado cuando te la recuerdan, ¿no crees? Y menos, si no tienes nada que temer o esconder.

La veterinaria suspiró, ya que la carismática ancianita comenzaba a sacarla de sus casillas.

—No sé qué oíste, y la verdad, no me interesa saberlo, así como no me interesa charlar más de la cuenta contigo, sino saber de Fred. ¿Podrías decirme dónde se encuentra, por favor?

—No —le contestó rotundamente, volviendo a enarcar una de sus blanquecinas cejas, desencajándola con aquella tan escueta aseveración.

—No tengo ganas de perder mi tiempo contigo y...

—Entonces, sal de mi complejo ahora mismo —le indicó la entrada con su dedo índice—, porque así como llegaste, ya te puedes ir.

Daiana sonrió de agria manera, cuando colocaba sus manos en cada costado de sus caderas bien pronunciadas, pretendiendo ante todo no perder la compostura. Necesitaba información, había venido por ella y no se iba a marchar hasta obtenerla.

—Creo que no me estás entendiendo.

—No, creo que tú no me estás entendiendo —la interrumpió Hortensia con severidad.

—De acuerdo, entonces voy a subir. ¡Fred! —Vociferó mientras le daba la espalda y comenzaba a ascender por el camino principal que iba en dirección hacia las cabañas—. ¡Fred!

—¿Podrías cerrar la boca, por favor?

Pero Daiana tenía ganas de montar un espectáculo. Es más, venía preparada especialmente para eso.

—¡Fred! ¿Estás ahí? ¡Fred!

Y vaya que lo estaba haciendo al subir por la empinada colina con sus botas de tacón, las que a cada paso amenazaban con hundirse en el barro que trataba de sortear.

—¡Soy Daia...! —Hasta que un inesperado movimiento de Hortensia la acalló, quien la sorprendió, tomándola por uno de sus brazos.

—¿Qué no me oíste? ¿Qué quieres conseguir? —La miró e increpó, furiosa.

—Ya te lo dije, saber dónde está Fred. ¿Cambiaste de parecer o, de pronto, tu memoria frágil ha hecho un clic en tu senil cerebro?

—No me busques, Daiana, porque me vas a encontrar.

La mujer le sonrió sin gracia.

—No sé cómo Aneka pudo confiar en ti y llamarte “amiga” después de todo lo que intentaste hacer para separarla de Fred.

Ahora, se carcajeó a viva voz.

—Parece que últimamente estás viendo muchas telenovelas, Hortensia. Pobre de ti, ya comienzas a delirar. ¿Te estás tomando tus medicamentos?

La anciana suspiró, pensando exactamente en lo que iba a decir y que no demoró en pronunciar.

—Estás perdiendo tu tiempo al buscar a Fred aquí, porque está con Manuela en la estancia —confesó sin tapujos.

Ante ello, Daiana abrió sus ojos como platos, furibunda.

—¿Qué?!

—Tal y como lo oyes. Fred la invitó a su refugio a pasar unos días con él. Y me atrevería a decir que... como dos enamorados —sentenció, guiñándole además un ojo.

—¡Estás mintiendo! —Bramó encolerizada.

—¿Por qué tendría que mentir? Fred sabe lo que hace y Manuela también. Además, te puedo asegurar de muy buena fuente que esos dos desde hace mucho se tenían ganas.

Precisa y certera. Hortensia sí sabía cómo descolocar a la mujer, y lo consiguió, sin saber a ciencia cierta si sus palabras eran del todo verdaderas, mientras en su mente rogaba que así fueran.

—¿Qué más quieres saber, Daiana? —prosiguió, retrocediendo sobre sus pasos, dándole la espalda, al mismo tiempo que la veterinaria la miraba con ira.

—¿Cuándo se supone que regresa? —Articuló pesadamente, subrayando cada sílaba de aquella interrogante.

—No lo sé.

—¿Por qué defiendes tanto a esa desconocida?! —le gritó a la distancia, deteniéndola con su crispada voz.

—Porque es mil veces mejor que tú —le respondió de la misma manera, volteándose hacia ella—. Mi sobrino-nieto no es para ti, ¿cuándo vas a entenderlo!

La mujer caminó hacia ella y mientras lo hacía expresó:

—Si lo hubiera entendido antes, ¿crees que estaría aquí ahora?

—Todos estos años has estado detrás de Fred como una rata, y que me perdonen esos animalitos por llegar a compararlos contigo —acentuó—. ¿Qué no te cansas?, ¿qué no tienes dignidad?

Daiana la observó sin parpadear ni emitir ningún sonido.

—Aneka era la mujer de su vida, la que tú intentaste separar de él a toda costa con viles mentiras y engaños, haciéndole creer hasta el último día de su vida, antes que sufriera el accidente, que Fred se había acostado contigo,

cuando eso ni siquiera sucedió.

—¿De qué me estás acusando! —Gritó ofendida—. ¡Estás loca!

—¡No! ¡No lo estoy, porque la oí con mis propios oídos! —Alzó la voz de sobremanera—. Aneka, antes de irse a la montaña, el día del accidente, habló conmigo entre llantos y lamentos, y me lo contó todo.

La mujer solo tragó saliva, asombrada y muy, pero muy nerviosa.

—¿Por qué? ¿Por qué tanto daño para con esa pobre muchacha que se fue de aquí hecha un mar de lágrimas?

—Porque Fred no era para ella —aseveró.

—¡Estabas obsesionada con un hombre que no te quería y aún lo sigues estando! —sostuvo, recalcándoselo—. Aneka se fue deshecha gracias a ti —le recordó, indicándole el pecho con su dedo índice, desafiante, cuando Tatiana, alertada por la sonoridad de las voces femeninas, salió de la cabaña dispuesta a ir a su encuentro.

—Señora Hortensia, ¿se encuentra bien?

Un breve lapso de mutismo las envolvió a las tres, hasta que la anciana se atrevió a quebrantarlo, diciendo:

—Sí, Tatiana, no te preocupes. Espérame dentro, por favor. Ya voy.

Así lo hizo la mujer, pero a regañadientes.

—¿Qué pretendes, vieja senil? ¿Culparme de la muerte de mi mejor amiga?

—No te confundas —le sonrió con sorna—, no he dicho algo semejante.

—¿Entonces? —Le apartó el dedo acusador con brusquedad, el que todavía la anciana tenía apuntado hacia ella, muy cerca de su pecho.

—Nadie, durante todos estos años, me ha sacado de la cabeza que gracias a tu veneno esa chica desbarrancó. Simplemente, porque tenía su cabeza en otra parte.

—¿En qué parte, si se puede saber?

—En el dolor que le ocasionaste. En la rabia, en la desilusión, y en cada una de las dudas que conseguiste instaurar aquel día en su corazón, en su

cabeza, y también en su alma, cuando estuviste aquí y le mencionaste una sarta de venenosas mentiras.

—No fue una sarta de venenosas mentiras —le rebatió muy convencida de sus palabras.

—A otro perro con ese hueso, Daiana. Soy vieja, pero no estúpida.

La veterinaria no supo qué decir. Es más, volvió a desafiarla con los ojos, entrecerrándolos.

—A mí no me engañas. Tal vez, a los demás sí con esa cara de muñequita resbalosa que tienes, pero a mí no.

—Te lo vuelvo a repetir, vieja, no sabes de lo que hablas —le contestó—, y si vuelves a entrometerte en mi vida o en la de Fred...

—Fred sabe qué tipo de mujer eres, y si no lo supiera, creo que ya se habría acostado contigo. Y por lo que deduzco, eso aún no ha sucedido. ¿Me equivoco?

Hortensia sabía perfectamente como disparar y dar en el blanco.

—Me las vas a pagar...

—No me amenes. Ahora, sal de mi complejo —le exigió duramente.

—Te lo vuelvo a repetir, vieja, me las vas a pagar.

—¡Largo! —Vociferó, cuando Tatiana volvía a salir de la cabaña, preocupada.

—Tranquila, señora Hortensia —se acercó presurosa, donde se quedó, tomándola sutilmente de sus hombros—, recuerde su presión.

—Estaré mejor cuando esa “señorita” haya abandonado mi casa.

—Ya se va, señora. Ya se va.

Y eso fue lo que hizo Daiana ante las dos mujeres, que en ningún momento cesaron de observarla, saliendo de allí veloz y con la ira ya inserta en la sangre y en la piel, pero también a flor de labios.

«Esto no va a quedar así», se repetía convencida de sus silenciosas palabras. Lo sabía. Porque tarde o temprano, Fred tendría que volver.

Capítulo 23



Nuestro barco partiría en algo más de una hora y yo todavía no estaba lista, aun cuando percibía las miradas de reojo de Fred sobre mí, pero en especial sobre cada acto que yo ejecutaba mientras preparaba mis cosas para marcharnos de la estancia, un maravilloso y mágico lugar del que jamás iba a olvidarme, así como también de todo lo que habíamos visitado y vivido, por supuesto.

Aún seguía nerviosa, y eso me lo demostraban a cada minuto mis torpes movimientos.

—¿Necesitas ayuda? —expresó de pronto, llamando mi atención. Fijé mis ojos en los suyos, negando con la cabeza.

—Gracias. Pronto estaré lista.

—Voy a sacar a Winter a dar un pequeño paseo. ¿Quieres venir?

Sonreí a medias. La verdad, no tenía muchas ganas de caminar y de hablar, porque sabía que eso en cualquier minuto ocurriría.

—Vayan ustedes. Necesito algo de tiempo.

Vi la desilusión en su mirada.

—¿Segura?

Asentí.

—¿Vas a estar bien?

—Sí. No te preocupes.

Craso error, él ya estaba más que preocupado.

—De acuerdo.

Para mi sorpresa, tomó sus cosas y se las echó al hombro, resignado.

—Dejaré esto en recepción. Dentro de un momento vendré por las tuyas.

—No hace falta, puedo sola.

Fred no insistió. De alguna forma sabía que hoy no era buena idea contrariarme.

Un breve silencio se instauró a nuestro alrededor, al tiempo que él fijaba su vista en la mía, la que segundos después evadí.

—Además, quiero beber un café antes de subirme al barco —proseguí, justificándome.

—Te hará bien, estás muy pálida.

«Gracias por recordármelo», pensé.

—Entonces, nos vemos en el vestíbulo.

—Mejor en el muelle —rebatí—, si no te parece mal.

—Claro que no —manifestó algo disconforme y ya caminando hacia la puerta, lugar en el cual se detuvo para mirar hacia atrás, como queriendo recordar cada detalle de ese sitio y, tal vez, lo que allí dentro había pasado—. Vamos, Winter. Es hora de regresar a casa.

Sostuvo la vista en ciertos puntos del dormitorio, hasta que finalmente la volteó, abandonándolo, y con su fiel amigo pisándole los talones. Por mi parte, solo conseguí suspirar aliviada al verme a solas. Yo... de alguna extraña manera lo necesitaba.

Un par de minutos después realicé el mismo gesto que había hecho Fred, detalle a detalle, recordando con especial cuidado aquel preciso momento entre él y yo, sintiendo cómo se me erizaba la piel y me temblaban las piernas de solo desear... uno más de sus besos.

Ya completamente lista, disfruté de mi café antes de salir hacia el muelle bajo una ligera llovizna, divisando a la distancia que el barco que nos llevaría a Puerto Natales ya se encontraba allí, anclado junto al muelle, en el cual también se aprestaban a subir algunos turistas que en ese instante caminaban hacia él.

De Winter no había señas, por lo que supuse que ya se encontraba al interior de una de las cabinas, no así de Fred, que se hallaba sobre la cubierta del barco.

Cuando me vio, caminó hacia mí para ayudarme con mis cosas sin, primeramente, decir una sola palabra.

—Gracias —mencioné, rompiendo nuestro mutismo—. ¿Y Winter?

—En una de las cabinas —comentó, confirmando la hipótesis de su no aparición, al mismo tiempo que con mis cosas se perdía por entre las personas que ingresaban a la cabina principal.

—¿No iremos ahí dentro? —formulé extrañada al ver que no ingresaba a ella.

—No —fue lo que respondió, yendo más bien hacia babor, sitio al cual lo seguí, pretendiendo guardar silencio; pero por más que lo intenté, no pude mantenerme callada.

—Fred, ¿estás bien?

—¿Tú lo estás? —contestó de vuelta, sin detenerse y sin dirigirme la mirada, entrando segundos después en otra de las cabinas, donde se hallaba Winter, esperándonos.

—Eso creo —respondí con honestidad, siguiendo cada uno de sus pasos.

A continuación, el barco zarpó con nosotros dentro. Nostalgia fue lo que sentí al ver cómo se separaba de tierra firme para, en definitiva, adentrarse en las aguas del canal, dejando ese bello paraje atrás, al cual sabía que jamás regresaría.

Un hondo suspiro se me arrancó del pecho, el que para Fred no pasó desapercibido.

Bajo el alero del mutismo vimos a Winter echarse sobre uno de los asientos, al parecer, ya había decidido qué haría en estos minutos de viaje, pero no así nosotros, que nos mirábamos como si fuésemos dos perfectos desconocidos.

—Iré hasta la cubierta. ¿Quieres venir? —preguntó Fred de improviso.

—Sí —respondí, siguiendo cada uno de sus pasos.

Afuera, el viento corría veloz, si hasta me parecía que en cualquier momento yo iba a salir expedida del barco, todo y gracias a su poderío.

Con la ayuda de Fred conseguí llegar hasta el sitio en el cual se encontraban la mayoría de los turistas, desafiando el gélido viento que nos mecía en su vaivén.

—Será mejor que te agarres de la barandilla —me sugirió—. Esto sí va a moverse.

Obedecí al comprobar cómo el transporte se tambaleaba, mientras navegaba, contemplando de reojo a Fred, quien no parecía preocupado ante los fuertes e inesperados movimientos que realizaba la nave.

—¿Es normal que se mueva así? —Ansié saber, preocupada.

—Vamos contra el viento, Manuela, por ende el oleaje suele ser un poco más agresivo de lo habitual —me explicó—. ¿Quieres regresar a la cabina?

—¿Y tú?

—Estoy a gusto aquí.

—También yo —mentí, muerta de miedo, admirando el mar y luego a él. Después al mar y luego a él, y así sucesivamente.

—Avísame cuando sientas que vas a devolver ese café que bebiste antes de salir de la estancia.

Entrecerré la vista, molesta por su aseveración.

—Disculpa, pero ¿qué te hace suponer que voy a vomitar frente a todas estas personas?

Fred alzó los hombros y sonrió de medio lado.

—El vaivén, quizás —dijo convencido, cuando un movimiento más frenético nos alertó, logrando que me moviera de mi sitio, soltándome en un descuido de la barandilla—. ¡Epa! —Con mucha agilidad logró sujetarme, y con posterioridad acercarme de la misma manera a su cuerpo—. ¿A dónde crees que vas?

—Supongo que casi... de cabeza al canal —bromeé estúpidamente, logrando con ello que sus poderosas extremidades se engancharan más a mí, sosteniéndome.

—Yo no estaría tan seguro de eso —respondió, volteándose y situándose contra la barandilla, de espaldas a ella, mientras me estrechaba contra su pecho—. ¿Así está mejor?

—Sí. De todos modos me niego a abrir los ojos —mencioné, temblando entre sus brazos.

—No pasa nada. Auguro que este viaje será tan tranquilo como lo fue el del “Titanic”. ¿Has visto esa película? —Bromeó, sonriendo guasón.

Abrí los ojos y los alcé hasta los suyos.

—En aquella película la mayor parte de la tripulación muere —le recordé seriamente—. El barco choca con un iceberg y se hunde. Jack fallece, pero Rose sobrevive, cuando la verdad, ambos podrían haberse sostenido, todo y gracias al tablón en el cual ella se encontraba.

—¿Cuántas veces la has visto exactamente? —preguntó interesado, frunciendo el cejo.

—Varias veces. Por eso te aseguro que ese tablón era perfectamente grande para que cupieran los dos.

—Entiendo. Eres fan de DiCaprio.

Suspiré y blanqueé mis ojos, notando que mi cuerpo había dejado de temblar.

—No, pero de igual forma hubiese preferido que él se salvara, antes que ella.

Fred rio y me abrazó con más fuerza.

—Sí, definitivamente eres fan de DiCaprio —aseveró en mi oído, besándome al mismo tiempo en la sien.

La mayor parte de la travesía la hicimos en la cubierta del barco, pero en un momento tuvimos que entrar a la cabina, gracias al fuerte viento y a la lluvia que se hizo cada vez más intensa.

Una vez que el barco atracó, bajamos de él junto a Winter, y mientras caminábamos hacia el vehículo de Fred, todavía insistía en citar a DiCaprio en nuestra conversación. De acuerdo, tuve que asumir mi simpatía por Leo desde que lo había visto en la película “Romeo y Julieta” junto a Claire

Danes, sentimiento que se fue afianzando en “El Lobo de Wall Street”, en “Origen”, en “La isla siniestra”, en “El Gran Gatsby”, entre tantas otras.

—No puedo creerlo —comentó resignado, cuando ya estuvimos dentro de su coche.

—¿No puedes creer qué?

—Tu devoción por DiCaprio.

Alcé mis hombros y suspiré, al mismo tiempo que una gran sonrisa se dibujaba en mi semblante.

Regresamos a La flor del Calafate envueltos en la música y la inconfundible voz de Bruce Springsteen, oyendo “*Dancing in the dark*”, letra que Fred conocía bastante bien por cómo la tarareaba tan animadamente.

No quise mirarlo, en vez de eso decidí escuchar su melódica y ruda voz, mientras cerraba mis ojos, disfrutándola.

No nos tomó mucho tiempo llegar hasta el complejo de cabañas y tampoco descender del vehículo cuando finalmente se estacionó, abriéndole enseguida la puerta a Winter, quien salió disparado, ladrando ante las exclamaciones de Hortensia.

—Bueno, ya estamos en casa otra vez —mencionó sin bajar todavía de su camioneta, fijando la mirada en el horizonte, vacilante.

—¿Todo bien? —pregunté, sin dejar de contemplarlo, cuando asentía, pero sin siquiera responderme—. Gracias —me animé a añadir, llamando su atención.

Fred giró su rostro hacia mí. Luego de ello, sonrió y asintió nuevamente.

—Por nada, Manuela. Espero que lo hayas disfrutado.

—De principio a fin —aseguré, regalándole una media sonrisa—. Yo... me encantaría hacer algo por ti para, quizás, devolverte la mano.

—Jamás te invité buscando algo a cambio.

—Lo sé, pero... siento que te lo debo. Siento que es necesario para mí.

—¿Por qué tan necesario? —formuló extrañado, esperando oír todo lo que pude haberle dicho en ese momento, cuando la cadencia de Hortensia nos interrumpió.

—¿Qué no piensan bajar de ahí para venir a saludar a esta vieja que los extrañó tanto?

Sonreímos y obedecemos en el acto, regalándole algo más que un par de confortantes abrazos.

—¿Cómo estuvo ese viaje? —Quiso saber, admirándonos a los dos.

—Precioso e inolvidable —respondí, sacando ya mis cosas de la camioneta—. Todo lo que me mostró tu sobrino-nieto fue realmente hermoso. Jamás creí que podría llegar a conocer lugares tan increíbles.

Hortensia enarcó sus cejas y contempló de reojo a quien que no dejaba de sonreír, satisfecho. Se apreciaba contento. Es más, Fred no parecía el mismo que días antes había salido de ese sitio, cabizbajo, y eso ella lo notó.

—Me alegro mucho, Manuela. —Hortensia se mordió la lengua, evitando decir algo más.

—Bueno, ya me voy. Tengo cosas que hacer —anuncié, tomando mis cosas con rapidez.

—¿No vienes a comer con nosotros? Les preparé un delicioso pastel de carne.

—Gracias, pero tengo que salir.

Mi casera frunció el ceño, confundida.

—Muchacha, acabas de llegar y...

—Seguro es importante lo que tiene que llevar a cabo —intervino Fred, llamando la atención de la anciana—. Déjame ayudarte con tus cosas, Manuela.

Me quitó de las manos mis pertenencias, para con ellas aprestarse a subir por el camino principal, rumbo a mi cabaña.

—¿Lo es? —preguntó mi casera, intrigada.

—Sí, es muy importante para mí.

—Si tú lo dices. Pero de igual manera te guardaré una porción en el horno.

Le di un beso en la mejilla y me despedí, agradeciéndole el gesto y expresándole que la vería más tarde.

Unos minutos después, y ya frente a la puerta de mi cabaña, Fred se detuvo, mientras por mi parte me apresuraba a abrir. Luego, dejó mis pertenencias junto a uno de los sofás, admirando el interior de mi ahora fría cabaña, pero también admirándome a mí.

—No te preocupes —hablé por él, vaticinando sus pensamientos—, a mi regreso me ocuparé de todo con calma. Hay suficiente leña en la chimenea.

Así lo certificó, observándola desde su sitio.

—¿Vas a estar bien? —preguntó interesado.

Asentí.

—¿Segura?

—Sí —respondí escuetamente.

Transcurrieron varios segundos en los que ninguno dijo nada. No hasta que vi cómo se animó a levantar una de sus manos, hasta alojarla en una de mis mejillas. Sí, se había acercado lo suficiente para realizar ese no premeditado movimiento.

—Si me necesitas, ya sabes dónde encontrarme.

Después de eso, se separó de mí y caminó lentamente hacia la puerta.

—¿Piensas dormir temprano? —formulé envalentonada, sorprendiéndome por haber expresado aquella inusitada interrogante con tanta facilidad.

—No. ¿Por qué? —Se detuvo en el umbral y se dio la vuelta para volver a contemplarme.

—Porque... si no tienes nada mejor que hacer, tal vez, podrías venir más tarde a... compartir un café conmigo.

Esbozó una media sonrisa, una de aquellas que me gustaba tanto contemplar, cuando se metía las manos en los bolsillos de su pantalón *outdoor* de color nogal.

—No tengo nada mejor que hacer —respondió sereno—. De hecho... —caminó hacia mí, retornando hasta el mismo sitio en el cual minutos antes se había situado—, iba a proponerte algo parecido.

Tragué saliva con nerviosismo, y de pronto más y más ante su prominente cercanía.

—¿Ah... sí? —balbuceé estúpidamente, cuando él ya me lo había confesado.

—Sí, pero te me adelantaste.

Podía percibir su pesada respiración, al igual que la exquisitez de su perfume, y asimismo, cómo se ocupaba de minimizar todavía más el poco espacio que nos separaba. Fred sabía lo que hacía. Fred era especialista en provocar en mí cierta tensión que ya no me era del todo indiferente.

—Entonces —murmuró con su ahora ronca voz—, te veré más tarde.

—Sí —contesté nerviosa, presa del juego de miradas con el que poco a poco pretendía intimidarme.

Mi pecho subía y bajaba con rapidez, mis manos sudaban, y todo de mí tembló cuando inusitadamente bajó su cabeza y situó su boca a menos de un centímetro de la mía para pronunciar:

—Gracias por la invitación. Eres muy amable.

Me quedé en blanco admirando cómo la abría y la cerraba de muy sutil y sensual manera, hasta que terminó obsequiándome un largo y delicado beso en mi pómulo derecho, añadiendo:

—Nos vemos luego —sin darme tiempo a articular una sola palabra, mientras veía que caminaba hacia la puerta, por la que en definitiva desapareció.

Capítulo 24



Hortensia pretendía dar inicio a una conversación, pero no sabía cómo. Es más, la cara de su sobrino-nieto le estaba entregando las pistas necesarias por las cuales comenzar, pero la verdad, no se atrevía a inmiscuirse en lo que para ella ya era un hecho.

—Me gusta verte así —insinuó, sonriéndole a quien se encontraba frente a ella, sentado en uno de los sofás de la sala.

—¿Así como? —mencionó Fred a punto de beber el último sorbo de su café de grano.

—Contento —añadió la anciana desde su lugar, junto a la chimenea—. Aún recuerdo cuando me dijiste que no eras el párroco de La flor del Calafate... —se burló, sonriendo con malicia.

Fred no dijo nada, su sonrisa a Hortensia se lo decía todo.

—Manuela también se ve contenta. Al parecer, ya lograron entenderse y limar sus asperezas después de tantas confrontaciones que para mí jamás tuvieron sentido.

—Manuela es una gran mujer —comentó Fred sin tantos aspavientos.

—Qué bueno que te hayas dado cuenta de ello. Ella, después de todo, sí merece ser feliz.

—Y lo será, no me cabe duda de eso. Solo que... —guardó silencio por un brevísimo instante, dejando la taza de café ahora vacía sobre una mesa de junto—, su felicidad no se encuentra en este sitio.

La mujer entrada en años entrecerró la mirada al no comprender de buenas

a primeras lo que quería decir con ello.

—Sé sincero, ¿te gustaría que la encontrara aquí, por ejemplo?

—Manuela tiene una vida, Hortensia.

—Todos la tenemos, Fred.

—Pero la suya está muy lejos —enfaticó.

—¿Y tú no piensas hacer nada al respecto?

—No —dijo con serenidad.

—¿Por qué no? ¿Qué te detiene?

—Gracias por el café y el pastel de carne —expresó de pronto, quería cambiar el tema de la conversación—. Tenías razón, ambos estaban deliciosos.

—No estoy hablando de la maldita comida, Frederick Herr, sino de tu corazón. ¿Dejarás que esa muchacha se marche así como así de tu vida?

—Hortensia...

—No estoy ciega, sé muy bien lo que irradia tu mirada. A mí no me puedes engañar como lo estás haciendo contigo. Porque sientes algo por Manuela, ¿verdad?

Se negó a responder. Y suspiró, clavando sus ojos en el piso.

—Sientes algo por esa muchacha que te obligas a no asumir y por eso callas. ¿Por qué?

—¿Por qué? —Replicó un tanto ofuscado, levantando los ojos—. Creí que tú sabías perfectamente el motivo.

—Aunque suene duro decirlo y oírlo, Aneka ya no va a volver, y creo que es tiempo de que comiences a considerarlo.

Fred apretó los puños, los dientes, y se levantó.

—Le has guardado luto por muchos años, has sido muy respetuoso con su recuerdo, pero ya es tiempo de dejarla ir. Ya es tiempo de soltar e intentar ser feliz de nuevo, ¿no crees?

—Hace mucho tiempo fui feliz, y no sé si quiero volver a serlo de nuevo.

—Entonces, dejarás que Manuela se vaya —repuso la anciana, contemplándolo fijo.

—Te lo repito, su vida no está aquí. Dime, ¿qué podría hacer ella en un sitio como este, si todo lo que ama no está precisamente en este lugar?

—Enamorarse de ti, por ejemplo.

—Viejita, por favor, no insistas. Estoy bien con mi soledad y ella está juntando sus trozos rotos después de todo lo que ha tenido que sobrellevar ante la muerte de su hija.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Todas las que quieras.

—¿Podrías ser realmente honesto conmigo, por favor?

—Por supuesto.

—Alguna vez... cuando decidiste acercarte... ¿Sentiste lástima por Manuela?

Fred calló, no tuvo la valentía de manifestar lo que en un principio fue del todo cierto.

—Cariño... ¿Decidiste acercarte a Manuela por lástima?

—Sí —respondió muy avergonzado.

—¿Y aún lo sigues sintiendo?

—No —subrayó, girándose sobre sus talones para rápidamente marcharse de allí—. Vamos, Winter —llamó a su perro, quien se hallaba muy a gusto echado sobre una de las alfombras, del otro costado de la chimenea.

—Deja que se quede aquí, ya estaba echándolo de menos. Y ya que te marchas a tu cabaña, aprovecha de llevar contigo el trozo de pastel de carne de Manuela. Estás a un paso de su morada y seguro puedes llevárselo más tarde.

Suspiró intensamente, mientras la veía ponerse de pie para ir por él hasta la cocina.

—¡Y asegúrate de que se lo coma! —Alzó deliberadamente la voz, para luego regresar con una bandeja de cartón y aluminio en sus manos—. ¿Aún no

ha vuelto, verdad?

—No lo sé.

—¿Dónde se habrá metido esa muchacha? —se preguntó a sí misma, pero también a él.

Fred sonrió a medias y evitó entregarle detalles de lo que ya en su mente podía vislumbrar. Sí, estaba seguro de que Manuela había ido a buscar algo de valentía. Estaba muy seguro de que... Manuela, al fin, había ido al encuentro de Carolina.

—Solo un paso más —me repetí frente a la cafetería, desde el otro lado de la acera—, sé que puedes hacerlo, Manuela —y temblé de pies a cabeza, cuando mi cuerpo comenzó a despertar de su letargo, colmándose a cada segundo de ansiedad.

El viento helado esta vez no me abofeteaba el rostro, al contrario, conseguía brindarme una suave caricia, como si estuviera diciéndome que todo iba a estar bien y que no debía temer, ocurriese lo que allí ocurriese.

—Solo uno —prorrumpí, cerrando los ojos, permitiéndome dar el primero de ellos, y luego un segundo y hasta un tercero, abriéndolos y fijándolos en la puerta de aquel café, cruzando finalmente la calle que me había separado, desde mi llegada a ese sitio, de una parte importante de mi destino. Y cuando coloqué mi mano en la puerta y alguien la abrió por mí, dándome la bienvenida, incitándome a que cruzara de una vez por todas ese umbral, sonreí, confirmándole que así lo haría, para luego ver todo a mi alrededor y comprender que ahí dentro, el tiempo, parecía haberse congelado.

Allí, donde solo había paz y serenidad, como la que también ahora podía hallar en mi alma.

Con el cabello húmedo, debido a la larga y caliente ducha que me había dado hace un momento, me aprestaba a ordenar todo ante la inminente llegada de Fred, cuando el reloj de mi teléfono ya marcaba las nueve y diez de la noche.

La verdad, todavía me temblaban las piernas ante lo que había vivido. Quizás, para quien me escuchara y no me conociera, menos estuviera relacionado con mi dolor, podría todo esto resultarle una estupidez, así como una trivialidad, o un sin sentido, pero no para mí, porque para mí había sido el comienzo de algo nuevo, algo que, sin duda, pintaba para bien.

Evoqué a mi querida hija, así como también a Fred. Él siempre tuvo tanta razón con respecto a mí, aún sin conocerme...

Me mordí el labio inferior cuando un no menos intenso suspiro se me arrancó del pecho. Y me llevé una de mis manos hasta mi coronilla, por la cual segundos después la deslicé, pensando en tantas y tantas cosas que tenían que ver conmigo, pero también con él.

«No, no estaba siendo coherente con mis pensamientos, ¿o sí?», me pregunté en silencio, rememorando su proximidad, su inconfundible aliento, además de su perfume enloquecedor, y su voz... todo lo que en definitiva, y después de tanto tiempo me había hecho renacer, encontrándome finalmente a mí misma.

Me abracé con mis propias extremidades y sonreí, dándome cuenta de ello, cuando al mismo tiempo alguien tocaba a mi puerta.

Me dirigí hacia ella y la abrí, encontrando a Fred del otro lado, luciendo un abrigo azul con el cuello levantado, que le quedaba de maravillas.

—Hola. —Clavó su mirada en mi rostro, dibujando una encantadora sonrisa de medio lado, con la que me hizo desfallecer.

—Hola —respondí, colmándome de ella, pretendiendo mantenerme tranquila, aun cuando sabía que frente a su proximidad me era imposible hacerlo—. Adelante, por favor —pedí, tragando saliva un par de veces. Él así lo hizo, dejando un instante después lo que traía consigo sobre la mesa.

—Servicio al cuarto —comentó, quitándose el abrigo, todo y gracias al calor que manaba de la chimenea—. No fuiste por tu ración de pastel, así que Hortensia se aseguró de que te lo trajera. No quería que te quedaras sin comer.

Le agradecí solo con un gesto de mi rostro, dándole a entender que eso debía estar delicioso. Pero aun sin cerrar del todo la puerta, me quedé de pie en el umbral, esperando a que alguien más entrara por ella.

—No vendrá —acotó en relación a Winter—, nos ha abandonado por Hortensia.

Al cabo de un momento, calenté la ración, pero también la dividí en dos trozos, ya que era enorme, sirviéndola minutos después en la mesa.

—Tendrás que acompañarme —insinué, viendo cómo ahora se ocupaba de que en la chimenea hubiese suficiente leña.

—¿Acompañarte a qué? —formuló desde su sitio, alzando la mirada hacia donde me encontraba.

—A cenar. Es demasiado para mí, y aunque estoy que me muero de hambre, no voy a comerme todo sola.

—Deberías —anunció, mientras se ponía de pie y se palmeaba las manos —, pero ya que insistes... creo que por esta noche no me voy a oponer a ninguno de tus requerimientos. ¿Dónde puedo lavarme las manos?

—En el baño, por favor. —Mantuve a raya una traviesa sonrisa que amenazó con alojarse en mis labios, cuando Fred desaparecía de mi vista, todo y gracias al último enunciado que acababa de mencionar.

Pero de igual forma me reí sola, sintiéndome no menos ridícula por pensar... una que otra tontería.

Nos sentamos a la mesa y comenzamos a disfrutar de la comida, además de una amena charla que fluyó con espontaneidad, hasta que mi respiración se desbocó, y mi calma, de pronto, pareció romperse en mil pedazos.

—Estuviste ahí, ¿verdad? —Ansió saber, contemplándome interesado.

—Sí —respondí con la voz apagada, bajando la mirada, la que se encargó de levantar al tomar mi barbilla con sutileza.

—¿Todo está bien?

—Lo está. Gracias.

Fred asintió y se quedó así por varios minutos, contemplándome, tal y como yo lo hacía con él, como si el mundo a nuestro alrededor se hubiese

esfumado, y solo fuéramos él y yo.

—Sabía que eras valiente. Tu mirada no mentía.

Parpadeé varias veces sin saber qué decir, hasta que lo supe.

—¿Puedo darte un abrazo? —pregunté de golpe.

—Claro. Ven aquí. —Me recibió y acunó en sus extremidades, mientras me hacía sentir bien, además de segura y serena.

Cuando Rodrigo me abandonó jamás creí que llegaría un momento en el cual podría volver a sentirme así con otro hombre. Pero aquí estaba, aferrándome a él sin que nada más me importara, recuperando mis ansias de querer, de disfrutar, de sentir, de volver a ser toda una mujer, ¿y por qué no? ..., de intentar amar de nuevo.

—Quien alguna vez te dijo que no eras fenomenal, nunca llegó a conocerte.

Me sujeté más a él sintiendo como sus dedos seguían en toda su extensión el contorno de mi clavícula, por sobre la camisa de franela a cuadros que yo llevaba puesta.

—¿Tienes alguna idea de lo raro que puede ser el amor? —pregunté.

—“Amor”... solo es una palabra, Manuela, hasta que alguien llega a tu vida y le da un sentido.

—Un sentido... —repetí, rozando lentamente mi nariz por su cuello, cerrando mis ojos, disfrutando de su esencia, de su piel y, sobre todo, de la paz que en ese momento nos embargaba. Porque Fred poseía magia. Y yo... yo también.

Levanté mi cabeza y la vista hasta sus ojos castaños, a los que adoraba contemplar, y a los que en estas horas transcurridas había extrañado tanto. Y me quedé así, en esa misma posición, cuando él por su parte seguía sosteniéndome con una de sus manos, mientras que con la otra apartaba un mechón de cabello de mi semblante.

—“Yo me enamoré de sus demonios y ella de mi oscuridad. Éramos el infierno perfecto” —mencionó de pronto, haciéndome sonreír.

—Mario Benedetti —respondí, porque esa frase la conocía muy bien—. “El amor es una enfermedad de las más jodidas y contagiosas. A los enfermos

cualquiera nos reconoce. Hondas ojeras delatan que jamás dormimos, despabilados noche tras noche por los abrazos, o por las ausencias de estos. Y padecemos fiebres devastadoras, y sentimos una irresistible necesidad de decir estupideces.”

Su dedo pulgar delineó la silueta de mis mejillas, hasta que logró asentarse en una de las comisuras de mi boca. Me había oído decirle aquello muy atento, tanto que en todo aquel instante no había conseguido, siquiera, parpadear.

Cada una de mis manos ascendió hasta el cuello de su camisa, con el cual jugueteé, sin que nada nos dijéramos, para luego alojarlas definitivamente a ambos lados de su rostro, sobre esa incipiente barba de más tres días que había dejado crecer, haciéndolo ver ante mis ojos un tanto irresistible y muy, pero muy varonil.

—Desde hace algo de tiempo, creo que de ti ya no he vuelto a escuchar ninguna —pronunció en relación a la frase de Eduardo Galeano que le había mencionado.

—¿Y eso es bueno o malo? —me atreví a preguntar, colocándome en puntillas para lo que iba a realizar, sin saber si él iba a corresponderme.

—Malo —articuló en definitiva.

—¿Por qué malo? —susurré junto a su boca, deseando que entre los dos ocurriese un milagro.

—Porque las extraño, así como te extraño a ti —confesó, dejándose llevar por el leve vaivén que realizaban nuestras bocas al tentarse, al rozarse y al tocarse una vez más, fundiéndose en un incomparable beso que nos encendió como si fuéramos dos llamas vivas.

Bebí de su boca, como él lo hizo de la mía, disfrutando y ejerciendo su dominio en cada rincón de ésta, hurgando y a la vez saboreando mi sabor, y todo lo que le entregaba en ese apasionado beso que me supo a gloria.

Cuando nos detuvimos y percibimos como nuestras respiraciones se hacían cada vez más pesadas, todo mi cuerpo se tensó, porque Fred me miraba, pero no como lo había hecho hasta entonces.

—Lo siento —me disculpé, cuando en realidad jamás quise decir eso.

Luego, vi cómo se mordió su labio inferior, mientras se contenía, se

acercaba y alejaba de mí. Quería volver a besarme, ansiaba que lo volviese a besar, tanto o más de lo que yo quería que sucediera, pero tenía miedo. Algo me decía que ese hombre estaba muerto de pavor.

—Lo lamento —volví a disculparme, anhelando oír su voz, la que después de algunos minutos al fin se hizo audible.

—No te disculpes, yo también deseaba que lo hicieras. Pero quería que naciera de ti.

Para mi extrañeza, me regaló un beso en la frente y se separó, insertándome bajo la piel el malévolos gen de la duda.

Me paralicé en mi sitio viendo cómo se acercaba al sofá y tomaba su abrigo de color azul, para luego caminar con él hacia la puerta, por la cual se marchó. Fred se iba después de nuestro segundo beso, así sin más, dejándome con una gran incertidumbre alojada en mi cabeza, ¿pero por qué?

—¿Qué ocurre? ¿Hice algo mal? —Seguí sus pasos hasta fuera de mi cabaña, sintiéndome como una tonta, cuando me abrazaba con mis propias extremidades debido al inminente frío que me hizo estremecer.

—No. —Se detuvo en la terraza, pero dándome en todo momento la espalda. Al parecer, no deseaba volver a verme.

—Entonces, ¿por qué te vas?, ¿a qué le tienes miedo?

Repentinamente, Fred recordó la conversación con Hortensia y suspiró.

—A nada. —Levantó la cabeza, hasta que sus ojos se quedaron literalmente pegados en el hermoso cielo cubierto de constelaciones.

—Pues no te creo. —Llegué hasta él, cuando el frío me calaba el cuerpo, mientras volteaba su rostro hacia mí y notaba mi presencia.

—Te vas a congelar —aseguró, tomando su abrigo y colocándomelo sobre los hombros, cubriéndome con él, para después acercarme a su cuerpo. No deseaba tenerme lejos, pero a la vez, algo muy fuerte le exigía que no me mantuviera lo bastante cerca.

Fred situó su frente junto a la mía y suspiró, casi de la misma forma que yo lo hice al tenerlo otra vez rodeándome con el poderío de sus brazos.

—No quiero verte así.

—Tranquila, no pasa nada.

—Si pasa, porque aunque no me creas, me he pasado todo el día pensando en ti y en lo que vivimos en la estancia.

Lo oí murmurar algo entre dientes, enfadado, mientras me abrazaba como no queriendo dejarme ir, pero a la vez, deseando que así fuera.

—No deberías hacerlo, Manuela. No deberías pensar en mí.

—¿Por qué? ¿Porque en tu vida ya no hay espacio para mí debido a Aneka?

Alzó la vista y expresó:

—Después de todo, no seré yo quien un día se vaya de este sitio.

Cerré los ojos ante su manifiesto, percibiendo como me volvía a besar la frente y se alejaba nuevamente de mí. Un paso, dos más, luego tres...

—Lo siento —pronunció, seriamente, maximizando la distancia entre nuestros cuerpos.

—También yo —respondí, quitándome su abrigo para sostenerlo en mis manos, sin saber a ciencia cierta si estaba en lo correcto, cuando inesperadamente mi móvil, que se hallaba al interior de uno de los bolsillos de mi pantalón, sonó.

Lo saqué de allí con mi mano libre, y cuando me disponía a contestar, todo lo que vi fue el nombre de mi ex esposo en la pantalla. No comprendí qué sucedía, no hasta que contesté y oí su voz.

—¿Hola?

—Manuela... ¿estás ahí?

Su cadencia entrecortada me reveló que no estaba bien. Es más, al arrastrar cada una de esas sílabas me dio a entender que esa noche estaba borracho.

—Sí, aquí... estoy —balbuceé intrigada, contemplando todo el tiempo a Fred y a la inmensidad de sus ojos castaños, los que quedamente, y luego de ese acto, se apartaron de mí, hasta que los perdí por completo de vista.

—Te necesito... —añadió Rodrigo después de tanto tiempo, sollozando como un niño asustado, quitándome con ello el habla y la respiración, cuando

Fred me daba un último vistazo desde el frontis de su cabaña, en donde se quedó, para luego desaparecer, cerrando finalmente la puerta.

Quise hablar... quise decirle tantas cosas a Rodrigo, pero no pude, así como tampoco logré detener a Fred.

Capítulo 25



Gracias al llamado de Rodrigo no salí de casa en los siguientes dos días, simplemente, porque todo lo que en un primer momento conseguí avanzar, ante sus palabras, recuerdos y recriminaciones, parecía haber retrocedido.

Hablar con él me había hecho mal. Brindarle mi tiempo a ese maldito desgraciado una vez más, me había hecho daño. Y lo que era peor, creí estúpidamente que podría haber cambiado. No, eso no sucedería jamás.

Me levanté de un salto al oír la puerta de mi cabaña abrirse de par en par, y más cuando pude distinguir la figura de Hortensia detenida en el umbral, viéndome con evidente dejo de preocupación en la mirada.

—Buenas tardes, Manuela —saludó, negándose a moverse de su sitio.

—¿Qué haces aquí? —respondí también a modo de saludo, pero pronunciándolo con hosquedad.

—Tuve que entrar, ya que tú no te dignabas a aparecer por ningún lado —me explicó.

—Entiendo... Entonces, ¿viniste a gritarme esta vez o a lanzarme agua en la cabeza? —proseguí desde mi sitio, echada en la cama.

Mi casera movió la suya de lado a lado y suspiró, cerrando la puerta tras de sí.

—¿Qué tienes, muchacha? —Ansió saber, mientras ya caminaba hasta donde me encontraba.

Sonreí agriamente y cerré mis ojos por un breve lapso de tiempo.

—¿Quieres oír la verdad?

—Para eso he venido, Manuela —contestó interesada.

—Tengo rabia y dolor —reconocí, volviendo a abrirlos, quedamente.

—¿A causa de qué? —Continuó, acercándose hasta sentarse a los pies de mi cama.

—A causa de mi vida de mierda —manifesté con muchísima sinceridad, sin sentirme asombrada por mi respuesta.

—No tienes una vida de mierda.

—¿No? ¿Y por qué cada vez que me siento ahogada creo que me hundo todavía más en ella?

—¿Qué pasó?, ¿qué te tiene así?

—Nada, Hortensia. No es nada.

Afectuosamente, tomó mi mano con la suya, a la que le dio un fuerte apretón.

—Estoy aquí. Y aunque ya te lo dije una vez, volveré a repetírtelo. Si ya no tienes fuerzas para continuar, no te preocupes, yo te doy las mías.

No pude contener mis lágrimas y lloré. Me sentía vulnerable y una auténtica estúpida en todo el significado de la palabra, tanto que me avergonzaba de ello.

—Ven aquí —dijo, acercándose para abrazarme—. Lloro todo lo que tengas que llorar, para que con esas lágrimas se vayan esos fantasmas que no te dejan ser la maravillosa mujer que eres.

—No sé si lo soy —aseguré fuerte y claro—, y no sé si llegaré a serlo algún día.

—Lo serás, no importa el tiempo que te tome, ¿me oíste? Eres fuerte, valiente, aguerrida, inteligente... y quien no lo vea en ti, no sabe lo que a su lado tiene.

No pude evitar pensar en Rodrigo y en aquel llamado telefónico que me había hecho sentir tan poca cosa; y yo creyendo ingenuamente que me necesitaba..., cuando verdaderamente jamás fue así.

—No permitas que nadie te diga lo contrario. Sea quien sea, no permitas que nadie, jamás, te haga dudar de ti.

—¿Aun cuando ese “nadie” haya formado parte importante de tu pasado?

—Aun cuando ese “nadie” pretenda formar parte ahora de tu presente.

Me atreví a mirarla, pero ante sus dichos no pude sonreír. En cambio, solo conseguí sollozar en silencio.

—Da la pelea y no te dejes vencer. Yo sé que puedes.

Enmudecimos. Por un breve lapso de tiempo, ninguna de las dos se atrevió a pronunciar una sola palabra, hasta que Hortensia continuó.

—Afuera te espera un lindo día. ¿Por qué no vas a pasear? Salir de aquí te hará bien, así como también tomar un poco de aire fresco. Siempre, muchacha, siempre es mejor pensar con la cabeza muy fría antes de actuar.

Sentí la tibieza de su piel en el roce de una de sus cariñosas caricias. Y por algo más que un momento eché de menos a Fred.

—Por fuerte que sea tu tormenta, recuerda que nunca llueve para siempre —sonrió, logrando que ante ese enunciado yo siguiera en silencio—. Y por favor, no confundas tu camino con tu destino. Solo porque ahora esté en penumbras tu corazón, no significa que no vaya a haber sol más adelante.

Se puso de pie, no sin antes palmearme las manos, dirigiéndose después hacia la ventana para correr las cortinas, por las cuales admiró el hermoso horizonte antes de expresar:

—Tienes una vida, da gracias por ello cada día. Ahora, dime, ¿cómo la vas a disfrutar?

Impaciente, Fred esperaba a Hortensia al interior de su cabaña; necesitaba saber de Manuela. Es más, estaba desesperado sin saber qué ocurría verdaderamente con ella.

Sí, podría haber subido él mismo para preguntárselo, pero se negaba a poner un pie dentro de su morada. Ya bastante tenía con lo que no lo dejaba en paz, con cada uno de sus sentimientos que hacían añicos su concentración y su entereza, y lo peor de todo, en cada uno de ellos estaba Manuela,

confirmándole que sí, que sí había espacio para ella en su corazón, pero también en su cabeza.

Al cabo de algo más de una hora, Hortensia le dio un par de golpecitos a la puerta entreabierta de su cabaña, anunciándole que ya estaba allí.

—¡Está abierto! —Exclamó Fred desde su cuarto, dejando todo de lado para llegar rápidamente hasta la sala, en la cual ya estaba Hortensia junto a Winter—. ¿Pudiste verla y hablar con ella? ¿Cómo está? ¿Qué fue lo que te dijo? —La bombardeó con preguntas sin darle tiempo a que pudiera responderlas.

—¿Podrías calmarte y ofrecerme, al menos, una taza de café o un vaso de agua?

—Por supuesto. Lo siento.

Así lo hizo, llegando con un café un par de minutos después, situándolo finalmente sobre una de las mesas talladas de madera.

—¿Y bien? —Volvió a preguntar, indudablemente interesado en oír prontamente sus palabras, sin advertir que Hortensia jamás había cerrado la puerta, dejándola entreabierta, cuando Winter levantaba la cabeza y las orejas, como si algo desde fuera estuviese llamando su atención.

—¿Le dijiste que sentías lástima por ella? —le preguntó la anciana de buenas a primeras, contemplándolo sin siquiera parpadear.

—No siento lástima por ella —respondió Fred, tragando saliva con dificultad.

—Pero la sentiste, tú mismo me lo dijiste.

—Tal vez en un primer momento, pero ya no. ¿Por quién me tomas?

—Por alguien que está interesado en una mujer que ahora más que nunca te necesita.

Ambos guardaron silencio antes de continuar.

—Lo siento, Manuela no quiso decirme nada, pero intuyo, por lo que me comentaste, que su considerable cambio de estado de ánimo se debe a la llamada que recibió.

Fred masculló algo entre dientes, muy molesto, oyendo a su perro ladrar.

—¡Basta, Winter! —le ordenó con la voz dura como el hierro.

Pero el perro no le obedecía.

—¡He dicho basta! —Gruñó esta vez con severidad.

—No te desquites con él, tu perro no tiene la culpa de lo que tu corazón está sintiendo.

Tras realizar un rápido movimiento, Fred se llevó ambas manos a la cabeza, a modo de frustración, las que deslizó por su cabello de arriba a abajo y viceversa.

—Fred, por favor...

—No puedo —prorrumpió algo hosco—. Lo siento, pero no puedo.

—Cielo, entiende, Aneka no va a regresar.

—¡Ella no debió marcharse, Hortensia! —Alzó la voz, ya con lágrimas en sus ojos—. Al menos, no sin mí.

La anciana se levantó desde donde se hallaba sentada para llegar hasta él y tomar sus tibias manos.

—¿Y qué vas a hacer al respecto? ¿Piensas marcharte tú también? ¿Irás a su encuentro creyendo que así podrás darle solución a todo? No soy idiota, Fred, ¿no te das cuenta de que te estás ahogando en un vaso de agua, mientras allá arriba hay una mujer que comienza a sentir cosas por ti?

—Eso no es cierto.

—Lo es, y de la misma forma que tú sientes cosas por ella. ¡Asúmelo, por favor!

—Mi corazón se niega a hacerlo —enfaticó.

—¿Y qué te dice tu cabeza?

Abrió la boca para expresar lo que jamás salió de sus labios.

—Solo quiero que esté bien. Solo quiero que Manuela... se haga fuerte y vaya por su destino.

—¿Y si su destino eres tú?

Winter volvió a ladrar, y esta vez se dirigió hacia la puerta. Estaba

intranquilo, demasiado para el gusto de los dos.

—¿Qué pasa, pequeño?, ¿qué tienes? —formuló Hortensia desde su sitio, vigilándolo, cuando el can volvía a ladrar, hasta que Fred, raudo, cerró la puerta de su cabaña, fuertemente.

—¡A ver si ahora así te callas! —le recriminó muy molesto, logrando que el animal se acercara a la ventana, donde la sombra de una silueta de largo cabello finalmente desapareció.

—Estás intratable —lo regañó Hortensia a viva voz—. ¿Qué pasa contigo?, ¿qué tienes en la cabeza?

—A Manuela —le respondió con soltura, avergonzándose de esa verdad. Sí, se negaba a asumirlo, no quería, ni mucho menos pretendía manchar el recuerdo del incalculable amor que le había tenido a Aneka, a su mujer. Pero lo que estaba sintiendo era más fuerte que él, incluso y extrañamente, y para la mayor de sus sorpresas, Manuela había conseguido no solamente insertarse bajo la piel, sino también había logrado llegar hasta su alma. Y eso lo asustaba, tanto que le dolía siquiera pensar que su amor por su chica danesa no fuera lo suficientemente fuerte para contrarrestarlo y para olvidarse de él.

—Entonces, olvídate de Manuela. Quítatela de la cabeza y asunto arreglado, podrás seguir viviendo en paz, tal y como lo has hecho por todos estos años.

—No es tan fácil —rebatió fuerte y claro, mientras empuñaba sus manos con vigor, afligido.

—Encontrarás como hacerlo. Sé que te ocuparás de eso —contestó la anciana, molesta, clavando sus fieros ojos en los suyos—. Me llevaré a Winter, tú sale a caminar por ahí. Créeme, necesitas tomar un poco de aire.

—Hortensia...

—Así como también necesitas dejar de ser un cobarde —mencionó tajante, para que no le quedaran dudas al respecto.

Abandoné mi casa luego de que Hortensia se dejó caer en ella. Es más, decidí obedecer al pie de la letra su sugerencia, porque me cansé de llorar. Ella tenía razón. ¡Todos aquí la tenían aún sin conocerme! ¿Y yo? ¿Qué mierda sucedía conmigo?

Mis pasos me llevaron hasta el antiguo muelle, la postal clásica de la ciudad que todo aquel visitante que aquí venía, no podía dejar de contemplar y fotografiar.

Porque a un costado de la caseta de turismo solo se apreciaban los troncos verticales que le daban forma a lo que un día había sido el mítico muelle Braun & Blanchard, del que ahora solo quedaban sus vestigios, siendo el hábitat de cormoranes y aves silvestres que se posaban sobre sus restos.

El viento se hacía presente en el lugar, dándome a entender que aquí, y con facilidad, la temperatura solía descender un par de grados centígrados.

—Si vienes a Puerto Natales es imposible no pasar por este lugar —mencionó a mi espalda una femenina voz, sorprendiéndome—. Tiene una espléndida vista, ¿o no, Manuela?

—Claro que la tiene —respondí, reconociendo esa cadencia, además de a la dueña de ésta—. Hola, Daiana.

—¿Qué tal? ¿Cómo estás?

—Bien, ¿y tú?

—Muy bien, gracias —me dedicó una agria sonrisa, situándose a un costado de donde me encontraba en este instante—. Pasaba casualmente por aquí y te vi. En realidad, venía a buscar a Fred, ya que quedamos de vernos —me confió sin que yo se lo hubiese pedido.

Volteé mi rostro hacia el frente, hasta lo que realmente me interesaba ver, el hermoso horizonte y las montañas.

—¿Y cómo vas tú? —Continuó, decidida a instaurar una charla—. ¿Cómo lo estás sobrellevando?

No entendí lo que quiso decir con eso.

—¿Sobrellevando? —De pronto, Daiana captó toda mi atención con ese particular enunciado.

—Estuviste llorando, se te nota en los ojos.

Moví mi cabeza en señal de molestia e incomodidad.

—Disculpa, pero lo que a mí me suceda, no es de tu incumbencia.

—Claro, no debe ser fácil entender que alguien está contigo solo por lástima, ¿verdad?

Fijé mis ojos en los suyos con una cierta irritabilidad que comenzó a invadirme.

—¿De qué mierda estás hablando? —Endurecí mi voz. Me di cuenta, de pronto, que la poca serenidad que me quedaba se había ido al carajo.

—De Fred, acaba de decírmelo —sentenció fríamente, admirándome, mientras por mi parte apretaba mis puños para intentar contener mi rabia, que a cada segundo iba en aumento.

—¿Podrías ir al grano, por favor? —Insistí.

—Fred es un buen hombre, no lo culpo. Después de todo, si saliste huyendo de tu casa fue porque no lo estabas pasando muy bien, ¿o me equivoco?

Sentía que no debía darle explicaciones a esta mujer sobre mi vida personal, pero a gritos las estaba pidiendo.

—¿Qué te hace suponer que salí de mi casa huyendo?

—El haber venido a inmiscuirte en la vida de Fred como una fasilona, por ejemplo.

Liberé un par de carcajadas, comprendiendo lo que la dichosa Daiana quería conseguir de mí.

—No te acerques a él, es mío —me advirtió seriamente.

—Estás muy equivocada si crees que voy a caer en tu juego.

—Entonces, ¿por qué no te marchas de aquí y regresas a tu casa de inmediato?

—Porque no se me da la puta gana, por eso —respondí, dedicándole además una maravillosa sonrisa.

—¡Eres una vulgar! ¡Mírate! ¡No eres suficiente mujer para él!

Alcé mis hombros en señal de que me daba exactamente lo mismo lo que dijera y lo que pensara sobre mí.

—¡Qué horror! —Me observó con cara de asco, como si yo fuera, tal vez, un animal putrefacto.

—Horror te debería dar a ti rebajarte de esta manera por un hombre que ni siquiera sabe que existes. ¿Qué no tienes dignidad? ¿Qué no te quieres un poquito?

—¡De qué dignidad me hablas si tú ya te revolcaste con él!

—No me conoces —la interrumpí, alzando de inmediato mi dedo índice en señal de que lo mejor que podía hacer era cerrar la boca—, así que no deduzcas lo que solo le concierne a él y a mí. Es más, no tengo por qué darte explicaciones de lo que hago o dejo de hacer, cuando ni siquiera sé quién eres. Y por de pronto, si me quiero acostar con él y revolcarme con él o con quien sea, es solo mi problema.

—¡Eres una buscona!

—¡Y a ti qué te importa! —Alcé la voz fuera de mis casillas, sin saber que alguien más, en ese preciso momento, se hacía parte de esa conversación, pero en silencio—. ¡Por lo que sé, Fred es un hombre hecho y derecho para saber con quién o no se revuelca!

—Opino lo mismo —mencionó él a nuestras espaldas, sorprendiéndonos con su endurecido tono de voz y su irascible semblante, haciéndome saltar de la sola impresión que me causó el haberlo oído de inesperada manera—. ¿Qué haces aquí, Daiana? —La interpeló mientras cruzaba sus brazos por sobre su pecho.

Al instante, dejé caer mis hombros, sintiendo que no formaba parte de esa conversación.

—Me largo —comenté, pretendiendo alejarme de ambos, lo que no conseguí, todo y gracias a la fiera voz de mando de quien ahora solo tenía ojos para mí.

—No. Tú te quedas —manifestó, enfurecido.

Entrecerré la vista, ¿eso había sido una especie de orden?

—Disculpa, pero...

—Tú te quedas —insistió, acentuando cada una de esas palabras—, la que se va es Daiana —agregó, pero ahora depositando todo el poderío de su mirada sobre la de ella—. Así que acostumbrabas oír conversaciones ajenas por las puertas entreabiertas... —comentó de golpe, llamando la atención de la chica.

—Fred, yo... te iba a buscar y...

—Y sueles malinterpretar mis palabras, además de expresar situaciones que no te conciernen, dejándome muy mal frente a quienes son importantes para mí.

Cerré los ojos y volteé el rostro hacia un costado.

—No, estás en un error, y te lo puedo explicar, porque no se trata de eso y...

—Sí, se trata de eso, porque error o no, Daiana, me da exactamente igual lo que tengas que decir al respecto.

—¿Qué fue lo que te hizo esta... mujer? —enfaticó despreciativamente, señalándome.

—Cuidado con lo que vas a mencionar —advertí, desafiante, y con infinitas ganas de arrancarle los ojos de cuajo.

—¿Cómo cambiaste tanto? —Continuó, pero ahora sin siquiera prestarme atención.

—Como te dijo Manuela, eso solo nos concierne a los dos. Y que yo recuerde... jamás te pedí en ninguna oportunidad que vinieras por mí o que vinieras a visitarme.

Daiana enrojeció, en su cara pude ver la furia que manaba también de su cuerpo.

—¿Me estás echando después de todo lo que hice por ti?, ¿después de todo lo que te acompañé y sufrí a tu lado con la muerte de Aneka?

Esto lentamente se estaba saliendo de control.

Levanté mis manos en señal de que no iba a quedarme un segundo más allí, oyendo cada uno de sus manifiestos.

—Perdón, pero lo demás no me concierne. —Y me largué de allí, pero con

Fred pisándome los talones y vociferando a mi espalda.

—¡Tenemos que hablar!

—Lo haremos cuando logres resolver tus asuntos —contesté, sin detenerme.

—Manuela, por favor... —Inesperadamente, sentí su mano tomar la mía, a la que me aferré sin saber por qué lo hacía, con la intención de no soltarla.

—Por favor... —repetí convencida, porque era lo más sensato para los dos, percibiendo al mismo tiempo la tibieza de su piel al sujetarme a ella con ansias—. Te veré después. Tú y yo nos debemos una conversación.

Fred asintió no muy conforme a mis palabras, soltándome luego de unos segundos, pero a regañadientes, viéndome, en definitiva, partir.

Unos minutos después, y cuando cruzaba los estacionamientos del complejo de cabañas, la poderosa voz de Hortensia, a la distancia, me sobresaltó.

—¿Café?! —dijo, señalándome una taza de la cual bebía.

—¿Tienes Brandy? —pedí desde mi sitio y casi con un leve tono de exigencia.

—Por supuesto. No faltaba más.

Capítulo 26



No podía creer todo lo que me había contado Hortensia con respecto a Daiana Rivas, y más sobre lo que sospechaba ante la muerte de la mujer de Fred. ¿Qué esa mujer no tenía escrúpulos ni sentimientos?

—Creo que jamás los tuvo, muchacha, y más al envenenar a Aneka con semejante mentira.

Tragué saliva con dificultad, certificando que esa arpía era capaz de cualquier cosa.

—¿Y dónde estaba Fred en ese momento, cuando ella lo supo?

—Junto a un grupo de ingleses camino a Las Torres del Paine.

—O sea que, jamás pudieron hablar al respecto... —asumí, guardando un estricto silencio, cuando Hortensia volvía a asentir, confirmándomelo.

—No voy a dañar a mi sobrino-nieto —me aseguró, convencida—. De mí jamás sabrá que su mujer se marchó de este mundo creyendo que él le había sido infiel con la zorra de su mejor amiga después de tanto tiempo.

Sentí que se me partía el alma en dos al imaginarme el dolor de esa mujer, además de su incertidumbre.

—No voy a provocarle más sufrimiento y rabia, Manuela. Fred se derrumbaría. Fred... —suspiró y terminó llevándose una de sus manos a la boca—, me consta que jamás habría hecho algo así. Él amaba con todo su corazón a Aneka. ¡Ella era su vida!

—Lo sé —me acerqué para tomarle las manos, cuando éstas comenzaban a temblar—, él me lo dijo.

Mi casera quiso sonreír, pero no lo consiguió.

—No quiero pensar en que si supiera que ella se fue así... creyendo que él...

—Entonces, no pienses en ello —exigí, pero a modo de clemencia—. Y quédate tranquila, porque de mí tampoco lo va a saber.

Guardamos silencio, cuando al cabo de un momento ella volvía a proferir:

—Esa zorra de Daiana pareciera que tuviera un maldito GPS. —Apartó sus manos de las mías, no sin antes palmeármelas, como acostumbraba a hacerlo, y luego se levantó de su sillón favorito para ponerse de pie—. Y a Fred le faltan huevos —sentenció, ofuscada, dejándome boquiabierta ante su tan honesta apreciación.

No me atreví a preguntar para qué los quería exactamente.

—Al parecer, esa mujer tiene una imaginación muy, pero muy grande.

—Y lo peor de todo, Manuela, es inteligente, astuta y muy manipuladora.

—¿Cómo fue que conoció a Aneka?

—Creo que por amigos en común. En realidad, no lo recuerdo muy bien, fue hace mucho tiempo.

Me rasqué la nuca un par de veces, consternada, cuando algo me daba vueltas en la cabeza.

—¿Cómo Aneka pudo caer en la trampa de una mujer así, y peor aún, que solía llamarse su “amiga”? Se suponía que ella amaba a Fred... Se suponía que su amor era más grande que cualquier otra cosa, que confiaba en él. Además, tenían planes, un futuro...

—Para ser honesta, Daiana es una mujer demasiado siniestra, mentirosa y bastante frívola, quien se encaprichó con Fred. Siempre supuse que se había acercado a Aneka solo para estar cerca de él, y no me equivoqué al respecto.

—¿Se lo comentaste alguna vez a Aneka?

—La verdad, a grandes rasgos. Aneka era una chica muy ingenua, en ella no había una pizca de maldad, por lo que usualmente veía a los demás de la misma manera.

—¿Y por qué yo, Hortensia? —me atreví a preguntar—. ¿Por qué ahora

Daiana arremete contra mí?

—¿Qué fue lo que te dijo esta vez?

—Que Fred por mí solo sentía lástima.

Hortensia evitó mi mirada, y muy nerviosa se apartó, dándole la razón a la veterinaria. No tuve que meditar su gesto para comprenderlo.

—Y eso es totalmente cierto —afirmé, colocando mi mirada en el piso de esa enorme habitación—. La verdad, no lo culpo, tiene todo el derecho a sentir algo así por una mujer que ni siquiera conoce.

—Deberías dejar que él te explique cómo sucedieron las cosas.

—Sería lo mejor, no quiero irme de aquí con una cuota de incertidumbre, sabiendo que mi desgracia siempre le dio una soberana pena.

—¿Te irás? —Ansió saber, deteniendo lo que hacía, y quedándose perpleja ante mi aseveración.

—Siempre supe que me iría —le di a entender, reconociéndolo.

De pronto, la puerta de la entrada se cerró de golpe, dándonos a conocer a ambas que Fred ya estaba de regreso.

—¿Pretendes marcharte? —Fue lo primero que me preguntó, fuerte y claro, endureciendo los rasgos de su semblante.

—No vine para quedarme, Fred. Lo siento.

Al cabo de media hora, me sentía algo decepcionada mientras caminaba junto a él por la ascendente colina, rumbo hacia mi cabaña. Pero también de alguna extraña manera lo entendía; después de todo, era imposible no sentir pena por mí y por mi desdicha. Yo había perdido a mi hija y él a su mujer. Quizás, había empatizado con mi dolor, o tal vez no, y solo había pretendido ser amable con una desconocida. Sí, seguramente derrochar generosidad para con el más débil era otra de sus más fieles virtudes.

—Tómate tu tiempo —insinué al ver que no hacía ningún intento de abrir la boca para comenzar a hablar.

Nos observamos de reojo, como retándonos con la mirada.

—En el fondo, creo que te entiendo por una simple y...

—¿Podrías guardar silencio, por favor! —exclamó, acallándose—. Necesito pensar —acotó, pero ahora pretendiendo suavizar su cadencia.

Me detuve y suspiré, otorgándole aquello que me pedía tan amablemente.

—Lo siento mucho —manifestó, volteándose hacia mí y fijando su vista en la mía por un interminable momento—. Lo que te dijo Daiana no sucedió así, exactamente.

—No me interesa saber lo que dijo esa mujer, sino lo que piensas tú. De verdad, sé sincero, por favor, ¿sentiste lástima y pena? ¿Por eso decidiste acercarte a mí?

—Sí —afirmó honestamente, tanto que con esa simple palabra me hizo estremecer—. No puedo negar que en un primer momento eso fue lo que sentí al conocer tu historia.

—De acuerdo, en ese instante estabas en todo tu derecho. Pero ahora, ¿qué quieres que piense? —inquirí con frialdad, molestia y desilusión.

—No lo sé, eso solo te concierne a ti.

Moví mi cabeza de lado a lado y me rasqué la nuca otra vez, confundida. En realidad, si lo meditaba bien, estaba siendo bastante sincero, lo que agradecí. Y por ende, no iba a montar un espectáculo estúpido pidiéndole explicaciones, por la simple razón de que él y yo no éramos nada.

—Gracias —me animé a manifestar—, y no puedo culparte, porque era totalmente predecible que sintieras lástima por mí.

—Te lo repito, Manuela, eso solo ocurrió en un primer momento.

—Haya sido como haya sido, Fred, ya pasó.

Me alejé de él sin añadir nada más a esa escueta conversación, pasando por su lado, y retomando la caminata hacia mi cabaña.

—Por favor, Manuela, no me apartes de tu vida —expresó de pronto, deteniéndome con ese singular enunciado.

Preferí callar y darle la espalda por una muy buena razón, sabía que me derrumbaría entre sus brazos si él conseguía poner otra vez su vista sobre la mía.

Repentinamente, oí sus pasos por sobre el camino. Fred se acercaba, hasta

que se detuvo, a mi espalda.

—Tal vez, el alma es el tono de la voz que desenterró las palabras que necesitábamos oír —comentó con su boca ya muy cerca de mi oído, luchando con sus manos al querer perpetuarlas sobre cada una de mis extremidades—. Tal vez, el alma sea una maleta que contiene nuestro plan de apoyo, y una colección de llaves la paciencia que necesitamos para abrir puertas y empezar de nuevo.

Sentí sus caricias por sobre mis brazos, ascender y descender, continuamente.

—Quizás, es el umbral el que nos traga, mientras aprendemos a dejar ir lo que más deseamos que con nosotros se quede.

Me sentí incapaz de luchar contra él y sus caricias. Me sentí verdaderamente incapaz de decirle que se apartara para que me dejara ir. Por lo tanto, cerré mis ojos y me relajé, dejándome envolver por la esencia amaderada de su perfume, mientras una de sus manos se separaba de mi extremidad y ascendía lentamente por mi cabello, donde sus labios finalmente recayeron, regalándome un suave beso que me hizo estremecer.

—Manuela... —pronunció otra vez mi nombre, cuando por mi parte solo murmuré un suave “qué”—, por favor, voltéate.

Pude haberlo hecho enseguida, pero me tomó más tiempo del necesario obedecer a su requerimiento. Y cuando abrí los ojos y lo volví a ver, mi razón se desactivó en su totalidad, dejando que mi corazón tomara el mando, en correlación con mi cuerpo.

Inhalé aire con prontitud, yo... lo necesitaba, porque estaba a merced de su proximidad, y ante todo, de su deliciosa boca que anhelaba volver a besar. En cambio, él estaba tenso, sus rasgos aún endurecidos así me lo confirmaban.

—Si vieras lo que yo veo, todo sería tan diferente...

Quise bajar la vista, pero no dejó que lo hiciera, sosteniendo mi mentón con una de sus manos.

—Estoy aquí, frente a ti, y siempre lo he estado —me aseguró, recordándomelo.

—Lo sé. —Y eso era malditamente cierto.

No pude mantener su mirada sobre la mía por más que lo intenté, no cuando ya había decidido cuál iba a ser mi próximo paso en mi vida. Así sin más, me acurruqué en su pecho, evitándola, al mismo tiempo que sentía sus brazos rodearme, brindándome una seguridad que solo él podía regalarme.

Posteriormente, percibí una de sus manos subir por mi espalda, llegando hasta mi cuello, alojándose en él, cuando las mías dejaban de sentirse inertes y empezaban a cobrar vida para también estrecharlo. Y en ese mágico momento todas mis dudas se desvanecieron, como si jamás, y con respecto a él, hubiesen existido, porque solo Fred tenía esa capacidad, la de conseguir que yo volviera a confiar en él, así como en este mundo.

Permanecimos abrazados, en silencio, hasta que en un acto reflejo levanté la mirada, cuando él realizaba el mismo movimiento, aprisionándola con la suya. Su boca anhelaba hablar, podía percibirlo por cómo la abría y volvía a cerrarla.

—Está bien, no hace falta que digas nada más.

Fue así como me puse de puntillas y me atreví a besarlo otra vez, delicadamente, tal y como si este último beso se tratara de una despedida.

—No quiero que te vayas —musitó junto a mi boca, rozándola, tentándola, haciéndome sentir tan bien y a la vez especial, pero por sobre todo deseada—. Quiero que te quedes conmigo —me confió decididamente, logrando con ello que mi cuerpo vibrara en su conjunto.

—Eres un egoísta —manifesté, haciéndolo sonreír.

—Comienzas a conocerme —me advirtió, obsequiándome besos por todo el contorno de mi boca y de mi cuello.

—¿Qué pretendes, eh?

—Ya te lo dije, que te quedes conmigo, pero sin tiempos ni tampoco espacios.

—¿Quieres oír la verdad?

—Siempre.

—Aun no estoy lista —confesé sin tanto rodeo—, y ante eso... no puedo quedarme aquí.

—Creo que no escuchaste ni tampoco llegaste a comprender lo que acabo de decir, Manuela Fernández.

Tragué saliva, sopesándolo.

—Yo, Frederick Herr, quiero que te quedes conmigo, pero sin tiempos ni tampoco espacios —recalcó.

—¿Y eso qué significa?

Sonrió maravillosamente esta vez antes de volver a hablar.

—Significa que aquí estaré, esperándote, si decides algún día regresar. No importa el tiempo que te tome, no importa la vida que tengas que recorrer, yo aquí, y para ti, estaré siempre.

Mis ojos se aguaron de inmediato y por más que lo intenté no pude contener las lágrimas que brotaron de sus comisuras, impulsivamente. Entonces, lo besé como jamás pensé que volvería a besar a alguien en mi vida, agarrándome con propiedad a su cuerpo como él lo hacía con el mío, percibiendo a la par como sus manos desesperadas luchaban por no adentrarse por debajo de mi ropa, hasta que lo consiguieron, encendiéndome la piel, pero también esa llama viva que hoy, y después de tanto tiempo, volvía a arder en mí, ansiosamente.

—Estás hablando incoherencias... —comenté, mientras Fred me mordía la boca, excitado, quitándome una vez más la respiración y las ganas de seguir articulando palabras al atraparme por la cintura y pegarme todavía más a él, negándose a soltarme.

—¿Te parece? Yo creo que la que está hablando incoherencias ahora mismo eres tú.

Dejé escapar un suspiro de placer cuando su peligrosa boca hizo lo que quiso con la mía, aferrándome a ella, sometiéndome a ella, hurgando y devorándome con exquisita pasión, pero también con desenfado, sin darnos cuenta que seguíamos ahí, en plena colina, montando un espectáculo del cual solo eran testigos las estrellas.

Y cuando logré recuperar el aliento, así como también un tercio de mi compostura, Fred se apartó de mí para volver a mirarme y sonreír, pegando mi frente junto a la suya. Rápidamente, sus manos se dejaron caer a cada lado de mi cabeza, al mismo tiempo que las mías se alojaban en su pecho, por sobre el

suéter de lana de oveja magallánica que solo llevaba puesto.

—Quiero proponerte un trato —insinuó de pronto, llamando mi atención—. Escúchame bien, ¿de acuerdo?

Asentí.

—Estoy dispuesto a admitir que existe algo entre nosotros.

Enarqué una ceja en relación a ello, temerosa, confundida... Fred... ¿estaría hablando realmente en serio?

—Tranquila, no pretendo asustarte, cuando más bien, quien se está muriendo ahora mismo de pavor soy yo.

—Fred...

—No soy como él, Manuela, ni tampoco me interesa serlo.

Se refería a mi ex marido. No me cabía duda alguna de ello.

—Y ante eso... me gustaría que confiaras en mí y que me dejaras decirte que...

—Por favor —lo detuve, besándolo fugazmente otra vez. Sinceramente, no necesitaba que me expresara con palabras lo que ya podía advertir que entre nosotros sucedía.

—Manuela...

Bebí de su boca una vez más, ansiaba tenerlo cerca, así como a su olor, a su cercanía, a su piel y, en general, a todo lo que significaba ese hombre en mi vida. Hasta que me detuve y logré separarme lo suficiente para hablar con claridad, dando un paso hacia atrás, pero aferrada a sus manos, las que mantuvimos entrelazadas... fuertemente entrelazadas, negándonos así a romper nuestro contacto.

Y me quedé sin habla por un instante, en blanco, viéndolo tan sereno y relajado...

—Necesito que ahora me escuches tú.

Así lo hizo, demostrándomelo con un leve apretón en mis manos.

—No estoy lista para continuar... no así. Por favor, perdóname por todo lo que aquí acaba de pasar, pero no estoy lista para que tú y yo...

Una vez más me atrajo hacia él para aferrarme en un abrazo, encargándose de besarme la coronilla, así como también el cabello, pidiéndome que me calmara, suplicándome que no tuviera miedo de lo que eventualmente pudiese pasar, aunque fuese bueno, aunque fuese malo, porque seguramente todo iba a estar bien.

—No puedo. Mi vida todavía se está reconstruyendo pedazo a pedazo, y yo tengo que volver. No vine hasta aquí para quererte.

—Lo sé —murmuró resignado—. Entonces, solo haz lo que tengas que hacer —me pidió sutilmente—. Solo haz lo que sientas que es correcto, por favor, pero sin depender de nadie. Libre, Manuela. Libre y sin ataduras que te limiten o te aten.

—¿Y después qué?

—Bueno, me temo que eso solo lo sabe el destino y tú.

Besó mi frente una vez más, así como también nuestras unidas manos, y me observó sin parpadear antes de proferir:

—El tiempo, mi bella durmiente, no nos permite olvidar, pero sí soltar y seguir. Aunque los recuerdos duelan, aunque las remembranzas quemen, siempre llega ese momento donde debemos dejar que todo siga su camino, donde es mejor no forzar nada. Donde se tiene que entender, a veces, y a punta de sufrimiento, que aunque se desee algo con tanta fuerza, hay cosas que sencillamente jamás serán.

—Perdóname —fue todo lo que pude pronunciar, sintiendo un par de sus besos recaer en mis mejillas.

—No, perdóname tú a mí por haberme cruzado tarde en tu camino.

Cerré los ojos y temblé, y apreté mis puños con los suyos, fuertemente, cuando sentía cómo Fred se separaba de mí. Con posterioridad, los abrí y lo vi sonreír, pero con cierta decepción en la mirada.

—Ve a casa —dijo—, hace frío —apartándose más y más.

—¿Qué harás tú? —pregunté en un hilo de voz.

—Lo que hago todos los días de mi vida —contestó de la misma manera.

No hizo falta que le preguntara qué era aquello, cuando solo mencionó:

—Vivir, Manuela. Solo vivir.

Carraspeé ante los tonos de marcado que oía por mi móvil, situada frente a la ventana de mi casa, cuando afuera una leve llovizna comenzaba a caer.

—Claudia... —pronuncié al sentir cómo del otro lado tomaban la llamada.

—Manuela, son las tres y media de la mañana. ¿Qué haces despierta? ¿Estás bien? —articuló semidormida, liberando un largo bostezo.

—Sí, lo estoy.

—¿Estás segura? No es muy común en ti que me llames a esta hora —formuló dubitativa.

—Lo sé, pero... llamaba para pedirte un favor.

—Me estás asustando. ¿Qué quieres?

—Un boleto de avión, Claudia. Estoy lista para volver a casa.

Capítulo 27



No estaba huyendo. Solo hacía lo que era más correcto para mí. Fred y yo no teníamos nada, y aunque solo compartíamos un sentimiento en común, seguíamos siendo dos simples seres humanos con nuestros propios pasados, con nuestras tristezas y también con nuestras agonías. Con las que luchábamos a diario, y con las que pretendíamos y aprendíamos a vivir.

Y eso era lo que me mantenía tranquila, lo que no me hacía dudar ni dar pie atrás, y lo que, en definitiva, me alentaba a seguir adelante.

No. No estaba huyendo de allí. No estaba huyendo de él, y Fred lo sabía de sobra.

Pero lo que no me mantenía tan serena era hablar con Hortensia. Es más, desde que le había dicho a mi hermana que iba a regresar, en mi estómago se había asentado un gran vacío al no saber cómo se lo iba a decir a mi casera sin que pensara nada malo de mí.

Tenía que hacerlo. Debía reunir la valentía suficiente para decirle la verdad. Por lo tanto, al otro día, y con una cierta incertidumbre, descendí por la colina, en dirección a su cabaña, muy temprano por la mañana, sobándome las manos frente al frío que me daba la bienvenida. Sí, iba a echarlo muchísimo de menos ahora que me había acostumbrado a él.

Toqué la puerta un par de veces, oyendo que ahí dentro ya había movimiento, cuando ésta, de pronto, se abrió, con Tatiana dándome los buenos días.

—Buen día, señorita Manuela.

—Buen día también para ti, Tatiana. ¿Puedo pasar? Necesito hablar con

Hortensia.

—Por supuesto —mencionó, al mismo tiempo que oía la voz de mi casera desde dentro, saludándome.

—¡Buen día, muchacha! —Apareció fugazmente por la sala, mientras caminaba en dirección a la cocina, hasta donde la seguí, junto con Tatiana.

—Buenos días para ti también. Veo que estás bastante ocupada. ¿Qué se supone que hacen? —insinué al ver como una de las mesas se hallaba enharinada.

—Preparamos bollos suizos, ¿te quieres unir? Es una receta muy fácil y sencilla de preparar.

No tuvo que decírmelo dos veces.

Después de lavarme bien las manos, terminé impregnada de harina en tan solo unos minutos, mientras volcaba una masa previamente hecha sobre una superficie ya engrasada ligeramente con aceite. Luego, me dispuse a formar unas bolas de masa imitando a mi casera, boleándolas sobre la mesa, dejando una unión en la parte de abajo de ellas, para enseguida acomodarlas en una bandeja de horno cubierta con papel de horno —valga la redundancia—, y separadas entre sí —porque al hornearse doblaban su tamaño—, no sin antes pintarlas con una mezcla de yema de huevo y leche.

—Ahora, las cubriremos con papel film previamente aceitado por alrededor de cuarenta y cinco minutos —me señaló mientras iba por el papel a la alacena.

—¿Para qué reposen todavía más? —pregunté interesada, fijándome en cada detalle que no pasaba por alto.

—Para que doblen su volumen antes de meterlos al horno —me indicó Tatiana, recordándomelo, mientras ayudaba a Hortensia a cubrir la bandeja.

Asentí, aprendiendo de ambas, cuando Hortensia volvía a hablar.

—Cuando haya transcurrido el tiempo necesario, pintaremos de nuevo los bollos con la mezcla de yema y leche, y con unas tijeras o un cuchillo haremos unos cortes en cruz en el centro. Luego, los rellenaremos con azúcar previamente humedecida con agua.

Suspiré al evocar las palabras de mi casera: “es una receta muy fácil y

rápida de hacer”. Vaya que sí lo era.

—Tranquila, el resto simplemente se basa en esparcir láminas de almendra cruda. Los hornaremos por 15 minutos para luego dejarlos enfriar.

Asentí mientras iba a lavarme las manos, meditando cuál sería el mejor momento para comentarle sobre mi despedida.

—Si alguien te pregunta alguna vez si estos bollos son realmente suizos, la respuesta es no —prosiguió, entregándome un paño de cocina para que me secara.

Enarqué una de mis cejas, confundida.

—La historia de estos dulces es algo curiosa, ya que hace muchos años, dos ciudadanos suizos inauguraron un famoso Café en España, donde se servían unos deliciosos bollos de leche para desayunar o merendar. Y se hicieron tan populares, que la gente se refería a ellos como los bollos del suizo. Así que de esa manera quedaron bautizados como tales y de por vida.

—Ya veo y... ¿son ricos? —me atreví a preguntar, ya que jamás había probado uno de estos.

—Pregúntale a Tatiana y a Fred —comentó, guiñándome un ojo, cuando Tatiana sonreía y me hacía un ademán con una de sus manos en señal de que eran deliciosos.

—Y acompañados de un buen chocolate calentito o un aromático café o té, hacen de un desayuno o una merienda algo inolvidable para el paladar.

Con esa recomendación, ya quería probarlos.

Cuando se cumplió el tiempo establecido, al fin los bollos se fueron al horno, mientras que nosotras optamos por dirigirnos al salón para disfrutar de un agradable y aromático té de Maqui.

—Ahora dime, ¿qué te botó de las sábanas precisamente hoy y tan temprano? —me abordó luego de acomodarse en su sillón favorito, junto a la chimenea.

Cerré los ojos y suspiré otra vez. Ella... había aprendido a conocerme.

—¿Todo va bien, Manuela? —Insistió.

—Sí, todo va bien —mencioné mientras los abría y los depositaba en ella,

viendo cómo bebía su primer sorbo de té. En realidad, también me debatía en cómo debía comenzar aquella charla.

—No me parece, por cómo no te animas a hablar. ¿Qué es lo que te agobia?

—Me voy —pronuncié sin más rodeos, entrelazando mis temblorosas manos.

—¿Cuándo?

—Dentro de dos días.

Con cuidado, Hortensia dejó la taza de té en una de las mesitas que se encontraba al costado de su sofá favorito.

—¿Por qué tan pronto, muchacha? —formuló intrigada.

—Porque es necesario para mí. Además, siempre supe que no iba a quedarme por tanto tiempo —suspiré antes de continuar—. Necesito regresar. Debo volver a casa. Tengo una vida que retomar.

En su rostro pude ver la tristeza, aquella que también había contemplado en el rostro de Fred. Pero la de Hortensia era distinta, más aún, cuando aprecié un brillo especial en sus ojos claros.

—Espero que no haya sido por... —balbuceó, pero logré interrumpirla ante lo que sabía que diría.

—Me voy porque lo necesito. Nadie tiene la culpa de nada, y te lo digo en serio, fue mi decisión.

Asintió no muy conforme con mi enunciado.

—Si es lo mejor para ti... —expresó sin dejar de mirarme.

No pude evitarlo, me levanté y fui hacia ella para regalarle un abrazo y con él darle las gracias por todo lo que había hecho por mí, desde los gritos tan amables que había recibido de su parte, hasta el cacerolazo de agua fría que había derramado tan gentilmente sobre mi cabeza. Desde sus tan amenas palabras de regaño hasta sus maravillosos y especiales consejos con los que había cambiado mi perspectiva de ciertas cosas de la vida. Desde su agradable compañía hasta su tan contagiosa risa. Y en fin... le debía tanto a este ser humano tan especial que había aparecido en mi vida que... no tenía

como agradecerle.

—Eres maravillosa, Hortensia.

—La maravillosa eres tú, no lo olvides nunca. Así como que La flor del Calafate siempre será tu casa.

Me aparté con lágrimas en los ojos, al mismo tiempo que con una de sus tibias y suaves manos me palmeaba una mejilla.

—Porque algo me dice que un día vas a regresar.

Tragué saliva un par de veces, pero sin despegar mi vista de la suya.

—Para que eso ocurra, primero, me tengo que curar —murmuré en un hilo de voz.

—Y ya vas por buen camino, Manuela.

—Gracias por todo —volví a expresar cuando mi barbilla me temblaba y notaba que la suya también lo hacía.

—Solo dame otro de esos abrazos de ciudadina —me sugirió, mientras por mi parte me dejaba caer sobre su pecho, en donde me quedé por un breve momento, en silencio, estrechándola con delicadeza—. Y por favor, no vayas a olvidarte de esta vieja —me pidió, cuando todo lo que pudo oír de mí fue un sincero “lo prometo”.

—¡Fríos y deliciosos! —expresó Tatiana al acercarse a la mesa en donde nos encontrábamos con Hortensia, a punto de probarlos, dejando la bandeja finalmente sobre ella.

Realmente, los bollos suizos se veían exquisitos.

—Anda, muchacha, toma uno —me incitó mi casera en el mismo momento en que yo lo hacía, y la puerta de la entrada se abrió y cerraba con prontitud y unas patitas se dejaban sentir sobre el piso de madera.

—Ese especial y dulce aroma nos trajo hasta aquí. ¡Buenos días! —saludó Fred a viva voz, cuando Winter también lo hacía, regalándonos un par de

ladridos.

No pude evitar sonreír cuando lo vi caminar hacia nosotras tan guapo como siempre. Fred, entretanto, procuró saludar a Hortensia con un abrazo y un beso en su mejilla, luego saludó a Tatiana de la misma manera y por último a mí, pero sin ese beso ni tampoco ese abrazo, sino mordiendo con rapidez el bollo que yo tenía en mi mano, del que aún no había probado bocado.

—¡Fred, por Dios! —exclamó Hortensia sorprendida con aquel acto, riendo a sus anchas.

—Mmm... —y él disfrutó del dulce mientras lo mascaba frente a mí—. Está bastante bueno. Buen día para ti también, Manuela —sorprendiéndome finalmente con un dulce beso que recayó en una de mis mejillas.

Creo que enrojecí de pies a cabeza, y más cuando me sonrió para volver a comer del trozo de bollo que quedaba en mis manos, recibiendo al mismo tiempo un golpecito de Hortensia en uno de sus hombros, a modo de regaño.

—¡Eres un atrevido! ¡Qué no ves que hay más sobre la mesa!

—Es su culpa, no la mía —sostuvo, regalándome un coqueto guiño que me supo a algo más, a algo que solamente lo sabíamos él y yo.

Daba mi último paseo por la ciudad en compañía de Winter. Había solicitado su presencia para que él y yo pudiésemos disfrutar de una tarde juntos, tal y como tantas veces habíamos paseado por la costanera de Puerto Natales y los alrededores del complejo de cabañas.

Me era extraño, pero a cada tantos metros Winter se volteaba y me admiraba con sus ojitos relucientes, como si se estuviera asegurando de que yo estaba realmente ahí, sosteniendo su correa. La verdad, no quise pensar en nada más, tampoco ahondar en si se debía, quizás, a mi viaje. No sabía nada de mascotas, jamás había tenido una para entender qué le ocurría, hasta que me detuve en la plaza de la ciudad ante el último de sus movimientos, agachándome para sentarme a su lado, en donde lo acaricié.

—Estoy aquí —le dije, porque sabía que él podía entenderme. En

realidad, me daba lo mismo que me tildaran de loca por estar hablándole a un animal que se había convertido en algo más que eso. Winter era especial. Winter era mi peludo amigo.

¿Y qué obtuve de él? Solo una profunda mirada que me impresionó y conmocionó al mismo tiempo.

—Vas a estar bien, lo sé, porque Fred va a cuidarte mucho. —Acaricié su cabeza, su cuello y sus orejas, así como también su lomo y sus patas delanteras—. Sé que vas a estar bien, porque todos te quieren demasiado, al igual como te quiero yo—. Me acerqué más a él y le di un par de besos en su coronilla, liberando un profundo suspiro que me hizo trizas el pecho—. Gracias por escucharme cuando creí que nadie lo hacía. Gracias por quererme y aceptarme como tal. —Volví a acariciarlo y a abrazarlo, cuando lo escuché gruñir y ladrar, llamando mi atención. Y cuando me volteé para averiguarlo, siguiendo la dirección de su mirada, me di cuenta debido a qué estaba tan furioso, y por qué razón comenzaba a inquietarse y, asimismo, a mostrar sus dientes con ferocidad.

—¿Daiana? —formulé extrañada al verla ahí, frente a mí, jugueteando con su larga y sedosa cabellera.

—Hola, Manuela. Nos volvemos a encontrar. ¡Qué gusto!

—Para mi mala suerte —comenté, poniéndome rápidamente de pie, procurando a la vez contener a Winter, además de aquietarlo.

—¿Qué le ocurre? —dijo, pretendiendo acercarse a él.

—No lo toques. ¿Qué no ves que no te quiere cerca?

Me miró bastante enojada.

—Evita provocarlo, por favor —añadí.

—¿Qué dices, estúpida! Soy veterinaria. —Insistió en acercarse, pero el can no quería nada con ella, es más, seguía ladrándole y llamando la atención de los demás transeúntes que pasaban por el lugar.

—¿Qué no me oíste? —Manifesté ya fuera de mis cabales—. Quieto, compañero, esta mujer ya se va.

—¿Qué le hiciste para que me aceche así?

Rodé mis ojos hacia un costado, evitando responderle una estupidez, como la que ella había formulado.

—Seguro que lo mismo que le hiciste a su dueño, ¿no?

—Ya veo que no se te multiplica la única neurona que te queda. ¿Cómo puedes preguntarme algo así?

Daiana me observó como si quisiera abofetearme.

—¿Cuántas veces te acostaste con Fred?

Se me desencajó la mandíbula al oírla.

—De verdad, Daiana, haz algo con tu vida y deja de meterte en la vida de los demás. —Quise avanzar, pero me obstaculizó el paso con su figura de modelo, con la que a cualquier hombre seguramente encandilaría.

—No tan rápido. ¿A dónde crees que vas?

—A casa, ¿por qué? ¿Piensas montarme uno de tus espectáculos baratos, como el del otro día?

—A pesar de ser una desgraciada, si tienes carácter —manifestó sin tapujos.

Reí. Esa mujer estaba muy lejos de ser condescendiente con su absurdo juego, en el que obviamente no iba a caer.

—Gracias por el cumplido. Podría decir lo mismo de ti, ¿sabes? Pero la primera vez que te vi pensé que eras una mujer inteligente y cuerda, no una loca obsesionada con un sujeto que lo ha pasado mal en su vida, el cual solo tiene y tendrá corazón para una sola mujer, su chica danesa. Por cierto, ¿qué no era Aneka tu mejor amiga?

Se puso pálida en un santiamén.

—¿Qué sabes tú de eso?

—Bastante —señalé—. Tanto que podría destruirte frente a Fred para que quedaras como una soberana desgraciada, mentirosa, embaucadora y manipuladora, todo y en un par de segundos —chasquéé mis dedos—. Así de rápido, ¿qué te parece?

La mujer ardió de ira mientras no cesaba de mirarme.

—Yo si fuera tú lo pensaría muy bien antes de intentar amenazarme. —Le sonreí sin gracia e incentivé a Winter a que tranquilamente pasara por su lado, aunque no lo conseguí del todo, porque de igual forma él gruñó.

—Espera un momento —dijo, deteniéndome.

No tenía ganas de voltearme a verla, pero de igual forma lo hice.

—¿Qué quieres?

—Saber qué fue lo que vio en ti. A mí jamás me miró como contempló a Aneka, o a ti.

—No te confundas, por favor, Aneka era su vida, y tú de alguna forma se la arrebataste con tus mentiras. ¿Cómo pudiste ser tan ruin si lo tenías todo para enamorar a cualquiera? Eres preciosa, Daiana. ¡Mírate!

—¿A dónde quieres llegar?

—En primer lugar, te sugiero que veas a un psiquiatra, realmente lo necesitas. Y en segundo lugar, a que te animes a reanudar tu vida sexual e intentes quitarte a Fred de la cabeza.

Abrió los ojos como platos, oyéndome como expresaba aquello con tanta espontaneidad, ahí, delante de la gente.

—Te haría bien, te lo aseguro, se te multiplicaría esa única neurona que te queda, y por de pronto, te lo pasarías fenomenal.

—¿Así como te lo has pasado tú con Fred?

Alcé mis hombros en señal de que me importaba una mierda lo que supusiera.

—¿No te das cuenta que te lo hizo por lástima?

Ahora fui yo la que sintió unas poderosas ganas de abofetearla al escuchar de su boca semejante tontería.

—Con todo el respeto que te mereces... Sí, Daiana, eres una soberana estúpida.

—¿Y por qué crees que llegó a ti? Seguro que para sacarse esas “ganitas”.

—Al menos se las sacó conmigo. Por lo que sé, ni siquiera borracho ha querido tocarte —arremetí contra ella, cuando pretendía acercarse a mí para,

quizás, regalarme una cachetada, cosa que no pudo hacer ante los fieros ladridos de mi peludo y fiel amigo, quien se interpuso entre nosotras, ladrando enardecido.

—Quieto, viejo, quieto...

Consiguiendo que la veterinaria endemoniada retrocediera de inmediato, alejándose de mí.

—Bien hecho —añadí, acariciándole la coronilla y sonriendo a mis anchas—. Creo que después de esto, sí se va.

—¡Eres una estúpida!

—¡Oh sí, y también una desgraciada! ¿Ya te cansaste de discutir?

—Asumo que muy pronto te irás, y cuando eso pase, yo podré...

—¡Haz lo que quieras! —Exclamé, alzando el volumen de mi voz cuando ya comenzaba a retirarme— ¡Me da exactamente lo mismo que sigas arrastrándote como una culebra!

—¡Hey, espera!

—¡Por Dios, mujer, qué no te cansas!

—¡Manuela! —Vociferó.

—¡Es tu problema, Daiana, y no el mío! ¡Adiós! —finalicé ya harta de sus arrebatos estúpidos. Luego de eso, levanté mi mano en señal de despedida, procurando también empuñarla, para girarla segundos después y, sobretodo, dejar elevado mi dedo medio, mientras me alejaba, cuando oía a la distancia una exclamación que “gentilmente” me dedicó—. ¿Regresamos a casa, Winter? ¿Qué te parece si tú y yo trotamos un poco?

Y así lo hicimos por la calle Hermann Eberhard en dirección hacia la costanera, dejando a esa mujer y a sus delirios finalmente atrás.

«Gracias, Daiana», le dediqué en mi mente, sin evitar sonreír.

Capítulo 28



Después de relatarle a Hortensia a grandes rasgos lo que habíamos vivido Winter y yo en la plaza de Puerto Natales, y escuchar como reía a carcajadas esa noble mujer, subí a mi cabaña para comenzar a dedicarme a la limpieza. La verdad, no quería estar metida todo el siguiente día dentro de esas cuatro paredes, sino, más bien, aprovechar de pasear y, quizás, disfrutar de la tarde junto a Fred.

Mientras aseaba la sala, y en compañía de la música de Janis Joplin, la puerta de mi casa sonó, consiguiendo que una cierta electricidad me recorriera la piel de pies a cabeza, porque sabía de quien se trataba. Es más, mi corazón impetuoso me lo decía al no cesar de latir, desbocado.

Un momento después, tuve a mi atractivo vecino del otro lado del umbral, a quien le sonreí de inmediato.

—Seguro vienes por lo alto que está la música.

—¿No te parece todo esto un deja vu?

Reí frente a su comentario, rememorando un par de situaciones anteriores, apartándome para dejarlo entrar, notando, además, que traía unas bolsas de papel en sus manos.

—¿Y eso? —Ansié saber.

—Comida. No me dio tiempo de prepararla y te debía una invitación a cocinar, ¿no lo recuerdas?

Claro que recordaba aquella invitación.

—No puedes decir que no —me advirtió, regalándome una de sus más

hermosas sonrisas, con las que siempre me hacía desfallecer, entre otras cosas que me sucedían después de tanto tiempo.

Empezamos a acomodar todo para disfrutar de la velada, admirándonos de reojo como si fuésemos dos adolescentes, cerciorándonos, también, de la tensión que se generaba a nuestro alrededor, una que nos era demasiado obvia y placentera.

Una vez que cenamos y charlamos con tranquilidad, y mientras dejábamos todo limpio, me animé a comentarle lo que había vivido con Daiana. Fred no se lo tomó muy bien. En realidad, todo lo que tenía que ver con ella le ofuscaba una enormidad, pero sentí que era primordial decírselo ante cualquier situación que eventualmente se suscitara, cuando yo ya no estuviera aquí.

—No quiero que pienses que soy chismosa.

—No eres chismosa —dijo, regalándome un beso en la frente—, ella se lo buscó. ¿No te hizo nada, verdad?

Negué con mi cabeza de lado a lado, confirmádoselo.

—¿Qué le hiciste tú? —proseguí deliberadamente.

—Nada, Manuela. Jamás le hice nada, solo fui amable con ella desde que la conocí —suspiró profundamente y terminó llevándose las manos a su castaño cabello, molesto consigo mismo—. Para mí nunca existió otra mujer más que Aneka.

—No necesitas decírmelo, eso lo sé.

Conseguí que bajara una de sus extremidades para entrelazar una de sus manos con una de las mías. Estuvimos así por un breve momento, en silencio, hasta que con su mano libre procuró acariciarme el cabello. Estaba intranquilo. Fred necesitaba decirme algo más.

—Hortensia me comentó que te marchas pasado mañana.

Asentí.

—¿No hay una manera de que tú...?

—No. Lo siento.

Por primera vez, terminó clavando su mirada en el piso del cuarto.

—¡Hey! Estoy aquí y no ahí abajo. —Me acerqué un poco más y le acaricié el mentón—. ¿Qué tienes?, ¿qué sucede?

Antes de volver a perpetuar su vista en la mía, suspiró. Luego de ello, volvió a besar mi frente con dulzura y reveló:

—Me voy mañana temprano.

—¿Qué? Pero... —balbuceé muy sorprendida—. ¿A dónde? ¿Vas a ascender?, ¿con este tiempo? ¿Están locos para enviarte de nuevo hasta ese...?

Me interrumpió, robándome un beso, al que me aferré con cuantiosa necesidad.

—Tranquila, no voy a realizar ningún ascenso —volvió a posicionar sus ojos en los míos y su boca cerca de mis labios—, debo viajar a Coihaique por trabajo.

—Te vas...

—Sí, al alba. Iba a pedirte que vinieras conmigo...

—Pero yo también me voy —manifesté, recordándoselo.

Fred cerró los ojos y volvió a besarme, pero esta vez ligeramente, para después abrirlos y añadir:

—Quiero quedarme contigo esta noche, Manuela.

No supe qué decirle, sus inesperadas palabras bloquearon mi razón y también mi habla.

—Solo quiero quedarme contigo esta noche —repitió serenamente.

—Fred...

—Aunque nada pase —aseguró, viéndome a los ojos, y con tanta sinceridad, que por un momento tuve miedo, miedo de no querer dejarlo ir de mi lado cuando amaneciese.

De pronto, temblé entre sus brazos.

—No te asustes, por favor. ¿O es muy aberrante lo que te estoy pidiendo?

—No, no lo es. —Tras mi respuesta, percibí que todos los colores se me subieron al rostro. Yo... parecía una niña y no una mujer que ya bordeaba los 39 años de edad, y eso me hacía sentir muy mal y avergonzada, porque él no se

lo merecía. Fred necesitaba a una verdadera mujer, no a mí. No a esta Manuela —. ¿Estás seguro? —Me aparté de su abrazo con sutileza.

—Es lo que más quiero —aseveró, quedándose quieto en su lugar, pero sin dejar de notar cómo me alejaba más y más de su lado.

—No lo sé, yo..., hace mucho que no estoy con un hombre y...

—Somos dos personas adultas...

—Ya perdí la práctica, Fred, aunque todos digan que es como andar en bicicleta, y que nunca se olvida como tener sexo y...

Rápidamente, llegó a mi lado y me abrazó.

—Tranquila...

—Es que soy un fiasco. ¿Qué no me ves? Y no quiero que tú pienses... — Mis ojos se llenaron de lágrimas.

—Manuela, escúchame, solo quiero dormir contigo. ¿Sabes lo que significa dormir?

—Cerrar los ojos y descansar —manifesté como una autómatas.

—Así es. Cerrar los ojos, abrazarte, descansar junto a ti y abrirlos en la madrugada sabiendo que estás ahí, a mi lado. Eso es todo lo que quiero, por el momento.

Suspiré como si lo necesitara.

—Jamás voy a obligarte a nada —y yo lo sabía muy bien, porque Fred no era como Rodrigo—, pero solo de ti depende que me quede.

Se apartó para verme una vez más antes de volver a hablar decididamente.

—Si quieres que me vaya, no digas nada. Si deseas que me quede, solo házmelo saber.

Pero yo no era capaz de articular una sola palabra.

Enmudecimos por un breve instante, contemplándonos, oyendo solamente el ruido que reposaba a nuestro alrededor, hasta que Fred dedujo mi respuesta. Por lo tanto, sin nada más que agregar a su petición, y con una cierta desilusión alojada en el rostro, así como en la mirada, me besó la coronilla por última vez para luego alejarse.

—Sacaré la basura por ti, así evitas hacerlo por la mañana.

No podía hablar, ¡no conseguía decirle una sola maldita palabra!

Vi cómo recogía todo y, asimismo, lo llevaba hacia afuera, asegurándose que lo que había traído consigo ahora estuviera en el tacho de la basura. Luego, lo vi entrar nervioso hasta el cuarto de baño, donde se lavó las manos, del cual salió segundos después para tomar su chaqueta de color verde militar, que se encontraba sobre el respaldo de una de las sillas del comedor.

—Bueno, creo que... será mejor que me vaya. Tengo que madrugar.

Abrí la boca y luego la cerré, en vano.

—Jamás me han gustado las despedidas, pero a veces son necesarias —sonrió con tristeza y desazón—. Yo... ¡Mierda! —Era la primera vez en todo este tiempo que le oía decir una palabrota, y ante ello no pude evitar reír.

—Perdón. —Y seguí riendo, viendo cómo me observaba, atónito.

—¿Te estás riendo de mí?

Asentí en conformidad a su pregunta, liberando ahora algo más que un par de prominentes carcajadas.

—¡Lo siento! —Tuve que taparme la cara, dándome cuenta que lo había entusiasmado y contagiado con ellas, sintiendo cómo liberaba las suyas, ahí, desde su lugar, cerca de la puerta, donde se hallaba a punto de cruzar el umbral.

—¿Qué quieres de mí? —mencionó de pronto, logrando que me detuviera.

—Solo... —caminé hacia él dejando que mi cuerpo hablara por mí, desconectándolo de mi cerebro—, que te quedes, aunque nada pase, para dormir, abrazarme y descansar. Para que cuando yo despierte, ya sea en la madrugada o cuando despunte el alba, te vea aquí, a mi lado.

Me detuve frente a él y tomé su chaqueta, apartándola de sus manos.

—Creo que esta noche no la vas a necesitar.

—¿Qué te hace suponerlo? —Me la entregó sin ningún tipo de condición.

—Que aún estés aquí, conmigo —asegué convencidísima.

—De verdad, ¿quieres que me quede?

—Sí. Si quiero, Fred.

Enseguida, rozó su dedo pulgar por sobre mis labios, muy lentamente y de extremo a extremo, para añadir:

—Entonces, y aunque solo sea por esta noche, nuestra última noche, por favor, no me sueltes.

Y eso fue exactamente lo que hice, apartando de mí mis inseguridades y todo aquello que me hiciera dudar de lo que yo podía brindarle, sujetándome a él, y pidiéndole que también hiciera lo mismo conmigo.

Al otro día, cuando desperté, Fred ya no estaba ahí, su lecho vacío en la cama estaba frío, al igual como sentí que lo estaba mi corazón al no tenerlo cerca. Pero de igual manera algo me reconfortaba, se había quedado conmigo, me había abrazado la noche entera, me había cubierto la piel de besos, de caricias, de nuevas sensaciones...

Sí, una vez más me había hecho sentir importante, especial y deseada...

El reloj de mi móvil marcó ya las ocho con treinta minutos y por lo que pude ver, por entre las cortinas a medio cerrar de mi habitación, afuera el cielo estaba completamente grisáceo.

Hoy iba a ser un largo día, no tuve duda alguna de ello, cuando mi móvil sonó, y no precisamente debido a la alarma, sino a causa de Claudia.

Contesté la llamada, y con él en mis manos me levanté, percibiendo como mi pecho se hallaba oprimido. Mi hermana también lo notó, debido a mi inusual estado de ánimo, al solo responder escuetamente cada una de sus interrogantes.

—¿Estás lista para tolerarme de nuevo? ¡Ya quiero verte!

—Sí, yo también —contesté sin un ápice de emoción.

—Se te nota demasiado —ironizó—. ¿Podrías ponerle un poco más de énfasis y alegría a tus tan agradables respuestas? ¡Me contagias, Manuela!

—¿Irás por mí al aeropuerto?

—¿Qué crees tú?

—Gracias —mencioné mientras me dirigía a la cocina, pasando por alto lo que yacía sobre la mesa del comedor.

—No me las des, sabes que quiero verte y abrazarte, y que me cuentes lo que allí sucedió, en especial, lo que viviste con el sujeto de la leña.

Sonreí, al mismo tiempo que conseguía echar agua en el hervidor para preparar un poco de café para despabilarme.

—Eres una metiche.

—Me alegra saber que lo tienes bastante claro y asumido, hermanita. Ya quiero saber todo de él. ¡Me tienes intrigadísima!

—No tengo nada que comentarte sobre Fred.

—¡Eres una egoísta, Manuela!

—¡Claro que no! —Delineé una coqueta sonrisa en mis labios que iluminó mi semblante—. ¿Por qué tendría que contarte sobre...? —Me detuve al encender el aparato, en el mismo instante en que mis ojos se fijaban en un sobre blanco que se encontraba encima de la mesa, el que anoche no estaba precisamente ahí.

—El tipo de la leña, ese tal Fred —reiteró, socarrona.

—Tal vez... más adelante —agregué, caminando hacia el sobre de considerable tamaño para tomarlo y ver que en su frontis decía “Manuela”.

Lo abrí ansiosa, sin prestarle atención a lo que mi hermana expresaba por el móvil, encontrando dentro de él unas fotografías, pero no cualesquiera, sino las nuestras, las del viaje a la estancia y a los maravillosos parajes que tuve la increíble oportunidad de conocer.

—¿Cómo que más adelante? Manuela... ¡Manuela! ¿Me estás oyendo?

—Te llamo más tarde, Claudia, estoy... tengo algo importante que hacer. Adiós. —Y corté sin darle tiempo a que dijera algo más, porque por ahora solo quería admirar en paz y tranquilidad lo que entre mis manos se encontraba, quizás llorando, tal vez riendo, pero sin duda, atesorando y evocando lo que en ese sitio había nacido entre los dos.

—Gracias —murmuré al fijar mis ojos en una imagen muy especial, en la fotografía que nos habían tomado en nuestra visita a los glaciares—. Muchas gracias, Fred. —Y sollocé, delineando con mi dedo índice el contorno de su rostro, percibiendo como mis lágrimas humedecían mi semblante, pero de felicidad, porque él, antes de marcharse, y una vez más, había cumplido su

palabra.

Aquel día transcurrió demasiado de prisa entre la limpieza a fondo de la cabaña, reorganizar mi ropa, rehacer las maletas y conseguir que todo cupiera de la misma forma en que logré meterlo dentro de ellas, cuando decidí venir hasta este sitio.

Una hora después, y cuando la tarde caía, consideré que era oportuno bajar a despedirme de Hortensia y de Tatiana, ya que mañana viajaba muy temprano de regreso a Punta Arenas. En realidad, no quería dilatar más ese momento, en el cual sabía que por una u otra razón iba a terminar derramando alguna lágrima.

Y así sin más, descendí con rumbo a esa morada.

Una vez allí, toqué la puerta como siempre, anunciándome.

—¡Adelante! —vociferó mi casera apenas me oyó.

—¡Buenas tardes! —Saludé, elevando la voz, mientras el calor del lugar me hacía estremecer debido al frío que había congelado mis mejillas algo arboladas. Me quité el abrigo y lo colgué en el perchero de piso, apareciendo frente a ellas, deteniéndome de golpe en el umbral que separaba la entrada de la casa de la enorme sala de estar, donde solía pasar Hortensia, sentada junto a la chimenea—. ¿Tienes visitas? Espero no molestar —comenté al ver una de las mesas bellamente adornada con un mantel blanco y sobre ella toda clase de delicatessen para degustar.

—Claro que no, muchacha. Te esperábamos. ¡Ya era hora! —exclamó, recibéndome con un cordial abrazo, al que correspondí de inmediato.

—No entiendo —respondí nerviosa y confundida al separarme de ella y ver cómo Tatiana aparecía con una bandeja con copas y una botella. “Licor de Calafate” decía la etiqueta.

—No tienes nada que entender, solo debes disfrutar junto a nosotras. ¿O no, Tatiana?

—Así es, señora Hortensia. ¿Ya puedo servir el licor?

—Por supuesto. Esta tarde-noche será muy especial.

—¿Por qué tan especial? —Deseé saber ante lo que veía, sorprendidísima con todo lo que tenían dispuesto.

—Es tu última noche, ¿no? —añadió Hortensia, sonriendo levemente—. ¿O pensaste que vendrías a despedirte y ya? No, muchacha, las cosas por este lado del país no se hacen del modo citadino.

Al oírla, se me encogió el corazón.

—¿Del modo citadino? —Entrecerré la mirada.

—Tan frías y descuidadas —aseveró, entregándome una copa ya servida, para luego darle una a Tatiana, y por último, tomar una para ella—. ¿Lista para brindar? —Se preparó para hablar, al mismo tiempo que la interrumpía.

—Un segundo, este licor no es picante, ¿verdad?

Gracias a mi comentario, ambas rieron. Creo que Hortensia ya le había mencionado a Tatiana sobre “aquel día”, cuando me dieron la bienvenida en el cumpleaños de Fred, en el “*Slowly Bar*”.

—Claro que no, al contrario, este licor también es muy especial. Por eso lo elegí para ti, y para brindar en tu despedida.

Las miré realmente interesada en lo que decían, procurando oler el aroma que expelía de él, cuando mi casera agregaba con énfasis:

—Este licor está preparado con los frutos provenientes del arbusto que lleva el mismo nombre, y del cual data una leyenda de los indígenas de la Patagonia y Tierra del Fuego, que cuenta que quien saborea un fruto de esta planta, siempre vuelve a este lugar.

Sonreí. Había oído de ella en mi primer viaje.

—Y por eso, hoy voy brindar con él, porque quiero que regreses.

—Así que piensan hacerme parte de esa leyenda.

—Claro que sí. ¿Estás familiarizada con ella?

Evoqué a Fred, mientras admiraba el líquido color rojo oscuro intenso de buen cuerpo y equilibrio.

—Sí, ya la conocía.

—Entonces, no nos queda más que brindar... Que seas muy feliz, vayas donde vayas, Manuela —alzó su copa, gesto que Tatiana imitó—. Porque sé que lo serás, aquí, allá, o donde tu destino quiera llevarte.

Rápidamente, sentí que mis ojos se humedecían, reteniendo las lágrimas.

—Porque nunca es tarde para emprender un nuevo rumbo, vivir una nueva historia, o construir un nuevo sueño.

Y yo lo sabía muy bien. Es más, poquito a poco comenzaba a trabajar en ello.

—Así que sonrío y ve por ellos, muchacha, porque sé que hay muchos esperando por ti. Para que todos sepan, sin distinción, que hoy eres muchísimo más fuerte de lo que un día lo fuiste. ¡Salud! —exclamó con vigor, cuando Tatiana replicaba esa palabra de la misma manera, y yo también me unía a ellas, chocando mi copa con las suyas para brindar por mí y por mi ahora incierto destino.

El tiempo transcurrió a pasos agigantados, y cuando la hora de partir llegó, un gran abrazo les otorgué a cada una de ellas, agradeciéndoles infinitamente por haberse cruzado en mi camino, en especial a mi querida casera, y a estas alturas coach emocional, a quien me aferré como si la vida se me fuera en ello.

—Lleva contigo tu propio sol —dijo antes de separarse de mí—, y jamás permitas que otros lo nublen o lo apaguen.

—Así lo haré. Te lo prometo.

—¡Una fotografía para el mural! —expresó Tatiana a viva voz, consiguiendo que nos volteáramos enseguida hacia ella—. Digan “Calafate”...

—¡Calafate! —mencionamos al unísono, sonriendo felices, quedando inmortalizadas en esa fotografía... para siempre.

Capítulo 29



Siendo las siete de la mañana con treinta minutos, un taxi se estacionó puntual en la entrada del complejo de cabañas, donde me encontraba, esperándolo, para llevarme de regreso al rodoviario, sitio en el cual iniciaría mi viaje de retorno a la ciudad de Punta Arenas.

Mientras el chofer se ocupaba de subir mis maletas, miré hacia la cabaña que había sido mi hogar por tantas y tantas noches, la que ahora se encontraba fría y vacía, la que veía distante, al contrario de cómo lo estaba mi corazón, que se hallaba lleno de hermosos e incomparables recuerdos.

Suspiré al oír cuando aquel hombre cerró el portaequipajes y se encargó de abrir mi puerta para que yo subiera al coche, preguntándome si estaba apurada o contra el tiempo. “No”, le respondí vagamente, pero sin entender a qué se refería con aquello.

De inmediato, se volteó hacia el complejo de cabañas, pero en específico me mostró la terraza del hogar de Hortensia, desde donde ella me hacía señas con sus manos, junto a lo que parecía sostener en una de ellas.

—¡Manuela! ¡Muchacha! —vociferaba desde lo alto.

—Un segundo, por favor. Ya regreso. —Fui rápidamente a su encuentro, confundida, sin saber qué sucedía para que estuviera a esa hora allí, y batiendo sus brazos tan enérgicamente.

—¡Qué ocurre! —Alcé la voz.

—¡Esto ocurre! —respondió agitada, tendiéndome un sobre mientras suspiraba, creo que aliviada—. Casi lo olvido. Perdóname, por favor.

Enarqué una de mis cejas, intrigada, sin llegar a comprenderla.

—Es de Fred. Me olvidé de entregártela anoche.

Tragué saliva con dificultad, con un nudo ya alojado en mi garganta, sin dejar de verla a ella y también al sobre.

—Me pidió que te lo diera cuando fueras a partir.

—Él ya se despidió de mí —le di a entender.

—Haya sido como haya sido, quiere que leas esta carta cuando realmente sientas que es el momento preciso.

—¿El momento preciso para qué?

—No lo sé. Quizás un día de estos encuentres en ella esa respuesta.

Temblé ante su mirada, sin nada mejor que hacer que guardar silencio.

—Es tuya, Manuela. Solo tómala, ¿quieres?

Así lo hice, pero con temor, fijando mis ojos en ella.

—Y yo que creí que mis últimas horas en Puerto Natales las iba a pasar en completa soledad.

—Ahí tienes, muchacha, tu destino siempre se encarga de sorprenderte —me explicó, sonriendo con cierta ironía—. Suerte, Manuela.

—Gracias, Hortensia. Muchísimas gracias por todo.

Volví a abrazarla fuertemente, pero también a correr. Era hora de marcharme.

Cuando llegué al taxi, donde el chofer me esperaba un tanto impaciente, me detuve antes de entrar en él, paralizada ante la emoción de ver por última vez a mi querida amiga a la distancia, sin hacer ningún esfuerzo por evitar las lágrimas.

—Y ahora, ¿dónde vamos, señorita? —Quiso saber aquel hombre, poniendo en marcha el motor del vehículo, mientras me observaba por el espejo retrovisor.

—Al rodoviario, por favor. Tengo que tomar un transporte con destino a casa.

Nadie podrá saber jamás cómo reaccionará ante una pérdida hasta que no se encuentre frente a ella.

La muerte de un hijo, indudablemente, es la pérdida más devastadora que pueda existir. Tu vida cambia para siempre desde ese momento, pero no significa que todo haya terminado.

Es que un hijo jamás debería partir de este mundo antes que sus padres. Eso dice la lógica de la vida, pero... ¿Qué ocurre cuando esa lógica se rompe en su totalidad? Y quedan padres heridos, devastados y con una ardua y gigantesca tarea por delante, la de sobrevivir y recomponerse.

Siempre mencionamos que el tiempo lo cura todo... lo que no es así. El tiempo mitiga, quizás aminora, pero es verdaderamente un mito que se encarga de sanar las heridas del alma y del corazón, cuando éstas, más bien, siempre seguirán abiertas.

Todos los días pienso en ella, y recuerdo su risa, su mirada y... cierro los ojos para intentar oír su voz, esa que cada día siento más lejana. Esa que me niego a olvidar. Esa hermosa cadencia que indudablemente quiero que se quede en mí... eternamente.

Porque no hay pérdida más antinatural que la de un hijo y, asimismo, no existe un patrón ni una receta universal, o incluso un manual de instrucciones que nos ayude a salir adelante ante tanto sufrimiento. Y te preguntas... ¿Cómo voy a resurgir de este dolor tan profundo, de tanta impotencia, confusión, desorientación, y del eterno por qué? Sí, de esa interminable pregunta que te acompañará el resto de tu vida.

Sinceramente, no sé cómo sobreviví ni viví después de la muerte de mi hija, y más cuando la vida es tremendamente caprichosa, porque estás viviendo un proceso de duelo tan duro, tan devastador, donde todo parece haberse detenido o congelado, sin embargo, en ella siguen ocurriendo las cosas y el tiempo no deja de avanzar, porque muere la persona que más quieres, a la que mejor conoces, a la que provino de ti... pero tú, tú te quedas.

A pesar de que el dolor y la incompreensión de lo vivido nos rompen por dentro, se sobrevive. Es muy difícil, y más cuando en lo único que piensas es

en abandonar este mundo para irte con ella.

Debo ser honesta, por mi parte solo conseguí avanzar aferrándome a quienes me ayudaron a vivir y a respirar, día tras día.

Todos sabemos que tendremos que morir, pero inconscientemente nos alejamos tanto de la muerte que casi llegamos a creernos inmortales. Porque la muerte de un hijo siempre se concebirá como absurda y difícil de encajar en la cadena natural de la vida, y la señal que avala eso afirma que el hecho es simple: es algo antinatural.

“Porque un jardín sin flores sigue siendo un jardín, renacerá en primavera.

Si el caudal de un río se seca, sigue siendo río.

En otoño un árbol ve caer sus hojas, y aunque se encuentre desnudo, mientras transcurre la estación, sigue siendo un árbol.

Un hijo sin padre es huérfano, pero sigue siendo hijo.

Entonces... ¿Cómo se podría llamar a un padre o a una madre sin su hijo? No encontré ninguna palabra para responder a aquella interrogante. Sencillamente, porque no la hay.”

A un año de tu vuelo

Karen Bustamante

Prólogo: Liz Gallegos.

Capítulo 30



Regresar a casa no fue fácil y más, cuando una parte de mi corazón me pedía a gritos que me quedara.

Claudia fue por mí al aeropuerto, como me lo prometió desde un principio, y luego se encargó de traerme a casa, aprovechando de ponerme al corriente en muchas situaciones que yo aún desconocía, como por ejemplo, la nueva soltería de mi ex marido.

Ni siquiera le di importancia a su enunciado. En realidad, ni siquiera me interesó ir más allá o profundizar en ese dichoso tema que no me concernía para nada.

—De acuerdo, cambiando de tema... Espero que no te moleste, pero... me hice cargo de tu casa mientras estabas fuera.

—Gracias. —Le regalé una serena sonrisa, mientras suspiraba y entrelazaba mis manos en señal de evidente nerviosismo, el que Claudia de inmediato advirtió.

—Manuela, ¿no me vas a regañar?

—No. ¿Por qué habría de hacerlo?

—¿Porque siempre lo haces? —Enarcó una de sus oscuras cejas y me admiró de reojo.

—Ya no. No habrá más regaños, a menos, claro, que los tengas merecidos.

—Creo que voy a echarlos de menos —expresó mordaz, comenzando a disminuir la velocidad de su vehículo, cuando ya estábamos muy cerca de casa.

De la misma forma que no había podido contener la emoción al ver por última vez el complejo de cabañas, esta mañana, lloré en silencio al ver mi hogar, dejando que mis lágrimas humedecieran mi semblante. Y cuando el coche se detuvo por completo y abrí la puerta para bajar de él, sentí enseguida la presencia de mi hermana a mi espalda, abrazándome con cariño.

—Aún sigue ahí y tan hermosa como siempre.

—Lo sé. Después de todo, no se iba a ir a ninguna otra parte, ¿verdad?

—Creo que no —comentó, dándome un apretoncito con sus manos.

Me limpié las lágrimas con el dorso de mi mano, cuando ella volvía a mencionar.

—Y me tomé el atrevimiento de hacer algunos cambios.

Me eché a reír tras voltearme hacia ella.

—¿Por qué no me sorprendes!

—¿Tan predecible crees que soy?

Asentí, confirmándoselo.

—Está bien. Ahora, no quiero que digas una sola palabra hasta verlos. ¿Podrías hacer eso por mí?

—Claro que puedo.

Guardamos silencio por un brevísimo instante, sin dejar de admirarnos.

—Al fin estás aquí, Manuela... y te siento diferente.

—¿Eso es bueno o malo?

—Definitivamente, muy bueno. No imaginas cuánto te extrañé y cuánta falta me hiciste.

Lo sabía por la forma en la que me contemplaba, con sus ojos cristalinos y, sin duda alguna, por cómo me había abrazado a mi llegada al aeropuerto, cuando me vio.

Muy lentamente, tomé una de sus manos y la sujeté a una de las mías.

—Perdón —proferí al abrir nuevamente la boca—. Te pido perdón por tantas y tantas cosas que hice y dije que...

—Manuela, basta. —Negó con su cabeza. Claudia no deseaba oírme.

—Por favor —comenté a modo de súplica—, es importante para mí.

Mi hermana bajó la mirada hasta el suelo y cerró los ojos con fuerza.

—No estoy ahí, sino aquí. —Evoqué a Fred, el artífice de esa célebre frase que ahora también había hecho mía.

Mi hermana elevó sus ojos y los posicionó en los míos, mientras se ponía a llorar como una niña pequeña.

—Siento mucho haberte tratado en la forma en que lo hice tantas y tantas veces, cuando no te lo merecías —comencé—. Siento mucho haberme comportado como una déspota, y no haber apreciado todo lo que hacías por mí cada día.

A cada palabra que yo emitía, Claudia pretendía controlar sus emociones, que convergían en un fuerte e incesante llanto.

—Siento mucho no haberte dicho que te amaba, pero me sentía fuera de este mundo, tan lejos de todo, tan ausente y...

—Manuela, te adoro —dijo, interrumpiéndome, mientras se echaba en mis brazos y me estrechaba con fuerza.

—También te adoro —respondí, acunándola en ellos—, pero necesito pedirte perdón por todos esos momentos y esas palabras que jamás debí emitir.

—Estás perdonada —mencionó de pronto, volviendo a verme con su cara totalmente humedecida por las lágrimas, que de sus comisuras no cesaban de caer—. Estás perdonada, mi querida Manuela.

La besé en la mejilla, no sin antes volver a proferir:

—Gracias. No imaginas lo lindo que se oyó eso.

—Jamás voy a dejarte sola y lo sabes. Y si tuviera que volver a pasar por eso otra vez, me refiero a oír tus alegatos, recriminaciones y disparates, para hoy verte tranquila y sonreír, créeme, lo viviría de nuevo.

Con posterioridad, besé cariñosamente su frente.

—¿Me muestras los cambios que le hiciste a la casa? Ya quiero verlos.

Al escucharme, su rostro se iluminó de la emoción.

—Por supuesto. Te ayudaré con las maletas.

—La tuya es la más pesada —anuncié guasona.

—Supongo que debido a los regalos que me trajiste.

—Supones mal, pero a cambio tengo mucho que contarte.

—Eso me encantó. ¿Qué te parece si bebemos una copa de vino para amenizar la ocasión?

—Solo si a eso le sumas una pizza de camarones, por favor, porque muero de hambre.

Aquella noche, Claudia y yo no paramos de hablar echadas sobre la nueva alfombra de color beige, de pelaje corto, tupida y suave, que ahora yacía en la sala principal, y que amenizaba con la nueva decoración en tonos pasteles y caobas, con la que mi hermana me había sorprendido. Pero lo que no podía dejar de mirar era una pared en especial, en la que se encontraban muchísimas fotografías de Carolina, desde que era pequeña, hasta que había cumplido dieciséis años de edad, todas ellas en marcos de colores que contrastaban con el muro pintado de blanco.

Era maravilloso verlas allí y no guardadas en un cajón, en los álbumes, donde siempre habían estado.

—Aún no has dicho una sola palabra sobre esa pared, Manuela.

—En Puerto Natales vi una parecida —comenté en alusión al recuerdo de Hortensia y lo que significaban para ella las fotografías que adornaban su salón—. Mi casera en su sala principal tenía un muro lleno de ellas. Decía que... alegraban ese sitio con su presencia.

—¿Y para ti qué significan éstas? —Deseó saber.

—Vida y amor —me acomodé de mejor manera para contemplarlas de una en una—. Vida porque me recuerdan lo que un día nació de mí y la felicidad que sentí al tenerla por primera vez entre mis brazos.

—¿Y amor?

—Lo que jamás voy a dejar de sentir por Carolina, pasen los años que pasen y esté donde ahora ella esté.

Claudia también se acomodó de mejor manera, y luego de liberar un profundo suspiro, pronunció, contemplando las fotografías.

—Y... ¿Encontraste a Carolina en Puerto Natales, Manuela?

Aparté la vista de aquel muro y sonreí.

—Sí —confesé fuerte y claro—. Mi hija estaba allí y fue quien puso a las personas adecuadas en mi camino para que yo pudiera aprender a ver y a valorar la vida de distinta manera.

—Tal vez, porque eso anhelaba que hicieras.

Asentí, dándole la razón, cuando ella se acuclillaba frente a mí, me tomaba de la mano y la colocaba sobre mi corazón, añadiendo:

—Carolina siempre estará ahí. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo comprendí tarde, pero... sé que ella estará conmigo por toda la eternidad. Aunque también entendí que... debo dejarla volar.

Al escucharme, a Claudia le tembló la barbilla.

—Mi hija ya no forma parte de este mundo, aunque yo ansíe que así sea.

—Manuela...

—A veces, dejar ir algo no significa darse por vencido, sino aceptar que hay cosas que jamás podrán ser, como por ejemplo, su regreso.

—¿Eso fue lo que te enseñó este viaje?

—Entre otras cosas. Pero lo más importante, sin duda, fue... que siempre debes aprender a dejar de mirar con los ojos para volver a mirar con el corazón.

—Y tú, en ese lugar, ¿lo hiciste?

Me mordí el labio inferior antes de expresar:

—Sí, lo hice.

—¿Y cómo te sentiste?

—Creo que tenemos bastante tiempo por delante para hablar de eso.

Claudia cerró los ojos y suspiró.

—Siempre te encargas de hacer todo tan difícil, Manuela. Pero de igual manera estoy muy feliz de que hayas regresado a casa.

—También yo —podía percibir un nudo alojado en la boca de mi estómago a causa de... preferí no pensar en ello por esta noche—. Estoy cansada, Claudia. ¿Te quedarás?

—Gracias, me encantaría, pero no puedo. Debo levantarme muy temprano. Me han encargado organizar una recepción.

Se levantó y se ocupó de llevar las cosas sucias hasta la cocina, lugar al que la seguí.

—También yo, me refiero a eso de levantarme temprano.

—¿Ah sí? ¿Y se puede saber por qué?

—Porque necesito hacer algunas visitas.

Mi hermana dejó de hacer lo que hacía, al mismo tiempo que una ligera sonrisa se dibujaba en su semblante.

—Me parece estupendo.

—A mí también. Así que... dile a papá que me espere para desayunar, porque será la primera persona a quien mañana le daré un gran abrazo.

—Se pondrá feliz y llorará, te lo aseguro.

Al cabo de un momento, la acompañé hasta la puerta.

—Bueno, ¿puedo irme tranquila?

—Claro que puedes.

—¿Nos vemos para comer o tomar algo por ahí?

—Seguro.

Situada en el umbral, Claudia me contempló antes de animarse a caminar hasta la reja que separaba el jardín de la acera.

—Me gusta lo que veo en ti. Dime, ¿a quién debo darle las gracias por ese maravilloso resplandor que emite tu mirada?

Ansié decirle que, en parte, se debía a Fred. A Frederick Herr.

—Al destino —contesté enseguida—. Solo al destino.

Veinte minutos después, ya estaba recostada en mi cama sin poder cerrar los ojos y luchando a toda costa por conciliar un esquivo sueño. Había olvidado de sobremanera el ruido de la ciudad, así como también el de los coches que avanzaban con gran rapidez por la avenida. Incluso, las sirenas de las ambulancias y también las de la policía, y por sobre todo, a esos particulares seres que deambulaban por las noches, muchas veces vociferando sus penas y también sus alegrías. Y en general, había olvidado todo lo que la noche encerraba bajo la penumbra de la ciudad, comparándola inevitablemente con Puerto Natales. Lugar que se hallaba a tantos kilómetros de mí... Al igual que como lo estaba Fred, tan lejos, pero a la vez tan cerca.

Tres meses después.

—*¡...Feliz cumpleaños, querida Manu, feliz cumpleaños a ti!* — terminaba de cantar Claudia, al igual que su madre y mi padre en la entrada de mi casa, siendo las nueve con treinta minutos de la mañana.

—¡Pero qué es todo esto! —exclamé muy sorprendida con sus inesperadas presencias.

—Una sorpresa, boba. Ahora, sopla las velitas y recuerda, ¡son solo tres deseos!

Reí a carcajadas debido a su acotación.

—¡Los deseos sexuales también valen! —gritó, llevándose inmediatamente una reprimenda de mi padre.

—¡Por favor, Claudia Solange!

Moví mi cabeza de lado a lado y los contemplé en silencio.

—De acuerdo, Manuela, uno, dos ¡tres! —finalizó, mientras que por mi parte soplaba las velitas, fuertemente.

Varias horas después, y cuando mi padre y la madre de Claudia ya se habían marchado, después del almuerzo que degustamos los cuatro, mi hermana y yo salimos a la terraza para disfrutar de un precioso día soleado, así como también de una agradable temperatura y una leve brisa tibia que nos recordaba que ya estábamos en primavera.

—¿Te sientes bien?

—Sí —admití—, cada día me siento un poco mejor. ¿Por qué lo preguntas?

—Solo quería corroborarlo. ¿Qué tal se sienten esos 39 años de edad?

Suspiré como si me faltara el aliento.

—Por ahora, estamos entablando una relación de amistad. Ya veremos.

—Me alegro que así sea, ya que muy pronto pasarás a ser “la señora de las cuatro décadas” —bromeó, obteniendo de mí un leve golpecito en sus costillas —, y tendrás que asimilarlos.

Rodé los ojos hacia un costado, mientras le decía:

—No tengo problemas con mi edad, si es a lo que te refieres.

Guardamos silencio por un instante, hasta que ella volvió a decir:

—Y... ¿ya leíste la carta de Fred?

Claudia estaba al tanto de todo. Ambas habíamos hablado largo y tendido sobre ello y lo que entre los dos había acontecido en mi viaje a Puerto Natales.

—Aún no.

—¿Por qué aún no? ¿A qué le tienes miedo, Manuela?

—A lo que pueda estar escrito en ella, por ejemplo.

Mi hermana se acercó, me tomó de la mano y me invitó a que me sentara junto a ella en una de las reposeras de madera.

—¿Y cuánto tiempo tendrá que transcurrir para que eso ocurra?

—Sinceramente, no lo sé.

—Bueno, espero que no sea mucho, porque... mi regalo de cumpleaños para ti, lamentablemente, sí tiene fecha de caducidad.

La observé sin comprender sus entrelíneas, cuando ella sonreía de ladina manera, con la vista quieta en un pequeño pajarillo que revoloteaba en el jardín.

—¿Podrías ser más explícita, por favor?

—De acuerdo. ¿Tienes ganas de viajar? —preguntó de golpe, asombrándome.

—Viajar, ¿a dónde?

—Qué te parece si el destino lo pones tú.

—¿De qué estás hablando, Claudia?

—Lo sabes bien, y no necesitas que te lo repita. Así que escúchame, lee esa carta, por favor.

—Claudia...

Inesperadamente, se levantó y me tomó de la mano, consiguiendo que yo también lo hiciera.

—Si no lo haces, nunca sabrás si lo que viviste con él fue real.

Tragué saliva con dificultad, evocándolo.

—Para mí lo fue —se lo dejé muy claro—. Todo lo que viví con Fred fue absolutamente real.

—Entonces, no deberías temer a lo que allí podría estar escrito. Las oportunidades hay que salir a buscarlas, y no esperar a que ellas vengan y toquen a tu puerta.

Me llevé una mano a la cabeza, confundida.

—¿No pudiste haberme regalado algo más normal, como una blusa, flores o hasta chocolates, por ejemplo?

—Lo siento, sabes que me encanta romper los esquemas.

—Claudia, yo no soy como tú. No soy tan osada para tomar un avión hacia Puerto Natales para buscar a ese hombre y decirle específicamente que lo quiero y que no lo he podido olvidar después de todo este tiempo.

—¿Y qué te detiene?

—¿Que él no sienta lo mismo por mí, tal vez?

—A ver, Manuela, ¿te lo estás preguntando o me estás respondiendo?

Me aparté sin saber qué más decir.

—Además, hermana, no creo que él se haya olvidado de ti de la noche a la mañana.

—Fred ya tuvo un gran amor, y créeme, no necesita otro.

—¿Y por qué te pidió que te quedaras?

—Deja de confundirme...

—No te estoy confundiendo, solo quiero que intentes ser feliz.

—Sabes que jamás volveré a ser completamente feliz sin mi hija —contesté tajante.

—Manuela..., a mí no me puedes mentir, pero no voy a obligarte a nada.

Si no quieres ese boleto de avión, está bien, solo avísame con algo de tiempo que no vas a necesitarlo.

Se despidió de mí y caminó hasta la puerta de la cocina.

—Fred jamás va a abandonar Puerto Natales, menos por mí —le di a entender, deteniéndola—. Me lo aseguró. Allí está todo lo que él ama.

Se giró sobre sus talones para verme de nuevo y proferir:

—¿Y qué hay de ti? En ese lugar está todo lo que tú quieres, ¿o no?

Abrí la boca y luego la cerré, sopesando lo que le diría.

—Él ya un dio un enorme paso hacia ti, creo que ahora te toca a ti dar otro.

—Fred me hizo mucho bien, pero ahí se quedó todo. Entiéndelo.

—¿Estás segura?

No pude responder a su interrogante con sinceridad.

—Es imposible, Claudia.

—No fue eso lo que te pregunté.

—Entonces, no sigas haciéndolo.

—¿Por qué no?

—Porque lo hecho muchísimo de menos y no me hace bien referirme a él.

—De acuerdo. Puedes hacer con ese boleto de avión lo que te plazca, y lo digo en serio —añadió mientras regresaba tras sus pasos para abrazarme—. Incluso, ir al Caribe si crees que es necesario —bromeó, acunándome con sus extremidades.

—Gracias por sugerirlo, pero no voy a ir a ese lugar.

Mi hermana sonrió de medio lado, lo suponía.

—¿Vienes esta noche a tomar una copa conmigo? —Cambié de tema. Era hora de hacerlo por mi bien y el de mis recuerdos.

—No te prometo nada, pero lo intentaré. Ahora, debo irme, estoy retrasada. Si no te veo esta noche, será hasta mañana, ¿de acuerdo?

Asentí en respuesta a ello.

—Te quiero, Manuela.

—Y yo a ti.

Por la noche me animé a beber un buen vino mientras preparaba un filete de pescado a las finas hierbas, aun cuando Claudia no me había asegurado que vendría a casa.

Con la música de Janis Joplin a un volumen moderado y siendo ya más de las ocho y treinta, recordaba lo que mi hermana me había explicado en su totalidad. En realidad, era una preparación bastante sencilla, pero no para mí, ya que no era una especialista en este rubro. Aun así, confiaba que la cena iba a quedar, simplemente, de maravillas.

Después de recibir los cordiales saludos de unas amigas, con las cuales había comenzado a verme y a compartir en cafés y eventos de otras índoles, me dispuse a llevar todo al horno, cruzando los dedos para que el pescado no fuera a convertirse en un verdadero desastre.

Luego de ello, y cuando *Kosmic Blues* comenzó a sonar, no pude evitar pensar todavía más en Fred y recordar lo que vivimos, sin obviar lo que hoy, precisamente, había hablado con mi hermana sobre su regalo de cumpleaños y la carta de él que jamás me animé a abrir.

Con la curiosidad a flor de piel, no me tomó mucho tiempo ir hasta mi habitación por ella y sentarme al borde de la cama con el sobre en mis manos, admirándolo primeramente, mientras me decidía a leer lo que él había escrito para mí. En segundo lugar, rasgué un costado con torpeza, y de la misma manera saqué de su interior una hoja doblada en dos partes para abrirla y admirar aquella letra masculina que yo conocía y recordaba muy bien.

Suspiré cuando todo de mí tembló, al mismo tiempo que mi pecho se oprimía al comenzar a leer tan solo la primera línea que decía así:

“Bella durmiente...

¿Qué crees que pasaría si arriesgáramos todo lo que tenemos, dejando que nuestros muros cedan?”

Tuve que detenerme y tomar un poco de aire para contener el cúmulo de

sentimientos que tenía ahogados a la altura de mi garganta, y más, cuando mis ojos se cerraron y todo de mí vibró, gracias a esas primeras palabras que él me había dedicado.

Luego de un instante, los abrí para retomar la lectura.

“No tengo un guion para esto. Es más, hace mucho tiempo que no tomaba un bolígrafo para escribir algo así.

Lo siento, tal vez estas líneas no sean las más adecuadas para ti, pero créeme, para mí son las más correctas y necesarias.

Una vez, tú y yo hablamos de magia, ¿lo recuerdas? De aquella magia sin trucos que con solo un roce te quita hasta el aliento.

De esa magia única y especial, que así como te eleva te derrumba, y que duele demasiado cuando me recuerda que ya no te tengo cerca.

¿Qué opinas?, ¿crees que podríamos saltarnos esos antiguos y mortales clichés para que nuestros corazones se reinicien, así como nuestras vidas?

Te haré una confesión, una que descubrí aquella madrugada, cuando supe que no volvería a verte.

Eres la suma de todo lo que me niego a restar de mi vida, Manuela, así como también mi verdad desnuda de mentiras. Mi paz, como mi desasosiego. Lo que quiero para mí y lo que lamentablemente no tengo.

Ojalá estuvieras aquí y yo pudiera abrazarte entre los azules y verdes que se hallan a mi alrededor, aquellas obras de arte de la naturaleza indómita a la que pertenezco, pero que, sin duda, no se comparan a ti, porque lejos, tú eres lo más hermoso que jamás haya visto en tanto tiempo.

Dejemos que nuestros muros cedan, ¿te parece? Intentémoslo sin miedo, sin dar pie atrás, ni tampoco ver lo que hay más allá. Solo... confiando, paso a paso, día tras día, momento tras momento.

Lo sé, quiero llegar hasta la luna, y para ello debo oír a mi intuición, y mi intuición claramente me dice que debo ascender hacia lo alto, porque tú habitas en ella.

No quiero asustarte, ni tampoco agobiarte con mi sinceridad, pero te

extraño. A tan solo dos días sin ti, te extraño demasiado.

Ahora dime, ¿por qué es tan difícil olvidar todo lo que viví contigo?

Porque hay magia en ti y en mí, mi bella durmiente, ¿no la notas?

Te quiero.

Fred.

—Yo también te quiero —respondí, pero no en un hilo de voz, sino firmemente, con decisión y, asimismo, con los ojos anegados en lágrimas, cuando éstas comenzaban a derramarse por mis mejillas, y una sonrisa de auténtica felicidad se perpetuaba en mi semblante.

Fred... solo podía pensar en él y en que me quería, al mismo tiempo que el timbre de mi casa sonaba, dándome a conocer que alguien se encontraba en la puerta.

Rápidamente, caminé hasta la entrada mientras me limpiaba la cara con el dorso de mi mano, sollozando y maldiciéndome por no haber leído esa carta con anterioridad. Y cuando el timbre volvió a sonar y abrí, creyendo que quien se encontraba del otro lado del umbral era mi hermana, mi pasado vino a mí, recordándome que ahí estaba, pero también, que solo de mí dependía que no se quedara ahí ni un minuto más.

—Buenas noches, Manuela. Feliz Cumpleaños —expresó Rodrigo al fijar sus ojos miel en mí.

—Buenas noches y gracias —contesté bastante sorprendida con su inesperada visita—. ¿Qué se supone que haces aquí?

—¿Estuviste llorando? —preguntó de golpe, dando un paso hacia mí mientras me examinaba con la mirada, el que con agilidad frené, señalándole con tan solo un gesto de una de mis manos que no se acercara.

—Sí, estuve llorando. ¿Por qué?

—Porque tienes los ojos enrojecidos. ¿Estás bien?

—Sí, lo estoy. —Sollocé mientras la barbilla me temblaba.

—No lo pareces. Recuerda que te conozco bien —manifestó convencido.

—En eso te equivocas, tú nunca me conociste bien.

—¿De qué estás hablando? —Situó una de sus manos en sus caderas y enarcó una de sus cejas, contrariado—. He venido hasta aquí a desearte un feliz cumpleaños y a intentar hablar contigo, y tú me recibes de esta manera y comienzas a montarme una escenita. No cambias, ¿verdad?

—El que no cambia eres tú. Y realmente, no sé a qué viene eso de “montarte una escenita” cuando, más bien, has sido tú quien ha llegado hasta mi casa y precisamente a esta hora de la noche. ¿Qué quieres, Rodrigo? Dime, por favor, ¿a qué has venido en realidad?

Evitó mi mirada y se llevó una mano a la cabeza, deslizándola una y otra vez por ella, a modo de frustración. Tenía esa manía y yo la conocía muy bien.

—Vine a hablar contigo.

—¿Sobre qué?

—Sobre un tú y yo —mencionó muy suelto de cuerpo, como si aquello fuera algo de lo más normal. Quizás para él, pero ya no para mí—. ¿Me dejas entrar?

—No. Porque nosotros no tenemos un tú y yo —corregí—. Por si lo olvidaste, lo nuestro se acabó hace mucho tiempo.

—Eso no es cierto, sé que me sigues queriendo, tal y como yo te quiero a ti. Y si dejas que te lo demuestre, yo podría...

Reí. Por primera vez en mi vida me estaba riendo de mi ex esposo y de sus absurdos enunciados, todo y frente a su rostro totalmente desconcertado.

—¿De qué te ríes? —manifestó algo iracundo.

—De ti. Lo siento, pero te ves patético.

Rodrigo abrió sus ojos como platos y enrojció. Creo que jamás esperó algo así de mi parte, sino, más bien, siempre creyó que yo lo esperaría con los brazos abiertos.

—¿Te atreves a tratarme de patético después que he venido hasta aquí a decirte que quiero volver a intentarlo?

—Por supuesto que sí —afirmé con convicción.

Mi ex marido dio vueltas en su lugar como un perro enjaulado, para luego verme a los ojos y añadir:

—Te desconozco, Manuela.

—No sabes cuánto me alegra que digas eso.

Entrecerró la vista, al mismo tiempo que abría y cerraba la boca a modo de no comprender qué ocurría conmigo.

—O sea que... eran ciertos los rumores que oí.

Crucé mis brazos por sobre mi pecho a sabiendas de la artimaña sucia que siempre solía utilizar para hacerme sentir de lo peor.

—Te volviste loca —aseguró muy convencido de ello.

—¿Cómo mierda crees que se siente una mujer al perder un hijo? —lo encaré con frialdad—. ¿Cómo mierda crees que una mujer logra salir adelante después de haber perdido un pedazo de su vida, sabiendo que jamás lo va a recuperar? Tú no estuviste ahí, no sabes lo que viví internamente. Así que no vuelvas a tildarme de loca.

—Tú y yo no estábamos juntos, Manuela.

—¿Quieres que te recuerde el por qué?

Rodrigo prefirió callar, cuando se le subían los colores al rostro.

—Así que... Lo siento, no puedo brindarte una oportunidad porque no me nace hacerlo. Es más, creo que esta vez tu sentido de orientación te llevó a tocar la puerta equivocada. Aquí no queda nada para ti.

—Fuiste mi mujer, Manuela.

—Sí, lo fui, pero ya no, Rodrigo.

—No seas egoísta. Yo también sufrí.

Asentí al oír aquello, eso no iba a rebatírselo.

—No me hables de egoísmo, cuando tú fuiste un fiel reflejo de ese sentimiento.

—¿Qué no puedes solo superar el pasado y avanzar?

Preferí callar, no iba a entrar en su juego, no una vez más, porque sabía

exactamente hacia dónde nos conduciría.

—Tú no eras así... ¿Qué mierda te pasó para que me hables ahora de esta forma?

Admiré por un breve instante las estrellas en el firmamento antes de volver a hablar.

—Volví a nacer y a creer en mí, tan simple como eso. Ahora, asegúrate de cerrar la reja antes de que te marches, por favor. Me dispongo a cenar.

—Manuela, espera un momento.

—Lo siento, Rodrigo, pero no tengo tiempo para ti.

—Pero tengo que decirte que...

—Buenas noches, y que tengas mucha suerte con tu nueva vida.

—Manuela... ¡Manuela, yo te quiero!

—No, Rodrigo, no te mientas y no me mientas más. Tú no me quieres, no cuando solo te quieres a ti mismo. Adiós. —Cerré la puerta, dejando finalmente mi pasado atrás, y junto con él, todos mis recuerdos.

Porque había conseguido enfrentar a mi ex marido y no me arrepentía de ello.

Había conseguido de una buena vez ponerme en mi lugar, como lo que era: como toda una mujer.

Sí, había conseguido ser valiente y entender que yo valía muchísimo la pena.

Siempre.

Aunque él jamás lo hubiese sabido.

Tres días después .

—Estoy orgullosa de ti —manifestó mi hermana al despedirse, justo en la entrada del aeropuerto.

—¿Por tomar una decisión? —pregunté al no cesar de admirarla.

—Sí, pero también por demostrarme lo que significa la verdadera valentía.

—Bueno, una vez oí que... no puedes nadar por nuevos horizontes hasta que tengas el coraje de perder de vista la orilla.

Claudia sonrió hermosamente, mientras entrelazaba una de sus manos con una de las mías.

—Algún día, ¿me vas a contar qué decía esa carta, Manuela?

—Tal vez. —Me acerqué para abrazarla y, asimismo, decirle cuánto la quería. Luego de ello, besé una de sus mejillas y suspiré—. ¿Me deseas suerte? —Batí el boleto de avión que sostenía en una de mis manos.

—No la necesitas, ella llamó a tu puerta y tú ya le respondiste.

Asentí, dándole la razón.

—Te adoro, Claudia. Gracias por este maravilloso regalo de cumpleaños.

—No me las des hasta tu regreso —su barbilla tembló—. Solo asegúrate de vivir y de intentar ser feliz de nuevo, aunque no sea por completo —mencionó, rememorando mis palabras al limpiarse un par de fugaces lágrimas que brotaron desde las comisuras de sus ojos.

Decidimos guardar silencio por un breve momento, hasta que ella prosiguió.

—Todo estará bien, ¿verdad? —preguntó con temor, al ver cómo en definitiva me separaba de su cercanía y le daba un leve apretoncito en la mano que aún nos mantenía unidas.

—¿Qué crees tú? —Ansié saber, retrocediendo.

—Creo que... ya es hora de que te marches.

—Te adoro, Claudia.

—¡Vete ya! —Me animó, viendo cómo me perdía de vista entre la multitud, y sin que tuviese que repetírmelo de nuevo.

“Mi amor:

Me enseñaste el coraje que yace en las estrellas antes de marcharte y como la luz continúa interminablemente, incluso, después de la muerte, mientras que con tu último aliento me explicabas qué era el infinito, además de lo extraño y lo hermoso que es tan solo existir.

No pude evitar pedirte que me lo dijeras todo otra vez, antes de que cerraras los ojos. Intenté escribirlo, pero mis manos temblorosas y torpes no me lo permitieron.

Pretendí memorizarlo, pero no lo conseguí, porque solo quería verte, solo necesitaba estar junto a ti.

Daría lo que fuera por escucharte decir aquello una vez más. Daría lo que fuera, incluso mi vida entera por verte y abrazarte de nuevo, Carolina.

Gracias por no abandonarme y por dejar que hoy la luz del sol la vea un tanto más brillante, y porque el peso del mundo sobre mis hombros sea un poco más ligero.

Gracias por mostrarme quien soy y quien puedo llegar a ser, y por darle cuerda a mi corazón, para que pudiera y volviera a latir correctamente.

Gracias por dejarme intentar e intentar respirar y por conseguir que ahora esté firme sobre mis rodillas, para que volviese a caminar con mis propios pies, corriendo el riesgo de avanzar de nuevo.

Gracias, mi amor, por darme una esperanza, por dejar que yo volviese a sonreír, pero indudablemente, por brindarme la valentía suficiente para que yo pudiese aprender a vivir... una vida sin ti.

Te amo y te amaré eternamente, mi sol, y te llevaré conmigo en mi corazón y en cada uno de mis recuerdos.

Te adoro con el alma.

No te olvides jamás de eso.

Mamá.”

Epílogo



Hace más de veinticinco días que estaba aquí, en lo que ahora era mi nuevo hogar, y aún no conseguía darle un orden a lo que para mí era solo un caos. Pero era mi caos en mi nueva vida y en mi nuevo comenzar. Y adoraba que así fuera.

Mis cosas seguían llegando desde la ciudad, ya que solo le había pedido a mi hermana que me despachara lo más importante, lo que tenía sentido para mí y que ahora yacía, por el momento, entre cajas de cartón y maletas semiabiertas.

Mi nuevo hogar no era muy grande, pero tenía lo suficiente para que yo pudiese sobrevivir antes de que el invierno llegara y lo cubriese todo de frío y nieve; un par de dormitorios, una sala espaciosa junto a un pequeño comedor y una cocina, además de un estudio, en el que muy pronto tendría apilados mis libros en cada una de sus paredes. Sí, tenía planes para mí. Quería regresar a las aulas.

Ya había colgado varias fotografías de mi hija, así como también algunas de mi familia, además de otras que eran demasiado importantes, las que precisamente no dejaba de observar mientras me abrazaba con mis propias extremidades y suspiraba en silencio.

Sonreí al repasarlas, y más al evocarlas una a una, hasta que un ladrido, a la distancia, llamó mi atención, apartándome rápidamente de mis pensamientos.

—¡Hey! —Fue lo primero que dije al ver a Winter entrar fugaz por la puerta entreabierta de la sala, quien se echó encima de mí, tal y como solía hacerlo siempre, estampándome sus patas a la altura de mi estómago, cuando

por mi parte lo abrazaba y le besaba la coronilla, y su dueño, por supuesto, alto, guapo y sonriente, hacía su entrada triunfal con una caja mediana en sus manos, que contenía en su interior una cafetera adornada con una cinta de regalo de color rojo intenso.

—¿Café? —formuló al regalarme un guiño y caminar hacia mí para estrecharme en un gran abrazo.

—¿Cómo sabías que mi mente pedía exactamente a gritos una de esas?

—Quizás, porque comienzo a conocerte muy bien —añadió muy seguro de sus palabras, ocupándose también de robarme un apasionado beso que me hizo desfallecer, mientras Winter no se separaba de nosotros—. Y porque es lo primero que deseas beber por las mañanas —añadió, junto a mi boca.

—¿Y cómo sabes tú lo que a mí me gusta beber por las mañanas?

—Tal vez, porque soy el afortunado que despierta junto a ti cada una de ellas.

—Así que afortunado...

—No, muy afortunado.

—¿Y desde cuándo lo eres tanto? —pregunté coquetamente sobre sus labios, cuando deslizaba a la par una de sus grandes manos por mi cabello.

—Acaso, ¿eso importa?

—Sí —afirmé sin dar mi brazo a torcer, arrebatándole una enorme y preciosa sonrisa que perpetuó en su atractivo semblante—, porque ya no lo recuerdo.

—Con que no lo recuerdas... —manifestó al entrecerrar su mirada y contemplarme con ella, cuando se ocupaba de dejar la caja con la cafetera sobre el sofá, para que ahora sus dos manos pudiesen hacer de las suyas, por sobre mi camiseta y luego bajo ella, ascendiendo por mi columna vertebral y llevándose consigo todo a su paso.

Moví mi cabeza de lado a lado, siguiendo su juego, mientras me hacía retroceder por entre lo que se encontraba tirado en el piso, al mismo tiempo que Winter no nos quitaba la vista de encima.

De pronto, me encontré presa entre su monumental figura y el muro de

concreto que me detuvo al instante, así como también entre sus urgentes besos y peligrosas y ansiosas manos que no cesaban de recorrermme.

—Entonces, no me va a quedar más remedio que hacértelo saber, otra vez.

—Me encantaría —alcé cada una de mis manos para finalmente situarlas por sobre sus hombros—. ¿Y cómo pretendes hacerlo?

—Tal y como lo hice anoche y la noche anterior, y también la anterior... —evocó soberbiamente, apartando mis pies del piso, todo y gracias a sus poderosas extremidades que en cuestión de milésimas de segundos me alzaron para sostenerme y no dejarme caer jamás, como desde un primer instante me prometió que sucedería.

—Mmm... suena bien, pero... a qué no sabes lo que quiero.

—¿Qué lo hagamos aquí mismo, sobre el sofá?

Sonreí como una boba, sin dejar de besarlo.

—Eso también, pero antes muero por una dosis de café. Además, Hortensia llegará dentro de un momento —le recordé, consiguiendo que Fred frunciera el ceño—. Fue tu idea, no la mía —aseguré en concordancia a qué venía exactamente mi ex casera a mi nuevo hogar.

—Pero tú aceptaste —arremetió, besándome furtivamente.

—Porque necesito esos muebles —murmuré contra su avasalladora boca —, no puedo tener para siempre mi ropa apilada sobre el piso.

Fred se detuvo y me contempló por un largo momento, en completo silencio.

—Además, aún tengo un par de maletas a medio abrir y algunas de mis cosas seguirán llegando.

Rocé la punta de mi nariz con la suya un par de veces.

—Y necesito un poco de orden y estabilidad ahora que voy a quedarme.

—No imaginas lo hermoso que suena eso al salir de tus labios, Manuela.

Incapaz de resistirme, volví a apoderarme de su boca con infinita pasión, a la que Fred correspondió instantáneamente.

—Me dijiste que no ibas a soltarme.

—¿Y qué crees que estoy haciendo?

—¿Quererme? —pregunté, situando una de mis manos en su mejilla derecha.

—Creo que cada día siento por ti algo más que eso.

Tragué saliva con dificultad, porque aún se me hacía tan difícil hablar de amor con Fred y asimilar que todo esto estaba sucediendo. Y asimismo, que había dejado mi casa por él, así como a mi familia, y todo lo que en un momento fue mi vida lejos de este sitio.

Los rayos de sol arremetían a través de las cortinas semi abiertas de la sala, así como también la fresca brisa de la mañana que provenía de la costanera, ya que mi nuevo hogar en Puerto Natales se hallaba muy cerca de ella.

—¿Y qué es lo que sientes? —Me animé a preguntar, teniendo la inmensidad de sus ojos castaños sobre los míos.

—Lo que descubrí que quería al no tenerte aquí, conmigo.

Abrí la boca para intentar formular lo que no salió jamás de mis labios, cuando Fred volvía a manifestar, seriamente:

—Crear contigo el amor y hacer contigo la vida, paso a paso y día tras día. Suspiré y temblé, sin poder evitarlo.

—¿Me lo podrías repetir, por favor?

—Por supuesto —añadió mientras sonreía y volvía a colocar mis pies en el piso, para luego situar sus manos a cada lado de mi cabeza, cerciorándose de que en ese exacto momento yo solo pudiese verlo a él.

—Quiero crear contigo el amor y hacer contigo la vida. ¿Es mucho pedir?

Moví mi cabeza de lado a lado, en señal de negativa, percibiendo como una lágrima fugaz ya rodaba por una de mis mejillas.

—No. No es mucho pedir. —Sonreí tanto o más, a como él lo hacía, cuando sus dedos pulgares detenían ahora cada una de mis lágrimas.

—Te quiero, Manuela.

—Yo también te quiero, Fred —pronuncié sin ningún tipo de dudas, viendo

como ahora sonreía de medio lado, desarmando mi razón, mi lógica, cada una de mis barreras, además de mis miedos e inseguridades, al igual como yo lo había hecho con las tuyas.

Y así, sin siquiera meditarlo, me lancé a sus brazos, los cuales me recibieron al instante, estrechándome en ellos, negándose a soltarme, tal y como había sucedido en nuestra despedida.

Sentí sus besos en mi coronilla, así como también los que le siguieron en mi sien y en mis mejillas, hasta que alzó mi barbilla con una de sus manos para que mis ojos enjuagados en lágrimas regresaran a él, desde donde jamás, un día, se deberían haber marchado.

—Dime que valió la pena venir hasta aquí.

—Valió la pena regresar, mi bella durmiente. Pero también, valió la pena dejar que nuestros muros finalmente cedieran.

Nos contemplamos como si nada más existiera en este mundo. El nuestro.

—Yo solo sé que te quiero —aseveré, temblando por completo debido a la emoción que me invadía, cuando sus ojos se cristalizaban y brillaban de una singular y hermosa manera.

Y una milésima de segundo le bastó para apoderarse nuevamente de mi boca y hacerla suya en su totalidad, respondiéndome con ese gesto, y dejándome más que claro que le pertenecía, como a mí ya me pertenecía su corazón. Mientras que a la distancia, oíamos la voz de Hortensia cómo vociferaba nuestros nombres, con el cielo despejado y azul en lo alto, y de fondo aquella naturaleza indómita que se encontraba a orillas del Canal Señoret, imponente, majestuosa, brava e impetuosa, de la cual yo me había enamorado y en la cual había vuelto a nacer.

FIN

Agradecimientos

A todas esas hermosas personas y seres de luz que directa o indirectamente fueron fuente de inspiración para la creación de esta novela.

A quienes siguen apoyándome y brindándome todo su cariño, lectoras(es), amigas(os), colegas de letras, familia, muchísimas gracias por estar siempre ahí.

A quienes un día estuvieron, y a quienes vendrán.

A la vida, por haberme dado tanto, y regalado esta hermosa pasión.

Al universo, por dejarme formar parte de él.

Y en especial, al destino, por siempre hacer de las suyas.

Sobre la Autora

Andrea Valenzuela Araya es una escritora chilena que reside en la ciudad de Curicó y quien, desde muy pequeña soñó con algún día dedicarse al maravilloso arte de las letras, escribiendo y contando historias para así encantar y cautivar a sus lectores.

En el año 2012 comienza su travesía literaria con el blog “*El libro azul*”, *Déjame que te cuente*, en el cual fue plasmando, capítulo a capítulo, lo que fue su primera novela, que más tarde decidió autopublicar por la plataforma internacional Amazon. En el año 2014 la Editorial española Ediciones Coral, perteneciente a *Group Edition World*, adquirió sus derechos para publicar dicha novela y distribuirla tanto en España como en Latinoamérica.

En el año 2015 comienza a trabajar con la Editorial chilena “Romance & Letras”, con la cual ha conseguido publicar en papel una gran variedad de sus novelas.

Entre sus obras podemos mencionar:

“*El Precio del Placer*” (Primer libro que da origen a la trilogía titulada homónimamente).

“*Todo de ti, todo de mí*” (Segunda entrega de la trilogía “El Precio del Placer”).

“*Con los ojos del Cielo*”

“*Zorra por accidente*”

“*Ahora o Nunca*”

“*Cuando te vuelva a ver*”

“*Águila Real*”

“*Treinta Días*”

“Ana: Conmigo o sin mí”

También podemos encontrar su colaboración en las siguientes antologías:

“Un Relato por Pausoka”

“Glorioso Desorden”

“Gracias, Mamá” (Autoras chilenas)

“Bendita Adolescencia”

Actualmente, la autora se encuentra inmersa en diversos proyectos, tanto personales como profesionales, y espera que todos ellos, de forma paulatina, puedan ver la luz.

“Porque los sueños no son inalcanzables en la medida que se luce por ellos”, afirma realmente convencida, y continúa trabajando, dedicándose con esfuerzo y constancia, por conseguir cada uno de ellos.

Contacto:

andreavalenzuelaaraya@outlook.es

Puedes seguirla en:



Andrea Valenzuela Araya



@AndreaVA32



@andreavalenzuelaaraya